



Se busca amante

DEBORAH HALE

Madison, Wisconsin

Deborah Hale



CABALLEROS DE FORTUNA, 3

Se busca amante

ÍNDICE

Capítulo 1	3
Capítulo 2	11
Capítulo 3	20
Capítulo 4	29
Capítulo 5	36
Capítulo 6	46
Capítulo 7	56
Capítulo 8	65
Capítulo 9	73
Capítulo 10	81
Capítulo 11	90
Capítulo 12	99
Capítulo 13	109
Capítulo 14	116
Capítulo 15	123
Capítulo 16	131
Capítulo 17	140
Capítulo 18	146
Capítulo 19	153
Epílogo	161

[RESEÑA BIBLIOGRÁFICA](#) 163



Capítulo 1

Singapur, junio de 1825

—¿Así que es esto? —apartándose un rebelde rizo caoba de los ojos, Bethan Conway se inclinó hacia delante en el barco que se adentraba con ella y sus compañeros en el puerto—. No es una ciudad muy grande, ¿verdad?

Una parte de ella estaba emocionada por haber llegado a su destino tras cinco meses de travesía a bordo, pero otra parte quería suplicarle al hombre que estaba al timón que le diera la vuelta al barco y pusiera de nuevo rumbo al mar.

—Este lugar cabría sin problemas en el bolsillo de Newcastle —Ralph, el joven amigo de Bethan, miró a su alrededor, hacia la mezcla de construcciones que se alineaban a ambas orillas del río.

Algunas estaban construidas en madera, con grandes tejados de juncos, mientras que otras tenían muros blancos y estaban cubiertas por ordenadas filas de pulcras tejas rojas.

—No lleva mucho tiempo construida, ¿verdad? Le escuché decir al señor Northmore que no había muchas cosas cuando sus compañeros y él desembarcaron aquí seis años atrás.

—A mí no me importaría que solo hubiera jungla —graznó Wilson Hall—. Estaré encantado con tal de poder volver a poner los pies sobre suelo sólido.

¡Pobre Wilson! Bethan recordó lo mareado que él y los otros tres muchachos de Durham habían estado al principio del viaje. Envidiaban su capacidad para mantener la comida en el cuerpo incluso con las peores condiciones meteorológicas, pero también estaban agradecidos. Si no les hubiera atendido tan bien cuando vomitaban y gemían en sus hamacas, tal vez algunos no se habrían recuperado.

Durante los últimos días no habían hablado de otra cosa más que de las ganas que tenían de llegar a su destino y empezar a trabajar en la compañía de comercio Vindicara para Simon Grimshaw. Cada vez que escuchaba aquel nombre una oleada de bilis atravesaba a Bethan como un mareo tardío. Los muchachos habían sido contratados en las minas de carbón del norte de Inglaterra para trabajar para el señor Grimshaw, pero ella había sido reclutada para casarse con él.

Si no hubiera estado tan desesperada por alcanzar aquellas orillas tan distantes, nunca se habría comprometido con un desconocido. Pero estaba ansiosa por llegar allí enseguida, cuando todavía quedaba alguna leve esperanza de que alguien recordara qué había sido de su hermano y de su barco. En un principio, su matrimonio estaba demasiado lejano en el futuro como para que le pareciera real. Pero a medida que se acercaba, se iba preocupando más.

Cuando el barco entró en el embarcadero, Bethan aspiró con fuerza el aire cálido en el que se mezclaba el olor del mar con un exótico aroma a café y especias. Había dado su palabra. Ahora tenía que cumplirla y hacer todo lo posible por ser una buena esposa para el señor Grimshaw. Solo esperaba que su futuro marido no fuera demasiado viejo, demasiado feo o malhumorado.

Apenas habían amarrado en la orilla cuando los muchachos de Durham saltaron a tierra en enjambre. Solo Wilson tuvo la educación de darse la vuelta y ofrecerle a Bethan una mano para

desembarcar, mientras los demás le preguntaban a todo aquél con el que se cruzaban cómo se llegaba al almacén de Vindicara.

Había mucha gente en el muelle en cuestión. Muchos hombres con el pecho desnudo del color de la madera de caoba, que llevaban turbantes blancos y telas de colores brillantes atadas alrededor de las piernas. Otros hombres de piel más clara y ojos rasgados cargaban con sacos a la espalda. Llevaban puestos pantalones anchos y túnicas negras. Tenían la parte delantera de la cabeza afeitada completamente mientras que el cabello de la parte posterior estaba recogido en largas trenzas. Hombres altos con barba y turbantes blancos, que parecían sacados directamente de una historia bíblica. Lo único que aquella gente tan extraña tenía en común era la dificultad para entender el fuerte acento del norte de Inglaterra de los compañeros de Bethan.

Tras un montón de gritos, gestos y señalamientos con el dedo, Ralph se giró hacia ella.

—Creo que están intentando decirnos que el almacén de Vindicara está al otro lado del río.

—Allí hay un puente —Wilson señaló por encima del muelle, hacia un punto en el que el río se estrechaba y un arco de madera conectaba los dos lados del puerto—. Podemos ir andando hasta allí.

Los demás estuvieron de acuerdo y se pusieron en marcha al instante. Aunque Bethan se forzó a poner un pie delante del otro y sintió los zapatos extrañamente pesados, no tardó mucho tiempo en ponerse a la altura de sus compañeros.

Los hombres que trabajaban en los muelles se giraban para mirarla cuando pasaba. ¿Podría ser porque se habían dado cuenta de su parecido con un joven al que recordaban? La lógica le decía que era poco probable. Su curioso interés se debería probablemente al color de su piel, o al hecho de que fuera una mujer.

Pero no le haría daño preguntar de todos modos, ¿verdad? Había ido hasta allí y había vendido su libertad con la esperanza de encontrar la última familia que le quedaba en el mundo. Tenía que empezar por alguna parte.

—Disculpe —se giró hacia un joven sonriente que llevaba unas calzas blancas y turbante—. Estoy buscando noticias sobre un tripulante del barco *Dauntless*, que llegó a Singapur hace tres años. ¿Lo recuerda?

El hombre sonrió todavía más al responder en un idioma que ella no entendió.

—Lo siento, no sé qué me quiere decir —Bethan sacudió la cabeza y se encogió exageradamente de hombros—. Ni siquiera sabía hablar muy bien inglés hasta el año pasado. Y supongo que usted no sabe hablar galés.

Se escuchó otra voz con fuerte acento pero en inglés:

—¿Podría repetir a quién está buscando, señorita?

Bethan se giró ansiosa hacia la persona que hablaba, un hombre de ojos oscuros y almendrados que llevaba un enorme sombrero de paja.

—Le agradecería cualquier información que me pudiera dar. Se llama Hugh Conway. Es un poco más alto que usted —alzó una mano para indicar la altura de su hermano, luego se echó el sombrero hacia atrás para señalarse la cabeza—. Tiene el pelo de un color parecido al mío.

Podría hacer algo mejor que describirle con gestos y palabras que el hombre tal vez no entendería. Bethan echó la mano hacia atrás y desabrochó el relicario de plata que era su posesión más preciada. Lo abrió para mostrar el retrato en miniatura que albergaba dentro.

—Éste es el aspecto que tiene. Al menos la última vez que le vi.

El pequeño retrato no era siquiera de Hugh, pero era lo más parecido que tenía.

Un brillo de interés alumbró los ojos del hombre mientras contemplaba el relicario. ¿Reconocería aquel joven y hermoso rostro? Si había tan pocos europeos en Singapur como

parecía, debían destacar y tal vez resultara fácil recordarlos.

—¿Le ha visto? —preguntó—. Por favor, estoy ansiosa por saber de él.

El hombre asintió lentamente.

—Tal vez le haya visto. No estoy seguro.

A Bethan le dio un vuelco el corazón.

Ni en sus más esperanzados sueños hubiera imaginado tener una pista sobre su hermano desaparecido tan pronto.

—Estuvo en Singapur hace tres años. Tengo una carta suya con sello postal de aquí. ¿Sabe qué fue de él o de su barco?

El hombre arrugo la frente como si estuviera esforzándose por recordar dónde y cuándo había visto aquel rostro.

—¿Puedo verlo más de cerca?

—Sí, por supuesto —Bethan le puso el relicario en las manos—. Ojalá tuviera un retrato más grande que pudiera enseñarle.

Una pequeña multitud se había congregado a su alrededor mientras hablaban. De pronto alguien le dio un golpecito a Bethan en el hombro por atrás. ¿Habría reconocido otra persona a Hugh viendo de lejos la miniatura? ¿O recordaría su nombre?

Se dio la vuelta y solo se encontró con un grupo de rostros inexpresivos que la miraban fijamente.

—¿Tiene algo que decirme alguno de ustedes? —preguntó—. ¿Han visto a Hugh Conway? ¿Recuerdan su barco?

Ninguno de ellos replicó, solo sonreían con gesto atontado.

—Creen que es divertido tomarle el pelo a una extranjera, ¿verdad? —les espetó Bethan—. Veo que hay cosas que son iguales en todas partes.

Con un resoplido indignado, se volvió hacia su informador. Para entonces ya habría tenido tiempo de sobra para estudiar el parecido.

Pero cuando miró a su alrededor, lo único que vio del hombre fue la parte de atrás de su desteñida túnica azul desapareciendo entre la multitud.

—¡Vuelva aquí! —gritó yendo tras él—. ¡Al ladrón! ¡Tiene mi relicario! ¡Que alguien le detenga, por favor!

Pero en el muelle no parecía haber nadie dispuesto a ayudarla. De hecho, todo lo contrario. Los hombres que se habían echado a un lado para dejar escapar al ladrón volvieron a colocarse al instante en el camino de ella, dificultando el propósito de seguirlo.

—¡Wilson! ¡Ralph! —exclamó, aunque sabía que sus compañeros de viaje debían estar demasiado lejos como para oírla.

No se atrevió a detenerse para buscarlos por temor a perder de vista al hombre que le había robado el relicario.

—¡Por favor! —exclamó—. Puede quedarse con la cadena, ¡pero déjeme el retrato!

Vio por el rabillo del ojo el puente, y confió en que el ladrón tomara aquel camino y tal vez adelantara a sus amigos. Pero se dirigió a una concurrida calle situada en la otra dirección, con Bethan siguiéndole sin aliento. Tras cinco meses a bordo de un barco, no estaba acostumbrada a correr, y menos con un calor tan asfixiante. La desesperación la empujó a seguir hacia delante.

El ladrón se metió por una calle lateral. Bethan llegó justo a tiempo para verle entrar en la boca de un callejón. Para cuando logró llegar al punto en el que le había visto desaparecer, resollaba por la falta de aire y tenía las mejillas rojas. El hombre sin duda se habría esfumado, dejándola sin saber por dónde se había escapado.

Pero no. Cuando miró hacia el callejón, allí estaba, dirigiéndose hacia ella con total descaro. Plantándose frente a él, Bethan le hizo una seña para que se detuviera.

—Quiero recuperar mi retrato. Vamos, para usted no tiene ningún valor.

El hombre torció el gesto, como si fuera ella la que había hecho algo malo. Murmuró una respuesta en su idioma.

—¡Hace unos minutos podía hablar inglés sin problemas! —gritó Bethan—. ¿O se le ha olvidado todo mientras salía huyendo con mi posesión?

El gesto del hombre se convirtió en una mueca de desprecio cuando pasó por delante de ella.

—¡Oh, no! —se le agarró a la manga—. No voy a volver a perseguirle por las calles otra vez con este calor. ¡Devuélvame el retrato!

Zafándose con brusquedad de su agarre, el hombre soltó una riada de palabras que Bethan no fue capaz de entender, pero sabía reconocer la rabia violenta cuando la oía. Aquél era el hombre que le había robado el relicario, ¿verdad? Tal vez tuviera los pómulos un poco más altos y el rostro algo más delgado.

—Le... le pido disculpas si le he confundido con otra persona —señaló hacia el callejón—. Otro hombre entró corriendo allí. Me ha robado una cosa. ¿Ha visto por dónde ha ido?

El hombre le soltó más palabras malsonantes. Bethan se dio cuenta de pronto de que no estaba sola. Estaba rodeada por una docena de hombres, todos mal vestidos, todos mirándola de un modo que le provocó escalofríos en la espina dorsal.

¿Correría el peligro de desaparecer en aquel puesto fronterizo como le había sucedido a su hermano? Y si así fuera, ¿le importaría a alguien lo suficiente como para ir en su busca?

—La pimienta y la nuez moscada se venden a sesenta y cinco reales de a ocho los sesenta kilos —le reformó Simon Grimshaw al capitán sueco al que acababa de comprarle una carga de hierro—. No las encontrará más baratas en ningún otro comerciante de la ciudad. La situación de Java ha obligado a todo el mundo a subir los precios.

El curtido sueco torció el gesto.

—Tal vez me lleve mi hierro a Batavia y comercie directamente con el duque para comprarle a él las especias.

—Como usted quiera —mintió Simon. Odiaría perder aquella carga de hierro sueco—. Pague las ultrajantes tarifas que cobran en Batavia. Tendrá menos dinero en el bolsillo al final del viaje. Eso es, si tiene suerte y los piratas no le atrapan camino de Sumatra. Tal vez pueda bajar un real o dos la pimienta, pero no en la nuez moscada. Mi socio volverá pronto de Inglaterra y me desollará si descubre que estoy regalando nuestros productos a semejante precio.

Una parte de él esperaba ansiosamente la llegada de Hadrian Northmore. Sería un alivio que otro hombro cargara con la mitad de la carga de trabajo. Dado que sus dos socios habían regresado a Inglaterra, Hadrian para una breve visita y Ford para quedarse, Simon había asumido las responsabilidades de tres hombres. A pesar de ello, se mostraba reacio a entregarle el control de la compañía a su socio más antiguo. Hadrian era un hombre astuto y ambicioso, pero tenía una vena imprudente que Simon nunca había aprobado. Prefería la precaución y la cautela, y pocas veces actuaba de manera impulsiva. Las pocas veces que lo había hecho se había arrepentido más adelante.

¿Se arrepentiría de haberle pedido a su socio que le llevara una joven inglesa para convertirla en su amante? Mientras el capitán sueco consideraba sus condiciones, Simon meditó

sobre aquella cuestión.

Cuando los monzones del sureste señalaron la llegada de los barcos de occidente había empezado a tener dudas sobre su plan. Estaría bien tener una salida segura para los deseos que no había conseguido controlar completamente con largas horas de trabajo. Pero, ¿qué clase de mujer recorrería medio mundo para ejercer de compañera de cama contratada? Solo una con un pasado escandaloso, se temía. ¿Cómo iba a arriesgarse a meter a una mujer así en su casa?

El capitán sueco emitió una tos rasposa que sacó a Simon de sus atribulados pensamientos.

—¿Cómo es la frase que dicen ustedes los ingleses? ¿Más vale pájaro en mano...?

—Que cientos de pájaros en manos de los piratas. Eso es lo que decimos aquí en Singapur —Simon extendió la mano para sellar el acuerdo.

Pocas cosas le proporcionaban tanto placer como hacer un negocio ventajoso. A diferencia de lo que le ocurría con los asuntos del corazón, sabía dónde pisaba en los asuntos claros de negocios. Ésa era la clase de relación que tenía en mente cuando le pidió a Hadrian que le buscara una amante, un intercambio directo de las cosas que el uno quería del otro, sin que sentimientos peligrosos complicaran la situación. Ahora se preguntaba si algo así sería posible.

Mientras el capitán y él se estrechaban la mano, uno de los trabajadores malayos de Simon hizo su aparición al frente de cuatro muchachos europeos que parecían bastante angustiados.

—Amo, estos chicos dicen que han venido de Inglaterra para trabajar con usted.

—Es la primera noticia que tengo —Simon los miró con recelo—. Capitán Svenson, si me disculpa, debo encargarme de este asunto. Ibrahim, envía algunos botes para que empiecen a descargar el hierro.

Mientras Ibrahim y el capitán se marchaban, Simon rodeó a los muchachos, que se iban poniendo más nerviosos a cada minuto que pasaba.

—¿De qué trata todo esto? Yo no os he contratado.

—Por favor, señor —dijo un chico robusto y guapo que parecía ser el cabecilla—. Nos envía el señor Northmore. Dijo que habría trabajo para nosotros en su compañía.

Antes de que Simon pudiera responder, un muchacho desgarbado de pelo rojo gritó:

—¡El barco nos dejó en el lado contrario del puerto!

—¡Y hemos perdido a Bethan! —añadió el tercer chico—. Estaba justo detrás de nosotros... y de pronto ya no estaba.

Todos empezaron a hablar a la vez y Simon no fue capaz de averiguar lo que estaban intentando decir.

—¡Silencio! —ordenó finalmente silenciándolos con expresión feroz—. Habéis dicho que el señor Northmore os envía. ¿Por qué no ha venido con vosotros?

—No lo sé, señor —admitió el cabecilla—. Tal vez lo explique en la carta que le entregó a Bethan.

Uno de ellos había mencionado ese nombre con anterioridad. ¿Sería la amante que Hadrian había contratado para él?

—¡Pero se ha perdido! —el muchacho pelirrojo señaló hacia el muelle—. ¡Tenemos que encontrarla!

—Así es —Simon se dirigió hacia allí con el corazón latiéndole con fuerza contra las costillas—. Esa parte de la ciudad no es lugar para una mujer sola.

Y menos para una mujer europea, ya que solo había un puñado de ellas en todo el asentamiento.

—¿Dónde la visteis por última vez?

—Creí que iba detrás de nosotros cuando cruzamos el puente —dijo un chico dentón—.

Pero no estoy seguro.

Para entonces ya habían llegado al muelle y se dirigían hacia el puente todo lo rápido que Simon podía ir.

—¿La habéis dejado sola en el barrio chino? ¡Si le ocurre algo ninguno de vosotros trabajará para mí, me da igual lo que Northmore os haya prometido!

¿Trabajar? Simon estaba que echaba chispas. Tendrían suerte si no los mandaba azotar a todos. Aunque Singapur era un lugar de grandes oportunidades, la violencia siempre asomaba bajo la superficie. La piratería había sido un modo de vida en aquellas aguas durante siglos, y no era mucho más seguro en tierra firme. Desde su llegada había presenciado disturbios e incursiones salvajes. Los motines homicidas eran tan frecuentes que había un término malayo para referirse a ellos: se les denominaba *amok*.

Mientras Simon marchaba por el puente hacia la orilla sur del río, los trabajadores se apartaban para dejarle pasar como si fuera la angulosa proa de un barco surcando las olas. Los cuatro muchachos ingleses se abrían paso con dificultad detrás de él.

—¿Dónde está la mujer blanca? —inquirió en malayo y luego en cantonés—. ¿Alguien ha visto hacia dónde se dirigía? ¡Si algo le ocurre, vais a tener problemas!

Las respuestas no se hicieron esperar.

—Estaba hablando con unos hombres muy extraños en el muelle.

—Corrió tras Jin-Lee, gritándole como una salvaje sin modales.

—Le alcanzó a la altura de la zona china —le dijo un malayo—. En Oxcart Road.

¿Qué clase de buscona descarada le había enviado Hadrian? Simon se sintió tentado de dejar que esa fresca se enfrentara a las consecuencias de su escandaloso comportamiento. Pero no podría soportar cargar con la muerte de otra mujer sobre su conciencia. Uno de los muchachos ingleses le tiró de la manga.

—Por favor, señor, ¿qué le han dicho? ¿Qué le ha pasado a Bethan?

Simon no podía negar el genuino tono de preocupación en la voz del pequeño. Estaba claro que él y sus amigos sentían cariño por la mujer. Eso no correspondía con lo que acababa de escuchar sobre sus actos.

—Por aquí —se dirigió hacia el ancho camino sucio que llevaba a la parte sur del puente, deteniéndose solo para buscar más información.

La gente estaba deseando hablar y se mostraba indignada por la osadía de la mujer. Simon percibió cierto regodeo en ellos al sentirse libres para criticar a un miembro de la pequeña pero poderosa comunidad europea.

Los niños y él siguieron su rastro por una calle lateral en la que abundaban las casas de juego y los fumaderos de opio. Simon había apoyado los esfuerzos de sir Stamford Raffles para prohibir semejantes lugares, pero el sucesor de Raffles, más pragmático, había insistido en otorgarles licencias como fuente de ingresos. Simon se estremeció al pensar en lo que podría sucederle a una mujer desprotegida en aquella parte de la ciudad.

Entonces atisbo a ver una nube de cabello rojizo en medio de un mar de sombreros de paja. Ningún nativo asiático tenía rizos de ese color. Simon se adentró entre la multitud apartando a codazos a los mirones, soltando toda clase de amenazas sobre llamar a las tropas. Al final alcanzó a la mujer.

Allí estaba, apoyada contra la pared de madera de una casa de juego, rodeada por un grupo de chinos furiosos. Su brillante cabellera se había soltado y le caía sobre los delicados hombros. Sujetaba un sombrero de ala ancha delante como un endeble escudo. Tenía el rostro rojo y húmedo por el sudor y los ojos muy abiertos por el miedo. Era el retrato perfecto de una dama en apuros.

Unos apuros que ella misma había provocado con su osado comportamiento. Y sin embargo...

La miró más de cerca, y Simon se dio cuenta de que no era en absoluto lo que los informes de los transeúntes le habían llevado a creer. No había nada de vulgar en sus facciones. De hecho, resultaban singularmente delicadas. Tenía la nariz moteada por unas pecas que le proporcionaban un aire de absoluta inocencia. Sus labios, carnosos y rosas como los pétalos de un hibisco, parecían no haber sido besados nunca.

Aquel pensamiento provocó que una oleada de calor le atravesara antes de situarse en su entrepierna. Un siniestro silencio le sacó de su peligrosa distracción. Necesitaba llevar a aquella mujer y a sus cuatro jóvenes amigos de vuelta al otro lado del río antes de que aquel desafortunado incidente se pusiera todavía peor.

—Aquí estás —la agarró del brazo y empezó a regañarla en voz alta en cantonés para que lo escuchara su numeroso y hostil público—. ¿Te has vuelto loca? ¿Por qué has actuado de forma tan vergonzosa? ¡Ven conmigo ahora mismo o te arrepentirás!

Tenía que hacer creer a los mirones que sería duramente castigada. Así tal vez dejarían que él se encargara del asunto en lugar de ocuparse ellos mismos. Si montaba suficiente alboroto, tal vez la multitud se distrajera lo suficiente como para que pudiera poner a salvo a la mujer y a los chicos. Simon empezó a sentir en la pierna izquierda el viejo dolor familiar pero lo ignoró con la esperanza de que no ralentizara su retirada.

En aquella situación, cualquier retraso podría llegar a ser muy peligroso.



Capítulo 2

Cuando aquel hombre de anchos hombros, cabello castaño y rostro adusto y bello se abrió paso entre la furiosa muchedumbre para rescatarla, Bethan no se había sentido nunca tan feliz de ver a nadie en su vida. Desde que podía recordar, siempre había anhelado un protector caballeroso como Tristan o Sir Gawain, héroes de la mitología galesa. Las rodillas le temblaron al imaginar a aquel desconocido tomándola en brazos y rescatándola.

Aquellas fantasías se estrellaron contra la realidad cuando su «galante» caballero la agarró del brazo y comenzó a gritarle en un idioma que no entendía. La dureza de su tono y la severidad de su afilada mirada azul no la asustaron como la hostilidad de la hosca multitud. Lo que hizo fue encender una llama en su interior, una llama en parte indignada pero que también despertó en ella un anhelo que no había sentido nunca.

Comparado con los nativos asiáticos, resultaba alto e imponente. Iba vestido de forma elegante, con unos pantalones beis y un abrigo canela. Un sombrero de ala ancha proyectaba una sombra sobre su recta nariz y sus cincelados pómulos. Los labios no eran demasiado carnosos, ni demasiado finos, pero estaban apretados de tal forma que a Bethan le dio la impresión de que podrían romperse si trataba de sonreír.

—¡Suélteme! —trató de librarse de su agarre de acero, pero no lo consiguió—. Es inútil que farfulles de esa manera porque no entiendo una palabra de lo que estás diciendo. ¡No tienes razón para estar molesto conmigo, y esta gente tampoco!

Inclinándose sobre ella, el hombre murmuró:

—Guárdate tus protestas y ven conmigo ahora que todavía tenemos oportunidad de salir de aquí de una pieza. Si me sigues contestando te juro que te dejaré aquí a tu suerte.

La insistente presión de su mano y la urgencia de su tono convencieron a Bethan para que abandonara su posición defensiva contra la pared. Le daba la sensación de que era un hombre de fuerte voluntad, que siempre se salía con la suya.

Desde el momento que le vio dirigiéndose hacia ella no tuvo ojos para nadie más. Ahora, mientras su rescatador la llevaba calle abajo, Bethan se dio cuenta de pronto de que llevaba consigo a Ralph y a los demás muchachos. Pasara lo que pasara, no quería que sus jóvenes compañeros sufrieran por su insensatez. Si eso significaba que tenía que obedecer las severas órdenes de aquel hombre tan autoritario lo haría. Pero no tenía por qué gustarle.

Mientras pasaban de la calle lateral a la principal, él siguió reprendiéndola en aquel idioma, soltando de vez en cuando alguna palabra en inglés.

—Mantén un paso normal. Si parece que estamos huyendo algunos podrían lanzarse sobre nosotros. Mantén la mirada baja. Finge que estás avergonzada de ti misma, como debería ser.

—No tengo ninguna razón para estar avergonzada —protestó Bethan.

Pero inclinó la cabeza como si le pesaran sus reproches.

—Uno de esos hombres me ha robado algo. Fui tras él para tratar de recuperarlo.

—No me importa que te haya robado hasta el último penique —respondió él de modo que solo Bethan pudo oírlo—. Deberías haberte quedado con tus amigos y no entrar en el barrio chino. Podrías haber perdido mucho más de lo que te quitó el ladrón, fuera lo que fuera. Y todavía puede

pasar, así que deja de discutir y sigue andando.

Cambió con facilidad al otro idioma, torciendo todavía más el gesto. ¿Se trataba solo de una actuación para la enfadada multitud? Una llama de admiración se encendió en su interior ante la inteligencia del hombre. Si hubiera acudido a su rescate blandiendo un arma habría empeorado la situación.

Como señal de que no quería decir los insultos que le estaba profiriendo, el hombre le pasó el pulgar por la cara interna del brazo. Fue casi como una caricia de aliento. La sensación provocó que a Bethan le temblaran las rodillas. Estuvo a punto de tropezar, pero su acompañante le apretó con más fuerza el brazo para evitar que se cayera.

Al final del camino, el puente suponía una promesa de la seguridad que había al otro lado. Al menos su estrechez evitaría que los siguiera la multitud que ahora iba tras ellos con gesto airado y murmurando.

Su salvador pareció adivinar los pensamientos de Bethan.

—Todavía no estamos fuera de peligro. Si nos atacan, corre hacia el puente y sigue hasta llegar a las líneas de los cipayos. Diles a los soldados que acudan.

—¿Y qué pasa con usted? —susurró Bethan—. ¿Y con los muchachos?

—Frenaremos a cualquiera que trate de ir tras de ti.

¿Frenarle cómo?, se preguntó Bethan, más preocupada por su seguridad que por la suya propia.

Por suerte, la fingida reprimenda de su salvador seguía distrayendo a la gente y no hubo ningún ataque. Cuando llegaron al puente le gritó algo a la gente que iba tras ellos. Nadie siguió a su pequeña comitiva cuando cruzaron el río.

—¿Qué les ha dicho? —preguntó Bethan—. Parece que ha funcionado.

—Sí, gracias a Dios —el hombre exhaló un profundo suspiro de alivio—. Le he ofrecido a toda la comunidad una disculpa por tu desafortunado comportamiento y les he asegurado que serías severamente castigada.

—¿Una disculpa? —le espetó Bethan—. ¿Castigada? ¿Por ser víctima de robo y de amenazas? ¿Qué locura de lugar es éste?

—No es una locura... solo es distinto. Esta gente tiene costumbres diferentes a las nuestras. Puede que no las comprendamos y no las aprobemos, pero si queremos vivir en paz entre ellos debemos tratar de respetarlas. Si transgredimos las normas es nuestra responsabilidad.

¿Qué quería decir? Bethan no quería parecer tonta preguntándolo. Desde que salió de Gales había trabajado muy duro para aprender inglés, pero ese hombre utilizaba algunas palabras que todavía no conocía.

—Además —continuó—. No tengo intención de castigarte más por tu imprudencia. Confío en que hayas aprendido la lección.

¿Qué valor tenía aquel hombre, hablarle como si fuera una niña traviesa! Cuando iba a abrir la boca para protestar, Wilson habló.

—¿Estás bien, Bethan? No te han hecho daño, ¿verdad?

—Solo estoy un poco alterada —un escalofrío le recorrió el cuerpo cuando miró hacia el otro lado del río y vio a la multitud dispersándose—. Estoy sana y salva gracias a todos vosotros y al señor... al señor...

Por mucho que le molestara su actitud despótica y su gruñona reprimenda, Bethan no podía negar que le debía gratitud a aquel hombre. Wilson y los demás no hubieran podido salvarla de una situación tan peligrosa por sí solos.

Soltándole bruscamente el brazo, el desconocido hizo una breve reverencia.

—Simon Grimshaw, por supuesto. ¿Qué otro hombre en Singapur tendría una razón para entrar en el barrio chino y arrancarte de las garras de una turba furiosa?

Bethan se quedó boquiabierta. ¿Por qué no se le había ocurrido pensar que su salvador podría ser su futuro esposo? Tal vez porque no se lo había imaginado tan joven y tan guapo. Eso acababa con dos de sus tres preocupaciones. Ojalá pudiera decir lo mismo de su carácter.

—¿Por qué me miras así? —le espetó Simon a Bethan mientras urgía a los cinco jóvenes a entrar en su almacén. Su expresión le recordaba a la de un pez en la lonja recién pescado, con los ojos abiertos de par en par y la boca abierta—. Supongo que no soy lo que esperabas.

Ella sacudió la cabeza lentamente.

—En absoluto.

¿Habría sido tan tonta como para pensar que su benefactor sería un muchacho joven y atractivo? Tal vez. Después de todo, había sido lo suficientemente tonta como para perseguir a un ladrón por los oscuros callejones del barrio chino.

—Bueno, tú tampoco eres lo que esperaba yo —le espetó, molesto consigo mismo porque le importara lo que pensara de él—. Pero no puede hacerse nada. Esto es lo que sucede cuando se llega a estos acuerdos por poderes.

Su mirada aturdida se transformó en una expresión de perplejidad, como si hubiera vuelto a hablarle en cantonés.

—Hablando de poderes, ¿dónde diablos está Hadrian Northmore? Me han dicho que tienes una carta suya. Espero que ahí me explique lo que está pasando.

—Eh... sí —Bethan rebuscó en el bolsito que le colgaba del brazo—. El señor Northmore me pidió que le diera esto.

Simon se quedó mirando el bolsito con recelo.

—Creí que habías dicho que uno de los chinos te lo había robado.

—Esto no —sacó un sobre sellado de papel y se lo ofreció con reticencia, como si no quisiera que su mano rozara la suya—. Un relicario de plata que llevo desde hace mucho tiempo y que significa mucho para mí.

Simon le quitó la carta de las manos, rompió el sello y desdobló el papel. Se preguntó por qué un ladrón se llevaría el relicario y le dejaría el bolsito. ¿Y cómo se las habría arreglado el hombre para hacerse con el relicario? Lo más fácil habría sido arrancárselo del cuello, romper la cadena. Pero eso habría dejado marcas, y en su precioso cuello no había el menor rastro de moratón o arañazo.

La breve inspección de aquella piel blanca aceleró el pulso de Simon, pero también le erizó el vello de la nuca. ¿Por qué le estaba mintiendo ya, y encima sobre algo tan trivial? Sus dudas anteriores sobre tomarla como amante se intensificaron, aunque la perspectiva también despertó todos sus sentidos.

Se hizo un silencio incómodo mientras leía la carta de Hadrian y digería las noticias. Al parecer, iba a tener que hacerse cargo a solas de la rama de la compañía en Singapur en un futuro próximo. Aunque agradecía cierto cambio, a Simon no le gustaba aquel repentino cambio de planes, que incluía contratar a cuatro nuevos trabajadores. Ninguno de ellos le había impresionado demasiado hasta el momento. Por no mencionar a la amante que tenía en perspectiva, que le provocaba tantas dudas como deseo.

Mientras leía las últimas frases de la carta de Hadrian, uno de los chicos se dirigió a Bethan.

—Siento que no hayamos cuidado mejor de ti, muchacha.

—Haces bien en lamentarlo —Simon se guardó la carta en el bolsillo—. Mi socio me confirma que os ha prometido trabajo a todos. Teniendo en cuenta lo mal que habéis cuidado de la señorita Conway, me siento reacio a confiaros ninguna responsabilidad.

Había sabido el nombre completo de Bethan gracias a la carta, donde también se confirmaba que ella era la mujer que Hadrian había contratado para que fuera su amante. Pero Simon ya solo podía pensar en llamarla por su nombre de pila.

—No se enfade con ellos —la joven se interpuso entre los chicos y él, como si quisiera protegerlos de su ira—. Lo que ocurrió fue culpa mía. Estaba tan maravillada con todas las cosas nuevas que me quedé rezagada. He vivido casi toda mi vida en la campiña galesa y ellos vienen de un pequeño pueblo minero de Durham. Ninguno de nosotros sabíamos lo peligroso que podía ser este sitio.

La opinión que Simon tenía de ella mejoró por estar dispuesta a aceptar la responsabilidad y defender a sus compañeros.

—Ahora que habéis descubierto lo fácil que es meterse en problemas por aquí, espero que todos tendáis más cuidado.

Ninguno de ellos respondió con palabras. Los muchachos bajaron la cabeza escarmentados. Pero Bethan alzó la barbilla un poco más y clavó en Simon una mirada fija y desafiante. No estaba muy convencido de que hubiera aprendido la lección.

—Consideremos el asunto cerrado —se forzó a apartar la mirada de sus arrebatadores ojos de un tono verde grisáceo—. Señorita Conway, mientras busco alojamiento para mis nuevos trabajadores la enviaré a mi casa para que se vaya instalando.

Simon les hizo una seña a los chicos para que le siguieran, pero cuando dio un paso una punzada de dolor le atravesó la pierna, obligándole a tambalearse y a contener un gemido.

—¿Qué ocurre? —moviéndose demasiado rápido para que Simon pudiera esquivarla, Bethan le agarró el brazo y le estabilizó tal y como él había hecho por ella en el puente—. Le he visto cojear un poco. ¿Le ha golpeado alguien de la multitud?

Simon no estaba preparado para el calor de su contacto, ni para el dulce tono de preocupación de su voz. Hacía mucho tiempo que nadie se preocupaba por él. Al mismo tiempo sintió una punzada de orgullo herido al serle recordada su debilidad ante una mujer joven y guapa. A su modo de ver, la preocupación estaba demasiado cerca de la compasión.

—No es nada importante —se apartó de ella con alguna dificultad—. Una vieja herida en la que no pienso la mayor parte del tiempo, a no ser que haya estado mucho tiempo de pie o me vea obligado a moverme muy deprisa.

—¿Una herida de guerra? —los ojos de Bethan echaron chispas plateadas y verdes—. ¿Fue soldado antes que comerciante?

Parecía intrigada, admirada. La verdad era mucho menos heroica, pero Simon no tenía intención de revelársela. Nunca le había contado a nadie su terrible experiencia y no iba a hacerlo con una mujer que había vuelto su ordenado mundo del revés a los pocos minutos de su llegada.

—Nada de eso —preparándose para el dolor y los tormentosos recuerdos que despertaba en él, Simon volvió a avanzar tratando de arrastrar lo menos posible la pierna herida.

Bethan se puso a su lado.

—¿Qué le sucedió entonces?

Aquella era la primera vez que su tono cortante y su gesto hosco no habían conseguido evitar preguntas indiscretas sobre su pasado. No era de extrañar que aquella mujer se hubiera metido en problemas nada más bajar del barco.

A Simon le alarmó verse inclinado a compartir confidencias con ella. Pero acalló aquella absurda idea.

—Prefiero no hurgar en el pasado. Le agradecería que no volviera a sacar el tema.

El carnoso labio inferior de Bethan salió hacia fuera en expresión rebelde. Sus cambiantes ojos echaron chispas esmeraldas de irritación y de algo más peligroso para su paz mental.

Una ardiente curiosidad.

¿Qué le había sucedido a aquel hombre que estaba tan decidido a no hablar de ello?, se preguntó Bethan con curiosidad, mientras la ayudaba a entrar en el carruaje de dos ruedas guiado por uno de sus empleados.

—Mahmud, lleva a la señorita Conway a la casa y dile a Ah-Ming que la ayude a instalarse —Simon Grimshaw se despidió de Bethan con una rígida inclinación—. Nos veremos esta noche para la cena. Entonces podremos hablar.

Mientras el carruaje se alejaba, Bethan se preguntó de qué iban a hablar. ¿Cómo iban a llegar a conocerse si se negaba a hablar de su pasado? Ya era bastante malo tener que casarse con un desconocido. Pero era mucho peor casarse con un hombre que parecía decidido a seguir siéndolo.

No sabía qué pensar de Simon Grimshaw. Como había admitido, no era lo que ella esperaba. En muchos sentidos era mucho mejor. No debía tener más de treinta años y era muy atractivo a pesar de su seriedad. Había mostrado un gran valor al enfrentarse a una multitud hostil para rescatarla del peligro. Y para ello había utilizado el ingenio en lugar de la fuerza bruta. Frente a aquellas cualidades estaban sus maneras autoritarias y su aire solitario.

Además, se sentía claramente decepcionado con ella. Sin duda le hubiera gustado una esposa sumisa y obediente, que nunca le cuestionara nada y siempre se comportara con perfecto decoro. ¿Qué pensaría si sospechara que había ido a Singapur en busca de un amotinado? Tal vez la echara a la calle en medio de aquella gente enfadada, cuyo idioma y costumbres suponían un peligroso misterio para ella.

Bethan estaba todavía tan asustada por lo que había ocurrido que no se atrevió a hablar con el empleado que llevaba el carruaje, un hombre de piel oscura y turbante blanco. Le parecía de mala educación ignorarle, pero le daba miedo que su inocente acercamiento le ofendiera. Para disimular su confusión, miró a su alrededor como si estuviera maravillada... lo que no estaba muy lejos de la verdad.

El carruaje discurría rápidamente a través de una zona abarrotada de gente, tiendas y almacenes situados a ambas orillas del río. Luego pasó por delante de una enorme plaza abierta en la que solo había unas cuantas construcciones blancas grandes. Detrás se alzaba una colina en cuya cima había un grupo de casas bajas. Tras cruzar la plaza, el carruaje tomó un camino ancho con amplias propiedades a los lados. En cada una de ellas había una casa blanca y grande asentada sobre espaciosos campos.

—¡Dios mío! —Bethan abrió los ojos de par en par mientras cruzaban por una puerta y se detenían frente a una inmensa villa de immaculados muros blancos y enorme tejado rojo.

Un porche amplio sujeto por pilares rodeaba toda la casa. Sabía que Simon Grimshaw era un comerciante de éxito, pero hasta entonces no se había dado cuenta del alcance de su fortuna. ¿Por qué un hombre así enviaba a buscar una esposa a Inglaterra? ¿Y por qué diablos había pensado el señor Northmore que una niñera galesa sin experiencia podría ser la señora de una casa tan grande?

El cochero dejó a Bethan al cuidado de una sirvienta asiática cuya túnica de cuello alto y los pantalones anchos parecían tres tallas más grandes de lo que le correspondía a su cuerpo menudo. Con la más perfecta reverencia y sin mostrar ninguna sorpresa ante la inesperada invitada de su amo, se presentó como Ah-Ming, el ama de llaves. No perdió el tiempo para ofrecerle a Bethan todo tipo de comida y bebida. Al ver que así no conseguía tentar a la invitada, Ah-Ming le hizo otro hospitalario ofrecimiento que Bethan no fue capaz de rechazar: un baño.

Tras el largo viaje, le resultó maravilloso bañarse y lavarse la cabeza. El delicioso remojón la relajó y le hizo recuperar su habitual ánimo. Para cuando hubo terminado ya había llegado su baúl y pudo ponerse ropa limpia.

Con el cabello cepillado y suelto para que se secase, le dio las gracias a Ah-Ming y aceptó el té que le ofrecía. El ama de llaves fue a prepararlo y ella se paseó por el espacioso salón.

En algunos aspectos se parecía a la casa en la que había trabajado en Newcastle. Pero los techos eran mucho más altos y las paredes no estaban empapeladas sino limpias y de un blanco brillante. También tenía muchas más ventanas, todas altas y estrechas, con persianas en lugar de cortinas. Y no había ni rastro de las imponentes chimeneas que presidían la mayoría de las salas en Inglaterra. La estancia entera tenía un aire de ligereza y apertura que agradaba a su espíritu libre.

Una cálida brisa se filtró a través de las ventanas portando el fresco olor a mar mezclado con aromas de flores tropicales y especias. Tras el ajeteo del puerto, la casa de Simon Grimshaw era un refugio de paz. Los únicos sonidos que Bethan podía oír eran el calmado y familiar ritmo del mar y el sonido de un repiqueteo que nunca antes había oído.

Entonces escuchó otro ruido, suave al principio pero que fue creciendo al acercarse: un par de voces agudas que hablaban en susurros en un lenguaje que Bethan no entendió.

Un instante más tarde apareció otra mujer asiática. Llevaba puesta una túnica suelta y unos pantalones como las de Ah-Ming, pero parecía mayor que ella y todavía más delgada. Iba acompañada por una niña pequeña, europea, que llevaba un vestido de muselina blanca con una banda verde pálido. Tenía el oscuro cabello recogido en dos largas trenzas atadas con lazos verdes a juego con la banda. Las facciones eran delicadas y sus enormes ojos marrones se clavaron en Bethan con incómoda curiosidad.

—Disculpe —la niña hizo una elegante reverencia y luego empezó a retroceder—. No sabía que tuviéramos compañía.

Hablaba con un acento encantador que se parecía al de la gobernanta francesa que vivía en la casa de Newcastle en la que Bethan había trabajado.

—Por favor, no te vayas por mí —Bethan apoyó una rodilla en el suelo y sonrió con calor—. ¿Nos presentamos? Me llamo Bethan Conway. He venido de Inglaterra. ¿Tú vives aquí?

Tal vez Simon Grimshaw tuviera otro socio aparte del señor Northmore.

Antes de que la niña pudiera responder, su acompañante contestó con tono hiriente, como si la pregunta le ofendiera:

—La señorita vive aquí, por supuesto. Es Rosalia Eva da Silva Grimshaw. Su padre es el amo de esta casa.

¿Padre? La palabra conmocionó a Bethan. Estaba convencida de que el señor Northmore no le había dicho nada de que Simon Grimshaw tuviera una hija. Pero tal vez eso explicaba por qué había escogido niñera como esposa para su socio. No sabía qué pensar sobre entrar en una familia ya hecha. La niña que había en su interior anhelaba tener una compañera de juegos, y esa preciosa criatura parecía encantadora. Pero el matrimonio ya sería un ajuste bastante difícil, sin añadir la responsabilidad de una niña pequeña.

—¿Has venido de Inglaterra? —Rosalía no le dio tiempo a Bethan a ordenar sus confusos sentimientos—. Allí es donde ha ido el tío Hadrian. Ah-Sam dice que está muy lejos. ¿Ha vuelto a Singapur contigo?

Resultaba claro a juzgar por su tono que Rosalía estaba deseando volver a ver al señor Northmore. Bethan odiaba tener que acabar con sus esperanzas. Sabía bien el amargo desengaño que suponía esperar en vano el regreso de un ser querido.

—Conocí a tu tío Hadrian en Inglaterra —trató de decirle la noticia de la forma más suave posible—. Me parece que quiere quedarse un tiempo allí. No creo que su mujer quiera hacer un viaje tan largo con un mocoso en camino.

Rosalía frunció sus oscuras cejas.

—¿Con un qué en camino?

—Eh... —Bethan se reprendió a sí misma por hablar con tanta libertad de esos asuntos con una niña tan pequeña. Estaba segura de que el padre de Rosalía no lo aprobaría.

Por suerte, la sirvienta evitó que tuviera que dar explicaciones incómodas al gritar:

—¡Ah! ¿El señor Hadrian ha encontrado una nueva esposa y ha formado una familia? ¡Eso es una buena noticia! Primero el señor Ford y ahora él. Ya solo queda uno.

El rastro anterior de molestia hacia Bethan desapareció y fue reemplazado por una sonrisa brillante reservada para los portadores de buenas noticias.

—¿Qué la trae por Singapur, milady?

El brillo astuto en los ojos oscuros de la mujer sugería que sabía la razón. Bethan hizo un esfuerzo especial por morderse la lengua por el bien de la niña. Si el señor Grimshaw no le había contado a su hija sus planes de matrimonio, ella no quería soltar la noticia de que Rosalía tendría pronto una madrastra. Prefería primero hacerse amiga de la niña.

—He venido... de visita —le lanzó una silenciosa mirada de advertencia a la sirvienta para que contuviera sus sospechas—. Y puede que me quede más tiempo si las cosas salen bien —cambió rápidamente de tema—. Nunca había oído el nombre de Rosalía, pero es muy bonito. Se parece un poco a Rhosyn, un nombre galés que siempre me ha gustado.

—El tuyo también es muy bonito —la niña sonrió tímidamente—. Espero que te quedes. Aquí llegan muchos barcos, pero nunca tenemos compañía.

El tono melancólico de la niña le llegó directamente al corazón.

—Cuando yo tenía tu edad vivía en un pueblecito muy tranquilo. Tampoco teníamos mucha compañía. Al menos, tú tienes a tu padre aquí contigo. El mío tuvo que irse a trabajar fuera.

Sus visitas a casa habían sido los mejores momentos de su infancia. El peor fue cuando su madre le dijo que no volvería nunca.

La sirvienta le dijo algo a su pupila en otro idioma.

Rosalía respondió asintiendo con la cabeza y luego le tendió la mano a Bethan.

—¿Te gustaría ver nuestro jardín?

Levantándose del suelo, Bethan tomó la mano expandida de la niña.

—Sí, me gustaría, gracias. Dime, ¿qué es ese sonido parecido a un repiqueteo? Parece que se escucha más alto.

—¿Te refieres a las cigarras? Son unos bichitos que cantan. Cuanto más calor hace, más ruido hacen. ¿No hay cigarras en Inglaterra?

Cuando Rosalía se la llevó de allí, la sirvienta le gritó algo.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Bethan, maravillada de que una niña tan pequeña hablara dos idiomas con tanta fluidez.

—Ah-Sam me ha dicho que sea una niña buena para que quieras quedarte con nosotros.

Aquel comentario perturbó a Bethan. Sabía la facilidad con la que un niño sensible podría tomarse a pecho una advertencia bienintencionada de aquel tipo.

—Estoy segura de que eres una niña buena —le apretó la mano a Rosalia—. Que me quede en Singapur no depende de cómo te comportes tú.

Más bien dependía de cómo se comportara ella, pensó Bethan. Después de los problemas que había provocado en el puerto y el modo en que le había interrogado sobre su herida, tal vez el señor Grimshaw decidiera que no era la esposa adecuada para él.

Lo mejor sería que le permitiera quedarse el tiempo suficiente para buscar a su hermano. A pesar de la fortuna de Simon Grimshaw y su aspecto atractivo, Bethan no estaba segura de querer entregarle su recién conseguida libertad a un hombre tan frío y mal encarado.



Capítulo 3

—¿Qué es ese ruido? —inquirió Simon Grimshaw cuando entró en el porche de su nueva villa.

Aunque su ama de llaves estaba por allí cerca, atenta como siempre, la pregunta de Simon no iba dirigida a ella ni a nadie en concreto.

No se había dado cuenta de que había hablado en voz alta mientras escudriñaba el jardín de atrás en busca del origen de aquel sonido desconocido. ¿Sería el canto de algún pájaro exótico que no conocía? ¿O tal vez la música de algún instrumento tradicional malayo que surgiera de la *istana* del sultán?

El sonido volvió a surgir de entre los arbustos en flor que había abajo, esta vez acompañado de otro similar pero de timbre más profundo. Juntos creaban una armonía arrebatadora. Sobresaltado, Simon se dio cuenta de que estaba escuchando la risa alegre y clara de una mujer y de una niña. ¿Tanto tiempo hacía que no oía aquel sonido que lo había olvidado?

Un instante más tarde Bethan Conway apareció ante sus ojos, su vibrante cabello rojizo brillaba a su espalda mientras corría. La fluida gracia de sus movimientos le recordó a un antílope salvaje que había visto en la India. El cascabel de su risa parecía llegarle hasta el pecho y despertar un anhelo en su corazón.

Mientras trataba de controlar aquella absurda reacción, Rosalia apareció de detrás del rododendro y llamó a Bethan. Su acento, una mezcla de portugués y cantonés, se parecía mucho al de su fallecida madre. ¿Había crecido la niña desde la última vez que la había visto?

Aquel pensamiento le granjeó a Simon una tenue punzada de culpabilidad. Desde que tuvo que encargarse él solo de Vindicara había tenido poco tiempo para Rosalia. Cuando se mudaron a esta nueva y espaciosa casa desde la antigua, situada al lado del almacén, la había visto menos que nunca.

Tenía la atención tan centrada en el jardín que había debajo que no se dio cuenta de que Ah-Ming estaba a su lado hasta que le habló.

—El señor Hadrian escogió bien para usted. La dama es educada y alegre. Será una buena esposa.

—No está aquí para ser mi esposa —respondió Simon con firmeza en cantonés—. Mi intención es tomarla como concubina.

—Entiendo —Ah-Ming sacudió la cabeza—. ¿Va a tomar una concubina antes de casarse?

—En lugar de casarme —gruñó Simon. Estaba cansado de la constante y sutil presión para que volviera a casarse por parte de su ama de llaves y la aya de Rosalia—. Un matrimonio fue más que suficiente para mí. No volveré a casarme.

El ama de llaves respondió con una risita.

—El señor Hadrian y el señor Ford también dijeron que nunca se casarían, pero algo les hizo cambiar de opinión.

—Mis socios y yo somos diferentes —Simon se dio la vuelta y se alejó.

Tal vez el nuevo matrimonio de Hadrian no debería haberle sorprendido tanto. Después de todo, su socio estuvo felizmente casado en una ocasión, pero perdió a su esposa y a su hija durante

una epidemia. Era lógico que algún día su dolor pasara y se arriesgara a volver a tener lo que había perdido. En cuanto a Ford, había heredado una hacienda y un título que necesitaban un heredero. Su matrimonio podría haber sido una cuestión de necesidad.

Simon tenía más razones que ninguno para recelar del matrimonio, y era de naturaleza mucho más cauta. Ya había empezado a preguntarse si tomar una amante no sería demasiado arriesgado. Conocer a Bethan Conway no había servido para calmar sus dudas.

Pero su belleza había despertado deseos largamente acallados que exigían liberación. ¿Qué otra cosa podía hacer con ella ahora que estaba allí? No podía subirla a otro barco a la mañana siguiente y devolverla a Inglaterra. El tráfico marítimo no volvería a restaurarse hacia occidente hasta pasados varios meses, cuando cambiaran los vientos. No iba a someterla a un viaje por el este, a lo largo del ancho Pacífico y alrededor de la traicionera punta de América del Sur solo porque tuviera dudas sobre su acuerdo. La había traído desde Inglaterra y tenía la obligación de cuidar de ella. Si lo hacía, todo el mundo en Singapur daría por hecho que era su amante. Y si se corría la voz de que no estaba compartiendo su cama, sería el hazmerreír de la comunidad europea, por no mencionar lo que ella pensaría de él.

Ya era demasiado tarde para echarse atrás. Debía seguir hacia delante con firmeza y dejarle claro a su imprudente y joven amante que no toleraría ninguna tontería.

¿En qué estaba pensando Simon Grimshaw mientras estaba en el porche mirándolas a ella y a su hija? Bethan se hizo aquella pregunta mientras se vestía para la cena. Le había visto por el raballo del ojo mientras corría por el jardín con Rosalia, pero fingió no darse cuenta.

¿Habría estado observándola, pensando si cancelar la boda? ¿Le complacía que se llevara tan bien con su hija o desaprobaba sus ruidosas carcajadas? Al parecer se trataba de lo último, a juzgar por su expresión.

Confiaba en que no se pasara toda la noche buscándole defectos. Nunca había sido capaz de aceptar correcciones ni aunque se lo mereciera. La crítica injusta hacía que se defendiera como un gato acorralado.

Cuando se hubo colocado la última horquilla en el pelo, Bethan vaciló en la puerta de su dormitorio.

Se sentía tentada de evitar aquel encuentro con Simon Grimshaw apagando el candil y deslizándose bajo la mosquitera para meterse en la cama. Pero los deliciosos olores que salían de la cocina resultaban tentadores. Tras varios meses comiendo rancho en el barco, haría falta algo más que su intimidante anfitrión para que se perdiera una buena cena.

Encontró al señor Grimshaw en el salón plantado frente a las ventanas abiertas con las manos a la espalda. Era la viva imagen de la severidad. Negándose a sentirse acobardada, entró como si no tuviera ninguna preocupación en la vida.

—¿Llego tarde? Debería haber enviado a alguien a buscarme.

Él vaciló un instante antes de responder. Sus fríos ojos azules se clavaron en ella. ¿Tendría una mancha en el vestido? ¿Estaría mal peinada?

—No llega tarde —aseguró Simon con frialdad—. Ah-Ming nos avisará cuando esté servida la cena. Espero que la haya atendido bien esta tarde y que haya encontrado todo a su gusto.

—No puede haber sido más amable. Me preparó un baño y me lavó el cabello. Ah-Sam y ella se pusieron muy contentas al saber que el señor Northmore se ha casado.

Bethan supo al instante que había dicho algo que no debía porque Simon Grimshaw frunció el ceño.

—Le sugiero que en el futuro se abstenga de chismorrear con la servidumbre. La comunidad europea es muy pequeña y los asuntos privados pueden convertirse en chismes públicos con mucha facilidad.

Justo lo que esperaba. Las primeras palabras que habían salido de su boca ya eran motivo de crítica.

—No estaba chismorreando —las mejillas le ardieron—. Ah-Ming me preguntó sobre el señor Northmore y se lo conté. No entiendo por qué su matrimonio debería ser un secreto. No es algo vergonzoso. Tal vez no sepa muy bien cuál es mi sitio —admitió—. Yo misma formé parte de la servidumbre allá en Newcastle, así que estoy más cómoda con los criados que con los amos.

¿Qué pensaría Simon Grimshaw de aquello?

—¿Ah, sí? —la noticia no pareció sorprenderle tanto como ella esperaba—. ¿En qué puesto?

—De niñera —le espetó las palabras como un reto, desafiándole a burlarse del honrado trabajo que había desempeñado.

—Eso explicaría lo que estaba haciendo en el jardín con Rosalia —a juzgar por su tono, estaba claro que eso también lo desaprobaba.

—Me gusta la compañía de los niños —respondió ella—. No les importa la posición ni la fortuna y no encuentran defectos en todo lo que una persona hace.

El señor Grimshaw apretó la mandíbula con firmeza y entrecerró los ojos.

Bethan deseó que su severidad le hiciera parecer avinagrado y feo, entonces tal vez no le importara lo que él fuera a hacer. Pero seguía pareciéndole demasiado atractivo para su gusto.

—Adelante, diga lo que de verdad piensa, señor Grimshaw.

Sus palabras parecieron pillarle desprevenido, pero reaccionó al instante.

—¿Presume usted de leerme el pensamiento, señorita Conway? Tal vez debería decirme lo que estoy pensando.

—Muy bien. Está pensando que el señor Northmore ha escogido mal y que no le convengo en absoluto. Quiere enviarme de regreso a Inglaterra. Bien, pues permítame que le diga que después del modo en que me ha tratado hoy, estaré encantada de irme.

Con los sentimientos revueltos, Bethan se dio la vuelta para alejarse de Simon Grimshaw y se encontró con el ama de llaves en la amplia entrada en forma de arco. Ah-Ming parecía calmada y serena, como si no hubiera oído una palabra del brusco enfrentamiento entre ellos.

—La cena está servida —el ama de llaves se inclinó—. El cocinero ha preparado un festín en honor de milady.

—Gracias —contestó el señor Grimshaw—. Enseguida vamos.

La criada volvió a inclinarse y luego se alejó de allí.

—Debe quedarse y cenar —el señor Grimshaw no hablaba como Bethan esperaba, molesto y desaprobador.

—¿Es una orden? —ella siguió dándole la espalda y le lanzó la pregunta girando el cuello.

—Más bien... una súplica —parecía casi amistoso—. No se podrá vivir con el cocinero si se ha tomado todas estas molestias para nada. Alguno de los demás comerciantes puede hacerle una oferta y conseguir por fin quitármelo, y eso sería un desastre doméstico.

Mientras Bethan estaba pensando qué responder, él añadió:

—Ya ve, la servidumbre tiene mucho poder en mi casa.

Bethan se armó de valor para defenderse del tono irónico de su voz.

—De acuerdo entonces. Pero solo porque la comida huele de maravilla y porque no quiero herir los sentimientos del cocinero. Y lo haré con una condición.

—¿De qué se trata?

—No quiero que una buena cena se estropee con una pelea. Si no es capaz de decirme nada agradable durante la velada, no me diga nada.

—De acuerdo —respondió el señor Grimshaw tras un instante de vacilación—. Podría haber pedido mucho más que eso —avanzó hasta colocarse delante de ella—. Admito que tenía dudas sobre su idoneidad, pero se equivoca al pensar que tengo intención de enviarla de regreso. Creo que hoy hemos empezado con el pie izquierdo. ¿Es demasiado tarde para dejar todo esto atrás y empezar de nuevo?

Sus labios firmes y decididos se curvaron en una sonrisa que vino y se fue con la rapidez de una tormenta de verano. Con la fuerza de un rayo, su potente fuerza sobresaltó el corazón de Bethan.

¿Simon Grimshaw quería darle otra oportunidad? ¿No debería ella hacer lo mismo después del modo en que había acudido a su rescate? Además, aunque le molestaban las críticas, nunca había sido rencorosa.

—No puede ser ya demasiado tarde, ¿no cree? —le devolvió el gesto con una sonrisa que floreció más lentamente pero que duró más—. Deberíamos darnos al menos una semana antes de decidir que no podemos soportarnos el uno al otro.

Su broma despertó en él una carcajada.

—Estoy de acuerdo. No deberíamos ser enemigos mirados, a menos que llevemos una semana conociéndonos.

—Entonces, ¿podemos empezar como se debe y fingir que acabo de llegar ahora mismo a Singapur? —sugirió Bethan.

Él asintió.

—Una sugerencia digna de elogio.

—Me alegro de conocerle por fin, señor Grimshaw —extendió la mano—. Me llamo Bethan Conway.

—Permítame que le dé la bienvenida a Singapur, señorita Conway —en lugar de estrecharle la mano como ella esperaba, Simon Grimshaw se inclinó sobre ella. Levantándole los dedos, se los rozó como a ella fuera una dama elegante—. ¿O puedo llamarte Bethan? Creo que dadas las circunstancias, dicha familiaridad está permitida, ¿no te parece?

El aterciopelado roce de sus labios le provocó un extraño escalofrío en el brazo. Cuando trató de hablar, la voz le salió ronca.

—Puede llamarme como deseé.

Él se estiró.

—Y tú puedes llamarme también por mi nombre de pila si así lo deseas.

El giro que había dado su relación en cuestión de minutos desde que entró en la sala fue suficiente para que Bethan se sintiera mareada.

—Gracias... Simon.

Su nombre sonaba tan atractivo en la dulce voz de Bethan que parecía casi una palabra cariñosa. A Simon le parecía una mujer inusual. Era directa, nunca decía una cosa queriendo decir otra, ni esperaba que adivinara lo que estaba pensando. Y cuando hizo un esfuerzo por arreglar las cosas entre ellos, había aceptado sin torcer el gesto. Tal vez Hadrian hubiera escogido mejor de lo que pensó en un principio.

—Tenemos que ponernos al día en muchas cosas —le ofreció el brazo a Bethan—. Dime, ¿cómo ha sido el viaje desde Inglaterra? Espero que muy terrible.

—En absoluto —Bethan puso la mano en la cuna de su brazo, una sensación que hacía

mucho tiempo que no experimentaba—. Ha sido una gran aventura. Al principio la mar estaba picada y los chicos de Durham vomitaban sin parar los pobres. Pero a medida que navegamos hacia el sur las aguas se calmaron y ellos estuvieron mejor. Todos protestaron asegurando que no era justo que yo no hubiera vomitado ni una vez. Pero, ¿quién les habría cuidado si yo también me hubiera encontrado mal? Me encantó el olor del mar y el mecer de las olas —continuó mientras entraban en el comedor y Simon le separaba la silla—. Me alegro de que tu casa esté cerca del mar, así podré seguir oyéndolo. Aunque no esperaba que este lugar fuera tan grande y tan magnífico.

—Esta villa es muy diferente a nuestro primer alojamiento en Singapur —Simon rodeó la mesa y tomó asiento frente a ella—. Hadrian, Ford y yo construimos nuestra primera casa con maderas y tejado de hojas de palma entrelazadas.

Aquella era una parte de su pasado que no le importaba revelar.

—Hasta hace poco no se le permitía a nadie tener tierras propias ni levantar construcciones permanentes por temor a que los holandeses invadieran el territorio y el gobierno nos obligara a marcharnos. Cuando nos enteramos de que se había firmado una tregua para convertir Singapur en posesión Británica empezó a construirse mucho. Hadrian fue muy sagaz al invertir parte de nuestros beneficios en una cementera.

Simon se detuvo.

—Discúlpame. Mi intención era saber más cosas sobre ti, no aburrirte con toda esta charla sobre negocios y política.

Carlotta les había reprendido con dureza en muchas ocasiones a él y a sus socios por hablar constantemente en las cenas de sus temas favoritos.

—Por mí no te pares. Quiero aprender todo lo que rueda sobre Singapur —la expresión arrebatada de Bethan le hizo saber que su interés era genuino—. Parece un lugar muy excitante con todo lo que está sucediendo. ¿Cuántos barcos arriban aquí en el periodo de un año?

Antes de que pudiera responder, Ah-Ming entró y dejó unos cuencos de humeante sopa frente a ellos.

Bethan pareció olvidar su pregunta al aspirar profundamente.

—Huele muy bien. ¿De qué es?

—Mi favorita. Sopa de tortuga —Simon introdujo la cuchara en el caldo, disfrutando de su fuerte aroma.

—Nunca la he probado —Bethan comenzó a tomar la sopa con un ademán que algunas damas inglesas habrían considerado impropio, pero Ah-Ming sonrió con aprobación.

—Mm —Bethan dejó finalmente la cuchara con un suspiro de satisfacción—. Sabe todavía mejor de lo que huele. Siento lástima por la gente que nunca prueba cosas nuevas. No saben lo que se pierden.

—Tendrías que haber estado aquí hace unos meses —dijo Simon—. Uno de los comerciantes chinos celebró un banquete con las más extrañas delicadezas. Aleta de tiburón y sopa de nido de pájaro. Lonchas de cola de elefante en salsa de huevos de lagarto. Estofado de puercoespín con manteca de tortuga verde.

Bethan abría cada vez más los ojos con cada plato que mencionaba. Simon seguía esperando que torciera el gesto ante la idea de comer platos tan extravagantes. Pero su expresión mostraba fascinación en lugar de desagrado.

—El plato fuerte del banquete —concluyó—, fueron ojos de gallinazo adornados con un ribete de crestas de pavo real. Me dijeron que costó más de doscientos reales de a ocho. Eso es casi cincuenta libras.

—¡Yo me alimentaría durante años con cincuenta libras! —exclamó Bethan—. Vamos, ¿no me estarás gastando una broma para comprobar lo ingenua que soy? Cuando llegué a Newcastle desde Gales, los demás sirvientes solían divertirse haciendo eso.

¡Granujas miserables, riéndose a expensas de una joven inexperta! La oleada de indignación que sintió tomó a Simon por sorpresa.

—Deberías tomarte algunas historias con escepticismo —le aconsejó mientras Ah-Ming le retiraba los cuencos y servía un plato de cordero bengalí—. Pero yo no te he tomado el pelo, te lo prometo. Puedes preguntarle a cualquiera que asistiera al banquete. Incluso salió la noticia en el periódico. Los ojos de gallinazo no estaban mal, por cierto. Sabían un poco a caviar pero sin el gusto a pescado.

Bethan le dirigió una mirada de desconcierto que le hizo pensar a Simon que probablemente nunca había probado el caviar... tal vez ni siquiera hubiera oído hablar de él.

—El cordero debe resultarte familiar si has vivido en Gales —volvió a centrar la conversación en ella—. ¿De qué parte del país eres?

Bethan probó un trozo de carne y puso los ojos en blanco por la satisfacción.

—He comido mucho cordero en mi vida, pero ninguno tan tierno como éste. Vengo de una aldea pequeña situada al norte del río Aled. Es lo más diferente a Singapur que se pueda imaginar, solo hay colinas, ovejas y mucha nieve en invierno. ¿Y qué me dices de ti? ¿Has vivido siempre en las Indias o llegaste desde Inglaterra?

El brillo plateado de interés que reflejaban sus ojos llevó a Simon a responder a pesar de su decisión de preservar su intimidad.

—Me crié en el norte de Manchester, en el valle de Ribble.

Era una información inocua, y sin embargo despertó en él recuerdos que prefería olvidar.

—Tu aldea parece muy distinta a Singapur —continuó antes de que ella pudiera hacerle más preguntas—. ¿Qué te ha hecho dejarla para venir al otro lado del mundo?

Bethan estuvo a punto de atragantarse con un trozo de carne que estaba tratando de tragar. Pero tosió y dio un sorbo de cerveza para pasarlo.

Cuando fue capaz de volver a hablar, dijo:

—Estaba buscando un cambio, supongo. Un lugar nuevo y excitante en el que sucedan cosas. Ah-Ming colocó otro plato delante de ellos.

—Nunca había visto nada parecido —Bethan inhaló el delicioso aroma que surgía de la sabrosa mezcla de comida.

—Una cosa más que creo que te gustará —dijo Simon. La idea de presentarle todas las novedades de Singapur le resultaba atractiva—. Es una de las especialidades del cocinero: arroz con pato, ñame y langostinos.

—Oh, Dios mío —susurró Bethan cuando hubo saboreado el primer bocado de aquel plato agrídulce—. Esto debe ser lo que comen en el Cielo.

Simon asintió. ¿Había añadido el cocinero un nuevo ingrediente secreto aquella noche al arroz con pato? Sabía mejor que nunca. ¿O era el entusiasmo contagioso de Bethan lo que le hacía sentir como si él también lo estuviera probando por primera vez?

—Cuando mi madre murió —continuó ella entre bocados—, me quedé sola y decidí que había llegado el momento de vivir realmente la vida en lugar de dejar que pasara a mi lado.

Sin duda no esperaba que creyera que había hecho un viaje tan largo y peligroso y había sacrificado cualquier esperanza de un futuro respetable en aras de una ingenua búsqueda de aventuras. Simon tenía la sensación de que Bethan estaba ocultándole algo. El modo en que evitaba su mirada y la falsa alegría de su tono de voz la delataban.

La verdad no era muy difícil de adivinar. Algún hombre de Newcastle debió haberse aprovechado de aquella muchacha de campo ansiosa por experimentar cosas nuevas. ¿Cosas como el amor, tal vez? Una vez que su reputación quedó en entredicho, debió decidir que no tenía nada que perder navegando hasta las Indias para convertirse en la amante de un comerciante rico. Una oleada de furia atravesó a Simon al pensar en su inocencia explotada.

En respuesta a su silencio, Bethan añadió:

—Supongo que para ti todo eso suena a sueño estúpido.

Simon recuperó la compostura antes de responder con más dulzura de la que se creía capaz:

—No, estúpido no. Yo diría que se trata de un gran sueño que acarrea riesgos mayores de los que habías imaginado. Tal vez tu pequeña aldea galesa no fuera el lugar más excitante del mundo, pero al menos allí estabas a salvo.

Ahora que había ido a la lejana y peligrosa Singapur, Simon se sentía en la obligación de convertirse en su protector en todos los sentidos de la palabra. Tenía la sospecha de que el mayor peligro estaba en la impetuosa y confiada naturaleza de la joven.

A pesar de los problemas que podían haberle sucedido en Newcastle, Bethan no parecía convencida de que tenía que haberse quedado en Gales.

—No me ha ocurrido nada malo todavía. Y aunque me enviaras de vuelta a casa mañana, ya habría visto y hecho más cosas que mi madre en toda su vida.

¿Le avergonzaría admitir lo que sabía que debía haberle ocurrido?, se preguntó Simon. ¿O de verdad no consideraba la pérdida de su virtud como algo malo? Quería preguntárselo, pero estaba disfrutando demasiado de aquella cena con ella como para arriesgarse a estropearlo con preguntas de ese tipo.

—No hablemos más de enviarte de vuelta a casa —insistió. Aunque todavía tenía dudas sobre Bethan Conway, la idea de renunciar a ella ya no le atraía—. Además, no podría hacerlo al día siguiente ni aunque quisiera.

Le explicó lo de los fluctuantes monzones y cómo estos evitaban que los barcos zarparan hacia occidente durante parte del año.

—¡Qué bien! —Bethan parecía tan contenta con aquella información como lo había estado con la nueva comida que había probado—. Entonces, ¿tendré que quedarme en Singapur al menos hasta noviembre?

Simon la miró con calidez desde el otro lado de la mesa.

—Espero poder persuadirte para que te quedes aún más tiempo.

Ella no le esquivó la mirada esta vez, sino que la mantuvo. Simon captó un brillo de incertidumbre en sus ojos cambiantes.

—Tal vez puedas —sus palabras susurradas cayeron en los oídos de Simon como una melodía.

Solo hicieron falta aquellas palabras y una mirada para encender las cenizas de su deseo largamente reprimido y para que las brasas volvieran a arder. Simon trató de echarle la culpa a la sopa de tortuga, a la que los lugareños le achacaban poderes afrodisíacos.

Pero él sabía que no era así.



Capítulo 4

Tenía cinco meses enteros para estar en Singapur y averiguar qué había sido de su desaparecido hermano. Bethan podría haber besado a Simon por haberle proporcionado aquella maravillosa seguridad. Pero, ¿se casaría con él por ello? Sus sentimientos respecto a aquella cuestión estaban divididos.

Por una parte él le había pagado el pasaje y ella había llegado a un acuerdo con el señor Northmore en su nombre. Si Simon todavía quería casarse con ella, ¿cómo iba a negarse? Pero, ¿y si descubría que su hermano había ido a algún otro lado? El matrimonio con Simon la dejaría atrapada en Singapur y sin poder seguir la pista de Hugh.

Aparte de aquellas cuestiones prácticas había otras cosas que considerar, como su intensa y confusa respuesta hacia Simon Grimshaw. Su cercanía, su contacto, incluso su mirada despertaban sus sentidos como ningún otro hombre lo había hecho. Y luego estaba su hijita. La niña parecía deseosa de compañía y de afecto por parte de alguien que no fuera sirviente de su padre.

—Tu hija es una monada —dijo Bethan cuando Ah-Ming les llevó el postre—. Un poco callada al principio, pero creo que le ha gustado nuestra carrera por el jardín.

—Eso parece. No recuerdo cuándo fue la última vez que la oí reírse así —Simon no parecía tan complacido como ella había esperado.

Por primera vez desde que habían decidido empezar de nuevo, Bethan sintió que el adusto señor Grimshaw todavía se escondía bajo la amable superficie de Simon.

—Supongo que echa de menos a su madre, pobrecilla. ¿Cuánto tiempo hace que murió tu esposa?

Simon agarró con más fuerza la cuchara y se quedó mirando el postre como si estuviera envenenado. Su respuesta surgió con tensión.

—Llevo más de tres años viudo. Dudo que Rosalia guarde ningún recuerdo de su madre.

—Lo siento por los dos —Bethan sintió deseos de extender la mano por encima de la mesa y apretarle la suya. Compadecía a la niña más que nunca—. Rosalia debe parecerse a su madre, ¿verdad? No se parece en nada a ti.

Simon alzó la mirada hacia la suya y habló con tono firme y calmado.

—Rosalia es la viva imagen de su madre. Y ahora, si no te importa, me gustaría hablar de otra cosa. Como he mencionado antes, prefiero no ahondar en mi pasado.

—Por supuesto —murmuró Bethan, aunque estaba llena de preguntas sobre su fallecida esposa.

¿Cómo había muerto? ¿Tendría algo que ver con la herida de la pierna de Simon? Tal vez por eso no quería hablar de ello.

Pero había otras cosas sobre las que sentía curiosidad y que no despertarían en él recuerdos dolorosos.

—No me has dicho cuántos barcos llegan al año a Singapur. Seguro que deben ser muchos.

—Sí, lo cierto es que cada temporada llegan más —Simon parecía agradecido por el cambio de tema—. Los bugineses llegan en su *prahus* con el monzón del noroeste. Traen especias de los Mares del Sur. Luego está la flota de vela china. Traen telas y té. Barcos procedentes de la

India y de Europa llegan con los monzones del sureste, como el tuyo. Comercian con hierro, algodón y ese tipo de productos procedentes de China y los Mares del Sur.

Mientras tomaban un delicioso pudín de mango y bebían el fuerte café de Java, Bethan le hizo a Simon muchas más preguntas sobre Singapur y sus negocios, sacando retazos de información que confiaba que pudieran ayudarla a encontrar la pista de Hugh. Simon respondió a todo con rapidez, impresionándola con su conocimiento de todo lo relacionado con su negocio.

Estaba claro que también le gustaba hablarle de ello. Le dio la sensación de que cada vez estaba menos tenso y menos en guardia. Parecía estar constantemente a punto de sonreír. Bethan bebió del sonido de su voz, percibiendo cada gesto seguro y cada sutil cambio en sus facciones.

Una ligera puñalada de decepción la atravesó cuando Simon dejó la servilleta y se levantó de la silla, porque eso significaba que la agradable velada iba a tocar a su fin.

—Antes de que reventemos las costuras, ¿te parece que salgamos al porche a disfrutar del aire de la noche?

—Me parece maravilloso.

Unos instantes más tarde estaban en el amplio porche cubierto que daba al jardín en el que había jugado con Rosalia. Más allá del jardín había un camino y al otro lado de ese camino se extendía la playa. Una brisa marina jugueteaba con las hojas de varios árboles altos que había cerca de la casa. Se oía el constante romper de las olas en la orilla.

Bethan aspiró con fuerza el aire.

—¿Qué es ese olor?

—¿Qué olor? —Simon le cubrió la mano con la suya cuando la apoyó sobre la barandilla del porche—. Me he acostumbrado tanto a todos que ya no lo noto.

Bethan tardó un instante en responder. El contacto de Simon parecía traspasarle los dedos, enviando una invitadora sensación a través de su piel. Pero, ¿a dónde la estaba invitando? Era demasiado inexperta para saberlo.

Volvió a aspirar el aire.

—Es muy dulce, pero no creo que sean flores. ¿Tal vez sea algo que se está cocinando?

Mientras trataba de describir el extraño y apetecible aroma, aspiró también la fragancia de Simon.

Tenía un punto ligeramente amargo que resultaba extrañamente atractivo, como el café fuerte y oscuro.

—Puede que sea el aceite de coco —Simon se acercó más hasta que apoyó su brazo sobre el suyo—. Lo utilizamos en las farolas para alumbrar las calles de noche.

—Singapur está lleno de cosas nuevas y agradables —Bethan dejó escapar un suspiro de placer intensificado por la cercanía de Simon—. Estoy deseando verlo, oírlo y olerlo todo.

—No olvides «tocarlo» —le recordó él con un susurro profundo, girándose hacia ella y alzando la mano para acariciarle la mejilla con el dorso.

Era una sensación muy distinta a la que había experimentado cuando le agarró el brazo en el muelle. Le intrigaba que un hombre que podía mostrarse tan protector pudiera ser también tan delicado.

—No eres en absoluto lo que esperaba, Bethan.

Cuando le había dicho aquello durante su desastroso primer encuentro, no le cupo duda de que estaba expresando descontento. Ahora parecía estar diciéndole algo completamente diferente.

—¿Cómo diablos te ha encontrado Hadrian?

Sin saber cómo responder al contacto de Simon, no hizo nada, aunque no pudo evitar que se le sonrojara la mejilla bajo sus dedos.

—Puso un anuncio en el periódico —respondió casi sin aliento—. Y yo respondí.

—¿Qué dices que hizo? —Simon se retiró con brusquedad, como si su inocente sonrojo le hubiera quemado la mano—. ¿En qué diablos estaba pensando?

—¿Importa algo cómo me encontrara? —Bethan se estremeció por la brusquedad de su indignación.

¿Le preocupaba que la gente se riera de él por haber conseguido esposa a través del periódico?

—Estoy aquí y eso es lo que importa, ¿no?

Para su alivio, la voz de Simon se dulcificó.

—Supongo que sí —le agarró la mano y entrelazó los dedos con los suyos—. Me sorprende, eso es todo, que Hadrian utilizara un método tan poco convencional. Y me sorprende más todavía que tú contestaras a un anuncio en el periódico de ese tipo. Debía haber hombres de sobra en Newcastle que quisieran estar contigo.

Bethan percibió una pregunta diferente oculta bajo sus palabras, pero no se le ocurría qué podía ser. En cualquier caso, no se sentía cómoda con el tema. ¿Y si se le animaba la lengua como le sucedía muchas veces y le contaba la auténtica razón por la que había ido a Singapur? Quería estar segura de que podía confiar en él antes de mencionarle a su hermano.

—No conocí a muchos hombres cuando trabajaba como niñera de los Bainbridge. Y Newcastle me importaba muy poco. Así que cuando supe del anuncio del señor Northmore pensé que no me haría daño intentarlo. Nunca imaginé que me escogería, pero cuando lo hizo sentí que me estaban dando una oportunidad. No podía rechazarla.

La pálida luz de la luna proyectaba profundas sombras sobre las facciones de Simon, haciendo imposible saber si la creía. Pero le deslizó el pulgar por la palma de un modo que la dejó sin respiración.

—Me alegro de que no lo hicieras.

Levantando sus manos entrelazadas, se inclinó hacia delante y apretó los labios contra su muñeca... y luego contra el antebrazo, la cara interior del codo... cada beso provocó en Bethan una sensación diferente y deliciosa, mejor todavía que el olor del aceite de coco y el sabor a pudín de mango. Despertaban un extraño anhelo en ella, un deseo que no podía satisfacerse con comida, por muy deliciosa que fuera. Cuando Simon fue besándole el brazo, el hombro y el cuello, abrió la boca para aspirar con más fuerza el aire.

Simon debió tomárselo como una invitación. Inclinandose sobre ella, inclinó levemente la cabeza y tomó posesión de sus labios con firmeza. No de manera brusca ni exigente, pero tampoco torpe ni vacilante. Deslizó la lengua entre sus labios entreabiertos, explorándolos y saboreándolos como si fueran una nueva delicadeza que quisiera probar.

Evan, un amigo de Hugh, la había besado una vez. Le robó un beso torpemente en una esquina oscura, dándole un golpe con la nariz. Aquel beso fue tan distinto del de Simon como un cuenco de callos fríos a un plato de arroz con pato. La había hecho sentirse avergonzada, deseosa de que no volviera a suceder. Las amorosas atenciones de Simon habían surtido el efecto contrario. Provocaron oleadas de calor que le recorrieron el cuerpo hasta ir a parar a los senos y la entrepierna. Estimularon un anhelo profundo que la sorprendió por su intensidad. No parecía capaz de inhalar aire suficiente por la nariz para alimentar la llama que había prendido.

Él también jadeó, expulsando el aire por la nariz. Comenzó a deslizar las manos por su cuerpo esparciendo un sensual anhelo allí donde la tocaba. Abrumada por las potentes y desconcertantes sensaciones que se estaban apoderando de ella, Bethan se apartó bruscamente de brazos de Simon.

—Por favor, acabamos de conocernos esta mañana. Necesito tiempo para conocerte mejor a ti y a este lugar antes de... —«casarme contigo», iba a decir, pero las palabras se le quedaron atrapadas en la garganta—... de dar un paso tan importante.

¿Cómo reaccionaría Simon a su propuesta? Bethan escudriñó sus facciones en la sombra. Durante un instante pareció perplejo. Luego apretó los labios con fuerza y sus helados ojos azules brillaron ultrajados.

Una punzante sensación de frustración atravesó el cuerpo de Simon cuando Bethan se apartó de él.

Un instante antes estaba disfrutando del sabor de sus besos, de una dulzura fresca y delicada que rivalizaba con la de los mangos. Unido a la suave perfección de su cuerpo bajo sus manos, había desatado una tempestad de deseos largamente acallados. Su piel tembló ante la expectativa de los placeres que iba a encontrar entre sus brazos. Cualquier duda que pudiera albergar sobre la idoneidad de tomar una amante desapareció al instante. No podía esperar para llevársela a la cama.

Entonces, sin previo aviso, Bethan se puso tensa y se apartó de sus brazos. Era como si pronto le hubieran arrancado una escayola del cuerpo y se hubiera llevado un trozo de piel con ella. El instinto le pidió que respondiera. Pero la visión de sus ojos grandes y angustiados apagó la llama de su deseo con repentina frialdad. Parecía mucho más asustada ahora que por la mañana, cuando la vio apoyada contra la pared de un fumadero de opio rodeada por una multitud furiosa.

«Necesito tiempo para conocerte mejor y a este lugar antes de...» Había vacilado como si le avergonzara decir en voz alta la escandalosa razón que la había llevado a Singapur. «Antes de dar un paso tan importante».

La verdad fue como una bofetada en la cara para Simon. Había pensado que algún hombre se había aprovechado de su confiada inocencia. Pero la aterrada reacción de Bethan ante sus avances le convenció de que había algo más. Una muchacha como ella no habría entregado de buena gana su virginidad. ¡Debían habérsela arrebatado a la fuerza! La idea hizo que el estómago de Simon echara chispas como un volcán a punto de hacer erupción. Desde los rincones más cerrados de su memoria se escaparon unos gritos angustiados que llegaron hasta sus oídos.

Lamentaba sus sospechas anteriores respecto a Bethan. No era de extrañar que hubiera tratado de evitar las preguntas sobre qué estaba haciendo en Singapur con endebles excusas sobre la búsqueda de aventura. Lo de que verdad estaría buscando era seguridad y un cambio absoluto de escenario que le ayudara a olvidar lo que le había sucedido. Él más que ningún otro hombre tendría que haber entendido su situación. Pero había permitido que la urgencia de su deseo le cegara.

—Por supuesto —haciendo un esfuerzo supremo, Simon trató de controlar sus turbulentas emociones. Hacía mucho tiempo que nada le había llevado a estar a punto de perder la compostura—. Perdóname. No quería asustarte. Hace mucho tiempo que no estoy cerca de una mujer. Me temo que tu belleza ha podido con mi discreción.

¡Maldición! Eso no era lo que tenía que decir. No debía dar a entender que lo que había ocurrido era en ningún caso culpa de ella, que su atractivo justificara en cierto modo que él perdiera el control.

Simon se moría por saber qué le había sucedido exactamente. Quería saber el nombre del canalla que la había deshonrado para poder maldecirlo. Y si por alguna improbable casualidad llegara a conocerle, le daría una paliza a aquel perro infernal.

Pero, ¿cómo iba a pedirle a Bethan que compartiera recuerdos tan dolorosos si él se negaba a hablar de partes de su pasado que prefería olvidar? Debía respetar su intimidad y sus esfuerzos por dejar atrás esos problemas.

Para sorpresa de Simon, sus mal escogidas palabras parecieron calmar su angustia.

—¿Crees que soy guapa? —murmuró, como si le costara trabajo creerlo.

—Oh, sí —susurró él—. Mucho más guapa de lo que esperaba.

El brillo de las estrellas se reflejó en sus ojos.

—Bueno, yo nunca imaginé que tú fueras tan joven y guapo.

Aunque su arrolladora sinceridad y su admiración le hincharon el pecho, también amenazaron con hacerle perder el escaso autocontrol que tenía.

—No deberías decir esas cosas si quieres mantenerme a distancia.

Simon habló con dulzura, casi bromeando, pero tal vez ella sintiera una peligrosa corriente interior de deseo bajo sus palabras.

Sus bellas facciones se tensaron y Bethan se mordió el carnoso labio inferior.

—No es que no me gustes ni que no quiera... no quiera...

—Lo comprendo —la interrumpió Simon deseoso de evitarle pronunciar las palabras que podrían formar una desagradable asociación para ella—. Necesitas tiempo para acostumbrarte a... tu nueva situación.

Tiempo para que confiara en que él la trataría como se merecía.

Tiempo para vencer su miedo a la intimidad con un hombre.

Tiempo para asumir la renuncia a cualquier esperanza de respetabilidad a cambio de contar con su protección.

—¿Cuánto tiempo crees que necesitarás? —las palabras salieron de su boca antes de que pudiera evitarlo, traicionando la urgencia de su deseo.

Eso pudo haber sido lo que provocó que Bethan retrocediera un paso y se agarrara a la barandilla del porche.

—La verdad es que no lo he pensado. Supongo que un mes nos daría tiempo para conocernos mejor el uno al otro. ¿Estaría bien así?

¿Un mes entero? Simon contuvo un gruñido. Treinta veladas así, luchando por ignorar el antiguo anhelo que ella había despertado con una fugaz muestra de sus favores.

¿Podría soportarlo?

Pero, ¿cómo iba a resistirse a su aire de vulnerable inocencia?

—Si necesitas un mes tendrás un mes —le aseguró—. Tienes razón al considerar esto un gran paso. Quiero asegurarme de que no te arrepientas de darlo.

Eso no significaba que tuviera que pasarse el mes entero sin un solo beso o una caricia. Simon hizo un esfuerzo por calmar su deseo. Debía ayudarla a que se acostumbrara a sus atenciones poco a poco, contando con la seguridad de que no iría demasiado lejos, ni demasiado rápido. Debía demostrarle que estaría protegida, que la trataría con dulzura y le daría placer. Necesitaba encender su deseo al tiempo que controlaba el suyo propio para que a finales de mes estuviera tan dispuesta a ocupar su lugar en su cama como lo estaba él.

Simon le dio las buenas noches inclinándose de forma tensa y poco natural, como si el apasionado beso del porche no hubiera tenido lugar nunca. Aunque sabía que estaba tratando de cumplir lo que le había pedido, Bethan no pudo evitar el perverso deseo de que pasara algo más. Otro galante beso en la mano o un roce de sus labios en la mejilla.

Mientras se desvestía para meterse en la cama, se encontró escuchando los sonidos que él hacía por la habitación que estaba al lado. Sus excitantes besos habían despertado algo en ella. Era consciente de su cuerpo como no lo había sido desde hacía años, cuando comenzó el misterioso paso de niña a mujer. Cuando se quedó en combinación no pudo ignorar el dulce y sutil anhelo de sus senos. Los pezones sobresalieron hacia la fina tela de lino como un par de guijarros rosas y firmes.

Cuando vio su imagen en el espejo que había encima de la cómoda, se preguntó si Simon estaría escuchando sus movimientos, imaginando cómo se desvestía. La idea le provocó un repentino sonrojo desde los dedos de los pies desnudos hasta la raíz del pelo. Entonces lo imaginó quitándose aquella inmaculada camisa blanca y deslizando sus pantalones por los muslos y todo el aire pareció desaparecer de la estancia, dejándola sin aliento. Bethan nunca hubiera esperado que el hombre con el que tenía pensado casarse despertara en ella una respuesta así. No sabía qué pensar al respecto, ni si era algo bueno o algo malo dadas las circunstancias.

Apagó el candil y se deslizó bajo la mosquitera que cubría su cama. Todo era silencio en el dormitorio de Simon ahora. Una suave brisa se filtraba a través de las persianas de la ventana cargada de una mezcla de fragancias exóticas, el sonido de un ave nocturna y el batir de las olas rompiendo en la cercana orilla.

Al repasar los acontecimientos del día, no podía creer que llevara en Singapur menos de veinticuatro horas. Habían sucedido muchas cosas en tan corto espacio de tiempo y sus sentimientos habían ido de un extremo a otro de tal manera que se preguntó si alguna vez lograría aclararse. Confiaba en que el mes de gracia que Simon le había concedido bastaría para empezar. Muchas cosas dependían de lo que fuera capaz de averiguar de su hermano durante ese tiempo.

Bethan confiaba en tener más suerte durante el próximo mes de la que había tenido aquel día.



Capítulo 5

—¿Estás a gusto aquí? —le preguntó Simon a Bethan unos días después de su llegada a Singapur.

Entre la oleada de tráfico marítimo llegada de Occidente y los cuatro nuevos trabajadores a los que entrenar, llevaba unos días sin parar. La noche anterior no había llegado a tiempo a casa para cenar con Bethan, para su disgusto. Pero ese día el negocio estaba más tranquilo y había llegado temprano para unirse a ella en el porche.

—Muy a gusto, gracias —Bethan le sonrió, pero al instante apartó la mirada, como si todavía no se sintiera del todo cómoda con él cerca—. Tus sirvientes se han desvivido por mi comodidad.

—¿Pero? —la urgió Simon al percibir un tono de descontento en su voz.

—No es nada —agitó el abanico con más fuerza—. Es que no estoy acostumbrada a estar ociosa. Ojalá pudiera hacer algo, aunque supongo que no es adecuado que yo haga el trabajo de una doncella. Ah-Sam me ha dejado llevar a Rosalia a dar un paseo por la playa. Creo que le ha gustado.

A Simon no le convencía demasiado que Rosalia pasara tanto tiempo en compañía de su amante. No es que temiera que Bethan corrompiera la moral de la niña, como habría sucedido si Hadrian hubiera enviado a alguna mariposuela experimentada como él esperaba. Pero colocaba a Bethan en una situación distinta dentro de su casa, demasiado parecida a la de una esposa para su gusto.

—Espero que no te sientas obligada a ganarte el sustento del próximo mes cuidando de Rosalia. Tiene una excelente *amah*.

—Lo sé —contestó ella algo molesta—. No intento ocupar el lugar de Ah-Sam. Pero me gusta la compañía de tu hija y lo pasamos bien juntas.

—Me alegra oír eso —no era del todo cierto, pero para Simon era un alivio que no le disgustara Rosalia y no quisiera enviarla lejos de allí—. Pero esperaba que disfrutaras de mi compañía. Después de todo, para eso te he traído a Singapur.

—¡Y así es! —exclamó, sonrojándose al instante por su arrebató—. Quiero decir... lo sé. Pero eres un hombre ocupado. No tienes mucho tiempo para mí.

—Siento no haber llegado anoche a casa a tiempo para la cena —aunque lo decía en serio, le molestaba tener que disculparse por su ausencia. No había contado con tener que responder ante su amante de sus entradas y salidas como lo haría con una esposa—. Por eso he venido hoy antes. Pensé que podríamos dar un paseo antes de la cena y ver un poco más de la ciudad. ¿Te gustaría?

Sabía cuál iba a ser la respuesta antes incluso de hacer la pregunta. El rostro de Bethan se iluminó con un brillo que le dejó sin aliento.

—¡Me encantaría! —se dirigió hacia él como si tuviera intención de rodearle el cuello con los brazos. Pero antes de completar el impulsivo gesto, se contuvo y dio un paso atrás.

Simon reprimió una punzada de desilusión. Tal vez un imprudente acercamiento de ese tipo fue lo que le llevó a perder la virtud. Debía ayudarla a superar aquellos recuerdos turbulentos y demostrarle que no tenía nada que temer de él.

—¿Podría venir Rosalia con nosotros? —preguntó—. Estoy segura de que le gustaría el paseo.

Simon contuvo una respuesta impaciente.

—Tal vez en otro momento. No me gustaría alterar su rutina.

Durante un instante pareció que Bethan iba a discutir su decisión, pero cuando habló lo hizo únicamente para preguntar:

—¿Debo cambiarme de ropa primero?

Simon deslizó la mirada sobre ella cuando se levantó de la silla. Su vestido de muselina de cintura alta tenía un aire de elegante simplicidad que le gustaba mucho. El color le recordaba a las manzanas verdes que su hermano y él se lanzaban en la huerta de su hogar infantil.

—Estás muy bien —se levantó y le ofreció el brazo—. Mejor que bien. Lo único que necesitas es un sombrero y una sombrilla.

Lo que Simon no le dijo fue que no había necesidad de que se arreglara. No esperaba encontrarse con nadie. La mayoría de sus conocidos estarían cenando a aquellas horas y saldrían más tarde a pasear. Quería evitarle a Bethan unas presentaciones que resultarían incómodas, sobre todo porque su acuerdo no estaba todavía asentado del todo.

Su plan funcionó perfectamente. Cuando se dirigieron en carruaje hacia North Bridge Road un poco más tarde, la calle estaba desierta.

Bethan no pareció darse cuenta. Asomada a su Lado en el asiento del vehículo trataba de mirar en todas direcciones a la vez haciéndole preguntas.

—¿Qué es ese gran espacio en medio de la ciudad? ¿Es la plaza del mercado?

Simon negó con la cabeza.

—En estos momentos su única función es servir de lugar de desfile para los cipayos — señaló el campamento militar situado en la base de la colina—. Nuestro fundador diseñó esta parte de la ciudad para edificios públicos. En un principio quería que estuvieran en la orilla norte del río. Pero como ésa era la mejor zona comercial, los comerciantes construimos allí nuestros almacenes y Raffles se vio obligado a cambiar sus planes.

—Entonces, ¿el comercio es más importante que el gobierno en Singapur? —Bethan sonrió de un modo que Simon no tuvo más remedio que sonreír también.

—Sin comercio, ¿cómo se pagarían esos estupendos edificios públicos?

Ella se rio entre dientes.

—Eso tiene sentido. ¿Y qué me dices de todas esas preciosas casas blancas que dan a la orilla del mar? ¿Pertencen todas a comerciantes importantes como tú?

En su tono había sincera admiración al referirse a él como «importante». A Simon se le hinchó el pecho.

—La mayoría de mis vecinos son comerciantes. La hacienda que está a mi derecha pertenece a Carlos Quintéra, agente local de una importante empresa de Calcuta. Los demás son oficiales, como el doctor Moncrieff, que es cirujano —señaló hacia una de las cuatro casas que daban a la plaza.

Pasaron por delante del campamento militar y tomaron una desviación que rodeaba el edificio de gobernación.

—¿Adónde vamos? —preguntó Bethan.

Simon la miró de reojo.

—Quiero mostrarte la mejor vista de Singapur.

—Estoy segura de que lo será. El tamaño de algunos árboles me resulta inabarcable — tirando del brazo de Simon para llamar su atención, Bethan señaló hacia un altísimo ejemplar—. ¡Ése parece tan alto como la torre de la iglesia de St. Nicholas de Newcastle!

Su inesperado contacto provocó un escalofrío en Simon. Tardó un instante en controlar el tono de voz.

—Majestuoso, ¿verdad? Los árboles más jóvenes que hay detrás son variedades de especias. Forman parte de un jardín experimental, un proyecto mimado de sir Stamford Raffles. Tenía muchos árboles y arbustos de valor comercial plantados aquí para ver si prosperaban. Este lugar está bastante descuidado desde que él se fue. Nuestro actual gobernador está más interesado en la política que en la botánica.

Apenas había terminado de hablar cuando Bethan volvió a agarrarle del brazo, sujetándose algo más de tiempo esta vez.

—¡Oh, Dios mío, mira esos pájaros! ¿Habías visto alguna vez unos colores así?

Simon forzó la mirada hacia un par de loros de colorido plumaje rojo y brillantes marcas azules en las alas y en la cabeza.

Por muy espectaculares que fueran, prefería la visión del rostro de Bethan, brillante por la emoción del descubrimiento.

—Verás muchos así por Singapur —le aseguró—. Hay otra clase todavía más impresionante, con las plumas de los colores del arco iris pero todavía más brillantes. Se diría que están hechos de esmeraldas y rubíes.

Lo cierto era que nunca le había prestado demasiada atención a los brillantes colores de los pájaros ni a la impresionante altura de los árboles. Cuando llegó a la isla por primera vez estaba demasiado ocupado ayudando a Ford y a Hadrian a establecer el negocio y tratando de olvidar la humillante situación que había dejado atrás en Penang. Ahora estaba observando lo que le rodeaba con una nueva y fresca mirada. Cuando el carruaje rodeó la colina, Bethan dejó escapar un gemido. Frente a ellos se extendían kilómetros y kilómetros de jungla verde y salvaje.

—Nunca pensé que pudiera haber tantos tonos distintos de verde —susurró.

Simon tampoco, aunque en su opinión ninguno de ellos podía compararse con el escurridizo y mutante gris verdoso de sus ojos. Hasta aquel momento, la jungla que le rodeaba le había parecido solo una fuente de peligros, refugio de tigres y de bandas de forajidos. Bethan le hacía ver algo más.

Condujeron en silencio durante un rato, contemplando aquella grandeza salvaje y frondosa. Cuando el camino subió más alto y permitió ver de nuevo el mar y la ciudad, Simon se aventuró a volver a hablar.

—Los malayos llaman a este lugar la Colina Prohibida. Dicen que sus antiguos reyes fueron enterrados aquí.

—¿Aquella otra colina tiene también nombre? —Bethan señaló hacia el elevado montículo que se alzaba hacia el norte.

Simon asintió.

—La colina Selegi, que según me han dicho significa algo relacionado con los arpones. El capitán Flynn y su familia viven ahí. Es el capitán del puerto.

—¿Capitán del puerto? —Bethan parecía más intrigada por eso que por las antiguas leyendas de reyes malayos—. ¿Tiene hijos de la edad de Rosalia? ¿Vas alguna vez a visitarle?

Sus preguntas le parecieron extrañas a Simon, pero Bethan había demostrado ser una mujer fuera de lo normal.

—El capitán tiene hijos, una hijastra que ya es casi una mujer, una niña pequeña y un niño de

la edad de Rosalia. Ah-Sam solía llevarla a jugar allí hasta que el niño fue enviado a vivir con unos parientes a Inglaterra.

—¿Un niño de esa edad enviado tan lejos de su familia? —Bethan prácticamente tembló de rabia—. ¿Cómo pueden hacer sus padres algo tan horrible?

—Me temo que no tenían muchas opciones —respondió Simon—. Su hermano mayor murió y el clima no le sentaba bien. Sin duda el niño está mucho mejor en Inglaterra que en el cementerio.

Bethan no parecía convencida.

En un esfuerzo por distraerla, Simon le señaló otros puntos de interés.

—Allí hay un poblado en el que viven los lavaderos indios que lavan la ropa en las orillas del Río Kallang y en el arroyo de Bras Basah. Han convertido su trabajo casi en una ciencia. Me maravilla el hecho de que devuelvan la ropa a sus dueños sin que falte una sola pieza de lino. Ojalá me pasara lo mismo con el inventario de Vindicara.

Su distracción pareció funcionar.

Bethan dejó de fruncir el ceño mientras observaba la vista que se veía desde lo alto de la colina con interés.

—Veo tu casa y tu almacén situado al lado del río. Dios mío, cuántos barcos hay amarrados.

Para aquel entonces ya habían alcanzado la cima de la colina. Simon detuvo el carruaje a cierta distancia del mástil con la bandera y corrió a ayudar a Bethan a bajar. No le soltó la mano cuando se bajó, sino que la sostuvo en su brazo mientras la guiaba hacia el mejor punto de observación. Se sintió contento al ver que ella no vacilaba en tomarle el brazo. Confiaba en que eso significara que cada vez se sentía más cómoda a su lado, y no solo que estuviera demasiado fascinada con el gran número de barcos como para fijarse.

—¿Bajan a puerto las tripulaciones? —preguntó.

Simon negó con la cabeza.

—Solo unas pocas. No hay mucho que hacer aquí. Hay pocas cosechas de alimentos, así que Singapur no es el mejor puerto para aprovisionarse —notó su desilusión ante su respuesta—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada —el tono alegre y despreocupado que adoptó contenía una nota de falsedad—. Me interesa todo de este lugar, eso es todo. Dime, ¿qué es ese grupo de construcciones que hay cerca de la orilla?

Simon era capaz de reconocer una evasiva cuando la oía, aunque no entendía en este caso la razón.

—Es el *istana* del sultán. Una especie de palacio.

La melodiosa risa de Bethan le hizo olvidar sus sospechas.

—¿Vivo al lado del palacio de un sultán? Me pregunto qué diría al respecto la gente de Llanaled.

Simon se giró hacia ella y la miró a los ojos. Le recordaba un prado inglés bañado por la bruma primaveral.

—Si esa gente tuviera algo de sentido común dirían que tu sitio está en un palacio, rodeada de lo mejor.

—Si cualquiera de ellos viera tu casa pensarían que es un palacio —bajó la vista brevemente para volver a mirarle levantando sus delicadas pestañas.

¿Era una invitación para que la besara? Simon se sentía incapaz de resistirse a su inclinación. Lo único que podía hacer era intentar proceder con lentitud para no alarmarla. Para ello necesitó toda la fuerza de voluntad que poseía. Se inclinó un poco más hacia ella en espera de alguna señal de rechazo, algo que esperaba que no ocurriera. Bethan tuvo tiempo de sobra para

evitar el beso o esquivarlo con algún comentario sobre la vista. Pero no habló ni se movió, solo le temblaron ligeramente los labios cuando los rozó con los suyos.

Desde su primera noche, el recuerdo de sus besos, su aroma y el calor de sus brazos había permanecido en Simon. Durante el día le distraía el trabajo y por la noche invadía sus sueños. Constituía un cambio placentero respecto a las pesadillas que a veces le perseguían, era un dulce tormento que alimentaba el deseo que sentía hacia ella.

Ahora, el roce de sus labios cálidos desató una urgencia en su interior. Simon agarró con fuerza las manos de Bethan para evitar la tentación de tomarse libertades con ella.

Se estaba esforzando tanto por controlar las manos que no tuvo fuerza de voluntad para sus labios. Los besos de Bethan sabían a sidra dulce para un hombre sediento. ¿Cómo iba a beber con tragos cautelosos si estaba deseando beber con fruición?

Deslizó los labios por los suyos y ella respondió con un deseo inocente y natural que le hizo desearla más. Cuando entreabrió los labios le deslizó la lengua entre ellos, sumergiéndose en las delicias de su dulce boca.

Entonces, de pronto, Bethan se puso tensa y se apartó de él.

Maldiciéndose a sí mismo en silencio, Simon hizo un esfuerzo por recuperar la compostura. Había intentado mantener el control de sus deseos, tentar a Bethan sin asustarla. Le humillaba comprobar lo fácilmente que acababa con su autocontrol. Su ira frustrada necesitaba una salida.

El suave murmullo de voces sacó a Bethan de la oscura y lujuriosa profundidad de los besos de Simon.

En su camino hacia la Colina de Gobernación no habían visto a nadie aparte de unos cuantos soldados en la distancia. Mientras Simon le mostraba las muchas maravillas exóticas de Singapur, sintió como si estuvieran en un mundo para ellos solos. Había tratado de concentrarse en conseguir información que pudiera ayudarle a encontrar una pista de su hermano, pero le preocupaba ocultarle la verdad a Simon. ¿Qué pensaría si supiera que le había utilizado para llegar a Singapur y buscar a Hugh? ¿Podría arriesgarse a confiar en él cuando parecía tan decidido a contarle lo menos posible sobre su pasado?

Aquellos turbulentos pensamientos quedaban en un segundo plano en cuanto una vista nueva le llamaba la atención. Cada nueva maravilla que Simon le mostraba suponía un regalo maravilloso. Lo cierto era que significaban más para ella que su elegante casa, su fortuna o su posición en la sociedad.

Una distracción todavía mayor era Simon como hombre. Resultaba difícil concentrarse en las cosas que le decía cuando el melodioso tono de su voz le acariciaba los oídos. Le resultaba difícil centrarse en las bellezas de la ciudad cuando su mirada se deslizaba con tanta frecuencia hacia las fuertes líneas de su perfil. Cuando le tomó la mano y se situó cerca de ella, cada partícula de su piel se estremeció en respuesta a su proximidad y ya no pudo pensar en nada.

No buscaba un cumplido cuando dijo lo extraño que le resultaba vivir cerca del palacio de un sultán. Pero cuando Simon aseguró que debía estar en un palacio, algo dentro de ella cobró vida y echó a volar. Cuando se giró hacia ella y la miró a los ojos, Bethan se perdió en su mirada azul. Lo siguiente que supo fue que estaba inclinando sus labios sobre los suyos.

Se estremeció por la emoción.

La apasionada intensidad de sus avances durante la primera noche que estuvieron juntos la había entusiasmado y alarmado a la vez. O más bien era la fiera respuesta que despertaba en ella lo que le hacía retirarse como lo haría de una llama fascinante y peligrosa. Pero no había sido

capaz de olvidar el delicioso calor de su boca. La suavidad de sus labios y de su lengua. El dulce sabor del mango mezclado con la profundidad del café de Java. Desde aquel momento, sus labios se habían estremecido en varios instantes con el recuerdo de aquel beso y la boca se le había hecho agua con las ganas de más.

Ahora que estaba a punto de conseguir su deseo, Bethan se preguntó si sabría igual de bien la segunda vez. Cuando finalmente sus labios rozaron los suyos, le encantó comprobar que resultaban todavía más excitantes.

Entonces el murmullo de unas voces, el arrastrar de pies y el sordo sonido de unas cadenas rompieron la intimidad del momento.

¿Quién venía? ¿Quién podría haberlos visto? Por mucho que odiara tener que romper el beso de Simon, Bethan se puso tensa y se retiró en busca de la fuente de aquellos sonidos. No tardó mucho en descubrirlo.

Una docena de hombres vestidos con pantalones de tono pardo, túnicas y turbantes pasaron por delante de ellos en fila. Cada uno de ellos iba encadenado al tobillo del hombre que tenían delante y al de atrás. Mientras marchaban con una pareja de soldados custodiándoles, los hombres miraron a Simon y a Bethan. Algunos sonrieron. Otros se rieron entre dientes. Bethan sintió que le ardía el rostro como si se lo hubieran quemado.

—¿Quiénes son? —preguntó cuando la fila de hombres hubo doblado el recodo del camino y desapareció—. ¿Qué están haciendo aquí arriba?

—Son presidiarios trabajadores —Simon torció el gesto—. Han debido estar trabajando en casa del gobernador.

—¿Qué clase de trabajadores son? —Bethan se preguntó si habría oído correctamente.

—Convictos de la India —Simon se ajustó la corbata—. Hace unos meses llegó un barco con doscientos de ellos. Las autoridades indias se libran de tener que pagar el coste de su mantenimiento y le proporcionan a Singapur mano de obra barata para obras públicas.

—¿Qué han hecho para merecer una sentencia tan cruel? —se preguntó Bethan en voz alta—. Me prefino cuántos de ellos volverán alguna vez al lado de sus familias.

Ella había querido ir a Singapur y había aterrizado en el regazo del lujo. Pero se moría por reunirse con su hermano.

—Tal vez debieron haberlo pensado antes de transgredir la ley —gruñó Simon—. Hay muchos crímenes en esta parte del mundo. Piratas, forajidos... ¿qué me dices del ladrón que te robó el collar? ¿No quieres que sea atrapado y castigado?

—Yo... supongo que sí —murmuró Bethan. Aunque la repentina severidad de Simon la confundía, no estaba dispuesta a recular—. Pero me interesa más recuperar mi relicario que vengarme del hombre que se lo llevó. De hecho le dejaría quedarse con él siembre y cuando me devolviera el retrato que había dentro.

—Eres muy indulgente —Simon parecía sorprendido por su respuesta—. Pero si el ladrón escapa al castigo se animará a seguir robando o tal vez a hacer algo peor. Si queremos que haya orden en la sociedad, los bandidos deben ser castigados.

Sus palabras hicieron estremecer a Bethan.

Simon volvió a tomarle el brazo y se dirigió hacia el carruaje.

—Deberíamos volver a casa —dijo como si nada hubiera pasado—. El cocinero se enfadará si llegamos tarde a la cena.

Mientras volvían al carruaje y descendían la colina, Bethan trató de concentrarse en lo que Simon estaba diciendo. Era información sobre Singapur que habría encontrado fascinante media hora atrás. Ahora no dejaba de pensar en el comentario que había hecho sobre castigar a los

delincuentes, y agradeció no haberle contado nada de su hermano.

Estaba claro que tenía que mantener la guardia con Simon Grimshaw.

Maldiciéndose a sí mismo en un colorido abanico de idiomas, Simon volvió a casa del trabajo tres días más tarde. Su plan para ganarse la confianza de Bethan y alimentar su deseo no estaba yendo muy bien. Desde que él perdiera el control de sus besos en la Colina de Gobernación se había mostrado esquiva con él. Su reacción le convenció más que nunca que debieron haberle arrebatado la virginidad a la fuerza.

Por mucho que odiara tener que sacar tan desagradable tema, Simon se temía que no tenía opción. Pero le costó mucho trabajo acercarse al asunto. Hizo varios intentos durante la cena para transformar su charla banal en algo más serio, pero no obtuvo éxito.

Finalmente, cuando Ah-Ming se retiró tras servir el postre, dejó a un lado sus recelos y volvió a intentarlo.

—Eh... quería hablar contigo sobre... lo ocurrido el otro día en la Colina de Gobernación. Temo haberte molestado.

—En absoluto —insistió Bethan. Pero el modo en que le esquivó la mirada y movió los cubiertos contradecía sus palabras—. Lo pasé muy bien.

Simon comprendía su renuencia a hablar de lo que le había sucedido, pero ahora que había sacado el tema no podía dejarlo pasar sin decir lo que tenía que decir.

—Estoy seguro de que así es en gran parte. Pero hubo un incidente que sé que te afectó. Y creo conocer la razón.

—¿Ah, sí? —Bethan palideció.

Él asintió.

—Lo adiviné la noche que llegaste.

—¿De veras? —preguntó sin aliento.

—Tengo claro que debió haber ciertas... dificultades en tu pasado que te han traído hasta aquí. Al principio me mostraba reacio a sacar el tema, pero a la luz de los recientes acontecimientos quiero asegurarte que no te hago responsable en lo más mínimo de lo que ocurrió.

—¿Ah, no? —parecía maravillada.

¿No le creía capaz de ponerse de su lado frente a otro hombre? ¿Había dado por hecho que la culparía por el maltrato que había recibido?

—Por supuesto que no —afirmó él—. Tal vez has pensado que soy demasiado severo por mi modo de referirme a esos convictos, pero eso no significa que no sienta simpatía por los inocentes. Al contrario, por eso quiero que aquellos que les hacen daño o les explotan sean llevados ante la justicia.

—Pero no siempre es fácil saber quién es el culpable —Bethan dio un sorbo a su copa de vino—, quién es la víctima y quién el verdugo.

—Tal vez para algunos —reconoció Simon—. Pero yo intento no llegar a conclusiones a las que llegan otros. ¿Sería mucho esperar que puedas dejar atrás los desafortunados sucesos del pasado y empezar de nuevo en Singapur... conmigo?

Bethan deslizó la punta de la lengua por los labios. El recuerdo de su delicadeza y su sabor provocaron una oleada de calor en Simon.

—No es fácil olvidar el pasado —murmuró ella en lo que parecía una plegaria de comprensión—. Nuestro pasado es lo que nos hace ser lo que somos hoy.

Simon reflexionó sobre sus palabras.

—Pocos hombres tienen eso tan claro como yo, querida. Solo te estoy pidiendo que no permitas que el presente esté siempre ensuciado por los sucesos de tu pasado. Yo por mi parte haré todo lo esté en mi mano para no comportarme de un modo que despierte recuerdos desagradables en ti.

Bethan seguía pareciendo desconcertada. O tal vez fuera una expresión de desconfianza. No podía culparla por su cautela. Pero le molestaba que le viera bajo el mismo prisma que al granuja que le había robado la inocencia cuando él prefería morir antes que cometer semejante ultraje.

Antes de que Bethan pudiera pensar en una respuesta, el *amah* de Rosalia entró en el comedor y se inclinó.

—Amo, hay un asunto importante que me gustaría hablar con usted, ¿me permite?

—Por supuesto —la repentina llegada de la sirvienta preocupó a Simon. No recordaba cuándo fue la última vez que Ah-Sam había ido a buscarle—. Espero que no ocurra nada con Rosalia.

—No, amo, está muy bien. Rosalia es una buena niña, inteligente y respetuosa. Nunca deshonraría a su familia.

—Has hecho un excelente trabajo criándola —Simon calmó las preocupaciones de Ah-Sam sobre el comportamiento de Rosalia. También había criado a la madre de la niña, así que tal vez se culpaba de las transgresiones de Carlotta—. Y dime, ¿qué querías decirme?

Ah-Sam volvió a inclinarse.

—He recibido la noticia de que mi hermana está muy enferma y desea verme. Hay un barco que zarpa rumbo a Macao en dos días. Quisiera pedirle que buscara a alguien para cuidar de Rosalia hasta mi regreso.

—Por... por supuesto —después de tantos años de servicio fiel, ¿cómo iba a negarle aquella petición? Tal vez quisiera también visitar las tumbas de sus antepasados, algo que su gente solía hacer al alcanzar cierta edad—. Pero... ¿dos días? ¿Cómo voy a encontrar a alguien adecuado en tan poco tiempo?

Había tan pocas mujeres en Singapur que la mayoría no tenía problema para encontrar marido. Eso dejaba a muy pocas disponibles para trabajar como sirvientas.

—Estaré encantada de cuidar de Rosalia —se ofreció Bethan—, al menos hasta que encuentres a alguien más.

—No estoy seguro de que sea una buena idea —respondió Simon.

—¿Por qué no? Tengo experiencia de sobra cuidando niños. Rosalia y yo nos llevamos bien y no tengo mucho que hacer mientras tú estás trabajando. Para cuando llegues a casa ella estará lista para irse a la cama.

—Es una gran idea —declaró Ah-Sam—. Rosalia estará muy contenta.

Simon no estaba convencido, pero sus años en el mundo de los negocios le habían enseñado cuándo parar.

—Parece que estoy en inferioridad numérica. De acuerdo entonces. Bethan puede encargarse de Rosalia. Pero solo hasta que contrate a una sustituta adecuada.

La amplia sonrisa con la que Ah-Sam recibió su decisión hizo que Simon se sintiera incómodo.



Capítulo 6

¿Qué había estado intentando decirle Simon antes de que Ah-Sam los interrumpiera? Bethan tenía una sensación incómoda respecto a su conversación.

Aquella noche en la cama trató de averiguarlo sin éxito. Simon había utilizado tantas palabras duras que no estaba muy segura de qué había querido decir. Cuando creía que le había entendido, las cosas que dijo no terminaban de tener sentido.

El corazón se le había subido a la boca cuando Simon aseguró que sabía qué le preocupaba. Extrañamente, no parecía enfadado con lo que había calificado de «dificultades en su pasado», ni tampoco le echaba la culpa. Aunque parecía entender por qué había ido a Singapur en busca de su hermano, ahora quería que se olvidara de Hugh e iniciara una nueva vida con él. Era una perspectiva tentadora, no podía negarlo. Simon tenía los medios para ofrecerle una vida mejor de lo que pudo haber soñado jamás. Como su esposa, sería la señora de una buena casa con sirvientes a su disposición. Viviría en una tierra exótica y colorida donde los lujos como el té, el café, la seda, el azúcar y las especias de la más fina calidad abundaban. Aparte de todas las comodidades materiales, tendría una preciosa hijastra y un marido cuyos besos le derretían los huesos. Pero a pesar de todo, ¿cómo iba a abandonar a su hermano, especialmente si tenía problemas y necesitaba su ayuda?

Bethan se fue sumiendo en un inquieto sueño. Incapaz de escapar de su lucha, se pasó toda la noche soñando con Hugh y con Simon. En uno de los sueños, su hermano se ahogaba y le gritaba que le lanzara una cuerda. En otro estaba atrapado en un laberinto de muros altos suplicándole que le mostrara la salida. En las dos ocasiones, cuando trató de ayudar a su hermano, Simon apareció para distraerla con el contacto de su mano y el roce de sus labios. Los gritos de Hugh se fueron haciendo más y más débiles hasta que al final dejaron de escucharse.

Bethan se despertó a la mañana siguiente con el corazón latiéndole con fuerza contra las costillas. Desesperada por buscar algo que la distrajera de su conflicto interior, desayunó deprisa y luego fue a la habitación de Rosalia. La encontró observando con expresión angustiada cómo Ah-Sam hacía el equipaje. Al parecer la niña también necesitaba distraerse.

—Buenos días, Rosalia —Bethan le tendió la mano—. ¿Quieres venir a dar un paseo conmigo?

La niña saltó del asiento que ocupaba al lado de la ventana y se acercó a Bethan con paso rápido.

—¿Un paseo por dónde?

—Pensé que podríamos ir a la playa. Me gusta estar muy cerca del mar.

Rosalía miró a su *amah*.

—¿Puedo ir, Ah-Sam?

—Puedes ir —Ah-Sam alzó un dedo—. Una hora y luego vuelve a casa.

Mientras se iban agarradas de la mano, la sirvienta dijo algo en su idioma y Rosalia le respondió.

—¿Qué ha dicho? —susurró Bethan.

Rosalía sonrió.

—Ah-Sam dice que no debo olvidar mi sombrero para que no me salgan pecas en la nariz como a ti.

Bethan se rio. Las otras doncellas de Newcastle se habían burlado con cariño de las pecas que le cubrían la nariz, pero a ella no le parecían mal.

—Cuando era una niña pequeña mi papi me dijo que las pecas eran besos que me daban las hadas mientras dormía.

Rosalía frunció el ceño con desconcierto.

—¿Qué es un papi?

—Es un diminutivo —explicó Bethan—. Significa padre o papá.

Rosalía no dijo nada más mientras Bethan y ella recogían sus sombreros de ala ancha y salían por la puerta de atrás hacia el jardín.

—¿Tú papá de Inglaterra es como el tío Hadrian? —preguntó finalmente—. ¿Le echas de menos al estar tan lejos?

La inocente pregunta de la niña fue como un puñetazo inesperado para Bethan. Tardó un instante en recuperar la compostura.

—A veces sí le echo de menos. Aunque no está en Inglaterra, se ha ido al Cielo. Pero cuando recuerdo cosas que solía decir, como lo de los besos de hada, siento como si una parte de él estuviera todavía conmigo.

—¿Tu madre está también en el Cielo? —Rosalía apretó con más fuerza la mano de Bethan cuando abrió la verja de hierro que había al fondo del jardín.

Salieron al camino que rodeaba la orilla. El único movimiento que había era un carruaje tirado por un buey.

Bethan asintió en respuesta a la pregunta de la niña.

—Hace dos años que se fue. A veces me parece muy poco tiempo. Pero otras...

—Mi madre se fue al Cielo hace mucho. No recuerdo nada de ella —aunque la niña habló con firmeza, sus palabras provocaron un nudo en la garganta de Bethan.

Estaba a punto de sugerirle a Rosalía que le pidiera a su padre que compartiera con ella los recuerdos que tenía de su madre, cuando recordó la brusca negativa de Simon a hablar de su fallecida esposa.

Bethan bajó a la niña desde el terraplén a la arena de la playa y aspiró el aroma salado del mar.

—Me encanta el sonido de las olas, ¿y a ti? Mira todos esos barcos anclados allí. Me pregunto de dónde vendrán y qué clase de productos han traído para vender.

—Están demasiado lejos para verlos bien —dijo Rosalía—. Nuestra antigua casa estaba en el río, al lado del almacén de mi padre. Solía ver a los *tongkangs* cargando y descargando. A veces los marineros me saludaban. Ojalá siguiéramos viviendo allí. No era tan grande y tranquila como la casa nueva, pero siempre había algo divertido que ver. El tío Hadrian vivía con nosotros en la antigua casa. Ah-Sam y Ah-Ming están encantadas de saber que ha encontrado esposa. Me pregunto dónde la encontró. ¿Crees que tuvo que buscar mucho?

—No creo que encontrara a su esposa de ese modo —Bethan se quitó los zapatos y las medias y metió los dedos de los pies en la cálida arena—. Haces que parezca que estuvieran jugando al escondite.

—El tío Hadrian solía jugar conmigo al escondite a veces. También me traía golosinas, chirimoyas y mangos —Rosalía se pasó la lengua por los labios.

El modo en que hablaba del señor Northmore le recordó a Bethan los años más felices de su infancia.

—¿Tu padre juega mucho contigo?

Rosalía sacudió la cabeza de modo que sus trenzas le dieron contra las mejillas.

—Papá no puede jugar. La pierna mala no le deja correr.

Bethan entendía que la antigua herida de Simon le impidiera corretear con su hija pequeña. Pero sin duda podría encontrar otras maneras de proporcionarle a Rosalía las atenciones que sin duda necesitaba.

—A mí no me pasa nada en la pierna —se levantó el borde de las faldas para que la niña echara un vistazo—. Y se me ocurren muchos juegos para hacer en la playa. Podemos perseguirnos por la orilla, saltar las olas cuando rompan, construir un castillo de arena...

A Rosalía se le iba iluminando más la cara con cada sugerencia. Entonces se miró los zapatos y las faldas con gesto desilusionado.

—Podríamos ensuciarnos, y creo que no se me permite ir descalza como los niños malayos.

—Claro que sí —Bethan se puso en jarras—. Yo te doy permiso, y si nos ensuciamos cargaré con las culpas. Vamos, solo tenemos una hora, ¿recuerdas?

—De acuerdo —Rosalía se apoyó en una roca grande y mojada para quitarse los zapatos y las medias—. El tío Hadrian solía dejarme hacer cosas que no me estaban permitidas. Ah-Sam protestaba a veces, pero no le duraba mucho.

—Vamos —Bethan se levantó las faldas con una mano mientras se sujetaba el sombrero con la otra—. A ver si me pillas.

Mientras jugaban en la playa, Bethan pensó en lo que Rosalía había dicho de su padre. Se dio cuenta de que en los días que llevaba ella en Singapur, Simon apenas había pasado algo de tiempo con su hija.

Se recordó que era un hombre muy ocupado. Confiaba en que no se sintiera obligado a pasar cortejándola un tiempo que de otro modo habría pasado con su hija. Tendría que hablar con él al respecto.

Tal vez su respuesta la ayudaría a tomar una decisión sobre si casarse con él o no.

La noche después de que Ah-Sam partiera hacia Macao, Simon entró en su casa y se dirigió directamente a la habitación de Rosalía. Al acercarse escuchó el carillón de una risa feliz que flotaba por la villa como la brisa fresca del mar en un día de calor. Se detuvo en la puerta abierta, miró y se encontró a Bethan sentada frente a Rosalía en una mesita.

—Mi tigre se come a tu leopardo —exclamó Rosalía con un tono triunfal que sorprendió a Simon.

Siempre le había parecido una niña más bien dócil.

—¡Mi pobre leopardo! —Bethan soltó un sollozo exagerado que se transformó en risa—. Le tenía mucho cariño. En ese caso, me temo que mi lobo se comerá a tu perro.

—¡No puede! —Rosalía sacudió la cabeza con tanta fuerza que sus oscuras trenzas dibujaron amplios arcos—. Los perros pueden comer lobos, pero al revés no. Será mejor que muevas tu lobo o mi perro se lo comerá a continuación.

—Eso no me parece justo —protestó Bethan—. Tal vez no sea un lobo de verdad, solo un zorro pequeño —alzó la vista de pronto y vio a Simon observándolas—. Entra —le dijo—. Tu hija me está enseñando a jugar a...

—*Dou Shou Qi*. Sí, lo he oído —cuando entró en la habitación, Simon sintió que su presencia proyectaba una sombra sobre su alegría.

—¿Quieres jugar con nosotras? —preguntó Bethan con un tono sutil de desafío—. Los

animales de tu hija se han dado un auténtico festín con los míos.

—Bien hecho, Rosalia —Simon asintió mirando a su hija—. Tal vez en otra ocasión. He venido para preguntarte si te gustaría dar otro paseo conmigo antes de cenar. Podríamos bajar por el camino de la playa para ver el *istana* del Sultán.

—¡Eso suena maravilloso! —Bethan se levantó de la silla—. ¿Puede venir Rosalia también? Estoy segura de que le encantaría salir a dar un paseo.

Esto era lo que había temido cuando Bethan se ofreció a cuidar de la niña. ¿Pretendía utilizar a Rosalia como excusa para mantenerle alejado? Debía mantenerse firme o quién sabía cuándo tendría otra oportunidad para estar a solas con ella.

—Entonces debes llevarla a dar uno, sin duda. Pongo a Mahmud y al carruaje a vuestra disposición. Pero debo limitar esta excursión a nosotros dos. He hablado con Ah-Ming y está encantada de darle la cena a la niña y acostarla. ¿Te parece bien, Rosalia?

—Sí, papá —asintió con gesto obediente—. Espero que lo paséis bien.

—Gracias, cariño —Simon sabía que no iba a montarle un escándalo. Le diría a Ah-Ming que le preparara un capricho especial.

Volvió a centrar su atención en Bethan.

—Entonces está hecho. Podemos irnos cuando hayáis terminado la partida.

—Muy bien —ella arrugó la nariz como si estuviera oliendo fruta prohibida—. Tal vez sea mejor que vayamos solos. Hay algo de lo que quiero hablar contigo.

A Simon no le gustó cómo sonaba aquello. Haciendo una breve reverencia, se retiró para esperarla en el carruaje.

Cuando transcurrió media hora y ella seguía sin llegar empezó a perder la paciencia. Estaba a punto de abandonar la idea cuando Bethan apareció. Parecía tan enfadada con él como lo estaba él con ella.

—¿Por qué has tardado tanto? —murmuró—. No estoy acostumbrado a que me hagan esperar.

—No soy uno de tus empleados —Bethan apretó los labios hasta que parecieron dos trocitos de coral—. No quería dejar a Rosalia hasta asegurarme de que estuviera bien.

—¿Está enferma? Parecía perfectamente cuando la vi.

La preocupación por la niña se superpuso a la irritación de Simon. Las fiebres tropicales podían golpear repentinamente como una tormenta y provocar devastación aun mayor.

—Nada de eso —Bethan sacudió la cabeza—. Pero echa de menos a Ah-Sam y ahora cree que estás enfadado con ella.

—¡Eso es ridículo! —Simon golpeó la grupa del caballo con las riendas con más fuerza de la que pretendía—. No entiendo de dónde ha sacado esa idea.

—El hecho de que no entiendas cómo se siente tu hija no hace que sus sentimientos sean menos reales para ella —aseguró Bethan con cierto tono de exasperación—. Rosalia es tan callada que no te das cuenta de cómo sufre las cosas.

—¿Y crees que tú sí? —le molestaba pensar que conociéndola desde hacía menos de dos semanas pudiera saber ya más cosas de Rosalia que él.

—Sí —Bethan se cruzó de brazos—. Y tú también te darías cuentas si pasaras más tiempo con ella.

—¡Eso no es justo! —protestó Simon—. Estoy muy ocupado. Pero siempre me he asegurado de que Rosalia esté bien cuidada y no le falte nada.

—Nada excepto atención y el cariño de un padre —dijo Bethan mientras él guiaba el carruaje hacia el camino de la playa—. Eso no es algo que puedas comprar con tu fortuna, pero es

lo más valioso.

Simon no quería oír esas cosas y menos de ella. Si hubieran estado en casa se habría dado la vuelta para marcharse. Pero allí fuera no tenía más remedio que quedarse sentado y escuchar.

Sus facciones debieron traicionar sus auténticos sentimientos, porque Bethan suavizó el tono.

—No estoy diciendo que sea algo malo que le des tantas cosas a Rosalia. Pero te necesita más a ti que una casa elegante y muchos sirvientes.

Sonaba como si estuviera tratando de explicarle el hecho más sencillo a un pobre retrasado.

—¿Quién eres tú para decirme lo que Rosalia necesita? ¡No eres su madre y nunca lo serás!

Simon se arrepintió de sus palabras en cuanto las pronunció. Le había arrojado a la cara la verdadera razón por la que estaba allí, y Bethan era todavía lo bastante inocente como para encontrar esa razón vergonzosa. Contuvo el aliento como si le hubiera pegado un puñetazo.

—Perdóname —tuvo que hacer un esfuerzo para pronunciar aquella palabra—. Eso no venía al caso.

—Sé que no voy a ser la madre de Rosalia —su rápida respuesta solo sirvió para que se sintiera peor—. Pero eso no impide que me preocupe por ella. Tal vez no esté aquí mucho tiempo, pero la comprendo mejor de lo que tú crees. Dime, ¿por qué crees que se comporta tan correctamente todo el tiempo?

La pregunta le pilló desprevenido.

—No creo que eso sea nada malo, ¿verdad? Es influencia de Ah-Sam, y le estoy muy agradecido por ello. Su gente considera muy importante educar a los niños para que sean obedientes y respetuosos.

—En parte puede ser eso —reconoció Bethan—. Pero la auténtica razón es que tu hija espera ser lo suficientemente buena para ganarse tu amor.

—¡Tonterías! —si le hubiera golpeado la pierna herida con un bastón de bambú, Simon no se habría mostrado más desesperado por detenerla—. Ya he tenido bastante de este asunto por hoy. ¿Podemos hablar de otra cosa?

Simon señaló hacia un muro de estacas de madera que rodeaba un numeroso grupo de construcciones con tejados destartalados. Sobre ellas se alzaban unas casas nuevas de tejas rojas colocadas de una forma piramidal, que parecían trasplantadas directamente del barrio chino.

—Esto es Kampong Gelam, donde vive el sultán con su extensa familia y sus criados —le dijo con la esperanza de distraerla—. Kampong es la palabra malaya para «ciudad» y el gelam es un tipo de árbol muy común por aquí. La gente utiliza su madera para reparar los barcos.

Bethan no quería que la distrajera.

—¿Debo añadir a tu hija a la lista de cosas de las que no quieres hablar?

—No sé a qué te refieres —Simon trató de eludir la pregunta—. ¿Ves ese edificio nuevo con el tejado rojo? No es el *istana* del sultán, como podrías pensar. Es una mezquita, el lugar de culto de los musulmanes.

Bethan ignoró una vez más su esfuerzo por cambiar de tema.

—La pierna herida, tu esposa fallecida... —fue contando los temas prohibidos con los dedos—. ¿Cuántos más hay? Tal vez deberías decírmelo para que así los evitara.

Ir allí había sido un error. Simon le dio la vuelta al carruaje y se dirigió de regreso a su casa.

—Si pensara que ibas a tener la cortesía de evitar sacar los temas de los que prefiero no hablar, sin duda te lo diría.

Bethan sacudió la cabeza.

—No lo entiendo. Sé que no son recuerdos agradables, pero actúas como si fueran a marcharse si no hablas nunca de ellos. Y no va a ser así.

—No quiero hablar tampoco de eso —murmuró Simon entre dientes.

¿Qué le parecería a ella que la interrogara sobre el hombre que le había buscado la ruina?

—No me importa que no quieras hablar de las demás cosas —Bethan dejó escapar un suspiro de desesperación—. Pero no esperes que guarde silencio respecto a tu hija. La pobre niña tiene miedo de salirse de la línea que le trazan y que nunca llegues a quererla. Debes demostrarle que eso no es verdad. Y si lo es... bueno, entonces no está bien, eso es todo.

Claro que no estaba bien. Simon lo sabía por propia experiencia. Pero no le había dado a Rosalia motivos para creer algo así... ¿no?

Atormentado por la incertidumbre, Simon se negó a hablar hasta que llegaron a la casa. Cuando ayudó a Bethan a descender del carruaje, el contacto de su mano provocó que el corazón le latiera con más fuerza, pero hizo un esfuerzo por no permanecer en su presencia.

—Discúlpame —con una breve reverencia, se dio la vuelta y se dirigió hacia el jardín.

—¿No vas a venir a cenar? —le gritó ella a su espalda.

Simon no se dio la vuelta.

—Creo que he perdido el apetito —se dirigió por el jardín en dirección a la playa.

Allí paseó y escuchó el batir de las olas sobre la arena. Confiaba en que aquel sonido liberara a su mente de los pensamientos desesperantes que Bethan había despertado en él con sus preguntas indiscretas y sus entrometidas opiniones.

Pero no fue así.

No podía dejar de pensar en Rosalia y en la posibilidad de que lo que Bethan había dicho sobre ella fuera verdad.

¿Era Simon culpable de descuidar a su hija?, se preguntó Bethan mientras cenaba a solas. ¿O había sido demasiado dura con él?

El cocinero había preparado una cena deliciosa a base de platos europeos con un exótico toque de ingredientes locales. Y sin embargo, aquella noche nada le sabía tan bien sin el picante añadido de la compañía de Simon.

Si hubiera dejado de hablarle de Rosalia cuando se lo pidió, tal vez ahora estuviera allí contándole historias fascinantes sobre las cosas que habían visto en el recinto del sultán. Pero estaba tan decidida a reprenderle por no prestar suficiente atención a su hija que no podía recordar nada de lo que le había intentado mostrar.

Tal vez tendría que haber tenido con Simon algo de la paciencia que le salía con naturalidad cuando estaba con su hijita. Entonces puede que le hubiera escuchado. Pero su malhumorada defensa había provocado que se le soltara la lengua y le había apartado de sí. ¿Cómo iba a conseguir que escuchara su consejo sobre Rosalia si no era capaz de mantenerlo a cinco metros de ella?

Su exasperante negativa a hablar de cualquier cosa que le perturbara le recordaba a Bethan a su madre, con la que había tenido una relación difícil.

«Las cosas son como son, niña. Hablando no van a cambiar».

No había sido capaz de que su madre entendiera que no pretendía cambiar el pasado hablando de él. Lo único que buscaba era una oportunidad para ahondar en sus sentimientos. Hugh era el único dispuesto a escuchar hasta que se hizo a la mar. Daría cualquier cosa por tenerlo cerca ahora escuchando sus problemas con Simon Grimshaw y ofreciéndole consejos de hermano.

Bethan se preguntó qué diría Hugh de todo aquello mientras renunciaba a tratar de comer y salía al porche. ¿Le sugeriría que tratara de ver las cosas desde el punto de vista de Simon?

Debió ser duro para él perder a su esposa y verse a cargo de una niña pequeña mientras él y sus socios trabajaban día y noche para sacar adelante su negocio. ¿Acaso era de extrañar que hubiera dejado a Rosalia a cargo de una experimentada *amah*? Aunque no la hubiera cubierto de mimos y atenciones, había hecho todo lo posible por proporcionarle una vida cómoda y segura. El repentino destello de un relámpago sobresaltó a Bethan. El sonido del trueno que siguió a continuación la hizo estremecerse. Lo primero en lo que pensó fue en Rosalia. ¿Y si la niña se despertaba asustada por la tormenta y Ah-Sam no estaba cerca para consolarla?

Bethan corrió hacia el dormitorio infantil. Había casi llegado cuando el brillo de un relámpago reveló a Simon de pie en el oscuro pasillo justo en la entrada de la habitación de su hija. Ya no llevaba puesto el abrigo. Tenía la corbata desatada y el cabello revuelto.

Durante un instante Bethan se preguntó si se habría quedado dormida y estaba soñando con él, como le ocurría con frecuencia desde que llegó a Singapur.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó con un gemido sordo.

—Ésta es mi casa —otro relámpago plateado relució en los ojos de Simon—. No estoy obligado a darte cuenta de mis entradas y salidas.

—No es eso lo que quería decir. Es que apenas pasas por aquí cuando Rosalia está despierta. ¿Por qué merodeas por su habitación cuando está dormida?

—¡No estoy merodeando! —el estruendo de la voz de Simon fue seguido por el eco de un trueno—. Pero ya que hablamos del tema, ¿qué estás haciendo tú aquí?

—He venido para estar con Rosalia por si la tormenta la despierta —Bethan aguzó el oído por si escuchaba a la niña despertarse.

—Lo dudo. Siempre duerme profundamente. Supongo que se debe a haber vivido durante tanto tiempo en nuestra antigua casa del río —a cada palabra que pronunciaba disminuía la hostilidad de su tono—. Si podía dormir con aquel ajetreo, hará falta algo más que unos cuantos truenos para despertarla.

A Bethan le sorprendió que supiera aquello sobre su hija.

Simon dejó escapar un profundo y lento suspiro.

—Ya que lo quieres saber, he venido a sentarme cerca de su cama mientras duerme y a pensar en lo que me has dicho antes.

—¿Y? —le espetó ella tras una larga pausa.

—Estoy agradecido de que Rosalia se porte tan bien —su voz se mezcló con el repiqueteo de la lluvia que caía sobre el tejado de tejas—. Pero no sé de dónde puede haber sacado la idea de que pueda enfadarme con ella. No le he levantado la voz jamás.

—Estoy segura de que nunca has sido desagradable con ella —Bethan se acercó un poco más para que Simon pudiera escucharla por encima del sonido de la lluvia—. Pero los niños ven el mundo a su manera. ¿Tú no tenías fantasías absurdas o miedos secretos a esa edad?

No esperaba que Simon respondiera dada su obcecada negativa a hablar de su pasado. Pero confiaba en que al menos pensara en ello y empezara a entender.

Tal vez ayudara que ella le contara algo de su vida.

—Yo sé cómo se siente Rosalia. Cuando yo era un poco mayor que ella mi padre nos dejó a mi madre y a mí. Viajaba mucho debido a su trabajo como supervisor de una finca. Pero aquella vez no volvió. Pensé que era culpa mía porque era muy traviesa.

—¿Abandonó a su mujer y a su hija? —la dureza del tono de Simon no ofendió a Bethan, porque pensó que la estaba defendiendo—. ¡Eso es infame!

Tantos años después todavía se sentía inclinada a excusar a su padre.

—Mi madre no era una mujer de convivencia fácil. Lo que más me dolió de la desaparición de papá fue que no me llevara con él. Solía soñar con escaparme para ir en su busca.

—¿Por eso estabas deseando venir a Singapur? —preguntó Simon—. ¿Creías que podrías encontrar a tu padre aquí?

Durante un momento de locura, Bethan consideró la posibilidad de decir la verdad, que estaba muy cerca de las sospechas de Simon. Pero después de lo que había dicho sobre los delincuentes y los castigos, no fue capaz de hacerlo.

—Eso no tuvo nada que ver. Unos años después de que mi padre se marchara supimos que había muerto. Mi madre pensó que se lo merecía por habernos abandonado, pero yo lamenté no haberme esforzado más en buscarle. Que muriera sin que pudiera verle una última vez fue como un castigo para mí.

Aquello era algo que nunca le había contado a nadie, ni siquiera a Hugh. ¿Qué la había llevado a confiarse a un hombre que apenas conocía desde hacía quince días, un hombre que se negaba a contarle nada importante de sí mismo?

—Te entiendo mejor de lo que crees —un suspiro escapó de labios de Simon—. Yo tenía siete años cuando mi madre murió y diez cuando mi padre volvió a casarse. Mi madrastra era una vecina nuestra que estaba pasando penurias. Le pedí a mi padre que la ayudara y lo hizo ofreciéndole matrimonio. Fue muy atenta conmigo hasta que tuvo sus propios hijos. Con cada nuevo bebé se iba haciendo más fría. Hizo un esfuerzo por llevarse bien con mi hermano mayor, que iba a ser quien heredara la hacienda. Supongo que a mí me veía como una amenaza para sus hijos aunque en su momento no me di cuenta. Creí que se debía... a que yo no era suficientemente bueno.

Bethan se lo podía imaginar, un niño callado cuyas maneras formales escondían un corazón cariñoso que se podía herir con facilidad.

—¿Por eso viniste a las Indias, para demostrar tu valía ganando tu propia fortuna?

—Tal vez —respondió Simon tras una larga pausa—. Aunque en aquel momento lo único que quería era estar lo más lejos posible de mi familia.

Bethan volvió a preguntarse una vez más si no estaría soñando. ¿Podría estar aquel hombre tan reservado contándole tantas cosas sobre su pasado y sus más íntimos sentimientos? Antes de que pudiera decir algo, Simon continuó hablando.

—Tal vez haya hecho sin darme cuenta que Rosalia se haya sentido así. Quiero compensarla, pero no sé cómo hacerlo.

—Te las arreglarás —le tranquilizó Bethan—. Creo que eres un hombre capaz de hacer todo lo que se proponga.

—En los negocios tal vez —parecía apesadumbrado—. Pero con la gente, sobre todo con los que más me importan, he cometido muchos errores. Tú te llevas bien con Rosalia de forma natural. ¿Podrías ayudarme a acercarme a ella?

—¡Por supuesto! —Bethan tomó la mano de Simon y se la estrechó con fuerza—. Creo que me llevo tan bien con los niños porque todavía soy un poco niña por dentro. Me da la impresión de que tú tuviste que crecer muy deprisa.

No era su intención seguir sujetándole la mano, pero sus dedos se negaron a soltarse.

—Necesitas pasar más tiempo con Rosalia. Hablar con ella. Escucharla como me estás escuchando a mí ahora. Tratar de sonreír más... o al menos torcer menos el gesto.

En lugar de ofenderse por su brusquedad, Simon se rio entre dientes.

—Lo intentaré. Me resulta más fácil sonreír cuando tú estás cerca.

—Eso es lo más amable que me ha dicho nunca un hombre.

La lluvia se había detenido para entonces y el agua que caía por el alero se había convertido en un goteo. El silencio hizo que Bethan fuera más consciente que nunca de la cercanía de Simon y de las sensaciones que provocaba en ella.

¿La iría a besar ahora? Sus labios temblaron por la emoción.

Pero Simon le levantó la mano y apoyó los labios en ella.

—Gracias por el consejo.

Se marchó antes de que Bethan pudiera recuperar la voz, dejándola temblorosa de deseo. Pero a diferencia de otras ocasiones, esta vez Simon no solo había despertado su deseo sino también una dulce ternura que no sabía si recibir de buen grado... o resistirse a ella.



Capítulo 7

La noche anterior habría sido la oportunidad perfecta para seguir adelante con la lenta seducción de Bethan. Simon pensó en ello al día siguiente en el trabajo y trató de averiguar qué le había hecho vacilar.

Trató de convencerse de que se había marchado porque no quería arriesgarse a perder el control y volver a asustarla. Pero eso era solo parte de la razón. De lo que de verdad había huido era de la alarmante necesidad de abrirle por completo su corazón. Bethan no solo amenazaba su autocontrol, sino que también suponía un peligro para su intimidad celosamente guardada.

La noche anterior se las había arreglado para abrir una de las bien cerradas puertas de su pasado, urgiéndole a revelar cosas que nunca le había contado a nadie. La oscuridad y el sonido de la lluvia habían formado una cortina a su alrededor, haciéndole sentir como si estuviera a solas con sus recuerdos. Y sin embargo, la presencia de Bethan le había resultado cercana y vital. Al compartir un poco de su doloroso pasado con él había abierto una ventana secreta al suyo.

No podía permitir que volviera a suceder.

La evitaría durante unos días y se concentraría en el trabajo. Cuando sintiera que era seguro volver a retomar el contacto con Bethan actuaría como si su confesión a medianoche nunca hubiera tenido lugar.

—Le pido disculpas, señor Grimshaw —la voz de su nuevo ayudante, Wilson Hall, se coló en sus pensamientos, sobresaltándole—. Dijo usted que quería echarle un ojo a los muchachos mientras cargaban el azúcar.

—¿Ah, sí? —Simon no podía recordar cuándo fue la última vez que estuvo tan distraído del trabajo. Se suponía que el trabajo le hacía olvidar los problemas de su vida personal y no al revés—. Quiero decir... por supuesto. Hay productos que caen al río y pueden recuperarse sin ningún problema. Pero si cae azúcar por la borda ya es otra historia.

Se dirigió hacia el muelle con la esperanza de dejar de pensar en Bethan. Pero sus pensamientos le persiguieron con la misma determinación que ella había mostrado persiguiendo a aquel ladrón por el barrio chino. La voz de Bethan se coló en un rincón de su mente, dispuesta a acribillar su conciencia con unas cuantas verdades bien dichas si bajaba la guardia.

Le había dicho que no hacía ningún mal hablar del pasado. Aparte del miedo que le causaba pensar hacia dónde podría llevarle, lo cierto era que se sentía un poco mejor tras airear aquellas heridas infectadas de su juventud. También le había hecho pensar de otro modo sobre su relación con Rosalía... con la falta de ella.

Ahora entendía que el hecho de que la niña se portara tan bien como él a su edad no significaba que fuera feliz. Proporcionarle los mejores bienes materiales no era suficiente. También necesitaba que alguien cuidara de su joven y vulnerable corazón.

Simon no tenía ni idea de por dónde empezar y le daba miedo fallarle a Rosalía. Había buscado a Bethan en su incertidumbre y ella había accedido generosamente a ayudarle.

Ahora empezaba a preguntarse si habría sido una buena idea. Desde que llegó a Singapur, Bethan actuaba más como una esposa que como una amante.

—¿Estás segura de que a papá no le importará? —Rosalia apretó con fuerza la mano de Bethan mientras se dirigían al almacén de Vindicara.

—No tengas miedo —Bethan hizo un esfuerzo por dejar de lado sus propios recelos. Simon hablaba en serio la noche anterior cuando dijo que quería estar más cerca de su hija, ¿verdad?—. Todo saldrá bien, ya lo verás.

Cuando llegaron a la oficina se alegró mucho de ver a Wilson Hall sentado en el escritorio escribiendo números en un enorme libro.

—¡Bethan! —exclamó dejando a un lado su trabajo—. Qué alegría verte. Tienes muy buen aspecto. Singapur te sienta bien.

—Y a ti —sonrió con aprobación ante el cambio de Wilson. Durante los últimos quince días, el torpe y tímido muchacho parecía tener más confianza en sí mismo—. Pareces un hombre de negocios.

Wilson esbozó una sonrisa tímida.

—Era tan torpe en el almacén que temía que el señor Grimshaw me despidiera. Pero me dejó intentar trabajar de administrativo y me gusta. Tengo mucho que aprender porque no he ido mucho a la escuela, pero el señor Grimshaw dice que tengo buena cabeza para los números. A los demás chicos también les gusta estar aquí. Este lugar es el paraíso al lado de las minas: hay sol, calor y comida de sobra. Hemos aprendido algunas palabras en otros idiomas. El señor Grimshaw ha contratado a un hombre para que nos enseñe, le llaman el *munshi*. Es el hombre más inteligente que he conocido en mi vida. Tiene en muy alta estima al señor Grimshaw.

Dos semanas atrás a Bethan le habría sorprendido escuchar cosas tan agradables sobre Simon. Pero desde entonces había atisbado el corazón generoso que ocultaba bajo su solemne y en ocasiones gruñón exterior. Si bajaba un poco la guardia estaba convencida de que sería un buen padre.

—Me alegra saber que os va bien a todos, Wilson. ¿Está el señor Grimshaw por aquí? Rosalia y yo hemos venido a hacerle una visita si no está muy ocupado.

—Ha salido al muelle. ¿Quieres que vaya a buscarle?

—Si no te importa —Bethan miró a Rosalia, que todavía se mostraba nerviosa por estar allí.

Unos instantes más tarde entró Simon cojeando de forma apenas perceptible.

—Buenos días, señoras. Qué sorpresa. ¿A qué debo el honor de vuestra visita?

La niña apretó con más fuerza la mano de Bethan y se agarró a ella como si no se fiara completamente del alegre saludo de su padre.

—Rosalia echa de menos ver los barcos del río —Bethan le dirigió a Simon una mirada de ánimo—. Si no te importa nos sentaremos un rato en el porche de vuestra antigua casa.

La niña reunió el valor para añadir:

—¿Podemos, papá?

—Parece una buena idea —Simon se puso en cuclillas, aunque sintió una punzada de dolor—. Hoy hay muchos barcos en el río. Si hubiera más creo que no tendrían espacio para moverse.

—Tal vez puedas unirte a nosotras un rato —sugirió Bethan—. Si no estás muy ocupado.

Durante un instante pareció que Simon se iba a negar, pero luego se levantó y le tendió la mano a su hija.

—Me vendrá bien hacer una pequeña pausa en el trabajo. Parece que Ralph y los demás han entendido la importancia de ser cuidadosos cuando cargan azúcar.

Bethan miró a Rosalia, sonrió y asintió con la cabeza. Animada, la niña tomó la mano de su

padre. Los tres se dirigieron hacia la casa de al lado, una sencilla construcción de madera con el tejado de hojas de palma entrelazadas. Desde el enorme porche abierto del frente se extendía una vista del ajetreado río de Singapur. Olvidando su timidez durante un instante, Rosalia corrió hacia la barandilla.

Bethan se inclinó hacia Simon y susurró:

—No ha sido muy difícil, ¿verdad?

Él sacudió la cabeza.

—No tan difícil como aceptar que he dejado mucho que desear como padre.

No debía resultarle fácil a un hombre tan orgulloso y de éxito reconocer sus errores. El hecho de que Simon lo hiciera y estuviera dispuesto a tratar de cambiar le elevaba todavía más ante sus ojos.

—Lo hiciste lo mejor que pudiste en su momento, y eso es más de lo que muchos padres habrían hecho. Pero sin tu esposa, Rosalia necesita que seas padre y madre para ella.

Simon apretó la mandíbula ante la mención de su esposa fallecida. Bethan se acordó de lo que había dicho sobre que no podría reemplazar a la madre de Rosalia. ¿Habría intentado advertirla de que tampoco podría nunca ocupar el lugar de su anterior esposa en su corazón? En ese caso sería otra buena razón para resistirse a los sentimientos que estaban empezando a crecer en su corazón antes de que echaran raíces.

Se apartó del lado de Simon, se unió a Rosalia y trató de concentrarse en lo que la niña estaba diciendo.

—Esas embarcaciones que recogen la carga de los barcos grandes se llaman *tongkangs*. Los braceros se llaman *chuliahs*. Mahmud me contó que le rezan a Alá, como los malayos y los árabes. Cuando era pequeña los saludaba desde el porche, y ellos me devolvían el saludo.

—¿De verdad? —Bethan sonrió—. ¿Y qué te decían?

—No entendía su idioma —Rosalia saludó con la mano a uno de los barcos que pasó directamente delante de la casa—. Pero a juzgar por su tono de voz creo que era algo bonito. Bendiciones, tal vez.

Mientras veía a los barcos navegar por el abarrotado río. Bethan se preguntó si alguno de aquellos braceros habría tenido contacto con su hermano cuando su barco estuvo en Singapur. En caso afirmativo, tampoco sabría cómo preguntárselo. Y no quería arriesgarse a otro incidente como el que ocurrió el primer día que llegó.

Simon se adelantó y se puso al lado de su hija.

—Bethan me ha contado que echas de menos este ruidoso y viejo lugar, ¿es verdad?

—A veces —admitió Rosalia—. Había muchas cosas que ver y que hacer aquí. El mercado está cerca. Recuerdo el desfile de los farolillos del muelle sur.

—Este lugar me viene bien para alojar a los nuevos trabajadores llegados de Inglaterra —dijo Simon—. Pero puedes venir de visita a ver los barcos siempre que quieras.

—¿De verdad?

Él asintió.

—Sé que no nos hemos visto mucho desde que nos mudamos a la casa nueva, pero creo que ya es hora de cambiar eso, ¿no te parece?

—Sí, papá —Rosalia parecía recelar del repentino cambio de su padre.

Bethan confiaba en que la vacilación de la niña no desanimara a su padre. Aquél era un problema que llevaba largo tiempo instalado. No iba a desaparecer con un único movimiento.

Pero Simon no había hecho su fortuna rindiéndose con facilidad.

—Podemos salir a algún sitio si te apetece. ¿Hay algo especial que quieras hacer?

Rosalía se lo pensó durante un momento.

—Apenas he visto a Agnes y a Alfie desde que se mudaron a su nueva casa. ¿Podríamos ir a visitarlos?

—Veré qué puede hacerse —aseguró Simon—. ¿Algo más?

Rosalía señaló hacia los barcos del río.

—Siempre he querido dar una vuelta en un *tongkang*. ¿Podríamos hacerlo?

Bethan esperaba que felicitara a su hija por tan buena idea. Pero a juzgar por la expresión de Simon, parecía que la niña hubiera sugerido ir a cazar tigres... sin armas.

—Disculpadme, por favor. Acabo de recordar que tengo un asunto urgente que atender. Dile a Ah-Ming que es posible que no llegue a cenar.

—Por supuesto —Bethan trató de aparentar que le creía—. Nosotras nos quedaremos a ver los barcos un ratito más, si te parece bien —le pasó el brazo a Rosalía por los hombros y miró a Simon con desconcierto por encima de la cabeza de la niña. Lo estaba haciendo muy bien hasta el momento, ¿qué diablos le había pasado?

—Me parece muy bien —continuó retirándose—. Lamento marcharme con tanta precipitación. Disfrutad de la vista de los barcos.

—Adiós, papá —Rosalía parecía abatida.

Estaba claro que había percibido que algo no iba bien. Bethan temía que la niña pensara que era culpa suya. Simon no ayudó a arreglar las cosas. Curvando los labios en un amago de sonrisa, se despidió de su hija con la mano y se alejó de allí como si algún peligro le persiguiera.

Bethan deseó poder seguirle y preguntarle qué ocurría, pero no podía dejar a Rosalía. Tendría que esperar por Simon aquella noche y llegar hasta el fondo del asunto.

Simon regresó a su oficina con paso rápido y trató de dejar a un lado los turbulentos recuerdos que le acechaban. Tendría que haber imaginado que pasar tiempo con Rosalía despertaría esos recuerdos. Después de todo, la niña se parecía mucho a su madre. Cuando le había mirado con los ojos oscuros de Carlotta y le había pedido ir a dar una vuelta en un *tongkang*, lo mejor que pudo hacer Simon fue inventarse una excusa para marcharse antes de decir algo peor.

¿A quién estaba tratando de engañar? Sabía que no tenía madera de padre cariñoso. Tendría que haberse concentrado en las cosas que podía hacer, como proteger a Rosalía, procurarle todo lo que necesitara, y dejar a otras personas más capaces la desafiante tarea de demostrar afecto. Como Bethan. Para ella parecía ser tan sencillo como respirar. Envidiaba su habilidad natural.

Cuando llegó al almacén ignoró la mirada de curiosidad de su ayudante y exigió ver el libro de cuentas. Durante las siguientes horas se centró en las prolijas columnas de cifras y encontró consuelo en su orden y en su simplicidad, tan ajenas a su vida. También eran la tranquilizadora prueba de que podría triunfar en lo que más importaba en aquella ciudad.

Mientras examinaba las cuentas, Simon sacó la petaca y dio varios tragos de fuerte aguardiente de palma. Aunque la pierna no le estaba molestando mucho aquel día, tenía otras heridas que exigían alivio.

Era más de medianoche cuando volvió a casa esperando encontrar a todo el mundo acostado. Para su sorpresa, encontró un candil todavía encendido en la sala y a Bethan acurrucada en una de las esquinas del sofá profundamente dormida. Sin duda había intentado abordarle y llamarle al orden por su repentina y torpe partida aquella tarde. Simon se sintió tentado de evitar aquella confrontación apagando la vela y dejándola dormir. Pero sabía que solo serviría para

retrasar lo inevitable. Bethan Conway era una de las personas más desesperadamente tenaces que había conocido en su vida. Si fuera un hombre, aquella cualidad sería una gran baza para los negocios.

Pero no era un hombre. Desde luego que no.

Con cuidado de no despertarla, Simon se sentó en el sofá y aprovechó aquella inesperada oportunidad para saciar sus ojos con su lozana belleza. Deslizó la mirada desde su rojiza melena alborotada hasta sus labios llenos que parecían suplicar ser besados. Se entretuvo en sus preciosos hombros. Había algo en aquella parte de la anatomía femenina que le excitaba tanto como unos buenos senos o un trasero bien proporcionado.

El deseo se apoderó de él, erosionando su decisión de mantener las manos lejos de ella. Tal vez entre sus brazos, en su pecho y entre sus húmedos muslos encontrara un olvido más perdurable que el que había obtenido en las páginas de un libro de contabilidad o en el fondo de una petaca. ¿Cuántos días más tendría que esperar para hacerla suya?

—Bethan —susurró. Al ver que no respondía, extendió el brazo y le dio un golpecito en la rodilla—. Es tarde. Deberías irte a la cama.

¿Qué haría si no lograba despertarla? ¿Cargarla en brazos y llevarla a su dormitorio? En el estado en que se encontraba, no confiaba en dejarla sobre la cama y marcharse.

Bethan resolvió el asunto estirándose y girándose hacia él. Su movimiento hizo que la mano de Simon subiera desde la rodilla al muslo. A través del fino vestido de muselina pudo sentir el calor de su cuerpo, que encendió una fiebre en el suyo en respuesta. Retiró la mano con brusquedad por temor a que ambos se quemaran. Su repentino movimiento la despertó del todo.

—¿Simon? —se tiró de la tela del vestido por varias zonas interesantes—. ¿Qué hora es? ¿Por qué has salido huyendo esta tarde?

—Es demasiado tarde para hablar de eso ahora. Podemos discutirlo en otro momento.

—¿Cuándo? —bostezó y se frotó los ojos—. No es algo que quiera hablar delante de Rosalía aunque llegues a casa pronto algún día. Cuando te marchaste se quedó triste, aunque trató de disimularlo. Es muy inteligente y sé que no se creyó tu excusa sobre el asunto urgente, igual que yo. Cree que ha hecho algo que te ha enfadado y yo no pude consolarla porque no lo tenía claro tampoco. Así que no voy a irme a la cama hasta que me des una respuesta que pueda explicarle a ella.

—Te dije que intentaría ser un padre más atento —Simon se movió hacia el otro extremo del sofá. ¿Qué haría Bethan si se levantara y se marchara sin dar ninguna explicación? ¿Le seguiría hasta el dormitorio confiando en que su honor la mantendría a salvo?—. Y lo he intentado. Pero me he quedado corto, como sabía que ocurriría. Me temo que nunca he sido una persona cariñosa.

—Pero lo estabas haciendo muy bien. Y de pronto empezaste a actuar como un caballo asustado. ¿Fue algo que hizo Rosalía? Fuera lo que fuera, no era su intención. ¿Ocurre algo con esos niños a los que quiere visitar?

—No tiene nada que ver con ellos —le espetó Simon.

Estaba cansado, excitado y molesto consigo mismo y con Bethan. Sabía que ella seguiría preguntando hasta sacarle la verdad.

—Entonces, ¿con qué tiene que ver? —inquirió, tal y como temía que hiciera—. Con algo más de la lista de cosas de las que te niegas a hablar, supongo. ¿La pierna herida? ¿Tu mujer?

La pregunta hizo que Simon diera un respingo.

Bethan aprovechó aquel desliz.

—Pero Rosalía no ha dicho nada sobre su madre.

Cuando él apretó los labios con gesto obstinado, la expresión enfadada de Bethan se

transformó en una de simpatía.

—Entiendo que todavía llores a tu esposa. Y aunque sea pequeña, sé que Rosalia lo entendería también si se lo explicaras.

—No lloro a Carlotta. ¡Nunca la he llorado! —las palabras se le escaparon a Simon debido a su desesperación por evitar que Bethan siguiera haciendo falsas suposiciones sobre su matrimonio. Las cosas que estaba diciendo estaban tan alejadas de la verdad que resultaban casi obscenas—. Se ahogó una noche tratando de subirse a un *tongkang*. Resbaló, se dio un golpe en la cabeza y cayó al río. Cuando la sacaron ya era demasiado tarde.

Simon se mordió la lengua para evitar decir nada más. Rezó para que Bethan no preguntara por qué Carlotta estaba intentando subirse a un barco por la noche y dónde estaba él en aquel momento.

Afortunadamente, su simpatía fue mayor que su curiosidad.

—Lo siento, Simon. Esos horribles recuerdos debieron volver a ti cuando Rosalia te pidió ir a dar una vuelta en uno de esos barcos. Pero ella no lo sabía. Debes contárselo. Necesita saber por qué actuaste como lo hiciste para saber que ella no tiene la culpa.

Simon se puso de pie de un salto.

—Si crees que necesita saberlo, entonces díselo tú.

—Sería mejor que lo hicieras tú —insistió Bethan con suavidad—. También debes contarle más cosas de su madre. Cosas alegres. Rosalia no tiene ningún recuerdo de ella. Si crees que no puede echar de menos lo que no recuerda, te equivocas. La pobre niña siente como si le faltara una parte de sí misma.

A Simon le indignó que Bethan se atreviera a sugerir algo así.

—Sé que tienes buena intención, pero lo que me pides es imposible. Créeme si te digo que cuanto menos sepa Rosalia sobre su madre, mejor.

—¿Me lo vas a contar? —Rosalia estaba sentada a la noche siguiente en su cama esperando a que Bethan terminara de colocarle el mosquitero para la noche—. Prometiste que lo harías.

—Así es —Bethan dejó un instante el mosquitero y tomó asiento en una esquina de la cama de la niña mientras pensaba en cómo empezar.

Su franca manera de hablar no serviría para sacar un tema tan doloroso con una niña tan sensible. Tenía que escoger cuidadosamente las palabras.

—Esto es así —Bethan tomó la delicada mano de la niña entre las suyas—. A veces, cuando suceden cosas que ponen a la gente muy triste, las personas tratan por todos los medios de no pensar en ellas para no estar todo el tiempo tristes.

Las finas cejas de Rosalia formaron un ceño de desconcertada concentración. Estaba tratando de discernir lo que Bethan quería decir y cómo relacionarlo con el reciente incidente con su padre.

Necesitaba un ejemplo que pudiera entender, aunque Bethan temía que pudiera ponerla triste.

—Sé que debes echar de menos a Ah-Sam aunque no hables mucho de ella.

Tras un instante de reflexión, Rosalia asintió con gravedad.

—Si yo empezara a hablar de las cosas que solías hacer con ella —continuó Bethan—, cosas que te hacen pensar en ella cuando no quieres, tal vez salieras huyendo de mí para no oír lo que estoy diciendo.

La niña jugueteó con la punta de su trenza.

Bethan le pasó el pulgar por los nudillos.

—Puede que te cueste trabajo creerlo, pero los adultos también pueden sentirse así. Incluso los hombres valientes como tu padre. El otro día, cuando dijiste que querías ir a dar una vuelta en una de esas embarcaciones del río, le recordó a algo muy triste en lo que no quería pensar. Por eso se marchó tan repentinamente.

—¿Estaba enfadado? —la niña se incorporó agitada—. No era mi intención entristecerle.

—¡Por supuesto que no está enfadado, cariño! —Bethan estrechó a la niña entre sus brazos para tranquilizarla—. Sabe que no fue tu intención.

—¿Qué fue eso tan triste que le hice recordar?

Aquélla era la pregunta que Bethan temía.

—Me temo que también te pondrá triste a ti —volvió a recostar a Rosalia en la almohada—. Pero puede que te ayude a entender algunas cosas que hace tu padre. ¿Seguro que lo quieres saber?

—Sí, por favor —susurró la niña.

—De acuerdo entonces —Bethan acarició su oscuro y sedoso cabello—. Ya sabes que tu madre se fue al Cielo, que es otra forma de decir que murió. Algunas personas mueren porque son muy mayores o porque enferman. Otras sufren accidentes y se hacen tanto daño que no pueden sobrevivir. Si una persona permanece demasiado tiempo bajo el agua puede morir ahogada. Eso fue lo que le pasó a tu madre.

Rosalía la miraba con los ojos muy abiertos, escuchando cada palabra. Por suerte no parecía demasiado angustiada, tal vez porque su madre era una figura lejana de la que no guardaba ningún recuerdo.

Con la mayor sutileza que pudo, Bethan repitió lo que Simon le había contado sobre la muerte de su esposa.

—Así que ya ves, cuando le pediste ir a dar una vuelta en una de esas embarcaciones tu padre recordó lo que le sucedió a tu madre. Y tal vez eso hiciera que se preocupara por ti.

Rosalía parecía dubitativa.

Bethan se sentía mucho más unida a aquella sensible niña que a ninguno de los alegres y ruidosos niños a los que había cuidado en Newcastle. Entendía las dudas y las preocupaciones de Rosalía. Y no podía evitar desear curarle las heridas, aunque no estuviera en su mano hacerlo.

—La gente tiene maneras distintas de demostrar lo que siente, ¿sabes? —continuó—. Hay personas a las que les cuesta trabajo mostrar sus sentimientos. Eso no significa que no se pongan tristes o alegres o que no quieran como las personas que lo demuestran más. ¿Conoces a alguien así? —añadió en tono amistoso.

Las comisuras de los labios de Rosalía se elevaron ligeramente.

—Yo también —aseguró Bethan—. A tu padre. Le cuesta mucho trabajo demostrar sus sentimientos porque está acostumbrado a guardárselos para sí mismo, igual que tú. Pero la razón por la que ha construido esta casa tan bonita y trabaja tan duro para hacer fortuna es que tú tengas todo lo que necesitas. Es su manera de demostrarte cuánto te quiere.

¿Qué la había llevado a posponer aquella conversación hasta la hora de acostarse de la niña? Bethan se reprendió a sí misma. ¿Cómo iba a esperar que Rosalía se durmiera después de lo que le había dicho?

—¿Te gustaría que te cantara una nana? —se tumbó al lado de la niña y colocó la mosquitera sobre ambas—. Espero que no te importe que sea en galés. Es una canción que mi padre solía cantarme.

Hubo un tiempo en el que no podía oír aquella canción sin llorar, pero últimamente le

proporcionaba una especie de consuelo. Solo con aquellas palabras familiares lograba recordar con claridad el sonido de la voz de su padre.

Comenzó a cantar suavemente, sin dejar de acariciar el pelo de la niña. Aquel movimiento repetitivo y la familiar melodía la adormilaron y sus pensamientos se dirigieron hacia donde había evitado que fueran desde su conversación con Simon.

¿Qué había hecho su mujer para que quisiera olvidarlo todo sobre ella? Fuera lo que fuera debió hacerle mucho daño. ¿Sería por eso por lo que Ah-Sam se esforzaba tanto en criar a Rosalia como una niña bien educada que no deshonrara a su padre? ¿Y podría formar también parte de la razón por la que a Simon le costaba trabajo acercarse a aquella niña que tanto se parecía a su madre?

Rosalía parecía pacíficamente ajena a los turbulentos pensamientos que cruzaban por la mente de Bethan mientras cantaba la nana. O tal vez fueran sus caricias lo que la relajaba. Enseguida cerró los ojos y su respiración se hizo más pausada.

Bethan fue cantando más y más bajo hasta que su voz se apagó. Entonces, deslizando los labios por la frente de Rosalia, susurró:

—Creo que tu padre te necesita tanto como tú le necesitas a él. Espero por el bien de los dos lograr que lo vea.

Deseaba con todo su corazón ayudar a sanar aquella familia, ya que había sido incapaz de sanar a la suya.

Capítulo 8

De pie en el pasillo, Simon escuchaba cómo Bethan le hablaba a Rosalia. Una profunda sensación de gratitud se apoderó de él. Si su madrastra hubiera sido la mitad de comprensiva y generosa que Bethan Conway, su vida habría sido muy diferente. Simon se contuvo y apartó bruscamente de sí aquel pensamiento.

Después de todo, no estaba descontento con su actual situación.

Había ido a buscar a Bethan, a disculparse por el modo en que le había hablado la noche anterior y por su arrebato con Rosalia. También le debía una explicación a la niña, aunque no estaba seguro de ser capaz de expresar sus sentimientos de un modo que ella pudiera entender. Si veía un brillo de reproche en sus oscuros ojos, tan parecidos a los de su madre, Simon temía que fuera a hacer o decir algo que empeorara las cosas.

Al escuchar sin ser visto las sencillas y sabias palabras que Bethan había utilizado para explicarle a Rosalia los hechos no pudo evitar admirar cómo comprendía cosas que para él siempre habían resultado complicadas. ¿Cómo era posible que con tan poco tiempo pareciera conocerle tan bien y que sin embargo no utilizara sus errores contra él? Tal vez le comprendiera tanto porque eran más parecidos de lo que nunca pudo imaginar. Los dos habían sido abandonados de formas distintas siendo niños y habían crecido en una atmósfera de desaprobación. Y luego habían conocido la amargura de la traición.

Cuando empezó a cantar, su voz le recordó al canto de las sirenas de la *Odisea* de Homero. La precaución le advirtió que no debía quedarse allí y arriesgarse a tener un encuentro con Bethan, cuando sus sentimientos estaban tan confundidos y peligrosamente a flor de piel. Pero las misteriosas palabras galesas de su canción parecían ejercer sobre él una especie de encantamiento.

Todavía seguía en el oscuro pasillo unos minutos más tarde, cuando ella salió del dormitorio de Rosalia. Al verle, Bethan dio un salto sobresaltada.

—Discúlpame —susurró Simon, esperando no haber despertado recuerdos desagradables de su pasado—. Esta vez tengo que admitir que estaba merodeando.

—¿Y por qué, si puedo preguntarlo? —preguntó ella con un susurro.

—Quiero disculparme por el modo en que te hablé anoche —dijo haciéndole señas para que saliera—. No estoy enfadado contigo, igual que no lo estoy con Rosalia. Es cierto lo que le acabas de decir, que no quiero que me recuerden sucesos dolorosos de mi pasado. ¿Crees que Rosalia podrá perdonarme por el modo en que actué ayer o he estropeado cualquier posibilidad de convertirme en la clase de padre que necesita?

—Los niños están dispuestos a dar más oportunidades de las que crees —Bethan le tomó la mano—. Si mi padre hubiera intentado ponerse en contacto conmigo después de marcharse no le habría rechazado. A pesar de todo el dolor que me causó seguí llevando aquel relicario con su retrato. Daría cualquier cosa por recuperarlo.

El relicario que le habían robado el día que llegó a Singapur. Simon casi lo había olvidado. En un principio dudó de su historia, pero ahora lamentaba su desconfianza y no haber tratado de recuperarlo. Tal vez, al igual que sus esfuerzos por acercarse a Rosalia, no fuera demasiado tarde.

Podría hablar con uno de los comerciantes chinos sobre la posibilidad de ofrecer una recompensa por su devolución. Era lo menos que podía hacer para compensar a Bethan por haberla juzgado mal. Pero no se lo mencionaría a ella porque no quería que se llevara una desilusión si no lo encontraba.

Simon olfateó el aire.

—La cena huele muy bien y ya está casi lista. Tal vez puedas hacerme alguna sugerencia mientras cenamos sobre cómo compensar a Rosalia por lo de ayer. He estado trabajando en mi sonrisa, aunque me temo que resulta un poco truculenta cuando intento forzarla.

Su ironía hizo reír a Bethan, lo que provocó que Simon sonriera sin hacer ningún esfuerzo.

Para su alivio, no le hizo ni una sola pregunta sobre su esposa en toda la noche. Hablaron de Rosalia, de pequeñas cosas que Bethan había notado en la niña, sugerencias para que Simon se acercara más a ella.

—Tienes que hacer cosas con ella, cosas de las que podáis hablar sin sentirnos forzados ni coartados.

Simon asintió.

—Así es exactamente como me siento cuando intento hablar con ella.

—Y a Rosalia le pasa lo mismo —Bethan sonrió—. No me extraña. Aunque no se parece a ti físicamente, todo lo demás en ella me recuerda a ti. El modo en que sonrío y deja de sonreír al instante con una sonrisa fugaz que ilumina toda la estancia. El modo en que trata de guardarse sus preocupaciones para sí misma. El modo en que desea con todas sus fuerzas hacer lo correcto.

Sus palabras conmovieron a Simon más de lo que podía expresar, calmando las envenenadas dudas sobre la paternidad de su hija que le perseguían desde hacía tanto tiempo. Poco a poco fue siendo consciente de una sensación en el pecho que le resultaba desconocida pero placentera. Le recordaba detalles medio olvidados de su infancia en Lancashire, como los dedos de los pies helados cuando los calentaba frente al crepitante fuego de la chimenea. ¿Podría significar que su corazón estaba empezando a derretirse?

No estaba seguro de que eso fuera algo que quisiera que ocurriera. Que permaneciera congelado tenía sus ventajas. La carne helada no sentía el dolor.

El suelo congelado era difícil de romper. Pero a pesar de todo, Simon se sentía tentado de escapar del perpetuo invierno que rodeaba su corazón desde hacía mucho tiempo.

Conocer a la hija de Simon la estaba ayudando a comprenderle a él mucho mejor, pensó Bethan mientras hablaban de Rosalia durante la cena. También estaba consiguiendo que la idea de casarse con él le resultara mucho más atractiva. La mención de su relicario robado le hizo darse cuenta de los pocos progresos que había hecho para saber qué había sido de su hermano. Habían pasado tantos barcos por Singapur durante los últimos tres años que se preguntó si alguien allí recordaría a un joven tripulante en concreto. Había sido una estúpida al creer que podría conseguir semejante logro. Casi tan estúpida como el haber pensado que encontrar a Hugh la ayudaría a restaurar a su familia. Esa oportunidad se había perdido hacía mucho tiempo.

Pero no lamentaba haberlo intentado. La búsqueda de su hermano la había llevado hasta Simon y Rosalia, una familia que la necesitaba a ella para estar completa. Con ellos tenía la oportunidad de crear una nueva familia y conseguir la seguridad que nunca había conocido.

—Gracias por contarle a Rosalia lo de su madre —dijo Simon cuando se dirigían hacia sus

habitaciones, al final de la velada—. Si mi hija me da otra oportunidad, te lo tendré que agradecer a ti.

Bethan se dio cuenta de que era la primera vez que le había oído referirse a Rosalia como «mi hija». Era una buena señal para el futuro.

—No estoy acostumbrado a que me entiendan tan bien —sus palabras susurradas sonaban muy dulces a su oído—. Resulta perturbador... y al mismo tiempo reconfortante. Has llegado a conocerme mejor en estas semanas que cualquier otra persona en años.

Algunas personas podrían pensar que resultaba extraño encontrar perturbador el hecho de ser comprendido. Pero Bethan sabía lo que Simon quería decir. La comprensión podía implicar que figoneara en aquellos asuntos sobre los que no quería recordar. Ella se había mordido la lengua en más de una ocasión para no nombrar a la madre de Rosalia, aunque la curiosidad la carcomía. En cierto modo le aliviaba saber que Simon no había adorado a su mujer tanto como para que no hubiera en su corazón sitio para un nuevo amor.

Le sonrió.

—Esa es la segunda cosa más bonita que me ha dicho nadie nunca. No eres un hombre fácil de entender, Simon. Tienes muchas facetas. Cuando creo que las he visto todas me sorprendes con otra. Hay partes de ti que comprendo porque son parecidas a las mías. Pero en otros aspectos no podemos ser más distintos.

—Eso no es tan malo, ¿verdad? —se inclinó sobre ella—. Un poco de parecido es necesario para la compatibilidad, algunas diferencias añaden algo de sazón.

Bethan confiaba en que no se marchara a toda prisa sin besarla, como había hecho la noche de la tormenta. Su cuerpo respondía a su cercanía de un modo que ya le resultaba familiar. El pulso se le aceleraba como también la respiración. Ahora que conocía mejor a Simon, Bethan no luchaba por reprimir aquellas sensaciones. Tenía curiosidad por saber a donde la llevarían.

Si al menos tuviera más experiencia con los hombres sabría cómo enviarle una señal de que quería sentir sus brazos y volver a saborear sus besos. Lo único que pudo hacer fue alzar la vista hacia él y susurrar.

—Haces que suene muy bien, la verdad.

Luego se mantuvo lo más quieta posible para no hacer ningún movimiento que pudiera distraerle de sus atenciones.

Funcionó.

Simon se inclinó un poco más, ladeó ligeramente la cabeza y acercó lentamente los labios hasta que descansaron sobre los suyos. El contacto fue tan leve que Bethan se preguntó si estaría preocupado de hacer un movimiento en falso. Saboreó el suave y contenido calor de sus besos, tratando de conformarse con aquello cuando una parte de su ser anhelaba más.

Su paciencia fue recompensada cuando Simon alzó las manos y le acarició los hombros. La fuerza de su contacto la animó a abrir los labios para besarle con más pasión. La cálida y deslizante caricia de su lengua portaba la dulzura del coco de los pasteles que habían tomado de postre en la cena.

Mareada por el deseo, alzó las manos para agarrarse a sus hombros. Su fuerza la ayudó a mantener el equilibrio. Entonces Simon le pasó una mano por el cabello. Con la otra le acarició un seno. Le frotó el pezón con el pulgar, endureciéndolo hasta que se apretó contra el corpiño. Cada caricia le provocaba escalofríos de placer. Un gemido surgió de su garganta cuando se agarró del cuello de Simon y se fundió con él.

Entonces, de pronto, el separó los labios de los suyos y la apartó de sí.

—Perdóname, Bethan. Te prometí que me controlaría y que no haría nada que te asustara ni

que despertara malos recuerdos en ti.

¿Asustarla? ¿Qué clase de ratita tímida pensaba que era para asustarse de un beso? ¿Y de qué malos recuerdos hablaba?

Antes de que pudiera recuperar la voz para hablar, él continuó:

—Te deseo tanto que me he dejado llevar. Pero te juro que nunca impondré mis atenciones sobre ti contra tu voluntad. Solo quiero darte placer. Tu experiencia previa puede haberte hecho dudar de que eso sea posible. Pero con el hombre adecuado, te aseguro que es posible.

¿Su experiencia previa? ¿Podría ser eso a lo que se refería con aquellas desconcertantes palabras después de besarla en la Colina de Gobernación, cuando ella pensó que estaba hablando de su hermano?

—No pasa nada, Simon. No me has asustado. Me gusta cómo me besas —soltó una risita nerviosa con la esperanza de que su siguiente sugerencia no le resultara demasiado excesiva—. De hecho, no me importaría seguir donde acabamos de dejarlo.

Durante el largo e incómodo silencio que siguió, Bethan se preguntó si Simon desaprobaba su temerario ofrecimiento.

—No puedo negar que me siento muy tentado —sintió un escalofrío repentino—. Pero no confío en mí mismo en este momento. Esperaré a que estés preparada para dar el gran paso —con un movimiento brusco, abrió la puerta de su dormitorio y se dirigió a él—. Buenas noches. Que duermas bien.

Bethan no tuvo tiempo de protestar antes de que le cerrara la puerta y se quedara sola en el pasillo. Tras aguardar unos instantes con la esperanza de que cambiara de opinión, renunció y se fue a la cama. Desconcertada y consumida por el deseo, dudaba mucho que pudiera pegar ojo en toda la noche.

Su ardor apenas controlado no había asustado a Bethan. Simon consideró esperanzado aquella idea cuando regresó al día siguiente temprano a casa. Había asegurado que le gustaba, y lo que recordaba de su respuesta le llevaba a creer que era cierto.

Le había invitado a seguir a pesar de que él le había advertido que su dominio de sí no era muy fuerte. ¿Le conocía lo suficiente como para presentir que era un hombre mucho más honorable que aquél que le había arrebatado la inocencia a la fuerza? ¿Confiaba en que por muy poderosa que fuera la corriente de pasión no permitiría que los arrastrara a aguas peligrosas? Si ése era el caso, entonces confiaba más en él que él mismo.

Pero su falta de miedo le daba confianza en el futuro. Le hacía pensar que pronto estaría preparada para ser su amante.

Por eso había pasado parte del día tratando de encontrar una mujer adecuada que la ayudara a cuidar de Rosalia. También había ido a ver a uno de los comerciantes chinos que conocía y le había pedido ayuda para recuperar el relicario que habían robado a Bethan. Estuvieron de acuerdo en que había que ofrecer una recompensa y en que no se presentarían cargos contra quien hubiera robado el objeto. Aunque aquello iba en contra del riguroso sentido de la justicia de Simon, estaba dispuesto a hacer concesiones por el bien de Bethan.

Al mirar atrás, Simon se dio cuenta de que había dedicado poco tiempo durante el día a atender a los asuntos de negocios. Pero las cosas en Vindicara se habían desarrollado con normalidad, sin imprevistos. Eso le animó a volver a casa temprano, con la esperanza de poder pasar algo de tiempo con Rosalia.

Cuando llegó, Simon echó un vistazo en el dormitorio de la niña y lo encontró vacío. Su

desilusión se calmó cuando escuchó la dulce armonía de una risa femenina procedente del jardín. Un instante más tarde apareció donde estaban Bethan y Rosalia deseando compartir su alegre compañía sin ser una carga para ellas.

Estaban de espaldas a él, arrodilladas bajo la sombra de un laurel, clavando pequeñas azadas en un círculo de tierra fresca que había alrededor de la base del tronco.

Rosalía estaba charlando más animada de lo que Simon la había escuchado nunca.

—El año nuevo chino te va a encantar, Bethan. El cocinero prepara platos especiales y hay desfiles y fuegos artificiales.

Con un escalofrío de emoción, Simon se los imaginaba a los tres, el próximo invierno, viendo desde la Colina de Gobernación cómo las brillantes explosiones iluminaban el cielo de la noche.

—Vaya —gritó—. ¿Estáis entrenando para convertirlos en jardineras?

Rosalía dio un respingo y se puso firme como un soldado en miniatura.

—¿Te importa que plantemos flores, papá? Bethan dijo que no pasaba nada.

—Por supuesto que no me importa —miró a Bethan para pedirle en silencio alguna clave para tranquilizar a su angustiada hija.

Su sonrisa de aliento le hizo ver que había empezado bien.

Simon se puso en cuclillas para estar a la altura de la niña y no intimidarla.

—Cuando yo tenía tu edad quería ser jardinero de mayor.

Rosalía abrió los ojos de par en par, como si le costara trabajo creer que alguna vez hubiera sido un niño pequeño.

Detrás de ella, Bethan asintió en señal de aprobación. Recordó el consejo que le había dado la otra noche sobre encontrar temas de interés mutuo sobre los que hablar con su hija. En el momento dudó que tuvieran alguno. Le complacía descubrir que no era así.

—¿Qué clase de flores estáis plantando? —preguntó.

—Kenekir —Rosalía parecía no saber qué hacer con el repentino interés de su padre en sus asuntos—. Samad dice que crecen con facilidad y que huelen muy bien.

Simon miró hacia los semilleros.

—Excelentes cualidades para una flor de jardín. Hace muchos años que no agarro una azadilla, desde que vivía en Lancashire, pero me gustaría ayudar si me dejáis.

—Yo digo que cuantos más mejor —Bethan se sacudió la tierra de las manos—. ¿Qué te parece, Rosalía? ¿No crees que nos vendría bien un poco de ayuda extra?

La niña asintió sin gran entusiasmo pero tampoco con renuencia.

—¿Dónde está Lancashire, papá?

La pregunta pilló a Simon por sorpresa. ¿Su propia hija no sabía de dónde procedía él?

—Está en Inglaterra, donde yo nací. Cuando hayamos terminado aquí sacaré mi atlas y te enseñaré dónde está.

Pagaron una hora muy agradable plantando semillas mientras hablaban de jardinería y de su infancia en Ribble Valley. Después miraron los mapas y trazaron la larga ruta marítima desde Inglaterra hasta Singapur con los dedos.

Cuando se aventuró a sugerir que Rosalía podía acostarse un poco más tarde para poder cenar con ellos era difícil saber quién estaba más contenta, si ella o Bethan. Tras una agradable cena, ayudó a acostar a la niña. Luego Bethan y él volvieron al jardín.

Por la noche era un lugar completamente distinto. La luna bañaba el verdor tropical con un brillo mágico y plateado como el que Simon había visto en los de Bethan. El aroma a jazmín perfumaba al aire salado. Cuando el silencio cayó entre ellos y la oscuridad cálida y tropical los

envolvió, Simon fue más consciente de su cercanía. Su olor fresco le recordó a campo de tréboles, en un prado de Lancashire, en una soleada mañana de junio. Le trasladaba a un campo en el que su vida había sido mucho más sencilla y dulce, antes de conocer cosas como el rechazo, la crueldad y la traición.

—Hoy las cosas han salido mejor con Rosalia de lo que esperaba —dijo—. Mucho mejor de lo que me merezco. Sé que todavía tengo mucho trabajo que hacer para convertirme en el padre que se merece, pero creo que ha sido un buen comienzo. Y te lo debo todo a ti.

Bethan sacudió la cabeza.

—No es cosa mía. Escuchaste mi consejo y tú has hecho el esfuerzo. Rosalia te ha dado la oportunidad. Lo único que yo hice fue daros un empujoncito a cada uno.

—¿Un empujoncito? —preguntó Simon.

—Bueno, tal vez un fuerte empujón —admitió ella.

Los dos se rieron. A Simon le gustó el modo en que sus risas armonizaron.

—Cuando llegaste a Singapur me pregunté en qué estaba pensando Hadrian Northmore para enviarte aquí —murmuró—. Pero ahora me doy cuenta de que tiene buen ojo para las personas.

Bethan se inclinó para arrancar una flor de un arbusto bajo.

—Recuerdo que me dijo que pensaba que encajaríamos bien —fue arrancando los pétalos uno a uno y esparciéndolos por la hierba—. Yo no estaba tan segura de ello cuando nos conocimos, pero estoy empezando a pensar que tenía razón.

Eso sin duda resultaba alentador. Simon arrancó una fragante flor de jazmín y se la puso en el pelo.

—En cierto sentido ha volado el tiempo desde que llegaste a Singapur. Y por otro lado siento que llevas aquí mucho más —le deslizó la mano hacia el cuello, reacio a apartarla.

Bethan le miró con un brillo imitador en los ojos. ¿O sería el reflejo de la luz de la luna?

—A mí también me lo parece.

—Me pediste un mes —le recordó deslizándole las yemas de los dedos por las mejillas antes de apoyarlas en la barbilla—. Para acostumbrarte a este sitio y a mí. He intentado ser paciente, pero debo confesar que estoy deseando que llegue el día en que una noche tan agradable como ésta no termine con nosotros en camas separadas.

¿Cómo reaccionaría? ¿Pensaría que la estaba presionando y se asustaría?

Bethan no apartó la mirada.

—Ahora que lo mencionas, he estado pensando que un mes es demasiado tiempo. Todavía nos queda mucho para llegar a conocernos bien, pero creo que hemos tenido un buen comienzo. Estoy preparada para hacer lo que he venido a hacer aquí.

Simon se quedó boquiabierto.

—¿Quieres decir... ahora?

El creciente deseo que había tratado de contener amenazaba con romper las costuras. Su expresión de sorpresa provocó una sonrisa en los labios de Bethan.

—No en este preciso momento, por supuesto, pero cuando quieras... si todavía me deseas.

—¿Que si...? —Simon la estrechó entre sus brazos—. Dios, mujer, ¿no he dejado claro que te deseo más que nunca?

La besó profunda y apasionadamente, con un deseo tamizado con una inesperada ternura. Bethan respondió con inocente ardor, como si no tuviera razón para temer nada en brazos de un hombre que la deseaba. Deslizándole los brazos por el cuello, apretó su cuerpo esbelto contra el suyo.

Simon ardía con el deseo salvaje de un joven con su primer amor. Quería tocar cada parte

de su cuerpo y descubrir las sensaciones que sus dedos podrían provocar en ella.

Se besaron y acariciaron en el jardín bañado de luz de luna cada vez con más osadía, hasta que Simon suspiró:

—A menos que quieras que pierda por completo el control, creo que será mejor que sigamos con esto en la cama.



Capítulo 9

¿En la cama? ¿Antes de casarse?

A pesar de las deliciosas nuevas sensaciones que la atravesaban, Bethan no podía olvidar la severa advertencia que había recibido en su primer día de trabajo: «Un hombre y una mujer no tienen por qué estar juntos en la cama si no están casados. La sirvienta a la que se encuentre en la cama entreteniendo a un hombre será inmediatamente despedida sin contemplaciones».

En su momento se preguntó qué clase de entretenimiento podía llevarse a cabo en una cama, pero no quiso exponer su ignorancia preguntándolo. Últimamente, las deliciosas atenciones de Simon le habían proporcionado una idea. También habían hecho que tuviera ganas de aprender más.

Pensó en preguntarle a él si no deberían esperar hasta después de la boda, pero decidió no hacerlo. No quería estropear aquella maravillosa velada pareciendo que dudaba de su honorabilidad. Simon había esperado pacientemente mucho tiempo. Aunque estaba claro que aquel retraso ponía a prueba su control, se había comportado como un caballero sin exigirle nada más que unos cuantos besos. No sería justo hacerle esperar más.

Mientras sentía el calor de su respiración y sus brazos rodeándola, Bethan hizo un esfuerzo por olvidar las encorsetadas normas del decoro que le habían impuesto.

Ya no era una simple sirvienta que estuviera obligada a hacer todo lo que le decían sus amos. Pronto sería la señora de aquella casa tan elegante y una de las damas más importantes de la sociedad de Singapur. ¿Quién en aquella ciudad se atrevería a juzgarla por haberse acostado con su futuro marido una noche o dos antes de su boda?

—Eso suena bien —susurró tratando de que no se le notara la incertidumbre.

Pero Simon debió percibir sus dudas. Apretándole suavemente la mejilla contra la suya, susurró con tono tranquilizador:

—Te prometo que no lo lamentarás. Tal vez ésta no sea la situación en la que esperabas verte, pero haré todo lo que esté en mi mano para darte una buena vida.

¿A qué situación se refería?, se preguntó Bethan mientras la guiaba de regreso a la casa. ¿A vivir en el otro lado del mundo, lejos de donde había nacido? ¿O a haber sido enviada a Singapur por su socio en lugar de ser cortejada del modo habitual? Ninguna de aquellas cosas le importaba, como tampoco la posición y la riqueza de Simon. Lo que le importaba era que había encontrado una familia y un hombre que siempre estaría allí para ella. Un hombre cuyos besos la hacían derretirse.

Al llegar a la puerta de su dormitorio, Simon se detuvo. Cuando ella abrió la boca para preguntar la razón él le sostuvo el rostro entre las manos con dulzura.

—Quiero que dejes fuera de la habitación cualquier mal recuerdo de tu experiencia pasada, cualquier miedo. Esta noche quiero hacerte mía y darte placer.

Su consideración conmovió a Bethan. Aunque no estaba todavía completamente enamorada de Simon, sus sentimientos hacia él se iban haciendo cada vez más profundos y estaba convencida de que a él terminaría pasándole lo mismo.

—¿Sabes lo mejor de todo? —Simon apretó su frente contra la suya—. Esta es solo la

primera de muchas noches —susurró como si estuviera compartiendo un delicioso secreto—. Y cada vez será mejor.

—Estoy deseando que lleguen.

—Entonces no nos haré esperar a ninguno de los dos —Simon la urgió a entrar en el dormitorio y cerró la puerta tras ellos con silenciosa solemnidad. Para no darle la oportunidad de echarse atrás, la guio hasta la cama y la colocó sobre ella. Tras apagar el candil, comenzó a besarla de un modo que encendió su deseo y acalló sus dudas. Mientras tanto exploró y acarició su cuerpo, haciéndole preguntarse cuántas delicias experimentaría en sus brazos.

Convencida de que eso era lo que quería, Bethan se entregó a su acto amoroso con feliz abandono. Le recordaba la primera vez que cenaron juntos y él le presentó aquellos platos que nunca había probado. Las sensaciones que ahora saboreaba eran igual de deliciosas a su manera, como cuando Simon le mordió el labio inferior suavemente y comenzó a succionarlo con sensualidad. Al mismo tiempo le recorrió el cuerpo con las manos sin detenerse mucho tiempo en ningún rincón, seduciéndola con la promesa de un mayor placer. Entonces empezó a quitarle la ropa mientras la besaba suavemente en el rostro, en el cuello, en los hombros...

—Ya está —anunció en un susurro ronco, cuando le hubo quitado la última prenda de ropa—. Como Dios nos trajo al mundo, como Adán y Eva en el Paraíso.

Sus pieles se rozaron, deslizándose una sobre otra. A pesar de que Bethan estaba disfrutando de las sensuales atenciones de sus manos, labios y lengua sobre la piel desnuda, la mención de Adán y Eva la perturbó. ¿Podría ser aquél el pecado por el que el primer hombre y la primera mujer fueron arrojados del Edén?

Los amargos comentarios que su madre había dicho durante años atravesaron su memoria amenazando con arruinar su inocente placer.

Simon debió notar el sutil cambio en su respuesta a él.

—¿Te estás arrepintiendo? —alzó la mano que tenía sobre su seno para cubrirle la mejilla—. Si quieres que pare lo haré... no sé cómo. Sufriré un tormento, pero prefiero eso antes que seguir si tú...

—¡No! —incorporándose un poco, Bethan besó lo primero que sus labios encontraron en la oscuridad. Parecía ser la base del cuello. Podía sentir el calor de su piel y su agitado pulso—. Si paras ahora, me temo que yo también sufriré un tormento. Se me ha cruzado un mal recuerdo del pasado, eso es todo. Ya sabes lo que es eso.

—Sí —le llenó la frente de besos como si tuvieran un poder mágico para alejar aquellos oscuros recuerdos—. Tendría que haber imaginado que no podrías apartarlos al otro lado de la puerta. Pero haré todo lo que esté en mi mano para ayudarte a olvidar.

Unos instantes más tarde descubrió lo que Simon había querido decir cuando se deslizó un poco por la cama para cerrar los labios sobre la firme y sensible punta de su seno.

Soltó un suave gemido de sorpresa que se transformó en un susurro de placer.

—Si sigues así olvidaré todo lo que conozco.

Con lo poco que le quedaba de pensamiento que no estuviera inmerso en la maravillosa novedad del acto amoroso, Bethan se apartó de cualquier noción pecaminosa. Después de todo, Simon y ella iban a casarse. Aquella intimidad entre un hombre y una mujer era sin duda una bendición, un modo de volver aunque fuera brevemente al Paraíso perdido. Con aquella tranquilizadora idea, se rindió completamente a las caricias de Simon.

Él deslizó la lengua por su pezón, provocando una oleada de felicidad líquida por su cuerpo. Cuando le subió la mano por la pierna, Bethan se retorció para encontrarse con sus dedos. Pero él los apartó para acariciarle la rodilla. Se acercó una y otra vez al centro de su pasión,

retirándose siempre en el último momento, como si temiera que su deseo le escaldara los dedos. En su último intento, Bethan alzó las caderas y dejó escapar un débil gemido de impaciencia.

—He esperado demasiado como para ahora precipitarme —le susurró Simon al oído—. Además, cuanto más lo desees, más grande será el placer.

—Si tú lo dices —jadeó—. Aunque no estoy muy segura de cuánto más podré seguir soportándolo.

—Vamos a averiguarlo, ¿de acuerdo? —Simon volvió a sus seductoras caricias, esta vez moviéndose desde arriba.

Le deslizó una mano por el vientre y por las caderas y luego la sumergió entre las curvas de su trasero.

Tras lo que parecieron horas de aquel jugueteo, cuando había empezado a creer que ya no llegaría más lejos, Bethan sintió el delicado roce de la yema de uno de sus dedos entre las piernas abiertas. Fue una sensación diferente a todo lo que había conocido hasta el momento. Mientras Simon continuaba tocándole su lugar más íntimo, se dio cuenta de lo húmedos que se habían vuelto aquellos pliegues de su cuerpo. Eso hizo que el seductor deslizarse de su dedo fuera todavía más estimulante.

Simon exhaló un murmullo profundo de aprobación, pero Bethan apenas podía oírle debido al galopante latido de su corazón. Sentía en su interior como si algo se fuera haciendo más y más grande, hasta que ya no fue capaz de albergarlo. ¿Qué sentiría cuando aquella burbuja de deseo estallara, placer o dolor? Le parecía imposible llegar a sentir más placer que el que Simon ya le había proporcionado.

Entonces sus caderas se estremecieron de pronto mientras un sinfín de estrellas coloridas hacía explosión tras sus párpados y se sentía atravesada por varias oleadas de éxtasis. Fue vagamente consciente de que Simon se cernía sobre ella, como si aquella fuera la señal que hubiera estado esperando. Algo duro y suave se deslizó entre sus muslos para llenar el pasadizo húmedo en el que un instante atrás estaba su dedo. Experimentó una creciente presión y luego una puñalada de dolor. Pero antes de que pudiera gritar, los labios de Simon se cerraron sobre los suyos.

Así que aquella era la misteriosa conexión que unía a un hombre y una mujer como si fueran un solo ser.

Simon comenzó a moverse, retirando las caderas antes de volver a embestir con fuerza. Bethan sintió una punzada de dolor allí donde él había entrado, pero el dolor quedó compensado con la cálida satisfacción que la atravesó.

Sus embates se hicieron más rápidos y salvajes, cada músculo del cuerpo de Simon se tensó de tal forma que creyó que iba a estallar. Y entonces lo hizo con estremecimientos poderosos que le arrancaron un grito sordo de la garganta y le dejaron agotado y jadeante. Si no hubiera experimentado ella algo parecido, se preguntaría si le dolía algo. Rodeándole con sus brazos, saboreó la dulce sensación de haberle proporcionado a Simon un escape de su turbulento pasado. Tal vez algún día confiaría en ella lo suficiente como para confiarle los secretos que le atormentaban y ella se sentiría entonces segura para contarle los suyos.

Cuando Simon se levantó a la mañana siguiente sentía el corazón ligero y una alegre melodía le recorría la mente. La noche anterior con Bethan había compensado con creces la frustración que le acompañaba desde su llegada. Tenerla entre sus brazos había sido tan maravilloso como soñaba. Para su sorpresa, su dolorosa experiencia pasada no la había hecho

reacia a sus atenciones. Su respuesta había sido natural e instintiva. Tal y como había esperado, Simon encontró un bálsamo para sus heridas en sus besos.

Extendió el brazo para atraerla hacia sí, pero se encontró con el aire. El corazón le dio un vuelco y abrió los ojos de golpe. Una oleada de alivio se apoderó de su espíritu cuando vio a Bethan al lado de la cama recogiendo su ropa del suelo.

—No te vayas sin darme un beso —abrió los brazos para recibirla.

Ante la visión que su cuerpo desnudo, que solo había tocado y saboreado en la oscuridad de la noche, el cuerpo de Simon se excitó. Tal vez pudiera tentarla con algo más que un beso.

Sintiéndose de pronto tímida, Bethan sujetó su vestido contra su cuerpo. Sus labios hinchados por los besos se curvaron en una sonrisa.

—No quería despertarte, pero tengo que levantarme. Rosalia se levantará pronto y se preguntará donde estoy.

—Por supuesto —Simon hizo un esfuerzo por disimular su desilusión.

Lamentó no haber sido capaz de encontrar otra *amah* que se ocupara de la niña. Pero prometió que lo haría al precio que fuera.

—Entonces solo un beso y te dejaré ir con ella. Lo prometo.

—Muy bien —Bethan le dirigió una mirada juguetona y un tanto recelosa—. Pero antes deja que me vista.

—Yo puedo ayudarte si quieres —se ofreció él—. Sería lo justo, ya que fui yo quien te quitó la ropa.

Simon pensó que aquel tipo de coqueteo no era propio de él. Pero últimamente le había sucedido algo extraño. Una sensación de ligereza se había apoderado de su corazón como un trozo de levadura que estuviera subiendo. No se fiaba demasiado, pero después de tantos años de existencia amarga no podía evitar darle la bienvenida a aquella sensación.

Un sonrojo encantador arreboló las mejillas de Bethan. Tras haber perdido primero la virtud y haberse convertido después en su amante, seguía manteniendo un aire de inocencia.

—Soy perfectamente capaz de vestirme sola, gracias.

—Como quieras —Simon se encogió de hombros—. Con este clima y la moda de aquí, vestirse no es una tarea muy difícil para una mujer —observó con admiración cómo se ponía la combinación—. Es mucho peor para los hombres, te lo aseguro. En los días de mucho calor envidio a los malayos con sus pantalones blancos y su pecho desnudo.

Colocándose el vestido sobre la ropa interior, Bethan se rio entre dientes.

—Estoy segura de que estarías muy atractivo con esa indumentaria.

—Hasta que me ponga colorado como un rábano —Simon torció el gesto—. Me quedaré con la camisa, los pantalones y las botas, gracias. Eres bienvenida para ayudarme a vestirme siempre que quieras.

—Es una oferta tentadora —se sentó a su lado al borde de la cama—. Eres muy bueno proponiendo, pero prefiero ser el *amah* de Rosalia que tu ayuda de cámara, si a ti no te importa —se inclinó sobre él y le dio el beso que le había pedido.

Los labios de Bethan le resultaron tan deliciosos como por la noche. Aquel beso le trajo recuerdos que le gustaron. El único problema fue que duró muy poco. Bethan se retiró muy deprisa, aunque parecía tan poco dispuesta a hacerlo como él a ponerle fin.

—Puedo vestirme perfectamente sin ayuda de cámara —se llevó la mano de Bethan a los labios—. Y encontraré a alguien que se ocupe de los asuntos de la niña para que puedas concentrarte completamente en mí.

Bethan se encogió de hombros con alegría.

—No me importaría tener un poco de ayuda con Rosalía, pero sigo queriendo pasar tiempo con ella y sacarla de paseo incluso cuando regrese Ah-Sam.

Le pareció ver un destello de desaprobación en sus ojos. Antes de que pudiera decir nada, Bethan añadió:

—Puede que no consiga reemplazar a su madre, pero quiero ser mejor madrastra para Rosalía de lo que fue la tuya contigo.

—¿Madrastra? —la palabra le puso a Simon los pelos de punta, y no solo por los desagradables recuerdos de su infancia—. ¿De qué estás hablando? Tú no eres la madrastra de Rosalía.

—Tal vez todavía no —Bethan se estremeció un poco ante su tono cortante—. Pero lo seré en cuanto nos hayamos casado. Y por cierto, ¿cuándo vamos a celebrar la boda? Espero que sea pronto ahora que...

Cuando miró hacia la cama revuelta volvió a sonrojarse. Esta vez no tenía un aspecto tan inocente.

«En cuanto nos hayamos casado... ¿cuándo vamos a celebrar la boda?» Sus palabras chisporrotearon en su mente como si se las hubiera marcado con una plancha ardiendo. Había llegado a extremos increíbles para estar con una mujer que no le complicara la vida, y esto era lo que había conseguido.

Se sentía como el mayor idiota de todas las Indias Orientales por haber dejado que Bethan Conway se atinara camino en su vida con su fingida inocencia.

—¡No tengo intención de casarme contigo! Eso nunca formó parte de nuestro trato.

—¿Qué quieres decir? —Bethan se levantó tambaleándose de la cama, fingiendo de manera convincente una asombrada consternación—. Le pediste al señor Northmore que te encontrara una esposa y él me envió aquí.

—¡Una esposa no! —la palabra le quemó a Simon la lengua—. Le dije a Hadrian que me buscara una mujer, una amante. Como si tú no lo supieras.

No podía enfrentarse a ella con propiedad mientras siguiera desnudo en la cama, eso le dejaba en clara desventaja. Simon se puso de pie y mantuvo la sábana de lino alrededor del cuerpo para ocultar su pierna herida y la prueba evidente de su excitación. Lo último que quería era que Bethan viera la intensidad del deseo que provocaba en él.

—¿Qué más da el nombre que se le dé? —preguntó Bethan con tono desesperado—. Mujer de tu casa, esposa... es todo lo mismo, ¿no?

Su fingida ignorancia alimentó la furia de Simon. ¿Por qué clase de idiota le tomaba aquella mujer?

—¡No insultes mi inteligencia con esta actuación tan descarada! Estoy seguro de que sabes perfectamente qué es una amante y a qué se dedica. Por lo que yo sé, podrías haber sido la mantenida de la mitad de los hombres de Newcastle.

—¿Mantenida? —Bethan repitió la palabra con extrañeza—. ¿Me has traído aquí para que sea tu mantenida? ¿Crees que otros hombres me han mantenido?

—Así que lo entiendes —Simon trató de ignorar el suave brillo de su cabello rojizo bajo la luz del amanecer—. Por supuesto que quiero que seas mi mantenida. Y con todo lujo, debo añadir. Pero eso no es suficiente para ti, ¿verdad? También querías mi apellido y mi fortuna. Dime, ¿cuándo se te ocurrió este plan para exigir que me case contigo? ¿Fue cuando viste el tamaño de mi casa o lo tenías pensado desde el principio?

Si esperaba que se viniera abajo con sus acusaciones y confesara su engaño no podría estar más equivocado.

—¡Jamás he sido la mantenida de ningún hombre y jamás lo seré! —Bethan avanzó desafiante hacia él alzando la barbilla—. Creí que había venido a Singapur para ser tu esposa. Nunca habría aceptado la oferta del señor Northmore de haber sabido lo que de verdad buscabas. Y de hecho, ¿cómo sé que no eres tú el que me ha engañado a mí?

—¿Cómo? —su indignante acusación dejó mudo a Simon durante un segundo.

Bethan aprovechó su silencio para continuar con su ataque.

—Por lo que yo sé, me atrajiste hasta aquí, lejos de mi casa y mis amigos para que no tuviera más opción que dejar que hicieras conmigo lo que quisieses.

Hacía que pareciera un pirata que dejara a una mujer indefensa sin la protección de su barco para aprovecharse brutalmente de ella.

—Ésa no fue nunca mi intención —protestó Simon, molesto al ver que había conseguido ponerle a la defensiva—. Ofrecí un intercambio justo y directo: tus favores exclusivos a cambio de mi generosa protección. Nunca me he aprovechado de ninguna mujer en toda mi vida. Pero tampoco permitiré que impongas tu voluntad sobre mí. No me casaré obligado. Así que te lo advierto, no te molestes en intentarlo.

A pesar de su impacto y de sus sospechas, el deseo que sentía hacia ella todavía le estremecía el cuerpo como una fiebre tropical.

Bethan dio otro paso hacia él y luego otro, obligando a Simon a retroceder hasta que domeñó su asombro e hizo un esfuerzo para mantenerse firme.

—Ahórrese las advertencias, señor Grimshaw —le miró directamente con los ojos echándole chispas.

¿No se daba cuenta de la situación de peligro en que se había colocado a sí misma? Simon solo tenía que levantar los brazos y avanzar unos centímetros para capturarla otra vez entre sus brazos.

¿O sabía perfectamente lo que estaba haciendo? ¿Estaba intentando provocar su deseo para saber cuánto poder podía ejercer sobre él? Todos los músculos del cuerpo de Simon se tensaron con el esfuerzo de tratar de mantener las manos alejadas de ella.

—No soy la clase de mujer que crees —insistió Bethan—. Nunca habría ido a tu cama anoche de haber sabido que eso era lo único que querías de mí. Supongo que diste por hecho que una vez que me hubieras deshonrado tendría que conformarme con lo que me dieras, pero te equivocas. Puede que haya sido una estúpida inocente por confiar en ti, pero no seré la zorra de ningún hombre.

—Yo no te he deshonrado —a pesar de la seguridad con la que Simon se agarraba a aquella idea le cruzó la sombra de una duda—. Lo hizo otro hombre en Inglaterra. Te forzó. Por eso querías que yo me tomara las cosas con calma, y eso hice. Hablamos de ello. Lo recuerdo perfectamente.

Sus palabras parecieron conmocionarla.

—Nunca te he dicho nada semejante. ¡Yo nunca... nunca había estado con un hombre hasta anoche, ni tampoco me habían besado como es debido!

Dicho aquello se marchó de allí, dejando a Simon con la sensación de que había pasado un ciclón. Más que su furioso arrebato, lo que le preocupaban eran las lágrimas que había vislumbrado en sus ojos cuando huyó de él.

Lo que había dicho no podía ser verdad. Dejó escapar un tembloroso suspiro, dividido entre la furia y la aprensión. Rebuscó en su memoria en busca de algo que Bethan hubiera podido hacer o decir que demostrara que le había estado mintiendo. Por mucho que odiara pensar que le habían engañado, la alternativa era mucho peor.

Deslizó la mirada hacia la cama. Los deliciosos recuerdos de la noche que habían pasado juntos se veían ahora manchados por oscuras dudas. La visión de una pequeña mancha roja en la sábana de abajo provocó que su ego se debilitara de pronto. Durante un instante no fue capaz de reconocer la verdad de lo que estaba viendo.

No es que tuviera alguna experiencia directa en aquellas cuestiones... hasta ahora. No hubo manchas de sangre en las sábanas tras su noche de bodas con Carlotta. Simon quería que su precipitado matrimonio funcionara y trató de explicárselo a sí mismo de un modo que no pusiera en entredicho la inocencia de su novia. Pero en el fondo nunca se había creído aquellas excusas. En ese momento nacieron las sospechas que habían envenenado su matrimonio.

Enfrentado a la irrefutable prueba de las acusaciones de Bethan contra él, Simon se vio obligado a considerar si el resto de lo que le había dicho sería verdad también. ¿De verdad había creído sinceramente que quería casarse con ella? ¿O le había manipulado para que le arrebatara sin saberlo la virginidad contando con que su sentido del honor le llevaría a casarse con ella?

Si ése era el caso, había acertado. Una cosa era hacerle una proposición a una mujer cuya virtud ya estaba en entredicho. Pero al haber desflorado a una virgen no tenía más opción que redimir su reputación. Aunque le costara otro fracaso matrimonial.



Capítulo 10

¡Qué hombre tan odioso! Bethan huyó de Simon para no humillarse todavía más echándose a llorar.

Se había despertado del dulce sueño de los placeres de la noche anterior, a una cruel pesadilla. Simon, su considerado y cariñoso amante, había desaparecido de pronto dejando en su lugar al frío y despectivo señor Grimshaw. Sus horribles acusaciones habían herido su orgullo, y descubrir sus deshonrosas atenciones había hecho que se muriera de vergüenza. Llevaba todo aquel tiempo tratando de decidirse si casarse o no con él, cuando lo único que Simon quería era convertirla en la clase de mujer que ella más detestaba, la clase de mujer que se había llevado a su adorado padre y había destruido a su familia.

Salió huyendo de su dormitorio y entró a toda prisa en el suyo, que estaba en la puerta de al lado. Lo recorrió de arriba abajo maldiciéndose a sí misma por su insensatez. ¡Qué estúpida había sido al entregarle su cuerpo a un hombre así! Su único alivio era no haberle entregado también el corazón.

En la distancia se escuchaba el callado rumor de las olas rompiendo en la orilla. En lugar de calmarla como de costumbre, aquel sonido le recordó de pronto lo lejos que estaba de su casa, completamente a merced de un hombre cruel que le atraía y al mismo tiempo le repelía. Unos instantes más tarde, cuando escuchó cómo se abría la puerta de Simon y sus pasos se alejaban rápidamente de allí, exhaló un suspiro de alivio seguido de un gemido de vejación. Se dirigía a sus asuntos como siempre, sintiéndose únicamente un poco molesto por un suceso que a ella le había cambiado por completo la vida.

Una parte de ella deseaba acurrucarse en su cama y llorar de miedo, dolor y vergüenza. Otra la urgía a marcharse de aquella casa y no volver a mirar atrás. Pero no podía hacer ninguna de las dos cosas en aquel momento.

Rosalía dependía de ella y Bethan se negaba a castigar a la niña por los pecados de su padre. Con todas las cosas que habían sucedido en su vida últimamente lo que menos necesitaba era que desapareciera otra de sus niñas sin previo aviso. Podría culparse a sí misma de su partida y sentirse peor que nunca.

Decidida a no permitir que eso sucediera, Bethan reunió los jirones de su compostura, se aseó y se cambió de ropa. Luego se dirigió al dormitorio de la niña e hizo un esfuerzo por actuar como si nada le molestara. Afortunadamente, las recientes atenciones de su padre tenían a Rosalía de muy buen humor. Se puso a charlar sobre los planes para sus futuros paseos y no se fijó en que Bethan estaba distraída.

—¿Podemos ir a la playa a buscar caracolas de mar? —preguntó en el desayuno.

—Me parece una buena idea —Bethan se agarró a la sugerencia con desesperación. Sería una actividad que mantendría a Rosalía felizmente ocupada mientras ella tenía la oportunidad de pensar.

Mientras la niña correteaba aquella mañana por la playa, Bethan rebuscó en su memoria en

un esfuerzo de entender la terrible confusión que había habido entre Simon Grimshaw y ella. ¿La habría llevado hasta Singapur solo para utilizarla? Aunque le había acusado de ello no terminaba de creérselo. Solo tenía que probar el sabor amargo de las mentiras de las que él la estaba acusando para que viera lo que se sentía.

Se preguntó si su socio podría haber malinterpretado lo que Simon buscaba de una mujer. O...

Bethan sintió una punzada de culpa tan fuerte que apenas podía respirar. ¿Habría provocado ella misma más problemas después de todo? No intencionadamente, sino debido a la ignorancia y la desesperación. Cuanto más pensaba en su entrevista con el señor Northmore y en todo lo que había pasado entre Simon y ella, más se convencía de ello.

No poder culparse más que a sí misma no mejoraba su situación, sino más bien todo lo contrario. Ahora que sabía cómo podía haber empezado aquel malentendido se veía forzada a pensar en cómo lidiar con las consecuencias.

Le había dicho a Simon que se negaba a ser una mantenida. Pero, ¿tenía otra opción ahora que se había acostado con él? Aunque decidiera casarse con otro hombre, ¿quién la querría después de eso? ¿Quién estaría dispuesto siquiera a darle trabajo o un lugar donde vivir? No tenía un solo amigo en Singapur aparte de la gente que trabajaba para Simon. No podía pedirles ayuda sin arriesgarse a que Simon tomara represalias contra ellos.

¿Y si Simon la había dejado embarazada la noche anterior? Aquella posibilidad hizo que le temblaran las rodillas. Por mucho que le gustaran los niños y quisiera ser madre algún día, la idea de tener un hijo en aquellas circunstancias la horrorizaba. No tenía medios para ocuparse por sí sola de un bebé, lo que la dejaría atrapada en la red de Simon hasta que él quisiera. Y cuando se cansara de ella, ¿entonces qué?

A Simon no se le había hecho nunca tan largo un día de trabajo.

Normalmente no le llegaban las horas para ocuparse de todo lo que había que hacer. Los negocios ocupaban toda su energía y sus pensamientos. Desde la llegada de Bethan se había ido distrayendo más y más hasta ese día, en que no era capaz de concentrarse en el trabajo durante cinco minutos seguidos.

¡Qué idiota había sido! Cegado por el deseo y por su debilidad por las damiselas en apuros había ignorado todas sus sospechas sobre aquella criatura infernal con aspecto de víctima inocente. Había descubierto que solo era inocente en un sentido puramente físico. Y le había convertido a él en la víctima de sus planes.

Sin embargo, había una cosa en la que ella tenía razón. No tendría que haber intentado con tanto ahínco evitar los recuerdos de su turbulento pasado. Olvidar lo que había sufrido le condenaba a repetir sus errores.

Pensó durante todo el día en cómo le había manipulado Bethan. Se maldijo a sí mismo por haber caído en su trampa con tanta facilidad. Igual que Carlotta, había descubierto su debilidad y se había propuesto aprovecharse de ella. Por mucho que lo intentara, Simon no veía salida. Al menos ninguna que le permitiera mirarse en el espejo por las mañanas.

Por muy despacio que pasara al tiempo en el trabajo retrasó la vuelta a casa aquella noche. Por un lado no quería capitular ante aquella mujer ni un minuto antes de lo necesario. Y por otro no quería arriesgarse a que Rosalia fuera testigo de su frustración y su rabia. Cuando estuvo

seguro de que estaría dormida se aventuro a volver a casa y enfrentarse a Bethan.

Ella le estaba esperando en el gabinete con una mirada tan desesperada en sus ojos verdes que en otras circunstancias se habría sentido tentado de sentir compasión por ella. Pero se recordó que el engañado había sido él.

Sin tomar asiento, Simon se cruzó de brazos y torció el gesto.

—Supongo que tenemos que acabar con este lamentable asunto aquí y ahora. Soy incapaz de entender cómo dos personas pueden haberse equivocado tanto en sus expectativas de la una respecto a la otra.

A menos que una de ellas hubiera estado mintiendo, como él sabía.

Aspirando con fuerza el aire, Bethan se levantó de su asiento y le miró a los ojos.

—Sé que piensas que es culpa mía y tienes razón.

Lo último que Simon esperaba de ella era aquella sincera declaración de culpabilidad. Se quedó desconcertado y sin palabras. Pero mantuvo la rigidez, convencido de que Bethan se aprovecharía de cualquier muestra de debilidad.

—Aunque no es lo que piensas —siguió ella aprovechando su asombrado silencio—. Fue un error honesto. Nunca quise engañarte y te juro que no me había acostado con ningún hombre hasta anoche. Y me acosté contigo solo porque pensé que ibas a casarte conmigo. Vine a Singapur pensando que lo que querías era una esposa.

Simon se mantuvo firme contra el tono sincero de su voz. Si no había tenido intención de engañarle, ¿cómo podía ser culpable de aquella situación?

Bethan debió leerle el pensamiento porque bajó la mirada.

—Fue un error, aunque puede que no del todo honesto. Debería habérselo contado al señor Northmore cuando le conocí. Pero tenía miedo de que al saberlo escogiera a otra.

Así que había conseguido engañar a Hadrian también. Eso hizo que Simon se sintiera menos idiota.

—¿Qué era eso que tendrías que haberle contado a mi socio?

—Que no entendía todo lo que me estaba diciendo —Bethan se mordió el labio inferior—. En aquel entonces mi inglés no era tan bueno como ahora y el señor Northmore utilizó algunas palabras que yo no conocía. No tendría que haber fingido que sí.

—¿Me estás diciendo que no entendiste a Hadrian cuando te dijo que estaba buscando una concubina?

Simon no sabía qué era peor, que Bethan esperara que se tragara una historia tan absurda o que una parte de él quisiera hacerlo.

Lo peor de todo era el deseo que sentía por ella y que no podía contener a pesar del modo en que se había aprovechado de él. Le enfurecía darse cuenta de que todavía tenía aquel poder sobre él y que no podía liberarse.

—Es la verdad —aseguró Bethan—. No entendí la palabra «amante» ni «concubina» —un sonrojo cubrió sus mejillas—. Pero supongo que ahora tendré que acostumbrarme a ellas.

A Simon le remordió la conciencia aunque se recordó a sí mismo que su intención no fue arrebatarse la virginidad y que ella se había confesado culpable del malentendido. Pero no podía escapar del aplastante peso de la responsabilidad de lo que había hecho. Sin duda Bethan contaba con ello. Su sutil reproche estaba sin duda encaminado a avergonzarle para que diera el paso que tan desesperadamente quería evitar.

—No temas por tu reputación —escupió las palabras como si fueran veneno—. Hay una de tus afirmaciones que me veo obligado a creer. Por mucho que me asombre, no puedo negar que llegaste virgen a mi cama. Después de lo de anoche no tengo más remedio que casarme contigo,

así que más vale que lo hagamos cuanto antes. Hablaré con el reverendo Turnbull mañana, si te parece bien. En un lugar como este la Iglesia no se preocupa especialmente por las licencias especiales. Pero todo será perfectamente legal, te lo aseguro.

A Bethan le sobresaltó su gesto adusto, pero no pudo disimular el brillo ávido de sus ojos ante la mención de la boda.

—¿Todavía quieres casarte conmigo aunque te haya dado lo que querías y te haya dicho que todo este lío es culpa mía?

—¡Por supuesto que no quiero! —prefería saltar a las aguas infestadas de tiburones antes que estar delante del reverendo Turnbull intercambiando votos de fidelidad eterna—. ¿No has escuchado nada de lo que he dicho? El matrimonio es lo último que deseo, y menos con una criatura de tu ralea. Pero ya que te he arrebatado sin saberlo la virginidad, el honor me obliga a convertirte en una mujer decente.

—Pero tú no me amas —parecía sombrada, como si los actos de Simon resultaran en cierto modo inconsistentes.

¿Acaso pensaba que no tenía ningún escrúpulo? Más que el insulto implícito, a Simon le horrorizó la mención del amor. Ya era bastante grave que se sintiera tan fuertemente atraído hacia ella. La perspectiva de darle poder sobre su corazón le aterraba.

—Si crees que lo de anoche tuvo algo que ver con el amor debes estar loca.

—¿Loca? —una oleada de furia borró cualquier atisbo de arrepentimiento del rostro de Bethan—. Tal vez lo esté. Lo suficientemente loca como para creer que eras un buen hombre que quería una esposa que cuidara de él. Y como para pensar que me respetabas y me considerabas algo más que un cuerpo dispuesto para tu cama.

La ultrajada fuerza de su respuesta golpeó a Simon con la fuerza de un cañonazo de artillería y agrietó la barricada que tanto tiempo le había llevado construir alrededor de su corazón, una barricada que Bethan se había estado encargando de minar desde su llegada a Singapur.

—¿Qué más quieres de mí? ¡Me he ofrecido a casarme contigo, maldita sea! ¿Aceptas o no? Bethan vaciló solo un instante.

—¡No! —le lanzó su honorable proposición a la cara—. No si es en contra de tu voluntad y si tienes tan mala opinión de mí. ¿Cómo va a ser mejor un matrimonio así que ser una mantenida? ¿Solo porque estemos delante de un ministro de la iglesia y firmemos un papel? Cada voto que hagamos sería una mentira, y yo creo que eso es peor que cualquier cosa que hiciéramos anoche.

Simon se quedó boquiabierto. Ni por un instante se le había pasado por la cabeza que le rechazara. Un torrente de sensaciones confusas se apoderó de él: asombro, alivio, deseo, vergüenza... todas demasiado intensas para él.

Antes de que pudiera recuperarse y responder, Bethan pasó por delante de él, salió del salón y bajó por las escaleras.

Cuando escuchó cómo se cerraba la puerta de entrada de un portazo, el pánico se apoderó de Simon. No se le había ocurrido que fuera tan estúpida como para dejar la casa sola en medio de la noche. Maldiciéndose a sí mismo y a la absurda situación en la que se encontraban salió tras ella todo lo rápido que le permitió la pierna herida.

A media escalera se encontró con Ah-Ming que subía.

—¿Dónde va, amo? La cena está lista.

—Comeré más tarde. Tengo que salir —no se atrevió a entretenerse explicándoselo. Bethan ya le llevaba ventaja y tenía fuertes piernas.

Una parte de él se sintió tentada de dejarla ir para que afrontara las consecuencias de su estupidez. Pero sabía lo culpable que se sentiría si algo malo llegara a ocurrirle. La vergüenza de

haberle arrebatado la virginidad no sería nada en comparación.

Salió a toda prisa al exterior y miró hacia la calle hasta que vislumbró su figura desapareciendo en dirección hacia la plaza. Le llevaba tanta ventaja que no podría alcanzarla a pie. En lugar de intentarlo le dijo a Mahmud que ensillara su caballo enseguida.

Unos instantes más tarde galopaba a toda velocidad hacia la plaza. Escudriñó las sombras iluminadas por la luna en busca del vestido de muselina amarilla de Bethan, mientras trataba de entender qué la había llevado a rechazar su proposición. Su proceder le llevaba a considerar la perturbadora posibilidad de que tal vez la hubiera juzgado mal.

La vergüenza y la furia combatían en el interior de Bethan mientras corría por North Bridge Road. No sabía adónde quería ir, solo quería salir del techo de Simon. Descubrir que nunca había sido su intención casarse con ella no la había humillado tanto como su hostil y humillante proposición. Le había dicho que estaba loca y probablemente tuviera razón. Qué estúpida había sido al pensar que cuidaría de ella y que podrían ser felices juntos.

Habría entendido que Simon se enfadara con ella por su falta de sinceridad que había provocado aquel terrible malentendido. Pero su reacción había sido peor. La proposición matrimonial de Simon había dejado brutalmente claro que desconfiaba de ella y que la despreciaba. Tenía una opinión tan baja de ella que esperaba que aceptara su proposición incluso después de haber declarado que no la amaba y nunca la amaría.

Aunque una parte de Bethan se sentía tentada de convertirse en su esposa fueran cuales fueran los términos que le ofreciera, su orgullo se negaba a aceptar la proposición que le había arrojado a los pies con semejante desprecio. Aceptar supondría demostrarle que era la criatura interesada que él creía. Pero, ¿cómo iba a sobrevivir si no se casaba con él y cómo evitaría que todo aquello le hiciera daño a la hija de Simon?

Preocupada con aquellos pensamientos, Bethan no se fijó en la pareja de cipayos hasta que estuvo prácticamente encima de ellos. Se sobresaltaron tanto como ella por la repentina aparición.

—¿Quién va? —le espetó uno de los soldados mientras ambos levantaban rápidamente las armas. Sus bayonetas brillaron bajo la tenue luz de las farolas de la calle.

Ella dio un salto hacia atrás y soltó un grito de alarma.

—Mi nombre es Bethan Conway. Soy... estoy cuidando a la hija del señor Grimshaw.

En cuanto mencionó a Simon, los soldados bajaron al instante las armas.

—Perdón, *memsahi* —se excusaron los cipayos—. No es seguro para una dama andar por aquí sola de noche. Debe volver a casa ahora mismo, por favor.

La idea de volver al lado de Simon tan poco después de haberse marchado angustiaba a Bethan más que cualquier peligro que pudiera imaginar.

—Solo quiero tomar un poco el aire —se apartó rápidamente—. No se preocupen por mí. Estaré bien.

Se deslizó de nuevo entre las sombras diciéndose a sí misma que los soldados no se arriesgarían a dispararle. Para su alivio, tenía razón.

Aquel encuentro hizo que prestara más atención a lo que la rodeaba. Tendría que esperar a encontrar un lugar tranquilo para descansar y pensar en su situación.

Se apartó de las luces del campamento militar y enseguida sintió que la tierra bajo sus pies se volvía más empinada. Los árboles se cernían sobre ella y el olor a especias la envolvía. Aquél debía ser el jardín experimental que había visto de lejos la noche en que Simon la llevó a la Colina de Gobernación.

Recordar aquello la llevó a imaginar que podía oír el suave ruido de los cascos de un caballo cerca. Se dio cuenta de que era algo más que una fantasía cuando escuchó al animal resoplar.

Mientras se alejaba de aquel sonido sonó la voz de Simon:

—¡Para, Bethan! No voy a dejar de seguirte.

Le conocía lo suficiente para saber que lo haría. Además, iba a caballo mientras que ella ya estaba cansada tras haber salido huyendo de los soldados. Si tenía que hablar con él, mejor ahí que en la casa donde él era el amo y ella una invitada no deseada.

Redujo los pasos hasta que se apoyó jadeando contra el esbelto tronco de un árbol joven.

Simon desmontó y fue a parar al suelo con un golpe seco y un contenido gemido de dolor. La agarró del brazo y la sujetó con fuerza como si temiera que volviera a huir.

—No me importa lo enfadada que estés conmigo —le espetó—. No vuelvas a salir corriendo así nunca ¿Me has oído?

—¡Puede que esté loca, pero no soy sorda! —se soltó el brazo—. ¿Qué te importa lo que haga o dónde vaya si me odias?

—¡Yo no te odio! —su fiero tono desmentía sus palabras—. Y por supuesto no quiero que sufras ningún daño.

—Ya es un poco tarde para eso, ¿no? —Bethan se frotó el brazo en un esfuerzo inútil de apartar de sí el calor que le había dejado su contacto.

Simon dejó escapar un profundo suspiro.

—Siento lo que ha ocurrido entre nosotros. Te juro que nunca fue mi intención arrancarte la virginidad. Si hubiera sabido que esperabas que me casara contigo, yo no habría...

—Lo sé —le atajó ella con sequedad. En cierto modo le molestaba escuchar que se arrepentía de la maravillosa noche que habían compartido. A pesar de todo lo que había sucedido después y de lo que podría costarle, no era capaz de pensar que ojalá no hubiera sucedido nunca. ¿La convertía eso en una buscona?—. No me refería a esa clase de daño. Sé que no me arrebataste la virginidad a propósito —tenía los ojos llenos de lágrimas, pero se negaba a llorar—. Pero no puedes negar que no me hayas dicho a propósito todas esas cosas horribles.

—Tal vez no pueda —reconoció a regañadientes—. Pero estoy empezando a sospechar que tal vez no sean ciertas.

—¡No lo son! —le espetó ella—. Pero ya no importa, porque me da igual lo que pienses de mí.

Bethan deseó que aquello fuera verdad, pero no podía permitirse que Simon supiera cuánto le importaba su opinión.

—De acuerdo —replicó él tras un largo y tenso silencio—. Pero todavía te debo una explicación de por qué pensé esas cosas. Como puedes imaginar, tiene que ver con mi pasado.

—¿Y estás dispuesto a hablarme de ello? —le preguntó con recelo.

—Si estás dispuesta a escucharme...

—No puedo negarme después de las pestes que he echado contra ti por guardar tantos secretos —se dejó caer en la base del árbol y se agarró las rodillas—. Adelante entonces. Di lo que tengas que decir.

Simon se sentó en el suelo a su lado. Tras un largo instante de vacilación, aspiró con fuerza el aire y comenzó a hablar.

—¿Recuerdas cuando te dije que cuanto menos supiera Rosalia de su madre mejor?

—Sí, ¿y? —aunque sabía que aquello debía ser para él, Bethan no se sentía obligada a hacérselo más sencillo.

—Sí tú supieras más cosas de mi mujer tal vez entenderías por qué estoy tan decidido a no casarme otra vez y por qué sospeché que estabas tratando de engañarme para que lo hiciera.

Bethan contuvo la curiosidad. El interés por el pasado de Simon se acercaba peligrosamente a que le importara lo que le había sucedido.

—Tal vez te hayas dado cuenta —continuó con tono burlón—, de que tengo una lamentable debilidad por las damiselas en apuros. Tendría que haber sabido por mi madrastra que ese tipo de mujeres no suelen ser tan indefensas como parecen. Carlotta desde luego no lo era.

Tal vez no, pero los héroes tampoco eran siempre tan galantes como parecían.

—La conocí en Penang —continuó—. Su tío se la iba a llevar de Macao a Lisboa para un matrimonio de conveniencia. Mientras su barco estaba siendo reparado por los daños de una tormenta, su tío se puso enfermo y no pudo vigilarla como era conveniente. Ella me suplicó que la ayudara a escapar... —dejó la frase ahí.

Superada por una curiosidad que no había sido capaz de contener, Bethan le preguntó:

—¿Qué hiciste?

—Casarme con ella, por supuesto. Su tío quería retarme a duelo, pero Ford calmó las cosas. Durante un tiempo Carlotta estuvo agradecida y yo enamorado. Pero su gratitud no duró mucho. Unos meses más tarde me humilló fugándose con un empleado de la Compañía de las Indias Orientales. Mis socios me arrastraron a la expedición de Raffles para que dejara de pensar en ella. Funcionó bastante bien hasta que apareció en Singapur un año después con un bebé que aseguró que era mío. Me suplicó que volviera a aceptarla por el bien de la niña. Como soy un idiota caballeroso, acepté.

Bethan se quedó boquiabierta al darse cuenta de que lo que estaba diciendo.

—¿Crees que Rosalía podría no ser hija tuya?

—¿Cómo puedo saberlo a ciencia cierta? Es la viva imagen de su madre. Nunca le he visto el menor parecido conmigo.

Aquel parecido debía convertir a Rosalía en un constante y doloroso recordatorio de la traición de su madre. Simon había intentado ser un buen padre.

A pesar de todo lo que había sucedido entre ellos, Bethan no pudo resistir el impulso de tranquilizarle.

—Estoy convencida de que eres su padre. Ya te comenté lo parecidos que os encuentro.

—Sí —por primera vez aquel día, su voz sonó cálida—. Eso significó mucho para mí. Independientemente de quién sea su padre, le debo a Rosalía la atención y el cariño de un padre. Saber que sus sentimientos son parecidos a los míos puede que me facilite arreglar mis pasados errores.

Cuando el silencio se hizo entre ellos, Bethan trató de seguir enfadada con Simon. Pero saber cómo Carlotta había abusado de su generosidad y traicionado su confianza cayó sobre su ira como gotas de agua. Al principio se evaporaron, pero gradualmente fueron apagando las llamas de la furia.

—Tal vez quieras oír el resto de la historia —dijo Simon finalmente—. Carlotta no siguió contenta mucho tiempo en aquel humilde *kampong* al lado de nuestro almacén. Murió como te dije, ahogada mientras trataba de subirse a un *tongkang*. Se iba a fugar de nuevo, esta vez con el capitán de un barco francés.

Bethan se arriesgó a mirarle. Con el perfil iluminado por los rayos de luz de luna, parecía una estatua clavada en hielo.

—Por eso pensaste que quería embaucarte para que te casaras conmigo. Y eso explica que no quieras una esposa.

—Carlotta no es la única razón. Fue la última y la peor de varias mujeres que me traicionaron cuando intenté ayudarlas.

—Pero yo no soy como esas mujeres, Simon. ¿Por qué me cortas por el mismo patrón? —en cuanto pronunció aquellas palabras, Bethan sintió una punzada en la conciencia.

¿Era muy distinta a Carlotta y a las demás mujeres que se habían aprovechado de la galantería de Simon para sus propósitos? Al malinterpretar a Hadrian Northmore para asegurarse el pasaje a Singapur había privado a Simon de la amante que quería. Desde su llegada le había confundido sobre sus razones para estar allí. Y aunque él le había confesado los secretos más dolorosos de su pasado, seguía sin ser capaz de confiarle su secreto.

Bethan trató de convencerse de que su situación era diferente. No había actuado por motivos egoístas. No tenía las miras puestas en la fortuna de Simon y nunca le dejaría por otro hombre. Solo estaba tratando de proteger a su adorado hermano de personas que podrían juzgarle tan mal como Simon la había juzgado a ella.

Pero su conciencia se negó a tranquilizarse con aquellas excusas.

Capítulo 11

—Sé que no eres como las otras mujeres —mirando colina abajo, hacia las luces de la ciudad y los barcos anclados en la bahía, Simon hizo un esfuerzo por ignorar sus dudas. Cuando Bethan proclamó su inocencia, parecía que quisiera convencerse a sí misma más que a él—. Una parte de mí lo piensa, la más razonable, la justa. Pero hay algo más dentro de mí que sigue teniendo miedo a la traición.

Contarle la sórdida verdad sobre su matrimonio había sido como despojarse del caparazón protector que había llevado puesto durante mucho tiempo. Ahora estaba frente a ella con sus debilidades expuestas. Pero también había sido como desinfectar una vieja herida para que supurara algo del resentimiento que le estaba poco a poco envenenando.

Estaba en deuda con Bethan por ello y por ayudarle a crear un vínculo con su hija. Ojalá le dejara devolvérselo del modo en que podía, ofreciéndole su protección, su pasión y lo mejor que su fortuna pudiera comprar.

Pero cuando trató de decírselo, sus dudas le hicieron decir otra cosa completamente distinta.

—Hay algo que todavía no entiendo. Si tu inglés no era lo suficientemente bueno para entender a Hadrian, ¿cómo pudiste leer el aviso que puso en el periódico?

Temía que a Bethan le molestara la pregunta, pero respondió con tanta rapidez que debía ser cierto.

—Evan vio el anuncio y me lo leyó. Luego me ayudó a escribirle la carta al señor Northmore.

La nota de cariño en su tono de voz molestó a Simon.

—¿Quién es Evan?

—Un amigo de... un amigo mío de Llanaled.

Su vacilación sugería que había algo más allí.

—¿Es muy amigo? —a él no debería importarle. Fuera lo que fuera formaba parte del pasado y no tenía derecho a decirle nada. Pero sí le importaba, y mucho.

—Lo suficiente como para ayudarme a encontrar un trabajo como empleada doméstica cuando llegué a Newcastle. Ya que quieres saberlo, él quería que fuéramos algo más que amigos. Le dije que yo no sentía eso por él y que quería ver mundo antes de formar una familia. Evan fue lo suficientemente amable para ayudarme a hacer realidad mi sueño.

Simon curvó los labios.

—Los pretendientes despechados no suelen hacerles favores a las mujeres que les han rechazado.

—No sé por qué me preguntas sobre Evan —Bethan se puso de pronto a la defensiva—. Lo que ocurrió no fue culpa suya, sino mía. Si le hubiera dicho al señor Northmore con más claridad que no hablaba bien inglés estoy segura de que se hubiera asegurado de que entendiésemos que no buscabas una esposa.

¿Sería posible que Evan fuera tan simple que no supiera leer entre líneas en el anuncio que Hadrian puso en el periódico?, se preguntó Simon. ¿O le hubiera jugado una cruel pasada a Bethan por haberle rechazado? A ella no se le pasaría por la cabeza que alguien a quien quería la

traicionara.

—Me crees, ¿verdad? —imploró—. Todo ha sido un error, yo no quería aprovecharme de ti.

—Sí, te creo —aunque había partes de su historia que no le sonaban del todo sinceras, una frágil semilla de confianza echó raíces en el corazón de Simon—. Si hubieras querido engatusarme para que me casara contigo no habrías rechazado mi proposición.

—Así es —afirmó Bethan—. No quiero que te cases conmigo contra tu voluntad debido a un malentendido que no ha sido culpa tuya.

El alivio que su respuesta provocó en Simon no fue tan abrumador como debería haber sido.

—En ese caso... ¿hay alguna posibilidad de que consientas en convertirme en... mi amante?

Todo su cuerpo se estremeció.

—Puede que esté loca, pero tengo moral. Si me convierto en tu mantenida no seré mejor que la mujer por la que mi padre nos dejó. Ni mejor que tu esposa. Solo te estaría utilizando para mi comodidad como hizo ella. Merecería que tus vecinos me trataran con desprecio y me insultaran.

—No lo harían —insistió Simon—. Aquí la gente ve ese tipo de cosas de otra manera. Los hombres chinos y malayos toman concubinas constantemente y varios europeos tienen «esposas del país».

—¿Esposas del país? —Bethan pareció dudar. Tal vez a pesar de su renuencia a dejar atrás la respetabilidad deseaba secretamente que la persuadiera.

—Así llaman a las mujeres nativas o mestizas que viven con hombres europeos durante su estancia en el extranjero. Nuestro antiguo gobernador tenía una encantadora dama malayo-francesa. Todo el mundo en Singapur los aceptó a ella y a sus hijos como parte de la sociedad.

Si pensaba que aquella explicación le iba a hacer cambiar de opinión estaba muy equivocado.

—¿Qué ocurre con esas esposas del país cuando los hombres vuelven a casa?

La pregunta hizo que Simon se avergonzara, pero trató de disimular.

—La mayoría de ellos les dejan propiedades o dinero.

—¿Quieres decir que las abandonan? —Bethan se puso de pie de un salto.

—No es tan malo como parece —a Simon le dio una punzada en la pierna cuando se levantó de la base del tronco—. Además, eso no tiene nada que ver con nosotros. Yo no tengo intención de volver a Inglaterra.

—¿No? —Bethan no sonaba convencida—. Pero tus socios lo han hecho. Tengo la sensación de que las Indias son como una amante generosa para algunos hombres. Vienen aquí y toman lo que quieren de ella, y cuando están saciados se marchan. ¡No permitiré que a mí me ocurra algo así!

Bethan tenía tanto miedo de ser abandonada como él de ser traicionado. Simon deseaba estrecharla entre sus brazos y prometerle que siempre la protegería y cuidaría de ella. Pero, ¿y si le pedía más que eso, cosas que no podía darle?

—Si no quieres casarte conmigo ni que te mantenga, ¿en qué posición nos deja eso?

—Yo cuidaré de mí misma, por supuesto, si tú eres lo suficientemente caballeroso para no alardear de tu conquista. Si puedes recomendarme a otra familia que necesite una niñera, podré ahorrar dinero para devolverte lo que te gastaste en mi pasaje a Singapur.

El alivio de Simon al ver que podía escapar de un matrimonio forzado dio paso a la alarma ante la perspectiva de perder a Bethan.

—Eso no será necesario.

—Sí lo es —insistió ella—. No quiero que me mantengas. Pagaste para traerme aquí para que fuera tu amante. Como no puedo hacerlo, no es justo que acarrees con los gastos. Puede que tarde un poco, pero te devolveré cada penique.

Era la primera mujer guapa que conocía que no quería nada de él, ni siquiera las pocas guineas que le había costado llevarla hasta allí. La idea de que saliera de aquella casa para buscarse la vida sola preocupaba profundamente a Simon. Temía que pudiera despertar la admiración de hombres despiadados que harían lo que fuera necesario para conseguir lo que quisieran de ella.

—No necesito tu dinero —dijo un paso hacia ella, pero se quedó quieto cuando Bethan retrocedió—. Ya has visto cómo vivo. No me hace falta.

—Ésa no es la cuestión, Simon. No puedo seguir viviendo en tu casa, de tu caridad, después de lo que ha ocurrido entre nosotros.

Después de lo que había ocurrido entre ellos no podía soportar pensar en que viviera en ningún otro sitio. Si hubo alguna vez una mujer que necesitaba su protección, ésa era Bethan Conway, dada su naturaleza confiada que los demás podrían explotar.

—No sería caridad. Estoy en deuda contigo por lo que has hecho por mí... y por lo que he tomado de ti.

—¡No me debes nada! —Bethan insistió con tanta firmeza que estuvo a punto de convencerle—. No me obligaste a meterme en tu cama. Lo que ocurrió anoche entre nosotros fue mi elección. Lo deseaba tanto como tú.

—Porque pensabas que íbamos a casarnos.

Bethan sacudió la cabeza.

—Eso fue error mío, no tuyo.

Su integridad y su generosidad le dejaron sin respiración. Podría haber utilizado su sensación de culpabilidad como una herramienta de cambio para conseguir lo que quisiera de él. Pero había renunciado a esa ventaja para que él estuviera en paz con lo que había hecho.

Eso hizo que Simon deseara más que nunca portarse bien con ella... si le dejaba.

Tal vez hubiera un modo de arreglar las cosas con Bethan mientras le dejaba creer que estaba pagando la deuda que pensaba que tenía con él. Pondría a prueba su autocontrol y tal vez su corazón, pero al pensar en aquel coste frente a la perspectiva de dejarla marchar no veía opción.

¿Qué la había llevado a insistir en dejar la casa de Simon y encontrar trabajo en otro sitio, cuando no estaba segura de que eso fuera posible? Bethan se hizo aquella pregunta mientras estaban en la cálida y aromatizada oscuridad de los jardines experimentales discutiendo sobre su futuro.

Tal vez fuera lo que Simon le había dicho sobre su esposa. No podía soportar utilizarle como había hecho Carlotta. Ya era bastante malo que le estuviera ocultando cosas después de que él se había arriesgado a confiar en ella.

O tal vez se debía a la renovada convicción de que debía seguir buscando a su hermano. Había sido un error pensar que podría forjar una nueva familia y olvidarse de la antigua. Simon no quería formar una familia con ella. Solo quería una compañera dispuesta a satisfacer sus deseos y que no le exigiera nada. Su hermano era la única esperanza de recuperar la familia que anhelaba. Si dejaba la casa de Simon sería más fácil llevar a cabo su búsqueda sin temor a levantar sospechas.

Pero, ¿qué había llevado a Simon a resistirse a la idea de su partida? ¿Se debía únicamente a que se sentía culpable por haberle arrebatado la virginidad?

¿Todavía tenía esperanza de convencerla para que se convirtiera en su amante? ¿O podría ser que después de lo que había sucedido sentía hacia ella cosas que no se atrevía a admitir?

—Con toda esta charla de quién está en deuda con quién —dijo él—, nos estamos olvidando de alguien más a quien los dos nos debemos.

—¿Rosalia? —por supuesto. Tendría que haberlo imaginado. Simon estaría dispuesto a tolerar su presencia continuada en su casa por el bien de su hija.

—Así es. Si te marchas, ¿quién cuidará de ella hasta que regrese Ah-Sam?

Bethan volvió a pensar una vez más cuánto afectaría su marcha a Rosalia, sobre todo si se fuera a cuidar de otros niños en alguna casa cercana.

—Me temo que si me voy pensaré que es porque ella ha hecho algo malo.

Simon suspiró.

—No será fácil convencerla de lo contrario, es demasiado pequeña para que le contemos la verdadera razón. Por eso quiero que te quedes y sigas cuidando de ella. Cuando Ah-Sam regrese en otoño podrás decidir qué hacer. Si eliges volver a Inglaterra te sacaré un pasaje y haré todo lo que pueda por ayudarte.

—Eso es muy generoso, pero no quiero deberte nada.

—No me lo deberás. Considero este acuerdo muy favorable. Que Rosalia esté bien cuidada hasta que Ah-Sam regrese es mucho más valioso para mí que nada.

—Yo tampoco quiero que se entristezca, pero no veo cómo voy a quedarme bajo tu mismo techo después de lo sucedido entre nosotros —cuando Bethan recordó aquel delicioso encuentro sintió un calor estremecido por los muslos.

—¿Por qué no? —el tono de Simon se hizo más frío—. No creerás que tienes algo que temer de mí, verdad?

—Miedo no —al menos no de él—. Pero debes admitir que sería extraño. Me trajiste aquí para que fuera tu amante y no has ocultado que... que me deseas.

—No puedo negar que así sea —se inclinó hacia ella y luego retrocedió—. Pero mi sentido del honor es más fuerte que el deseo. Estas últimas semanas, cuando pensé que habías tenido una experiencia aterradora con otro hombre, traté de no precipitarme para acostarme contigo. Esperé hasta que estuviste preparada. Al menos pensé que eso era lo que me estabas diciendo.

Bethan no pudo evitar sentirse conmovida por su consideración. Pero, ¿cómo iba a pasar los siguientes meses en aquel empleo tratando de olvidar el sabor de sus besos y las sensaciones que despertaba en su cuerpo?

—No es de tu honor de lo que dudo, Simon, sino de mi virtud —aunque sabía que podría resultar peligroso admitirlo, le debía la verdad al menos en aquello—. Siento deseo por ti y no puedo volver a entregarme a ese deseo. Si sigo bajo tu mismo techo temo sentirme tentada.

—No, porque no te daré la oportunidad. Mantendré las distancias, te lo juro. Por favor, no le hagas pagar a Rosalia por mi error. No puedo negar que quiero tenerte en mi cama, pero necesito más que estés en la vida de Rosalia.

¿Cómo iba a negarse a semejante súplica y a semejante promesa? La situación era culpa suya y debía arreglarla al precio que fuera.

—De acuerdo entonces. Me quedo —trató de ignorar el susurro de su conciencia acusándola de buscar cualquier excusa para estar cerca de Simon—. Pero te lo advierto, si se me hace muy duro resistirme a estos sentimientos me tendré que ir.

—Me parece justo —dijo Simon—. Y ahora, ¿podemos volver a casa antes de que los centinelas nos vean y crean que somos forajidos que planean atacar la ciudad?

Bethan asintió.

—Podemos volver. Pero estás bromeando con lo de los forajidos, ¿verdad?

—Ojalá —Simon agarró las riendas de su caballo y se subió a la silla—. La jungla está

llena de esos granujas. He oído que pertenecen a una especie de sociedad secreta china. Hasta ahora se contentaban con aterrorizar a su gente, que está demasiado asustada como para acudir a las autoridades. Me temo que solo es cuestión de tiempo que se vuelvan más audaces.

Así que por eso había ido tras ella, porque se sentía obligado a protegerla. Bethan contuvo una punzada de desilusión al tomar su mano estirada y permitir que la ayudara a subir a la grupa del caballo.

Simon no quería cargar con el peso de más culpabilidad si le sucedía algo malo como a su esposa.

En el camino de regreso a la villa, Bethan se agarró a la cintura de Simon e inhaló su aroma con avidez, disfrutando de aquel contacto cercano al que pronto tendría que renunciar.

No solo tendría que resistirse al deseo físico que sentía por Simon. Tenía miedo de haber perdido algo más preciado la noche anterior que su virginidad. Era algo que nunca quiso entregar, una frágil parte de su corazón, que él podría aplastar con su puño poderoso y machacar con el tacón de su bota. Debía tener cuidado para no entregarle nada más, y debía averiguar de alguna manera qué había sido de su hermano. Si Hugh seguía vivo debía ir con él mientras todavía pudiera apartarse de Simon.

Le había asegurado a Bethan que su honor era más fuerte que su deseo. Pero a medida que transcurrían los días, Simon descubrió que era una tarea más ardua de lo que había pensado.

La ardiente emoción de las semanas anteriores dio paso poco a poco a una persistente frustración. Había sido más fácil controlar sus deseos cuando creía que Bethan tenía miedo del contacto físico con un hombre. Ahora, según ella misma había dicho, sabía que lo deseaba tanto como él a ella, tanto que la asustaba estar bajo el mismo techo que él por temor a caer en la tentación. Saber aquello hacía que Simon la deseara más que nunca.

Y ya no podía aliviar ese deseo pensando en el día en que se convertiría en su amante y podría disfrutar de sus favores con la frecuencia con que le gustaría. El futuro solo encerraba la perspectiva de Bethan saliendo de su vida para siempre.

Por el bien de ambos, decidió mantener las distancias. Pero incluso desde lejos invadía sus pensamientos y sus sueños. Sus sentidos se agudizaban con su presencia en la casa, con su voz que surgía del jardín o con su embriagador aroma. En medio de la noche se despertaba con sueños provocadores de la noche que habían pasado juntos en su cama. Ahora le parecía vacía sin ella.

También escuchaba cualquier sonido procedente de la habitación de al lado y se preguntaba si ella estaría dando vueltas en la cama también pensando en él, anhelando sus caricias. Aquellos pensamientos alimentaban el calor de su ahora prohibido deseo. Le urgían a entrar en su dormitorio y ofrecerle cualquier cosa del mundo con tal de que consistiera en ser su amante.

Comprendía su renuencia. Sin duda habría oído a su madre vilipendiar a ese tipo de mujeres durante años con los términos más vergonzosos. ¿Cómo podía hacerle ver que mientras ambos fueran libres y consintieran no le estaban haciendo daño a nadie dejándose llevar por sus deseos?

No podía. Corría el riesgo de alejarla. Por su bien y por el de Rosalia, no podía permitirse que eso sucediera.

Bethan estaba haciendo todo lo posible por resistirse a la tentación. Ya no cenaba con él por las noches cuando él iba a la habitación de Rosalia, Bethan encontraba una excusa para escabullirse y dejarle a solas con Rosalia. A final de la semana estaba tan desesperado por intercambiar unas palabras con ella que estaba dispuesto a inventarse cualquier excusa.

Se presentó una cuando regresó a casa más temprano del trabajo y vio a Rosalia saliendo al

jardín con Ah-Ming. Bethan no estaba a la vista. ¿Estaría enferma? Aquel miedo hizo que subiera corriendo las escaleras y siguiera por el pasillo sin pensar en la pierna. Entró como una exhalación por la puerta de su dormitorio, que estaba abierta.

Su acelerado pulso se tranquilizó mientras miraba alrededor de la tranquila habitación. Los rayos de sol dorados se filtraban a través de las persianas antes de caer formando líneas sobre la cama. Aunque un rastro de su aroma todavía colgaba en el aire húmedo, no había más señal de ella. Ni siquiera el baúl con su ropa.

¿Podría ser que a pesar de sus esfuerzos le hubiera resultado imposible permanecer en su casa? Sin duda no se habría marchado sin decírselo, ¿verdad?

Estaba a punto de ir a buscar a Ah-Ming para exigir una explicación cuando el sonido de unos pasos precedió a la repentina aparición de Bethan.

—¡Simon! —se apoyó contra la pared con la mano en el pecho—. Menudo susto me has dado. ¿Qué estás haciendo aquí?

Ignorando la pregunta, Simon le hizo otra a su vez:

—¿Dónde están tus cosas? Creí que te habías ido.

Ella negó con la cabeza.

—Solo me he ido a la habitación pequeña que hay al lado del cuarto de la niña. Ese es mi sitio ahora.

—¡Tonterías! —exclamó él—. No eres una sirvienta.

—Sí, lo soy —Bethan se estiró y le dirigió una mirada desafiante—. Y estoy orgullosa de ello. Prefiero ganarme mi sustento con trabajo honesto que ser el juguete de un hombre rico.

Sin poder contenerse, su voz adquirió un tono invitador.

—Creí que te gustaron nuestros juegos.

El rostro de Bethan se sonrojó.

—Así es, pero he visto lo que les pasa a los juguetes cuando sus dueños pierden interés en ellos.

—Yo no te daré la espalda, te lo juro —aquello se parecía peligrosamente a una promesa, le advirtió la precaución. ¿No había buscado una amante para poder deshacerse fácilmente de ella si las cosas salían mal? Nunca se había parado a considerar la situación desde el punto de vista de una mujer.

Bethan se frotó las sienes.

—No quiero seguir discutiendo sobre esto. Ya hemos dicho todo lo que teníamos que decir. Además, me prometiste que...

—Lo sé —¿cómo iba a creer en cualquier promesa que le hiciera en el futuro si rompía aquélla?—. Lo siento. Cuidaré más mis palabras a partir de ahora.

Bethan se dirigió hacia la cama, manteniendo la máxima distancia posible entre ellos.

—Solo he venido a buscar un pañuelo que quiero regalarle a Rosalia. Mi madre me lo cosió hace años. Cosía muy bien. Como no lo encontré en mi baúl, pensé que tal vez estaría por aquí.

Sus palabras salieron con tono chillón, como si tuviera miedo de darle la oportunidad de decir algo más. Pero finalmente le falló la respiración.

—¿Qué me dices de ti? —Simon se movió hacia el lado opuesto de la habitación y se unió a la búsqueda sin dejar de mirarla de reojo—. ¿Te gusta coser?

Le molestaba lo poco que sabía de ella, sobre todo comparado con los secretos que él le había contado.

—Yo sería una amenaza con una aguja en la mano —Bethan se rio entre dientes—. Me llenaría los dedos de agujeros y mancharía de sangre la prenda que estuviera tratando de coser.

—Aquí está —con una exclamación de júbilo, Simon agarró el pañuelo que estaba detrás del lavabo.

Sacudiendo el trozo de lino fino bordado, se lo ofreció a Bethan con una reverencia.

—Gracias —murmuró ella—. Tienes muy buena vista. Creo que yo nunca lo habría encontrado.

El brillo verde plateado de sus ojos le dio a Simon el valor suficiente para sugerir:

—Como recompensa, ¿considerarías la posibilidad de cenar conmigo esta noche? He echado de menos tener a alguien con quien hablar.

Bethan retorció el pañuelo entre sus inquietos dedos, claramente dividida entre sus deseos y la cautela.

—¿No podrías invitar a alguno de tus compañeros de trabajo? ¿O a alguna de las damas de Durham? Estoy segura de que disfrutarían mucho de los magníficos platos del cocinero.

—Tal vez no me he expresado con claridad. He echado de menos hablar contigo.

—Creo que es mejor que yo haga las comidas en la habitación con Rosalia —pasándose el pañuelo por el acalorado rostro, aprovechó la oportunidad para cambiar de tema—. ¿Va a hacer más calor que esto a lo largo del verano? Me siento como un guiso bullendo en la caldera.

—Singapur está muy cerca del ecuador, la temperatura no varía mucho a lo largo del año —pensaba que su larga estancia en Oriente le había inmunizado contra el clima, pero el reguero de sudor que le bajaba por la espalda sugería otra cosa—. Sin embargo, ahora que lo mencionas hoy hace más calor de lo normal.

Intercambiaron una mirada furtiva en la que Simon tuvo la impresión de que estaban pensando lo mismo. El clima tropical no era el culpable del calor enfebrecido que los atormentaba en aquel momento. El deseo reprimido era como un fuego en brasas. Tal vez las llamas estuvieran apagadas, pero las brasas brillaban con más fuerza que nunca.

Bethan se apartó bruscamente de él como si el calor que había entre ellos le quemara.

—Debería volver con Rosalia. Creo que me la llevaré a dar un paseo por la playa. La brisa es siempre un poco más fresca allí abajo. Y si eso no sirve, puede que me lance al agua.

Simon se la imaginó saliendo de las olas con su cabello rojizo azotado por la brisa marina y su vestido de muselina rosa pegado al cuerpo.

—Eso suena maravilloso —suspiró—. ¿Puedo ir yo también?

Durante un momento parecía que iba a negarse. Luego su expresión de cautela se suavizó.

—Nos encantará disfrutar de tu compañía.

Tal vez se había apiadado de su rostro cubierto de sudor. O tal vez pensó que sería más fácil mantener las distancias en el exterior. Fuera cual fuera la razón, una oleada de gratitud levantó el ánimo de Simon.

—Entonces vamos antes de que nos derritamos en el suelo.

Mientras iban a recoger a su hija, Simon descubrió con asombro que disfrutaba de la compañía de Bethan en más situaciones que en la cama.



Capítulo 12

¿Había cometido un error al permitir que Simon la persuadiera para quedarse y seguir cuidando de Rosalia? A medida que pasaban los días, Bethan se preguntaba aquello con más frecuencia.

Había confiado en que mantenerle a distancia cortaría de raíz sus sentimientos por Simon. Pero se sentía conmovida por la preocupación por el bienestar de su hija, que era lo que le había llevado a soportar aquel extraño acuerdo.

Apreciaba la contención y el respeto que había mostrado tras todos los problemas que le había causado. Se compadecía de su soledad y de las dolorosas heridas de su pasado que habían hecho tan difícil para él confiar en las mujeres.

Ahora, por mucho que deseara sentir los brazos de Simon y sus labios sobre los suyos, también quería reírse con él, consolarle y serle fiel hasta que supiera que podía confiar en ella. Tras las traiciones que había sufrido, dudaba mucho que le dejara acercarse demasiado a él. Y no podía entregarse a él ni como amante ni como esposa a cambio de las comodidades materiales que podía proporcionarle su fortuna. Debía ser por amor o no ser.

Eso no la hacía inmune a la tentación. Cuanto más tiempo estaba bajo el techo de Simon, más en casa se sentía. Tenía que recordarse constantemente que no lo era y nunca lo sería. Cuanto más fuerte era el lazo que le ayudaba a forjar con su hija, más deseaba ella formar parte de él. No debía olvidar que solo era una sirvienta en aquella casa, no un miembro de la familia.

La única familia de verdad que le quedaba era su hermano y no podía permitirse perder más tiempo sin intentar localizarle. Hasta el momento, sus escasas y furtivas pesquisas no la habían llevado a ningún sitio. Ocuparse de Rosalia no le dejaba tiempo durante el día para seguir con su búsqueda, y Simon le había dejado claro que no quería que saliera sola de noche. Si al menos hubiera alguien en quien pudiera confiar que conociera bien Singapur y estuviera dispuesto a ayudarla...

¿Y el capitán de puerto que Simon había mencionado?

—¿Te gustaría ir a visitar a algún amigo? —le pregunto a Rosalia una mañana mientras le peinaba el cabello en trenzas—. ¿Tal vez a los que viven en lo alto de la colina?

—Solía visitar a los Flynn antes de que Willy se fuera con sus tíos —respondió Rosalia con tono melancólico—. Ahora no hay nadie con quien jugar. Charlotte es muy mayor y Sophia es un bebé.

Bethan trató de ocultar su desilusión al ver fallar su plan, pero Rosalia siguió hablando.

—Me gustaría mucho ir a ver a los Bertram. Alfie y Agnes tienen casi mi edad. Solíamos jugar mucho juntos. Su padre escribe en el periódico.

—¿Ah, sí? —a Bethan se le levantó el ánimo. Rosalia había mencionado con anterioridad que quería visitar a aquellos niños. Su padre podría ser una fuente de información útil sobre el Dauntless—. Entonces vayamos a visitarlos, ¿de acuerdo?

Rosalía dejó escapar un suspiro de frustración.

—Se fueron a vivir a una casa nueva más allá de la *istana* del Sultán.

—Eso no es muy lejos —Bethan ató un lazo azul alrededor de la gruesa y oscura trenza de la niña—. Podríamos ir si no hace mucho calor. Estoy segura de que Mahmud estará encantado de llevarnos.

—¡Oh, no! —Rosalia miró alrededor con cara de espanto—. El sultán podría atraparnos y convertirnos en sus esclavas, como esas pobres niñas a las que papá rescató.

—No tengas miedo —Bethan se arrodilló y tomó las manos de la niña—. Estoy segura de que el sultán no haría algo así. ¿De verdad que tu padre rescató a unas niñas esclavas? —preguntó en parte para distraerla.

Rosalia asintió con gravedad.

—Oí a Ah-Ming y a Ah-Sam hablando de ello. Dijeron que fue muy valiente.

—Seguro que sí —Bethan estaba deseando oír todos los detalles de aquel relato moderno sobre héroes. Se imaginaba perfectamente a Simon en el papel principal—. Tu padre es muy bueno ayudando a gente en apuros, ¿verdad?

Recordó lo que le había contado sobre su debilidad por las damiselas en apuros. Pero iba más allá de eso. Había sido muy generoso con los muchachos de Durham, sobre todo con Wilson, subiéndole la autoestima al convertirle en contable y contratar a alguien que le enseñara.

—Sí, lo es —declaró Rosalia con orgullo—. Ah-Sam dijo que el sultán Shah estaba muy enfadado y que trató de crear problemas para la compañía de papá.

Pero Simon no se habría echado atrás, pensó Bethan con una mezcla de admiración y orgullo, como si fuera algo suyo. Era la clase de hombre capaz de defender a personas indefensas ante los poderosos. ¿Eso incluiría al miembro de una tripulación sometido por un cruel capitán?

Tal vez había estado mirando en el sitio equivocado para buscar a su hermano. Tal vez había llegado el momento de que confiara en Simon.

Simon regresó aquella noche del trabajo de muy mal humor.

Había dormido muy poco la noche anterior pensando en Bethan y en el punto muerto en el que se encontraban. ¿Por qué no quería ver que ocurriera lo que ocurriera entre ellos nunca le daría la espalda? Él no era como su padre. ¿No le había demostrado una y otra vez que era un hombre de honor?

Cuando llegó a Singapur le concedió el tiempo que le pedía para que llegara a conocerle. Tras tomar su virginidad sin saberlo le había hecho una proposición honrada de matrimonio aunque era lo último en el mundo que deseaba. Cuando ella le tiró a la cara su ofrecimiento, insistió en ofrecerle el refugio de su casa para protegerla de aquéllos que quisieran aprovecharse de su impulsiva ingenuidad.

Como los dos comerciantes que le habían preguntado aquella misma tarde por ella del modo más imprudente. Fingieron tener una apuesta que querían solucionar. Uno de ellos aseguró que creía que la bella mujer que compartía casa con Simon era la nueva *amah* de su hija. El otro insistió en que debía tratarse de su amante. Simon les había informado con términos que no dejaban lugar a dudas que su organización doméstica no era cosa suya. Al mismo tiempo había dejado absolutamente claro que la señorita Conway estaba bajo su protección y que no toleraría ninguna intrusión con ella. Que pensarán lo que quisieran.

Simon entró en su casa, dio un portazo y se dirigió directamente al comedor, donde se dejó caer en su silla.

En ese justo momento Bethan se asomó.

—¿Te importa si me reúno contigo para cenar? Yo también echo de menos hablar contigo.

Simon sabía que debía negarse lo más cortésmente posible. No ganaba nada atormentándose con esperanzas vanas. Pero cuando miró a Bethan no fue capaz de rechazar la oferta. Le hizo una señal para que tomara asiento.

—Te advierto que no esperes una conversación brillante por mi parte esta noche. Ha sido un día muy largo.

—Lo siento —el tenue brillo de preocupación de sus ojos le calmó—. No te sientas obligado a entretenerme. Solo quería preguntarte si puedo llevar a Rosalia a visitar a unos amigos suyos. Creo que le vendría bien pasar más tiempo con otros niños.

Simon asintió.

—Estoy de acuerdo. Llévala, por supuesto.

Ah-Ming apareció justo entonces con su cena. Había adivinado de alguna manera que Bethan se reuniría con él.

—Solo hay un problema —Bethan explicó la renuencia de Rosalia a pasar por delante de la *istana* del sultán para llegar a casa de los Bertram.

—¿Dónde ha oído esa historia de las niñas esclavas? —Simon miró a Ah-Ming, que fingió no darse por enterada.

Bethan se encogió de hombros.

—No lo sé, pero está muy orgullosa de lo que hiciste.

—No fue nada —murmuró Simon centrándose en la cena—. Cuando iba a trabajar una mañana, me encontré con un grupo de jóvenes mujeres que venía por el camino de Kampong Gelam. Sé suficiente malayo como para entender que habían sido tratadas con crueldad y que necesitaban ayuda, así que las llevé a la comisaría y le conté al gobernador su situación.

—No diga que no fue nada —murmuró Ah-Ming—. Otros le tienen demasiado miedo al sultán Shah como para haberlas ayudado.

—Tonterías —Simon le hizo una seña al ama de llaves para que se fuera. Odiaba que le consideraran una especie de héroe cuando la verdad era muy distinta—. No había nadie más por allí a aquellas horas.

No podía silenciar a Bethan con tanta facilidad.

—Rosalia me dijo que el sultán trató de crearle problemas a tu compañía.

—Amenazas vacías —aseguró haciendo un gesto con la mano para restarle importancia—. El sultán me culpó más de lo debido. El gobernador estaba buscando una excusa para demostrarle que él es el nuevo amo de Singapur.

Bethan no parecía convencida. Le dirigió una sonrisa seductora.

—Tienes tendencia a rescatar a las damas en apuros.

—Y nunca sale bien —sus labios se fruncieron—. El gobernador utilizó el incidente como un pretexto para humillar al sultán, lo que provocó malestar entre los malayos.

Bethan se quedó paralizada con el tenedor cerca de la boca.

—¿Estás diciendo que si tuvieras que volver a hacerlo no ayudarías a esas pobres niñas?

—Por supuesto que no —Simon estaba más que dispuesto a cambiar de tema—. Habría actuado de otra manera, eso es todo.

—Ésa es una de las cosas que he llegado a admirar de ti, Simon. Crees en la justicia, en que la gente poderosa no debe abusar de los débiles ni aprovecharse de ellos.

Por mucho que a Simon le gratificara escuchar cosas así sobre él, su admiración hacía que fuera más difícil controlar los peligrosos sentimientos que tenía hacia ella.

—Es la forma de ser británica, ¿verdad?

—¿Ah, sí? —parecía dubitativa—. He oído que marineros de los barcos británicos son maltratados con frecuencia por sus capitanes. ¿Estás de acuerdo?

¿Por qué diablos había escogido aquel ejemplo? La pierna empezó a dolerle de solo pensarlo.

—Eso es algo completamente distinto. En el mar debe mantenerse la disciplina. Y eso a veces requiere medidas duras.

El brillo de reverencia de los ojos de Bethan se ensombreció y sus labios se fruncieron.

—Pero, ¿crees que es justo que un capitán trate a los miembros de su tripulación como esclavos o algo peor? Sin duda tendrían derecho entonces a rebelarse y...

—¿Un motín? —Simon dejó el tenedor sobre la mesa con tanta fuerza que Bethan dio un respingo—. ¿Eso es lo que estás defendiendo?

Bethan palideció tanto que se le marcaron más las pecas de la nariz. Pero se negó a amilanarse.

—Si el capitán fuera un tirano, ¿por qué no? ¿Qué otra opción tendrían esos hombres en medio del mar sin nadie a quien poder dirigirse?

Su deseo reprimido, sus sentimientos confusos hacia ella y la ira amarga que llevaba tiempo reconcomiéndole hicieron explosión.

—Si esperas que sienta un ápice de simpatía por los amotinados, entonces estás loca.

—No veo que sean muy distintos a las esclavas del sultán.

Parecía extrañamente asombrada por su reacción, y demasiado enfadada.

—¿Se debe a que los marineros maltratados no son mujeres indefensas que buscan tu ayuda?

—¡No! —Simon sintió una opresión en el pecho. No podía contenerse—. Es porque esas jóvenes esclavas no le hicieron daño a nadie al huir. Y por muchas excusas que den los amotinados lo cierto es que no son más que un atajo de animales sedientos de sangre dirigidos por unos malditos alborotadores.

—Pero...

—¡No intentes defenderlos! —se levantó de su asiento de un salto—. Porque no tienes ni idea de lo que son capaces de hacer esos hombres.

Simon rodeó la mesa para llegar a su lado sin ahorrarle esfuerzos a su pierna herida.

—Una vez me preguntaste cómo me herí la pierna. Tal vez sea hora de que te lo cuente.

Bethan se encogió en la silla. Tenía los ojos abiertos de par en par por el susto, pero también reflejaban dolor y reproche.

Simon no quería hacerla sentir así, pero se veía atrapado por una poderosa emoción.

—Hubo un motín a bordo del barco que me trajo de Inglaterra hace diez años —se inclinó para agarrarse la pernera izquierda de los pantalones con ambas manos—. Traté de ayudar a los oficiales y a los demás pasajeros. Por esa razón fui golpeado, me dispararon y me dejaron moribundo.

Con un fuerte tirón, descosió la pernera para dejar al descubierto la carne herida que había debajo.

La visión provocó un grito estrangulado de horror en Bethan.

—¿Creo que cualquier tripulante que piense siquiera en amotinarse debería morir en la horca! —bramó.

Bethan se le quedó mirando horrorizada la pierna con la mano en la boca. Simon se dijo que le estaba bien empleado por haberle hecho recordar cosas que no quería recordar y sentir cosas que no quería sentir.

¿Qué le habían hecho?

Mientras miraba la pierna herida de Simon, Bethan se llevó la mano a los labios para reprimir un grito de angustia.

Sabía lo de su herida desde su primer encuentro. A veces le veía caminar con cierta cojera. De vez en cuando notaba un gesto de dolor que crispaba sus bellas facciones. Pero la mayoría de las veces se olvidaba de su vieja lesión, sin pensar nunca que pudiera estar irritado por culpa de la pierna o cansado porque no le hubiera dejado dormir. La impresión de ver aquella extremidad cosida de cicatrices le recordó las otras heridas que tenía, más profundas y que no habían sanado. Heridas que habían mutilado su corazón, haciéndole difícil amar y confiar. ¿En cuántas ocasiones durante las últimas semanas había hurgado ella en aquellas heridas con sus preguntas indiscretas y sus exigencias?

Como por ejemplo ahora mismo.

Mientras trataba de encontrar las palabras para decirle cuánto lo sentía apareció Ah-Ming retorciéndose las manos. Estaba claro que algo inquietaba al ama de llaves.

—¡Amo, tiene que venir! —gritó con tono alarmado—. Ha venido el cocinero del padre Marco y está muy asustado. Dice que unos forajidos entraron en casa del padre.

Simon se recuperó del impacto de la noticia con más rapidez que Bethan.

—¿Y qué hay del padre Marco, dónde está?

—Todavía en la casa —Ah-Ming señaló hacia la parte interior de la ciudad—. ¡El cocinero teme que le maten!

—Pero no se le ocurre avisar a la policía —murmuró Simon.

—Conoce a nuestro cocinero de Macao —aseguró Ah-Ming—. Por eso ha venido aquí.

Simon se dirigió hacia la puerta y se miró los pantalones rotos.

—Estaré contigo en un minuto. Dile a Mahmud que ensille mi caballo y luego envíale a avisar a los cipayos.

Para sorpresa de Bethan, el ama de llaves no corrió a cumplir las órdenes de Simon.

—¿Qué va a hacer, amo?

—Ir a casa del padre, por supuesto —le espetó pasando por delante de ella—. Hacer lo que pueda para ayudarle.

Ah-Ming sacudió la cabeza.

—Debería esperar a los soldados.

—No hay tiempo —exclamó Simon mientras sus pasos se perdían por el pasillo—. Y ahora ve a hacer lo que te he pedido.

Luchando contra la sensación de parálisis, Bethan se puso de pie.

Las palabras de Ah-Ming habían despertado en ella el recuerdo desagradable de su incidente en el barrio chino el día que llegó a Singapur. Simon se las había arreglado para salvarla de la tensa situación, pero aquellas personas eran gente normal indignada con la ignorancia de una extranjera. ¿Y si hubieran sido forajidos armados?

—Hable con él —le suplicó Ah-Ming—. A usted tal vez la escuche.

Antes de que Bethan pudiera negarse, el ama de llaves se marchó a toda prisa.

Después de todo lo que había pasado entre ellos, sin duda era la última persona a la que Simon escucharía. Pero tenía que intentarlo.

Apenas había llegado al pasillo cuando Simon se cruzó con ella metiéndose la camisa en un par de pantalones limpios.

Bethan se interpuso en su camino.

—Ah-Ming tiene razón. Deberías esperar a los soldados o a la policía. Este es su trabajo.

—¿Y si mientras tanto le ocurre algo al padre Marco? —Simon pasó por delante de ella para dirigirse a las escaleras—. ¿Qué hubiera sido de ti aquel día si hubiera esperado a los soldados?

—No puedes resistir una llamada de auxilio, ¿verdad? —le gritó cuando se iba, con la esperanza de que recapacitara—. ¿Ni siquiera después del precio que has tenido que pagar?

Simon se dio la vuelta al pie de las escaleras y la miró fijamente.

—¿Crees que soy demasiado débil para resultar de alguna ayuda?

—No, yo solo...

Quería explicarle que no podría soportar que le ocurriera nada malo. Ya había sufrido más de lo que se merecía. Pero las palabras se le quedaron atrapadas en la lengua. No tenía derecho a decirle algo así.

—¿Y qué hay de Rosalia? —Bethan se agarró a lo que pensó que podría detenerle—. ¿Y si los forajidos vienen aquí? ¿No deberías quedarte para protegerla?

—Rosalia no está en peligro, y tú tampoco —Simon se molestó ante la sugerencia de que podría estar descuidando su seguridad—. Los forajidos no se atreverían a llegar hasta aquí. Además, el centinela está vigilando. Si quieres les diré a Samad y al cocinero que se unan a él si eso te hace sentir mejor.

A Bethan no le cabía la menor duda de que el enorme y robusto vigilante, que venía del norte de la India, bastaría para acabar con cualquier grupo de forajidos. Pero no era la seguridad de Rosalia ni la suya la que le importaba en aquel momento.

—Ten cuidado, por favor —gritó cuando Simon se dirigió hacia la oscuridad de la noche.

Una oleada de culpabilidad se apoderó de Bethan al verle marchar. Agarrándose al pasamanos, se dejó caer en el escalón de arriba. ¿Habría acudido Simon corriendo al peligro para escapar de ella y de los dolorosos recuerdos que había despertado? ¿Su sobresalto al verle la pierna herida habría hecho que se sintiera en la necesidad de demostrarle algo?

Se pasó la siguiente hora allí sentada esperando y rezando para que volviera. El tiempo transcurría muy lentamente, medido por el frenético latir de su corazón y las aterradoras escenas que le cruzaban por la mente. Su imaginación la atormentaba con espantosas visiones de lo que podría estar sucediéndole a Simon. Estaba más aterrorizada por él de lo que lo había estado nunca por sí misma o por cualquiera, a acepción de su adorado hermano.

Pensar en Hugh le hizo recordar la discusión que había tenido con Simon sobre los amotinados. ¿Sería un malicioso truco del destino que la búsqueda de su hermano la hubiera llevado hasta un hombre que lo quería ver colgado? Gracias a Dios había sido cauta por una vez y no le había contado a Simon todo sobre Hugh. En lugar de simpatizar con su hermano, como ella había esperado, sería el primero en delatar a Hugh ante las autoridades si alguna vez lograba encontrarle. Pero, ¿cómo iba a culpar a Simon después de todo lo que había sufrido a manos de unos amotinados? Imaginó el motín de Simon y a su hermano formando parte del grupo de tripulantes asesinos. Pero aquello era una locura. Hugh nunca atacaría a un hombre inocente y lo dejaría moribundo. ¿Verdad?

Bethan deseó poder estar completamente segura.

El trasero se le estaba empezando a adormecer por estar sentada en las escaleras cuando por fin escuchó movimiento y voces fuera. Se puso de pie de un salto y corrió escaleras abajo justo cuando Simon entraba con los brazos alrededor de los hombros del cochero y el jardinero. Toda la tensión que había ido creciendo en su interior durante las últimas horas se hizo añicos al ver a Simon herido pero vivo. Tuvo que hacer un esfuerzo para no lanzarse sobre él y llorar de

alivio.

—¿Está herido de gravedad? —consiguió decir tras tragar el nudo que tenía en la garganta—. ¿Qué le ha pasado?

—Me pondré bien —cuando pasó delante de ella, Simon alzó la cabeza para encontrarse con su mirada de preocupación. Tenía los labios apretados y un reguero de sangre le caía por la cara desde la parte superior de la sien derecha—. Los forajidos se dieron la vuelta cuando me oyeron llegar. Cometí el error de cruzarme en su camino. El padre Marco estaba más asustado que herido, aunque me temo que podría haber sido peor si la ayuda hubiera llegado más tarde.

En un esfuerzo por contener sus turbulentos sentimientos, Bethan se puso en acción. Al ver a Ah-Ming, exclamó:

—El amo está herido. Trae el botiquín.

Luego corrió hacia la habitación de Simon, donde los dos criados le estaban colocando sobre la cama.

—Mahmud, por favor, ve a buscar al doctor Moncrieff.

—Deja al pobre hombre dormir —gruñó Simon apretando los dientes—. No necesito un cirujano a esas horas de la noche. Un sorbo de aguardiente de persa y un buen descanso me pondrán bien.

Les dijo unas palabras a los criados en su propia lengua. Ellos asintieron, se inclinaron y salieron de la habitación.

—Tienes una herida en la cabeza —Bethan corrió al lado de Simon—. Podría ser grave. ¿Y si necesitas puntos?

Simon se apoyó en las almohadas y cerró los ojos.

—Entonces veré al médico por la mañana. No te preocupes. He sobrevivido a cosas peores. La idea de todo lo que había sufrido en el pasado le provocó una punzada de dolor.

—Ojalá Ah-Ming se dé prisa con el botiquín.

—No creo que se esté entreteniendo —Simon no abrió los ojos—. ¿Por qué no vuelves a la cama?

Bethan no se movió.

—No estaba en la cama. ¿Crees que podría dormir mientras tú estás ahí fuera arriesgando tu vida? No voy a ir a ninguna parte hasta que estés atendido —Bethan empezó a quitarle las botas para que estuviera más cómodo—. ¿Eran los mismos forajidos de los que me hablaste? ¿Por qué han atacado a un sacerdote?

—Los mismos —Simon estiró el pie cubierto con una media y comenzó a desatarse el pañuelo del cuello—. Debían ir buscando el oro y la plata de la bandeja de consagración.

—Quédate quieto —Bethan se colocó al borde de la cama—. Yo me encargaré de esto.

Sus dedos se rozaron mientras desataba los pliegues del pañuelo. Tenía que centrarse en lo que estaba haciendo para evitar acariciarle las mejillas.

Por suerte Ah-Ming llegó con los suministros médicos antes de que cayera en la tentación. Entre las dos le quitaron a Simon la chaqueta y el chaleco.

—Usted lave la herida —el ama de llaves puso un paño y un recipiente con agua en manos de Bethan—. Yo prepararé un té de hierbas.

Antes de que Bethan pudiera protestar, la mujer se marchó.

Simon emitió un sonido que parecía el cruce de un gemido con una risita amarga.

—Durante estos años he aprendido a respetar la medicina china, pero el brebaje que necesito en este momento es un buen aguardiente de palma. Es excelente para relajar los músculos y aliviar el dolor. Encontrarás una petaca en el bolsillo de mi chaqueta.

Mientras Bethan dejaba el recipiente con agua y agarraba la petaca, añadió:

—También calma los nervios. Deberías beber un poco.

Ella negó con la cabeza mientras le llevaba la petaca a los labios.

—Tú lo necesitas más que yo.

Cuando Simon hubo dado varios sorbos le dio la petaca para que la sujetara. Luego humedeció el paño que Ah-Ming le había dado y le refrescó la cabeza.

—Tienes un buen chichón, pero ya no sangra mucho —le limpió el rastro de sangre seca de la cara con cuidado—. Me alegro de que no haya sido peor. Estaba muerta de preocupación.

—No tenías por qué —Simon levantó la petaca para dar otro sorbo—. Ya te dije que soy un superviviente.

—Has pasado mucho a lo largo de los años.

Ya no tenía sangre en la cara. Pero ella no podía parar de pasarle el suave paño por la mejilla.

—Siento haberte recordado aquel horrible motín. Si lo hubiera sabido...

—Soy yo quien debería pedirte perdón —alzó la mano para cubrir la suya y se la llevó a la mejilla—. No tenía derecho a ponerme así contigo. No podías saber lo que yo me había negado a contarte.

Inclinándose sobre él, Bethan le miró a los ojos. Su frío azul parecía haberse fundido, revelando unos intrigantes lagos transparentes como el cristal.

—Aquí está el té, amo —la repentina entrada del ama de llaves hizo que Bethan diera un respingo.

—Le he limpiado el corte de la cabeza —dejó el paño manchado de sangre en el recipiente y se apartó de la cama de Simon—. No era tan grave como parecía al principio.

—Ha tenido suerte —aseguró Ah-Ming—. Esos forajidos no se detienen ante nada. Solo aceptan a hombres cuyos padres han muerto para que no teman deshonor a sus familias con sus crímenes —sostuvo el cuenco de humeante té de fuerte aroma para que Simon bebiera—. Siéntese y tome esto. Le sentará mejor que el aguardiente de palma.

Simon gruñó un poco pero hizo lo que le decía.

—Ahora duérmase —ordenó Ah-Ming cuando hubo dado el último sorbo. Colocó la colcha sobre la cama de Simon y le hizo una seña a Bethan para que saliera de la habitación.

Mientras Bethan se dirigía hacia su cuarto sintió los pies pesados. ¿Y si Simon necesitaba algo durante la noche? ¿Y si empeoraba? Seguía sin poder librarse de la sensación de que era la culpable de sus heridas.

No supo qué le hizo darse la vuelta y volver a la habitación de Simon. ¿Sería la culpabilidad o los crecientes sentimientos hacia él que había tratado de reprimir?

Tal vez había llegado el momento de dejar de luchar contra aquellos sentimientos y enfrentarse a sus miedos.



Capítulo 13

Le dolían las heridas: la cara, las costillas y sobre todo la pierna. Pero nada le dolía más que la conciencia. Simon trató de abrir los hinchados párpados, pero tenía las pestañas pegadas con sangre seca. Las pocas cosas que podía distinguir mientras el *Sabine* se alejaba navegando estaban bañadas por un mar de color rojo.

En sus oídos sonaba el estruendo de las olas golpeando contra la arena. Pero ni siquiera eso podía ahogar los penetrantes gritos. ¿Eran las gaviotas o los angustiados gritos de mujeres a las que no podía rescatar? En su interior nació un grito de respuesta que quería salir, pero tenía la mandíbula fuertemente apretadas y los labios cerrados.

—¿Simon? —el sonido de su nombre pronunciado con aquel tono cariñoso desató lo que tenía dentro.

Un grito surgió de su garganta, un grito de tormento mezclado con rabia impotente y una culpa infinita.

—¡Despierta, Simon! —le urgió la misma voz desde algún lugar remoto—. Ahora estás a salvo. Solo ha sido una pesadilla.

Hizo un esfuerzo por sentarse mientras jadeaba. El corazón le latía con tanta fuerza contra las costillas que temió que se le fuera a romper. Lo único que le sostenía era el brazo de una mujer que le rodeaba los hombros. Le resultaba tan suave y cálido como una manta familiar en una noche fría. Los dedos de su otra mano le acariciaban el cabello con ritmo tranquilizador.

—Has tenido una pesadilla, sin duda horrible. Pero ya ha terminado, y no ha sido real —le consoló como si fuera un niño asustado.

Una parte de él se resentía por ello, pero no era capaz de apartarse. Durante años había luchado contra el impulso de confiar o buscar consuelo en alguien. Ahora, al rendirse a la ternura de Bethan, comenzó a darse cuenta de que había sido un error.

—Sé que era una pesadilla —inclinó la cabeza para apoyarla contra la suya—. Ha terminado, pero fue algo muy real.

Aunque ahora estaba completamente despierto, Bethan no le soltó.

—¿Estabas soñando con lo ocurrido esta noche?

Simon negó con la cabeza.

—Hace diez años, a bordo del *Sabine*.

—¿Sueles tener pesadillas con eso?

—Antes sí, pero últimamente no. Cuando me mantengo ocupado con el trabajo y me niego a recordar el pasado no me molesta tanto. Pero últimamente...

Bethan suspiró.

—Últimamente te he estado presionando con preguntas y despertando recuerdos que preferías dejar dormidos.

—No es culpa tuya —le rodeó la cintura con el brazo—. Como tampoco lo fue de Rosalia cuando me pidió ir a dar un paseo en barco.

—Ahora que lo sé no volveré a sacar el tema —prometió.

Por alguna razón, su promesa preocupó a Simon.

—¿Qué vas a hacer, medir todas tus palabras para no decir alguna que pueda recordarme algo que prefiera olvidar?

Simon no quería eso. Prefería su modo de ser, espontáneo, curioso y directo.

—Podría intentarlo —estaba claro que se daba cuenta de que no sería tarea fácil—. Al menos podría tratar de pensar en tus sentimientos un poco más y no soltar lo primero que se me pase por la cabeza.

—Pero suelen ser cosas interesantes o divertidas. Odiaría perdérmelas porque tú trataras de evitar alguno de los temas de mi larga lista de asuntos prohibidos.

Simon suspiró y decidió hablar.

—Lo peor del motín no fue mi pierna herida —comenzó a decir en un ronco murmullo—. Aunque las cicatrices y el dolor me lo recuerdan constantemente. La traición de la señora Mordaunt tampoco fue lo peor, aunque me temo que eso me dejó un tipo de cicatriz diferente.

—¿Quién es la señora Mordaunt? —preguntó Bethan con furia protectora—. ¿Y qué tiene que ver contigo?

—Era la joven esposa del capitán del *Sabine* —le molestaba tener que recordarlo—. Ella desencadenó el motín al tener una aventura con uno de los oficiales de su esposo. Podría haberse evitado si yo hubiera ido a contarle al capitán mis sospechas antes. Pero ella me suplicó que no lo hiciera y fui tan estúpido que acepté.

Bethan asintió con la cabeza.

—Otra damisela en apuros que solicitaba tu protección.

—Lo irónico fue lo que les ocurrió a las demás mujeres que había a bordo por culpa de mi malinterpretada caballerosidad —Simon aspiró varias veces el aire—. Cuando los amotinados abandonaron a todos los hombres en la costa norte de Ceilán se llevaron a las mujeres con ellos para enfrentarse a un destino que hasta hoy sigue plagando mis pesadillas.

Sintió cómo Bethan se estremecía y se preparó para su respuesta. ¿Le condenaría con la misma dureza con la que con frecuencia se culpaba él?

—¡Eso es terrible! —aseguró ella—. Pero no es culpa tuya. No tenías armas, estabas solo y herido. No podrías haberlos detenido.

—Lo sé —escuchar de sus labios sus tranquilizadoras palabras hizo que le resultara más fácil creerlas—. Igual que sé que puedo confiar en ti. La razón me lo dice, pero mi conciencia y mis pesadillas me cuentan algo completamente distinto. Y son más difíciles de ignorar.

—Lo sé —susurró Bethan, y Simon tuvo la impresión de que estaba hablando por experiencia.

No había nada que pudieran decirse el uno al otro para consolarse. Así que Bethan trató de calmarle como lo haría con Rosalia, con la cálida ternura de su contacto.

Ayudó.

—¿Te quedas conmigo esta noche? —le acarició el cuello con la mejilla—. No como antes. Solo quiero estar cerca de ti. Haces que olvide los problemas de mi pasado.

—No me marcharía ni aunque me lo pidieras —respondió Bethan con un susurro.

Recostándole sobre la almohada, se acurrucó en el círculo de sus brazos. Durante el resto de la noche se abrazaron y se acariciaron el uno al otro de un modo casto y tierno que resultaba más íntimo que su noche de pasión.

Bethan se despertó con el perlado brillo del amanecer y se encontró en la cama de Simon. No se sintió extraña ni sorprendida. Sabía por qué estaba allí y le resultaba completamente

natural.

No sabía qué iba a decirle a Simon cuando se despertara. Sin duda todo resultaría más extraño entre ellos cuando tuviera que enfrentarse a su penetrante mirada azul a la luz del día, tras haber estado intercambiándose caricias y susurros en la oscuridad. Pero por el momento saborearía la oportunidad de poder observarle en el único momento en el que estaba con la guardia bajada.

No había nada severo en su rostro cuando dormía. Su fuerte mandíbula no estaba apretada. El ceño fruncido había desaparecido. La línea firme de sus labios se mostraba relajada, casi sonriente.

En su pacífico rostro atisbo a ver al niño que quería dejar su marca en el mundo y hacer mil cosas heroicas para que alguien le quisiera. Cómo deseaba que el hombre en el que se había convertido pudiera reconocer y aceptar el amor cuando se le ofrecía en lugar de conformarse con un frío intercambio entre dos partes.

Se moría por recorrerle la barbilla con las yemas de los dedos y deslizar los labios por su frente para borrar sus dolorosos recuerdos. Aquel deseo le recordó a Bethan algo que le había dicho por la noche: que le ayudaba a olvidar los recuerdos dolorosos. Le conmovía que Simon creyera que tenía esa capacidad. Ahora entendía por qué se había visto obligado a construir aquel muro alrededor de su corazón. Si hubiera aceptado la proposición de matrimonio que le había hecho por culpabilidad, siempre sospecharía de ella y estaría resentido. Nunca se permitiría sentir algo por ella. Aunque el honor le obligaría a permanecer a su lado, cualquier posibilidad de amor quedaría descartada. Eso sería mucho más doloroso que si sencillamente se marchaba como había hecho su padre. Pero si se entregaba libremente a él sin expectativas ni condiciones puede que acabara con sus recelos y liberara su corazón para que alcanzara el amor.

No era una decisión fácil. Todavía tenía sus dudas, miedo al rechazo y al abandono, el conflicto entre su deseo de ser sincera con él y la desesperada necesidad de proteger a su hermano. Sabía que si compartía su cama, si tal vez incluso algún día se quedaba embarazada fuera del matrimonio, se cuestionaría su valía a ojos de Simon y tendría miedo del futuro. Pero era un riesgo que debía correr si confiaba en ganar algún día su amor.

En aquel momento Simon abrió los ojos.

Durante un instante, Bethan vislumbró el brillo de la promesa de lo que podría conseguir si lograba lo que estaba empeñada en hacer.

—Buenos días —trató de tranquilizarle con una sonrisa—. Anoche me pediste que me quedara contigo. ¿O fue el aguardiente de palma quien hablaba?

—Haría falta algo más que un sorbo de aguardiente y un golpe en la cabeza para hacerme olvidar algo así.

Antes de que Bethan pudiera preguntarle si todavía le dolía la brecha él continuó:

—Ha sido muy amable por tu parte quedarte, pero será mejor que te vayas.

—¿Por qué?

¿Había cambiado de opinión respecto a ella? ¿O no podía soportar tenerla delante después de que hubiera visto las cicatrices que él trataba de ocultar bajo una capa de severidad y éxito?

—Porque... —Simon levantó la mano para acariciarle un mechón de cabello—, un hombre no es capaz de contenerse tanto si se despierta y tiene una mujer tan bella a su lado en la cama.

Bethan tuvo la sensación de que le estaba acariciando el pelo un poco contra su voluntad y que estaba utilizando todo su dominio de sí para evitar tomarse mayores libertades.

—¿Y si no quiero irme? —esto era más duro que la primera vez que se había entregado a Simon. Entonces creía que iba a casarse con ella. Ahora estaba convencida de que eso nunca

ocurriría—. ¿Y si quiero quedarme, al menos hasta que tenga que ir a atender a Rosalia? ¿Y si quiero volver esta noche y mañana por la noche y todas las noches siguientes?

Bethan trató de ignorar el malévolo susurro de su mente que le decía que lo que estaba haciendo no estaba bien. Pero mientras hiciera aquello por amor a Simon y no por las cosas que podía darle se respetaría a sí misma y no le importaría lo que el resto del mundo pensara de ella.

Una nebulosa ardiente asomó a ojos de Simon.

—Por favor, no me tortures con esas preguntas si no estás completamente segura de que eso es lo que quieres.

—Lo estoy —susurró Bethan—. He pensado mucho en esto y he decidido que quiero estar contigo mientras tú lo desees. Sé que puedo confiar en que harás lo correcto conmigo.

Entonces, para evitar que la mirara demasiado profundamente a los ojos y viera allí la sombra de una duda, Bethan se inclinó sobre él y presionó los labios contra los suyos. Simon respondió a su beso con un suspiro que parecía surgir de las profundidades de su corazón.

Ojalá tuviera el valor de decirle que le amaba y que no quería nada más de él que recibir también su amor. Pero temía que Simon lo viera como una obligación o una amenaza y volviera a recluirse tras sus defensas. Tendría que ser paciente, esperar al momento en que estuviera preparado para escuchar y creer lo mucho que le importaba.

¿Qué había llevado a Bethan a cambiar de opinión respecto a lo de ser su amante? A Simon se le pasó aquella pregunta por la cabeza mientras se hundía en las aterciopeladas profundidades de su beso.

Había planeado aquel momento, había soñado con él. Y ahora de pronto estaba consiguiendo lo que quería y más de lo que se había atrevido a esperar. Su reprimida pasión surgió ante la promesa de una liberación, mientras una oleada triunfal le levantaba el ánimo. Y sin embargo, en su interior discurría una corriente de duda. Habría sido distinto si la hubiera conquistado con argumentos, tranquilizando sus dudas y convenciéndola de que aquello era lo mejor para los dos. Pero no había sido capaz de hacer ninguna de aquellas cosas por temor a asustarla. No podía comprender por qué había cambiado tan radicalmente de opinión sin que él la urgiera en lo más mínimo. Y Simon no confiaba en lo que no podía comprender.

Pero su deseo se negaba a escuchar ningún murmullo de suspicacia que amenazara su placer. El hecho de que el destino le hubiera asestado tantos golpes duros no debería llevarle a resistirse a un poco de inesperada buena fortuna. Bethan debía tener razones poderosas para haber tomado aquella decisión, y podría preguntárselas más tarde. Por el momento debía concentrarse en la suavidad de su piel bajo sus manos, el movimiento de su lengua en la suya, la sutil presión de su muslo contra su entrepierna.

Aquel delicioso encuentro matinal prometía más placeres todavía que su primera noche juntos. No habría sombras de malentendidos entre ellos seguidos de perturbadoras revelaciones.

Ahora tendrían los ojos abiertos en el tranquilo brillo del amanecer. En lugar de limitarse a imaginar a su Venus desnuda mientras admiraba su belleza con las manos podría darse un festín con los ojos además de con otros sentidos.

Alzó las manos para sujetarle el rostro y dejó de besarla para tranquilizarla.

—No sé qué te ha hecho cambiar de opinión, pero haré todo lo que esté en mi mano para que no te arrepientas nunca de tu decisión —le deslizó los labios por la punta de la nariz antes de volver a atrapar sus labios con abandono—. Nunca, ni un solo día.

Ansioso por ver su recompensa, deslizó una mano por su espalda y le desabrochó

osadamente el vestido. Luego le deslizó las mangas por los delicados hombros y le tiró del corpiño para dejar al descubierto la combinación de lino que tenía debajo.

Agarró el extremo de uno de los lazos y tiró de él con un movimiento lento y fluido hasta que lo desató.

Un murmullo de admiración nació en su garganta cuando le bajó la combinación, desnudándole los senos para mirarlos. Cuando le acarició uno con el dorso de la mano, el pezón se le tensó formando un pico de coral oscuro que exigía la atención de sus labios y de su lengua. Se vio obligado a obedecer. Mientras lo besaba, lo lamía y lo succionaba con tiernos mordiscos observó la cara de Bethan a través de los ojos semicerrados, disfrutando de sus expresiones de placer y del dulce anhelo de sus facciones.

Fuera lo que fuera lo que buscara de su relación con él, Simon sabía que no eran regalos materiales. Aquella certeza hizo que se decidiera más todavía a llevarla a las profundidades del éxtasis.

Para ello la liberó del arrugado vestido y de la ropa interior hasta que pudo observar su cuerpo desnudo en todo su esplendor.

—Eres una obra de arte viviente —jadeó ansioso por explorar cada centímetro—. No habría pintura capaz de plasmar tu belleza.

Su admiración hizo que Bethan escondiera la cara en su hombro.

—Eres el único hombre que me ha visto sin ropa.

—Debes estar segura de que agradezco el privilegio —Simon le acarició el lustroso cabello y le depositó un beso en la coronilla. Si no se hubiera acostado ya con ella pensaría que era completamente virgen.

Le deslizó la mano por el vientre y por la exquisita curva de la cadera, entreteniéndose en el excitante triángulo de los rizos que coronaban la unión de sus piernas. El deseo sobrepasó enseguida su timidez y Bethan deslizó la mano bajo la camisa de Simon para acariciar la firmeza de su torso.

—¿Y qué me dices de tu ropa? —le preguntó en un susurro impúdico.

—Ayúdame a terminar lo que empezaste anoche —Simon se levantó la camisa—. Aunque me temo que yo me llevo la mejor parte de este acuerdo.

Por mucho que tratara de tomárselo con ligereza, no le resultaba cómodo desnudar su cuerpo herido ante la mirada de semejante diosa.

—Eres demasiado modesto —aseguró Bethan mientras le ayudaba a quitarse la camisa, los pantalones y la ropa interior—. Como lo eres con tu valor y con otras muchas cosas. El solo hecho de mirarte hace que me sienta como cuando me tocas o me besas.

—¿Cómo es eso? —preguntó Simon cautivado por su inocencia.

—En realidad es difícil de explicar. Nunca había sentido nada así hasta que te conocí —se tocó el pecho—. Lo siento aquí y aquí —deslizó la mano más abajo—. Es como un dolor que no duele que fluye por debajo de la piel.

Sus palabras provocaron una magia sensual que acabó con los reparos de Simon mientras le acariciaba la virilidad.

—Te gusta la sensación, ¿verdad? —Simon se apoyó sobre un codo para poder verla mejor mientras deslizaba la mano por su cuerpo.

Ella asintió con sus ojos verdes muy abiertos por la expectación, como había estado cuando le mostró las exóticas vistas y sabores de Singapur. Abrió los labios en silenciosa plegaria para volver a ser besada. Simon no podía ni quería resistirse.

Mientras se lanzaba a las sensuales profundidades de su boca, sus dedos cesaron el

placentero recorrido para centrarse en las otras profundidades de su pasadizo, preparándolo para recibirle. La inmersión del dedo índice fue lo único que necesitó para saber que estaba lista y ansiosa por recibirle.

Por mucho que hubiera disfrutado haciéndole el amor la primera vez, lamentó haber esperado tanto para hundirse en ella y saborear el sedoso agarre de su carne sobre la suya. Esta vez, en lugar de llevarla al éxtasis con anterioridad, quería sentir cómo se apretaba a su alrededor mientras cada embestida la acercaba más al borde del arrebató.

Sin dejar de besarla, Simon se incorporó y se deslizó un poco para colocarla debajo de él. Bethan parecía presentir lo que él quería, o tal vez fuera que ella lo deseaba también.

Abrió las piernas en una invitación que Simon estaba impaciente por aceptar. Con lenta y deliberada presión, se montó sobre ella concentrándose en el sutil cambio de sensaciones que experimentaba cuanto más profundamente embestía. Cuando se hubo introducido hasta el fondo se detuvo un instante, quedándose quieto para disfrutar de la incomparable armonía de su unión.

—Esta vez no me ha dolido nada —Bethan parecía sorprendida y encantada con el descubrimiento.

Una punzada de vergüenza atravesó el placer de Simon. La última vez que estuvieron juntos así le había hecho daño sin siquiera saberlo. Después había estado tan molesto por su «engaño» que ni siquiera le había dicho que lo sentía o se había detenido a pensar si le seguía doliendo.

Y sin embargo, ahora estaba otra vez debajo de él, abriendo la parte más vulnerable y privada de sí misma para recibirle, preparada para aceptar el dolor junto con el placer.

—No volverá a dolerte —le prometió mirándola profundamente a los ojos mientras movía las caderas en controlado embate.

Unas cálidas punzadas de placer le atravesaron la entrepierna, pero estaba más preocupado por el placer de Bethan que por el suyo.

Ella no dejaba lugar a dudas. Tenía los párpados semicerrados y las cejas ligeramente fruncidas. Abrió los labios para dejar escapar una respiración que era en parte suspiro y en parte ronroneo.

En la siguiente embestida, Bethan también se movió con una perfecta sincronía que acrecentó la sensación para ambos. Cada embate hacía que creciera más y más, como una olea poderosa en un enorme océano que se enrollaba en espiral antes de romper en la orilla. Aquella ola se llevó todo por delante: la suspicacia, la amargura, los remordimientos.

Pasó primero por encima de Bethan, haciéndola arquearse hacia él mientras retorció las caderas y un grito salvaje surgía de sus labios. Sus apasionados espasmos llevaron a Simon casi a la frontera, demostrado el férreo autocontrol que le mantenía firme y demoliéndole en un millón de piezas.

Más tarde aquellos fragmentos rotos se recompondrían con más fuerza y mejor.

Capítulo 14

Durante el resto del día, cada vez que Bethan recordaba cómo había empezado todo, los ecos del placer resonaban de nuevo por su cuerpo seguidos por un temblor de recelo.

Antes estaba convencida de que la decisión de convertirse en la amante de Simon era la correcta. Pero cuando las intensas emociones de la noche anterior empezaron a atenuarse empezó a tener dudas. Aquella mañana la había llevado al cielo desde su cama. Pero luego la había soltado en la tierra al irse a trabajar advirtiéndole que no dejara salir a Rosalia hasta que él volviera. ¿Era una ilusa al confiar en que con el tiempo llegara a amarla?

—¿Podemos salir, por favor? —Rosalia extendió la mano por encima de la mesa en la que estaba jugando al *Dou Shou Qi* y apretó la suya—. ¿Solo un ratito?

Aunque la mirada de la niña era tan difícil de resistir como la de su padre, Bethan sacudió la cabeza.

—Ya te he dicho que hoy tenemos que quedarnos aquí dentro. Órdenes de tu padre. Cuando vuelva a casa le preguntaremos sobre lo de mañana.

—¿Preguntarme qué? —Simon apareció en la puerta de la habitación como por arte de magia.

—¡Papá! —la niña se levantó de un salto, corrió hacia él y se quedó paralizada—. Has venido muy pronto —dijo en tono más cauteloso.

—Así es —Simon levantó a su hija en tímido pero afectuoso abrazo—. Lo que significa que puedes preguntarme lo que me ibas a preguntar.

—Adelante —Bethan animó a la niña—. Llevas todo el día hablando de ello.

—Bueno —dijo Rosalia finalmente—. Llevamos todo el día en casa y hace mucho calor. ¿Podemos salir un ratito al jardín?

—¿Y qué te parecería bajar a la playa? —Simon dirigió la sugerencia tanto a Bethan como a su hija—. He oído que os gusta pasear por allí.

Bethan asintió mientras Rosalia le echaba los brazos al cuello.

—¡Oh, sí, papá, eso sería maravilloso!

Un poco más tarde, Bethan y Simon caminaban con los pies descalzos por la arena mientras Rosalia corría delante de ellos buscando caracolas que les mostraba. Las olas acariciaban la orilla y dejaban rastros de espuma a su paso mientras una brisa procedente del cada vez más oscuro horizonte los refrescaba.

Bajando la voz para no alarmar a la niña, Bethan preguntó:

—¿Te ha molestado hoy la cabeza?

Simon parecía conmovido por su preocupación.

—Para serte sincero, he estado demasiado ocupado para darme cuenta.

—¿Han atrapado a los forajidos?

Simon negó con la cabeza.

—No esperaba que lo hicieran. Esos granujas han vuelto a ocultarse en la jungla sabiendo que no hay efectivos suficientes para detenerlos.

—¿Corremos peligro? —parecía difícil imaginarlo en aquella tranquila playa.

—El gobernador está convencido de que el ataque al padre Marco ha sido un incidente aislado, pero yo no estoy tan seguro. Me prometió poner más centinelas por la noche, pero eso no es más que un recurso provisional. Lo que hace falta es abrir un camino en la jungla para que los soldados puedan perseguir a los forajidos hasta sus escondrijos. Podríamos utilizar a nuestros presos para algo útil.

Con la esperanza de animarle un poco, Bethan bromeó:

—¿Quieres utilizar a un grupo de forajidos para proteger Singapur de los forajidos?

—Qué ironía, ¿verdad? O tal vez sea justicia natural. No me importa demasiado mientras no haya más ataques.

—¿Cuánto tiempo crees que pasará hasta que Rosalia y yo podamos volver a salir?

El sonido de su nombre captó la atención de la niña. Antes de que su padre pudiera responder, exclamó:

—Bethan iba a llevarme a ver a Agnes y a Alfie mañana. ¿Podemos ir?

—Me temo que tendréis que posponer la visita un tiempo —Simon parecía reacio a desilusionar a la niña pero Bethan sabía que no podía poner en riesgo su seguridad.

—Tal vez podríamos invitar a tus amigos a que rengan a visitarnos —sugirió Bethan al ver que Rosalia se ponía triste—. O...

—¿O qué? —Simon parecía receloso de lo que pudiera proponer.

—Estaba pensando que si las demás mujeres y sus hijos han tenido que quedarse también en casa, podríamos animar a la gente invitándola a una pequeña fiesta en tu casa. Prepararla hará que el tiempo pase más rápido para Rosalia y para mí.

—¡Oh, sí! —exclamó la niña—. Agnes y Alfie podrían venir, y también Charlie y Catherine. ¿Podemos hacer una fiesta, papá, por favor, por favor, por favor...?

—Sería una diversión excelente para todos —respondió Simon tras una ligera vacilación—. ¿Puedo asistir yo también? Suena mucho más divertido que los aburridos bailes que organiza el gobernador.

—¡Por supuesto que puedes venir! —exclamó, tan emocionada que dejó atrás su habitual reticencia, y se lanzó hacia los brazos de su padre—. ¡Gracias, papá!

—De nada —mientras le acariciaba el oscuro cabello, Simon parecía encantado con el arrebató de su luja—. Ahora será mejor que volvamos a casa antes de que anochezca demasiado.

Tras el paseo por la playa, Simon ayudó a acostar a Rosalia. Incluso le contó a su hija una historia sobre su infancia en Lancashire. Rosalia parecía impactada de que su padre hubiera sido un niño pequeño alguna vez. Tal vez debido al ejercicio y al aire marino se quedó dormida antes de que acabara.

Cuando Simon se inclinó para darle un beso en la frente, la visión provocó un brillo de esperanza en el interior de Bethan. El obvio amor que sentía por su hija le daba esperanza para sí misma. Simon se había mostrado dispuesto a reconocer sus errores y hacer el esfuerzo de cambiar.

Simon alzó la vista y la vio sonriéndoles.

—Rosalia no parece la misma niña desde que tú llegaste. Has hecho maravillas con ella.

La gratitud de su voz la enterneció. Debía ser paciente y no esperar milagros de un día para otro.

—Querrás decir contigo. Cuando te forcé a prestarle más atención y a no mostrarte tan serio con ella dejó de preocuparse por comportarse siempre de forma apropiada.

—Desde luego has hecho maravillas conmigo —Simon se levantó del lado de la cama de su

hija y la estrechó entre sus brazos—. Llevo queriendo hacer esto desde que entré en casa. Los demás comerciantes estaban asombrados de verme tan contento después de lo ocurrido anoche.

La besó como si hubieran pasado semanas desde la última que se acostaron en lugar de horas.

—No podían imaginar que no estaba pensando en anoche, sino en esta noche... contigo.

Había despertado su deseo, se dijo Bethan mientras se dirigía al comedor de su brazo. Se había granjeado su gratitud y tal vez algo de respeto. ¿Era mucho esperar que algún día esos sentimientos se convirtieran en amor?

—Nunca pensé que Singapur llegara a ver al *senhor* Grimshaw celebrar una fiesta infantil —bromeó Carlos Quintera con los otros hombres que habían acudido acompañados de su familia.

Mientras Bethan organizaba una serie de juegos con los más pequeños en el salón y sus madres estaban en el porche cotilleando mientras tomaban ponche, los hombres se habían congregado en el comedor de casa de Simon.

—Creo que es un plan muy astuto —respondió Denis Nairn—. Así tenemos oportunidad de reunirnos para hablar de lo que debemos hacer con esos infernales forajidos sin que lo sepa nuestro estimado gobernador y piense que estamos planeando su destitución.

Simon no negó nada, aunque no era completamente cierto. El motivo principal por el que había celebrado aquella fiesta era complacer a su hija y a Bethan. La oportunidad de reunirse con algunos comerciantes y oficiales era un extra inesperado.

—Hablando de los forajidos —dijo el capitán Rynn—. ¿Os habéis enterado de la incursión de anoche en la zona de los lavanderas? Yo escuché el escándalo desde mi colina. Si alguno de vosotros tenía ropa para lavar, puede que no vuelva a verla.

—¿Qué sentido tiene eso? —inquirió Quintéra por encima del ultrajado murmullo de los demás—. ¿Es que esos salvajes quieren pasearse por la jungla con nuestras camisas y chalecos?

—Creo que lo hacen para darnos en las narices y demostrarnos todo lo que pueden hacer —reflexionó Simon—. Tal vez si le robaran más pantalones al gobernador se tomaría más en serio la situación.

—Estoy de acuerdo —asintió Quintéra—. Necesitamos que los convictos construyan un camino hasta la jungla para que los forajidos no puedan escabullirse allí tras sus ataques.

—Mientras tanto —intervino Simon—, sugiero que todos aumentemos nuestra contribución al fondo de vigilancia nocturna y pongamos más centinelas en la parte europea además de en el distrito comercial.

Nairn y otro de los escoceses sacudieron la cabeza ante la sugerencia de un gasto extra, pero Quintéra la apoyó al instante.

—Es una idea excelente. El gobernador no puede interferir en un proyecto que estamos financiando nosotros mismos. Tal vez se avergüence hasta el punto de reconocer que necesitamos ese camino.

Mientras la discusión continuaba, Simon se distrajo con el sonido de la voz de Bethan procedente del salón.

—Recordad, cuando veáis el dedal decidlo cantando pero no les digáis a los demás dónde está.

Simon se acercó a la puerta y miró a los niños jugando. Rosalía llevaba a la pequeña Mary Flynn de la mano y sonreía emocionada. La sonrisa de su hija le recordó el aspecto que tenía Carlotta en ocasiones cuando le llevaba un regalo. Se preparó para sufrir la dolorosa punzada que

siempre acompañaba los recuerdos de su esposa, pero solo sintió un ligero estremecimiento.

¿Sería posible que ahora que se había atrevido a enfrentarse a sus recuerdos con ayuda de Bethan sus viejas heridas empezaran finalmente a curarse?

Mientras seguía mirando a los niños recorrer la habitación en busca del dedal escondido vio lo que Bethan había querido decir sobre el parecido de Rosalia con él. Su hija era siempre la primera en correr a ayudar a un niño más pequeño que se hubiera caído. Animaba a los más tímidos a participar en el juego. Cuando uno de los niños se burlaba de la torpeza de su hermano pequeño, le reprendía.

A Simon se le hinchó el pecho de orgullo al ver lo dispuesta que estaba su hija a ayudar a aquéllos que lo necesitaban. El corazón se le enterneció con un sentimiento distinto a todo lo que había conocido hasta entonces. Agradecido a Bethan por haber alimentado aquel lazo, la buscó con la mirada. Durante un instante los ojos se cruzaron por encima de la cabeza de Rosalia. A juzgar por el calor de su sonrisa, tuvo la sensación de que había estado pensando lo mismo sobre su hija.

—Te felicito por haber contratado a la *senhorita* Conway —la repentina aparición de Carlos Quintéra al lado de Simon interrumpió su íntima mirada.

—Mi hija está encantada con ella —respondió con tirantez.

Nunca le había caído demasiado bien Quintéra, quien solía ponerle furioso cuando hablaba en portugués con Carlotta para que él no entendiera lo que decía. Ahora el hombre estaba mirando a Bethan con una sonrisita exasperante.

—Creo que has iniciado una nueva moda. Mi mujer dice que deberíamos contratar un *amah* europea para nuestros hijos. Asegura que hablan mejor cantonés que su lengua materna. No te sorprendas si ella o alguna de las demás damas trata de llevarse a la *senhorita* Conway.

—Si lo hacen averiguaré cuál es la mejor oferta que le han hecho y la superaré —Simon trató de parecer jocoso, pero las palabras le salieron con un tono muy grave.

Quintera soltó una risita entre dientes.

—Sospecho que hay otra razón por la que has decidido hacer una fiesta infantil.

—¿Ah, sí? —preguntó Simon malhumorado.

—Por supuesto. Así ninguno de los solteros de Singapur está cerca para presentarse ante la encantadora *senhorita* Conway. ¿Qué clase de ofertas crees que le harían por sus servicios?

—¿Qué se supone que quiere decir eso? —Simon apretó el puño derecho sin poder resistirse.

—Vamos, vamos, amigo. No es nada por lo que tengas que enfadarte. Solo digo que necesitarían otro tipo de oro para hacer esas ofertas. En forma de anillo, tal vez.

La velada sugerencia de que alguno de sus competidores pudiera hacerle a Bethan una proposición de matrimonio dejó a Simon sin respiración. Un miedo similar le había preocupado cuando amenazó con dejar su casa. En aquel momento lo único que le preocupaba era protegerla. Pero ahora sus sentimientos eran mucho más intensos.

De pronto se le pasó por la cabeza que la libertad de su acuerdo era para ambas partes. Si Bethan recibía una oferta mejor de otro hombre no tendría ninguna obligación ni legal ni moral con él. Cualquier hombre respetable podría convencerla para que abandonara una vida de pecado a cambio de la santidad del matrimonio. Simon no podía soportar la idea de que Bethan se quedara en Singapur pero bajo el techo de otro hombre, llevando su apellido y tal vez siendo la madre de sus hijos. No después de la intimidad que habían compartido. Cuando Carlotta le traicionó al menos se marchó de allí, no se quedó para mortificarle con su nueva aventura ante los ojos de toda la comunidad.

Y sin embargo se sentía como un perro por robarle a Bethan la oportunidad de llevar una vida respetable. ¿Cómo podía molestarle que aceptara de otro hombre lo único que él no podía darle?

Simon se recordó que él le había hecho una proposición de matrimonio que ella rechazó en los términos más insultantes. Aunque lo cierto era que había sido una oferta de lo más insultante también.

Mientras la veía abrazar a su hija con cariño, Simon se preguntó si no habría llegado el momento de replantearse el papel que quería que Bethan jugara en sus vidas.

¿Sería aquella la razón por la que Simon se había mostrado reacio a celebrar la fiesta?, se preguntó Bethan, mientras organizaba los juegos de los niños. ¿Por qué sabía la posición tan incómoda en la que se vería ella?

Estaba claro que los invitados no sabían cómo tratarla. ¿Era la anfitriona o una mera criada? ¿Era la respetable niñera de Rosalia o la amante secreta del señor Grimshaw? La incertidumbre sobre su posición hacía que todo el mundo se sintiera incómodo. Las damas trataron de mostrarse educadas pero no demasiado amables. Estaba segura de que en cuanto estuvieran lo suficientemente lejos empezarían a cotillear sobre ella. Sus maridos en cambio se mostraban demasiado amables. Sus miradas lascivas le ponían los pelos de punta. Solo los niños se comportaban con naturalidad con ella. A ellos no les importaba si era la esposa, la niñera o la amante siempre y cuando jugara con ellos.

¿La había engañado Simon al asegurar que la figura de la amante era aceptada en la sociedad de Singapur? ¿O los hombres no eran conscientes de las sutiles señales que las mujeres les lanzaban a los rechazados? Aunque alguna vez llegara a amarla y le ofreciera matrimonio, ¿podría esperar ser tratada con algo más que con gruñona tolerancia por parte de la gente entre la que debía vivir?

A pesar de aquellos recelos no se arrepentía de haberle sugerido a Simon que celebrara aquella fiesta. La razón era uno de los invitados en particular. El capitán Flynn, el capitán del puerto, a quien tantas ganas tenía de preguntarle sobre el barco de su hermano, había acompañado a su esposa y a sus hijas a la reunión. Aunque las cosas que Simon le había contado sobre su motín habían movido los cimientos de su fe ciega en Hugh, Bethan no lograría descansar hasta saber qué había sido de él.

La fiesta estaba a punto de terminar cuando encontró al capitán Flynn solo. Mientras algunos invitados estaban todavía comiendo y otros preparándose para irse, el capitán del puerto estaba en una esquina del porche tomando un vaso de ponche mientras miraba hacia el mar.

—¿Vigilando su puerto, capitán? —Bethan buscó el tema que pudiera llevar a la pregunta que quería hacer sin sonar demasiado sospechosa—. Ser el responsable de un puerto con tanta actividad debe ser un puesto muy importante.

—Lo fue en su momento —el capitán Flynn torció el gesto mientras apuraba el último trago de ponche—. Antes de que nuestro actual gobernador creyera conveniente despojar a mi oficio de sus prerrogativas.

—Es una lástima —estaba claro que el hombre tenía un gran resquemor, pero Bethan no tenía tiempo para escuchar los detalles—. Confiaba en que pudiera responderme a una pregunta sobre un barco que pasó por Singapur hace tres años.

El capitán se rio burlón.

—Mi querida joven, ¿tiene alguna idea de cuántos barcos habrán pasado por este puerto en

ese tiempo? —antes de que ella pudiera decir una cifra, él le dio una respuesta descorazonadora—. Casi mil navíos con aparejo de cruz y tal vez diez veces ese número de embarcaciones nativas.

Tenía que haber imaginado que sería inútil, había pasado demasiado tiempo como para descubrir algo que pudiera ser de utilidad. Pero seguía aferrada a la esperanza.

—No era un barco nativo. Venía de Inglaterra.

—Eso es distinto —respondió el capitán para su sorpresa—. Hemos recibido menos de cuarenta barcos europeos desde que se fundó este lugar. Ese número va a aumentar de forma espectacular ahora que se ha firmado un acuerdo y Singapur es oficialmente una colonia británica. ¿Sobre qué barco quiere información?

—El *Dauntless* —la esperanza estuvo a punto de hacerle olvidar a Bethan la excusa que había inventado para explicar su interés—. Un vecino de mi pueblo formaba parte de la tripulación y no se ha vuelto a saber de él desde que su barco zarpó de Singapur.

No era una mentira directa, se dijo para sus adentros, en un esfuerzo por calmar su conciencia. Lo único que había omitido era que aquel hombre era su hermano.

—Mmm... El *Dauntless* —el capitán Flynn se quedó mirando hacia uno de los barcos anclados como si estuviera tratando de imaginar otro que estuvo allí tres años atrás—. ¿No ardió en llamas durante un motín en la costa de Coromandel?

—Oh, Dios mío —a pesar del calor, un escalofrío recorrió la espalda de Bethan. Aquélla era la primera vez que oía hablar de aquel incendio—. ¿Murió toda la tripulación?

El capitán se encogió de hombros.

—No recuerdo mucho al respecto, pero sé que hubo al menos un superviviente. El doctor Ellison zarpó de Singapur a bordo del *Dauntless* rumbo a Madrás. Ahora ha vuelto y está alojado justo al final del camino, en casa de su amigo el doctor Moncrieff.

—Qué cosas —Bethan tuvo que hacer un esfuerzo para no mostrar su emoción—. Tengo que acordarme de preguntarle si alguna vez llegó a coincidir con él.

Charló unos minutos más con el capitán Flynn y luego se excusó. Durante el resto de la fiesta estuvo en una especie de nebulosa esperanzada. Y pensar que durante todas aquellas semanas había tratado en vano de conseguir arañar alguna noticia sobre su hermano desaparecido cuando tenía cerca a alguien que tendría información sobre Hugh.

A la primera oportunidad que tuviera iría a visitar al doctor Ellison para averiguar qué sabía sobre el motín del *Dauntless*.



Capítulo 15

—La fiesta ha sido un gran éxito gracias a ti —Simon alzó su vaso de ponche para brindar por Bethan.

Hacía tiempo que los invitados se habían marchado para que la noche no los pillara fuera de casa. Bethan y Simon se las habían arreglado con cierta dificultad para acostar a Rosalia, que estaba demasiado cansada y demasiado excitada. Ahora los dos estaban sentados juntos en el porche viendo las estrellas salir por encima del horizonte.

Bethan no respondió a su cumplido. Parecía sumida en sus pensamientos. Lo cierto es que se había mostrado preocupada desde que la fiesta terminó.

—¿Cuántas damas han intentado contratarte para que trabajes para ellas? —aunque trató de que sonara a broma, Simon estaba preocupado. ¿Y si Bethan descubría que había hombres en Singapur dispuestos a ofrecerles no solo comodidad y seguridad, sino también respetabilidad?

Su pregunta pareció sacarla de sus pensamientos.

—Solo una, pero otra me pidió que si buscaba otro puesto de trabajo se lo hiciera saber.

—¿Tienes intención de hacerlo? —le preguntó—. ¿Es en eso en lo que estás pensando esta noche?

—¡No! —Bethan hizo un gesto con la mano como para desechar semejante absurdez—. Les dije que estoy muy contenta donde estoy.

—Me alegra oír eso —gracias a Dios no corría peligro inmediato de perderla. Sintió como si le hubieran quitado un peso del pecho que le permitía respirar con normalidad—. La señora Bertram ha preguntado si Rosalia querría ir a su casa la semana que viene de visita y quedarse a pasar la noche.

—¿La vas a dejar? —preguntó Bethan muy atenta.

—Quería hablar de ello contigo antes. ¿Crees que es una buena idea? La señora Bertram me aseguró que su casa está bien protegida.

—¡Por supuesto! —exclamó Bethan casi antes de que terminara—. Ya has visto cuánto ha disfrutado hoy Rosalia jugando con otros niños. Sé que quieres proteger su seguridad, pero hay otras cosas igual de importantes. Si la dejas ir, la protegeré con mi vida.

—Estoy seguro de que lo harás —la devoción que sentía por su hija despertó algo en su interior—. Pero he pensado que deberíamos dejar a Rosalia ir sola. Así saboreará un poco lo que es la independencia y nos dará un poco de tiempo a solas. ¿Qué te parece?

Durante un instante pensó que Bethan iba a objetar, pero algo pareció hacerla cambiar de opinión.

—Puede que le venga bien. Y no estará muy lejos.

Simon dejó el vaso vacío y fue a arrodillarse al lado de la silla de Bethan.

—Puede que nos venga bien tener algo más que algún momento robado cuando Rosalia duerme.

Bethan levantó la mano para acariciarle un mechón de pelo que le caía sobre la frente.

—Creo que sí.

Simon le tomó la mano y se la llevó a los labios, donde la cubrió de besos hasta las yemas

de los dedos. Aquellos dedos suaves de Bethan se estaban volviendo expertos en seducirle. Su curiosidad natural hacía que cada encuentro fuera una aventura nueva a la que ni un hombre cauto como él podía resistirse.

—Yo sé lo que más me gustaría hacer —susurró él.

—¿Vas a decírmelo? —Bethan apoyó las yemas de los dedos en su barbilla—. ¿O voy a tener que adivinarlo?

Simon se rio entre dientes.

—Voy a disfrutar de despertarme a tu lado sabiendo que no tienes que irte corriendo a atender a mi hija.

—Será maravilloso poder seguir durmiendo —los ojos de Bethan brillaron traviesos.

—Puedes fingir que estás dormida —Simon se inclinó hacia ella para besarle el cuello—. Yo puedo encontrar formas imaginativas de despertarte.

—Me gusta cómo suena eso —murmuró Bethan con la voz ronca de deseo.

—Entonces está hecho —Simon se puso de pie sin apenas notar el familiar dolor de la pierna—. Mañana enviaré una nota a la señora Bertram aceptando su amable invitación —tomó a Bethan de la mano y la ayudó a levantarse para estrecharla entre sus brazos—. Pero por ahora se me está ocurriendo algo más divertido para jugar contigo.

—Buenos días, señor —Wilson saludó a Simon cuando entró en la oficina unos días más tarde—. Anoche vino un hombre cuando usted se hubo marchado y le dejó un paquete. Dijo que era de parte del señor Hong —el contable le tendió una cajita.

Durante un instante, Simon no pudo imaginar de qué se trataba. Entonces recordó que le había pedido al comerciante chino que indagara sobre el objeto robado de Bethan. Abrió la caja y sacó un relicario de plata.

—¿Es el de Bethan? —Wilson sonrió—. ¿El que le robaron?

—Eso parece —Simon abrió el delicado cierre para dejar al descubierto el retrato en miniatura de su padre todavía intacto.

Aquel galés le miraba con unos ojos de color verde grisáceo tan alegres y curiosos como los de Bethan. También tenía el pelo del mismo tono rojizo. Y la barbilla alzada de forma intrépida como su hija. El señor Conway había sido un mozo muy guapo en su juventud. No era de extrañar que hubiera despertado el deseo en una mujer que no era su esposa. ¿Sería la inconstancia una característica de la familia?

—Estará encantada de recuperarlo —la voz de Wilson se quebró al ver el gesto dubitativo de Simon—. No se lo quitó en ningún momento desde que zarpamos de Inglaterra.

Cerrando el relicario, Simon se reprendió a sí mismo por sus injustas sospechas. Ahí estaba la prueba de que Bethan le había dicho la verdad desde el momento en que puso el pie el Singapur.

Si acaso había sido demasiado sincera. Informándole con brutal candor de que estaba descuidando a su hija, admitiendo el deseo que sentía por él a riesgo de que se aprovechara de ello, poniendo a prueba su obstinación para no hablar de los dolorosos sucesos de su pasado. Por muy incómoda que pudiera ser su franqueza en ocasiones, le resultaba refrescante y admirable. No debía temer que aquella mujer le traicionara o le engañara nunca.

—Cuando tenga un momento, señor —dijo Wilson volviendo a su libro de cuentas—, George tiene una pregunta sobre los diferentes tipos de índigo. Y el capitán de un barco americano quiere comprar café, té, azúcar y especias. Le dije que volviera hoy.

—Bien —Simon se dirigió hacia el almacén—. Por convenio no podemos vender productos a los americanos, solo provisiones para sus barcos. Hablaré con George sobre lo del índigo. Los diferentes tonos pueden llegar a confundir.

Se guardó el relicario de Bethan en el bolsillo interior de la chaqueta para mantenerlo a salvo. Durante todo aquel día permaneció al lado de su corazón, recordándole constantemente las muchas cualidades de Bethan y la tentación tan grande que podría ser para otro hombre. No podía arriesgarse a que le robaran un tesoro semejante.

La visita de Rosalia no podía haber llegado en mejor momento, pensó Bethan mientras Simon y ella transitaban el camino de la playa tras haber dejado a la niña con sus amiguitos. Además de permitirles estar más tiempo solos, le daría la oportunidad de ir a ver al médico que podría proporcionarle información sobre su hermano.

—Estás muy callada —la voz de Simon la sacó de sus pensamientos—. Eso es raro en ti. ¿Te pasa algo?

—En absoluto —consciente de que necesitaba una excusa para explicar su silencio, Bethan ofreció una que no era del todo mentira—. Pero estoy un poco preocupada por Rosalia. Sé que estará a salvo, pero espero que lo pase bien y no se sienta sola.

Las facciones de Simon se relajaron.

—Supongo que eso será bastante difícil estando con otros cuatro niños. ¿Viste lo contenta que estaba con la pequeña?

Bethan se rio.

—Creo que te pedirá una en cuanto vuelva a casa —al darse cuenta de cómo debía sonar aquello, se sonrojó—. No quise decir... seguramente querrá una muñeca o algo así.

La imagen de la pequeña de los Bertram con su cabello oscuro, las mejillas sonrosadas y su dulce aroma a leche también había despertado en ella un tierno anhelo. Pero también había hecho que se hiciera preguntas que había tratado absurdamente de ignorar sobre la posibilidad de que Simon la hubiera dejado embarazada.

Su madre no le había contado mucho sobre tener hijos a excepción de unas cuantas palabras furtivas cuando tuvo su primer periodo. Las misteriosas bromas y los susurros de sus compañeros de servicio tampoco habían servido para paliar su ignorancia. Estaba segura de que Simon se lo explicaría todo si le preguntaba, pero era un tema espinoso. No quería que pensara que utilizaría a su hijo para conseguir algo de él como había hecho su esposa. Tampoco quería indagar en los confusos sentimientos que la maternidad provocaba en ella. Seguramente sería una alegría porque le encantaban los niños, pero también sería una carga y una preocupación. Un niño la ataría a Simon tanto como los votos matrimoniales, aunque él no la amara.

—No te preocupes —él le dio una palmadita tranquilizadora en la rodilla—. Sé a qué te refieres.

¿De veras? Bethan tenía sus dudas.

—Rosalia no está muy lejos de casa si quiere volver —continuó Simon—. Mira, ya hemos llegado. Ahora quiero que te pongas tu mejor vestido. El verde, quizá. Solo te lo he visto puesto una vez y estabas preciosa.

—¿Te refieres a mi vestido de boda? —las palabras surgieron antes de que Bethan pudiera evitarlo—. Quiero decir, el vestido que traje para... cuando creí que nosotros... Dios mío, qué lengua tengo hoy —una mirada hacia el jardín mientras se dirigían a los establos le proporcionó el cambio de tema perfecto—. ¿Qué hace esa mesa en medio de la hierba? ¿Y qué son esas bolas de

colores que cuelgan de los árboles?

—Farolillos chinos —la voz de Simon tenía un tono alegre—. Es parte de la sorpresa que tengo planeada para esta noche. Espero que disfrutes de la cena en el jardín. Le he pedido al cocinero que nos prepare un banquete con sus platos más interesantes y deliciosos.

—¿Qué estamos celebrando? —preguntó Bethan cuando la ayudaba a bajar del carruaje.

—Ya lo verás —respondió él con una media sonrisa.

Curiosa por averiguarlo, se cambió rápidamente y se puso el vestido verde. Pero cuando bajaba para reunirse con Simon para la cena, miró por la ventana que daba al camino de la playa. A solo cuatro parcelas de allí, en una casa por la que había pasado muchas veces desde que llegó a Singapur, estaba el hombre que podía contarle lo que había venido a averiguar desde tan lejos.

Por muchas ganas que tuviera de hablar con él, también sentía una punzada de miedo. Lo que le contara el doctor Ellison podía poner en peligro la vida que quería vivir con Simon y Rosalia. Pero no tenía sentido adelantarse. Aquella noche prometía unas delicias que no quería estropear.

—Nunca has estado más bella —Simon la miró con admiración cuando apareció unos instantes más tarde en el salón—. ¿Puedo acompañarte al jardín?

La guio hacia fuera, donde estaba empezando a hacerse de noche. Los farolillos de papel de brillantes colores proyectaban un cálido brillo por toda la zona. El aroma a jazmín perfumaba el aire. Bajo el palio de un alto árbol se había dispuesto una mesa pequeña para dos con mantel blanco, porcelana reluciente, cristal y cubertería de plata. En medio había un arreglo floral con los tonos más vivo y variados que Bethan había visto en su vida: rosa coral, amarillo dorado, rico púrpura.

—¿Qué son? —preguntó mientras Simon le retiraba la silla para que tomara asiento—. Son tan perfectas que no parecen reales.

—Orquídeas. Por aquí crecen de forma silvestre, trepando por los árboles como maleza.

—Es la maleza más bonita que he visto en mi vida —Bethan le sonrió—. No puedo creer que te hayas tomado tantas molestias por mí. Me siento como la princesa de un cuento.

Unos instantes más tarde apareció Ah-Ming con unos cuencos de sopa de nido. El caldo no estaba lleno de pajitas, como esperaba Bethan por el nombre. Tenía un aspecto gelatinoso y sabía algo dulce.

—No a todo el mundo le gusta —murmuró Simon cuando Ah-Ming ya no podía oírle—. Pero para los chinos es toda una *delicatessen*. Dicen que mantiene a las personas jóvenes y sanas.

—Me gusta mucho —Bethan se aseguró de no dejar ni una gota en el cuenco para no ofender al cocinero.

El plato de camarones que siguió le gustó tanto o más, y también el capón chino, que saboreó hasta el último mordisco. Mientras comían, Simon la entretuvo con historias de sus primeros días en Singapur y del tiempo que pasó en la India y en Penang con sus socios. Ahora que no estaba tan empeñado en suprimir los recuerdos desagradables parecía libre para recordar momentos más felices.

Mientras tomaban un postre de fruta tropical y unos pasteles dulces llamados *kueh*, Simon sacó algo del bolsillo.

—Y ahora, la sorpresa que te prometí.

—Pensé que todo esto era la sorpresa.

—En parte sí —sus labios permanecían serios, pero sus ojos azules brillaban sonrientes—. Ha sido la introducción —vaciló un instante como si estuviera buscando las palabras adecuadas—. Tengo algo que darte. Espero que perdones que haya tardado tanto. Quería dártelo en las circunstancias apropiadas.

Simon extendió el brazo por encima de la mesa, abrió la mano y dejó al descubierto el relicario de plata.

—¡Lo has encontrado! —Bethan agarró el relicario y se lo llevó a los labios—. ¿Dónde? ¿Cómo? ¡Oh, Simon, gracias!

Él le explicó que había pedido ayuda a un comerciante chino.

Bethan tenía los ojos llenos de lágrimas cuando abrió el relicario y encontró la imagen de su padre intacta. Le sonría como si estuviera contento de volver a estar con ellas después de tantas semanas.

Apenas se dio cuenta de lo que Simon estaba diciendo mientras seguía hablando.

—Soy consciente de que un anillo es el medio habitual para estas peticiones. Y el relicario ya era tuyo, así que por supuesto debes quedártelo sea cual sea la respuesta.

—¿La respuesta? —Bethan apartó la mirada de la cara de su padre y miró a Simon—. No lo entiendo. ¿Cuál es la pregunta?

—Creí que estaba claro —se aclaró la garganta—. ¿Quieres casarte conmigo?

Aquellas palabras la dejaron sin respiración. Una oleada de amor por él la atravesó con tanta fuerza que sintió deseos de reír, llorar y bailar al mismo tiempo. Sabía lo que debía haberle costado a Simon dejar a un lado su obstinada promesa de no volver a casarse. Y confiar en que ella no le traicionaría.

Deseaba desesperadamente aceptar, y lo haría en cuanto recuperara la voz.

Haciendo un esfuerzo por recuperar la compostura, miró hacia el relicario. Le conmovía que Simon hubiera llegado a tales extremos por recuperarlo y que hubiera escogido el más preciado de los objetos para hacer honor a su proposición.

Pero al mirar la imagen de su padre, su expresión parecía distinta a un momento atrás. Parecía advertirle que el matrimonio no era garantía del amor. Su parecido con Hugh le recordó su obligación familiar, una obligación contraria completamente a su deseo de convertirse en la esposa de Simon.

Era un deber que no podía abandonar ahora que estaba tan cerca de averiguar lo que había sido de su querido hermano.

¿Por qué no respondía Bethan?

Mientras Simon aguardaba su respuesta se le formó un nudo en el estómago, como si hubiera asumido el riesgo más temerario de su vida.

Había estado a punto de aceptar. Vio la respuesta en el brillo de sus ojos. ¿O sería el reflejo de los farolillos de papel?

Cuando alzó la vista del relicario, su belleza fresca y vibrante estaba ensombrecida por la angustia.

—Juraste que no volverías a casarte.

—Lo sé —el orgullo y la precaución le advirtieron que no rogara. Su vacilación ya le dolía bastante. No necesitaba además una dosis de humillación.

Y sin embargo no podía evitar tratar de convencerla.

—Pero he cambiado de opinión. Tú has ayudado a ese cambio y a otros muchos. Rosalia se ha encariñado mucho contigo y ahora veo que necesita una madre. Sé que no eres como Carlotta o como mi madrastra. Puedo confiar en ti.

Aquellas palabras, que deberían haber provocado una sonrisa o una mirada tierna, causaron en cambio un escalofrío. ¿Por qué? A pesar de lo que acababa de decir sobre la confianza, las

oscuras sospechas asomaron sus feas cabezas.

—No sabes cuánto significa para mí oírte decir eso —su mirada se cruzó con la suya durante un instante antes de que bajara los ojos—. Pero, ¿por qué no podemos seguir como estamos?

—¿Por qué te muestras reacia ahora? —la ira de Simon creció, como sucedía siempre para proteger sus heridas—. Viniste a Singapur para casarte conmigo. La primera vez que te acostaste conmigo fue porque pensabas que íbamos a casarnos. ¿Qué ha cambiado desde entonces? Antes era un desconocido, pero ahora me conoces mejor que nadie. ¿No te gusta lo que has descubierto? ¿Prefieres tener a un desconocido perfecto que a un hombre al que conoces con sus defectos?

—¡No! —exclamó ella con un tono de sinceridad que Simon anhelaba creer—. Eres un hombre maravilloso y todo lo que he descubierto sobre ti solo ha servido para que me importe más.

—Entonces, ¿por qué no me dices que sí? Sé que mi primera proposición no fue precisamente civilizada, pero pensé que... todo esto... —Simon vio cómo miraba de reojo al relicario. Estaba empezando a arrepentirse de haber recuperado aquel maldito objeto—. ¿Es por tu padre? ¿Tienes miedo de que si nos casamos te abandone como hizo él?

Bethan volvió a estremecerse.

Simon bajó la voz hasta alcanzar el susurro por si alguno de los sirvientes estuviera escuchando.

—Si ése es el problema tienes que entender que no soy como él, igual que tú no eres como Carlotta. Yo cumplo con mis obligaciones. Siempre lo he hecho. Volví a recibirla incluso después de que me hubiera traicionado. Crie a Rosalia cuando pensaba que podía no ser mi hija.

Su intención había sido tranquilizarla, pero sus palabras parecieron tener el efecto contrario.

—¡No quiero ser una obligación para ti, Simon! —Bethan se levantó de la silla—. ¿Quieres tenerme cerca independientemente de lo que sientas por mí porque tu hija necesita una madre y te preocupa lo que la gente pueda pensar de ti por tener una amante? ¿Por eso me has pedido que me case contigo? Creías que querías una amante, pero cuando la conseguiste te sentiste como uno de esos viles amotinados que se llevaron a las mujeres del barco. Bueno, puedes dejar esa idea a un lado. Tú no me forzaste a convertirme en tu amante. Fue elección mía.

¿Qué podía responder a eso? Simon no podía negar que la culpabilidad había jugado un papel en su decisión. La culpabilidad, el afán de posesión y el miedo a perderla. Pero había algo más, ¿verdad?

Bethan pareció tomarse su silencio por una confesión.

—Eso me parecía —se apartó de la mesa—. Gracias por devolverme el relicario. Estoy todavía más en deuda contigo. Pero no puedo convertirme en una esclava por ello para que te liberes de una culpabilidad que no tendrías que sentir.

—Eso no es... —tartamudeó Simon—. Yo no...

—Sé que es un honor que un hombre como tú le ofrezca su apellido a una chica como yo. Pero no sentiría ningún respeto por mí misma si me convirtiera en tu esposa bajo esas condiciones.

Cuando se dio la vuelta y se marchó, el miedo se apoderó de Simon. Quería ir tras ella y hacer que le escuchara como lo había hecho aquella noche en el jardín experimental. Pero no podía arriesgarse a salir con ella otra vez en medio de la noche.

Puede que esta vez no la encontrara.



Capítulo 16

Además, no podía escapar a la venenosa sospecha de que había algo más tras el rechazo a su proposición. Algo que Bethan le estaba ocultando.

Bethan pasó una mala noche en el pequeño dormitorio adyacente a la habitación infantil. Una y otra vez trataba de llegar en sueños hasta Simon, pero se encontraba con los brazos llenos de orquídeas, preciosas a la vista pero frías al tacto y sin la fragancia de otras flores más humildes.

La noche anterior había estado muy cerca de lo que quería conseguir cuando accedió a convertirse en la amante de Simon. Había imaginado que él bajaría poco a poco la guardia lo suficiente para enamorarse de ella y que después le pediría que se casara con él. Para entonces tal vez hubiera descubierto ya lo que había sido de su hermano y habría encontrado la manera de hablarle a Simon sobre él.

Entonces nada se interpondría en el camino de su felicidad. No esperaba que Simon se declarara tan pronto, y ahora lamentaba con todo su corazón que no hubiera esperado. No quería que se casara con ella por obligación o para darle una madre a Rosalia. Tal vez aquellas razones fueran más poderosas que las que habían provocado su primera proposición, pero seguían sin ser suficientes. ¿Se habría casado su padre con su madre por razones parecidas, para descubrir después que un matrimonio sin amor era una trampa de la que había tenido que escapar?

Pero tal vez se había precipitado al rechazar a Simon. En cuanto aquella idea se le pasó por la cabeza, Bethan lamentó su egoísta lealtad. Seguía comprometida en encontrar a su hermano, ¿no? Aunque eso significara dejar Singapur para continuar con su búsqueda.

Pero, ¿y si Hugh había muerto? ¿Y si había fallecido en el incendio que tuvo lugar a bordo del *Dauntless*, o se había ahogado al intentar escapar de él? ¿Y si había sobrevivido para posteriormente ser capturado y colgado por su participación en el motín? Si supiera con seguridad que no había forma de ayudarle podría encontrar consuelo con Simon y Rosalia.

—No tiene sentido pensar en todo eso ahora —murmuró Bethan entre dientes, mientras salía de la cama y se preparaba para enfrentarse al día—. Primero tienes que averiguar qué ha sido del pobre Hugh.

Debía ir a visitar al doctor Ellison y confiar en que le diera las respuestas que iluminaran su camino. Cuando se hubo vestido y aseado, se puso el relicario al cuello y salió de puntillas al pasillo con los sentidos alerta por si escuchaba a Simon. Tras su pelea de la noche anterior, no podía soportar la idea de enfrentarse a él hasta estar segura de lo que les deparaba el futuro.

Consiguió salir de la casa sin que nadie la viera, pero se encontró con el centinela en la puerta. Desde los ataques de los forajidos, Simon había tomado la precaución de vigilar la casa día y noche.

—Buenos días, Jodh —Bethan abrió la sombrilla para protegerse del sol—. Voy a salir a dar un paseo. Volveré pronto.

El hombretón parecía confundido.

—Mahmud ha ido a llevar al amo al trabajo. ¿Quiere que la acompañe, señorita?

—Gracias, pero no será necesario. No voy a ir muy lejos —Bethan trató de no sentirse

molesta por que Simon hubiera ido a la oficina como siempre después de lo sucedido la noche anterior entre ellos. Después de todo, el trabajo había sido siempre su refugio de las turbulencias de su vida personal.

Cuando Bethan se encaminó hacia North Bridge Road encontró la calle más animada que nunca. Un grupo de hombres malayos llevaba un palanquín hacia la plaza mientras varios sirvientes se dirigían hacia la otra dirección llevando cestas con productos del mercado. Bethan retrocedió hacia el extremo de la calle cuando vio una fila de trabajadores convictos dirigiéndose hacia ella. Sus cadenas hacían un ruido siniestro.

—¿*Senhorita* Conway?

Bethan dio un respingo violento al escuchar su nombre, pero se tranquilizó al reconocer al señor Quintéra en su carruaje.

—¿Puedo ofrecerme a llevarla? —miró con fijeza a los convictos mientras pasaban—. Me sorprende que el señor Grimshaw le permita salir sola estos días. ¿Sabe que los forajidos se han llevado anoche el cañón de la Compañía de las Indias Orientales? ¡Diablos imprudentes!

La noticia provocó un escalofrío en Bethan que desafió el calor tropical de la mañana. Había visto el arma de la que hablaba el señor Quintéra cerca de la playa, a tiro de piedra de donde estaba ahora mismo ella. Los cipayos vigilaban el cañón día y noche. Sin duda los forajidos se estaban volviendo temerarios.

—Gracias por su amable oferta —le hizo una breve reverencia al comerciante—. Pero no quiero retrasarle. No voy a ir muy lejos y tengo pensado volver a casa directamente. Dudo que los forajidos sean tan estúpidos como para atacar a plena luz del día.

—Espero que no —el señor Quintéra consultó su reloj de bolsillo—. Si está segura de que no quiere que la lleve, seguiré mi camino.

—Muy segura, gracias.

Cuando se hubo marchado, Bethan aceleró los escasos pasos que la separaban de casa del doctor Moncrieff.

—El doctor *sahib* ha salido —anunció el sirviente indio que le abrió la puerta—. Vuelva mañana, por favor.

—He venido a ver al doctor Ellison —se explicó ella—. ¿Él también ha salido?

—Está aquí —el sirviente la invitó a entrar.

Bethan le dijo su nombre y esperó mientras él iba a preguntar si el doctor podía atenderla. Unos instantes más tarde el sirviente regresó y la guio escaleras arriba, hacia un porche parecido al que rodeaba la villa de Simon. Un hombre bajo de cabello oscuro dejó el libro que estaba leyendo y se levantó de la silla cuando la vio aparecer.

—¿Doctor Ellison? —Bethan hizo una reverencia—. Gracias por recibirme.

—Es un placer, señorita —señaló con un gesto la silla de respaldo de caña que tenía delante—. Debo confesar que no estoy acostumbrado a que las damas jóvenes me vengán a buscar. ¿En qué puedo ayudarla?

Ahora que estaba cerca de las respuestas que llegaba dos años buscando, Bethan apenas podía consolar los nervios.

—Me... me dijeron que fue usted pasajero del *Dauntless* en su viaje final. ¿Es eso cierto?

El médico asintió.

—¿Le importaría decirme qué ocurrió con el barco y con su tripulación? He oído que hubo un motín y un incendio. ¿Fue usted el único superviviente?

—¿Puedo preguntar la razón de su interés en un tema tan truculento, señorita Conway? —al pronunciar su nombre, un brillo de reconocimiento cruzó el rostro del médico—. ¿Es usted

pariente del Conway segundo de a bordo en el *Dauntless*?

Su pregunta provocó que a Bethan se le acelerara el pulso de tal manera que temió que pudiera oírlo. No había contado con que recordara el apellido de Hugh. Eso hacía que fuera más probable que supiera lo que había sido de su hermano.

—Por favor, doctor —le suplicó—. Hay algo que debo confesarle. Pero tiene que prometerme que no se lo contará a nadie.

—Tiene mi palabra de que guardaré la más absoluta confidencialidad.

No tenía sentido tratar de ocultar su secreto ahora que el doctor Ellison había averiguado la mayor parte de él. Así que aspiró con fuerza el aire y soltó la verdad que deseaba haberse atrevido a contarle a Simon.

—Hugh Conway era... es mi hermano. Vine a Singapur a averiguar qué había sido de él. ¿Puede decírmelo, por favor?

Por el modo en que el médico frunció el ceño, Bethan supo que no serían buenas noticias. Se preparó para escucharlo pensando que al menos pondría fin a su incertidumbre y le permitiría seguir adelante con su vida.

El médico miró hacia la distancia justo cuando empezó a caer una tenue lluvia.

—Había problemas entre el capitán y la tripulación del *Dauntless* mucho antes de que zarpáramos de Singapur. No sé cómo empezó todo, pero podía sentir la hostilidad desde el primer día de nuestra partida. Fue creciendo y creciendo como una tormenta en preparación, una tormenta que finalmente se desató en la costa de la India.

Bethan se inclinó hacia delante para intentar captar cada palabra por encima del sonido de la lluvia que había empezado a caer en cascada sobre el tejado de tejas.

—El capitán ordenó acercar el barco a la costa más de lo que el timonel consideraba seguro —continuó el doctor Ellison—. Lo siguiente que supimos fue que le atacaron algunos miembros de la tripulación mientras los oficiales y los pasajeros eran dirigidos hacia la cubierta inferior a punta de pistola.

—¿Y Hugh tomó parte en ello? —la idea horrorizó a Bethan mucho más después de haber oído el relato del motín del *Sabine* de labios de Simon.

—Su hermano parecía un hombre decente, señorita Conway. Era alegre y dispuesto y tenía una lengua mucho más civilizada que el resto de la tripulación. Por eso lo recuerdo con tanta claridad. En ningún momento le vi tomar parte activa en el motín, pero tampoco puedo jurar que no formara parte de él.

—¿Puede al menos decirme si está vivo o muerto?

El médico sacudió la cabeza.

—Ojalá pudiera. Nunca vi su cadáver, pero muchos murieron en el fuego o ahogados. Estoy casi seguro de que debía estar entre ellos porque no volví a verle después de aquel día.

Así que Hugh estaba muerto. ¿Cuántas veces durante los últimos dos años había pensado que podía ser así? Sin embargo, las palabras del doctor Ellison fueron un duro golpe para ella. Se llevó la mano al pecho y dejó escapar un gemido estrangulado. ¿Cómo podía ser tan malvada como para haber esperado en el fondo que así fuera para no verse forzada a escoger entre Hugh y Simon?

El médico sacó un pañuelo y se lo ofreció.

—Lamento ser el portador de tan malas noticias, señorita Conway. La acompaño en el sentimiento.

Bethan se negó a aceptar su pañuelo. Estaba demasiado confundida todavía para llorar, aunque sabía que terminaría haciéndolo. Pero no quería hacerlo delante de un total desconocido,

por muy amable que fuera.

—Gracias, doctor —se puso de pie—. Al menos ahora lo sé. Es mejor que vivir con la duda.

Eso era mentira. Con el tiempo mejoraría, pero en aquel momento daría cualquier cosa por no saberlo.

El médico se levantó de la silla.

—Si le sirve de consuelo, su hermano fue probablemente más afortunado que los miembros de la tripulación que sobrevivieron. Todos fueron colgados.

No era ningún consuelo, pero Bethan no lo dijo. Murmuró unas palabras de agradecimiento y salió de la casa mientras las temblorosas rodillas podían sostenerla.

Todavía seguía lloviendo, pero no tanto. Abriendo la sombrilla, Bethan se dirigió calle abajo a casa de Simon, envuelta en una nebulosa de dolor tan pesada que no podía imaginar nada que pudiera hacerla sentirse peor.

Entonces escuchó a su espalda el sonido de los cascos de un caballo y la voz de Simon.

—Bethan, ¿qué hacías en casa del doctor Moncrieff?

En medio del dolor por la muerte de su hermano, la idea de tener que explicarle la situación a Simon era más de lo que podía soportar. ¿Cómo iba a contarle que le había utilizado y engañado como muchas otras mujeres habían hecho con él?

¿Qué estaba haciendo Bethan en casa del médico? Las posibilidades que se le pasaron a Simon por la cabeza incluían unas cuantas de las que se avergonzaría pero no podía evitarlo.

Haciéndole un gesto al cochero para que detuviera el carruaje, salió de debajo de la capota hacia a lluvia. Luego le dijo a Mahmud que siguiera mientras él volvía caminando a casa con Bethan.

Como ninguno de los placeres que había anticipado le retuvo en la cama aquella mañana, se había levantado pronto para ir al trabajo. Los negocios eran mucho menos complicados que lo que tenía que lidiar en casa.

En cualquier caso no era su intención refugiarse en el trabajo como había hecho los últimos años para huir de sus problemas personales. Allí no encontraría escapatoria para lo que sentía por Bethan ni se le ocurriría alguna solución para su futuro. Solo se quedó lo suficiente para dejar órdenes sobre el trabajo que había que hacer. Luego se marchó a casa con la esperanza de que una buena noche de sueño hubiera hecho que Bethan estuviera más dispuesta a entrar en razón.

No había sabido qué pensar cuando la vio salir de casa del doctor Moncrieff. Solo sabía que quería respuestas.

No se dio la vuelta cuando la llamó, sino que siguió caminando.

—Bethan, ¿me has oído? —la agarró del codo—. Te he hecho una pregunta.

Ella disminuyó los pasos y le miró. Había una expresión en sus ojos que no le había visto nunca antes, una mezcla desgarradora de dolor y tristeza.

—¿Estás enferma? —un yugo de miedo le atenazó la garganta—. ¿Por eso has ido a ver al médico? ¿De qué se trata? Si Moncrieff no puede ayudarte te llevaré a Penang o a Calcuta.

—No es nada de eso. Oh, Simon, siento las cosas que te dije anoche. ¿Podrás perdonarme? —el labio inferior le temblaba y tenía los ojos llenos de lágrimas.

Abrumado por el alivio de saber que no estaba enferma, Simon la estrechó entre sus brazos. La tenue lluvia caía sobre ellos mientras Bethan lloraba como si se le fuera a romper el corazón. Su abrazo en público atrajo las miradas curiosas de la gente que pasaba por ahí, pero a Simon no

le importó.

Desde su llegada a Singapur, Bethan le había ofrecido consejo y apoyo. Se sentía bien al poder devolverle por fin el favor.

—No hay nada que perdonar —apoyó la barbilla sobre el ala de su sombrero—. No eres la única que ha dicho cosas de las que se arrepiente. Al parecer el matrimonio no es un tema fácil de conversación para ninguno de los dos. No debería haberte hecho la proposición de forma tan repentina.

Se le ocurrió entonces otra razón por la que podría haber ido a ver al médico. ¿Estaría esperando un hijo suyo? Su arrebato de llanto le hacía sospechar que sí. Tal vez eso explicara también lo emocional de su reacción ante su propuesta. No quería que pensara que podría utilizar a su hijo como lo había hecho Carlotta, para manipularle.

No era un tema sobre el que quisiera preguntarle en medio de la calle.

—Vamos —murmuró cuando su llanto cesó—. Vámonos a la casa. Hablaremos mejor allí.

Simon se sacó el pañuelo y se lo pasó sin romper a abrazo. Mientras Bethan se secaba los ojos, le pasó el brazo por la cintura y la guio hacia la casa. Cuando legaron el sol había vuelto a asomarse y salía vapor del jardín húmedo. Bethan se había secado la cara y recuperado la compostura.

Ah-Ming apareció cuando entraron, pero se retiró discretamente cuando Simon le lanzó una mirada de advertencia. Guiando a Bethan hacia el porche, la ayudó a tomar asiento en el sofá de mimbre a su lado.

—No es culpa tuya —Bethan jugueteó con el pañuelo húmedo que tenía en el regazo—. Tu proposición me pilló por sorpresa, pero fue algo precioso. No debería habérmelo tomado como lo hice. Es encantador por tu parte que quieras hacer lo correcto conmigo.

¿De verdad pensaba que eso era todo? Al recordar lo poco romántica y torpe proposición, Simon decidió que no podía culparla.

—Creo que no he explicado mis razones con claridad. O tal vez no sea capaz yo mismo de reconocerlas —hablar de aquello, vislumbrar la verdad, provocaba en su corazón un latido rápido, como si estuviera a punto de correr el mayor riesgo de su vida—. No debería haber hablado así de tu padre —le ofreció aquella disculpa mientras trataba de reunir fuerzas para decir algo que no se había atrevido a admitir—. Supongo que necesitaba encontrar alguna otra razón para tu rechazo. Aparte del motivo obvio, claro está. Que tú... no sientes nada por mí.

¿Era una cobardía por su parte pretender que Bethan declarara sus sentimientos antes de hacerlo él? Tal vez, pero el aterrador poder del amor le asustaba más que cualquier amenaza física.

Bethan no le dejó sumido en la duda.

—¡Claro que siento algo por ti, Simon! Eres el mejor hombre que he conocido.

Sus palabras tenían el dulce y puro tono de la sinceridad. Y cuando Bethan alzó el rostro para encontrarse con su mirada, Simon no pudo negar el brillo de admiración y afecto que mostraban sus ojos. Al mismo tiempo percibió algo secreto que le perturbó.

Temiendo que sus sospechas le hicieran indigno de su alabanza, Simon trató de restarle importancia.

—No has conocido a muchos hombres, ¿verdad?

—Los suficientes para saber que tendría que recorrer un largo camino para encontrar otro mejor. No estabas muy descaminado con lo que dijiste sobre mi padre. Creo que una parte de mí cree que no soy lo bastante buena para que un hombre quiera pasar el resto de su vida conmigo. Cuanto más me importas, más duro me resulta creer que soy digna de ser tu esposa.

—¿Por supuesto que eres lo bastante buena! —de pronto le parecía más importante defenderla del espectro de la duda que protegerse a sí mismo del rechazo y la traición—. Eres sincera, leal y cariñosa. Entraste en mi vida arrasando como un monzón tras la estación seca, con cálidas lluvias que hicieron que todo volviera a cobrar vida en mi interior.

Mientras él hablaba, Bethan volvió a llevarse el pañuelo a los ojos. Simon confiaba en que fueran lágrimas de felicidad.

—Para mí significa mucho saber que te he ayudado —le buscó la mano y se la apretó con fuerza—. Tú también me has ayudado aunque hasta ahora no he sabido cuánto. Haces que me sienta digna de ser protegida y de recibir placer.

—Pero te he hecho dudar de tu valía en otros sentidos, ¿verdad? —Simon la atrajo hacia sí hasta que su cabeza descansó contra su pecho—. Por quererte como amante en lugar de como esposa. Por fingir que solo sentía deseo por ti cuando era mucho más que eso —dejó escapar un suspiro profundo—. Solo estaba tratando de protegerme para no volver a ser traicionado. Si quieres medir tu valía por mis actos, piensa en cómo te has ganado mi confianza. Después de la vida que he tenido debes ser consciente de la mujer tan especial que se necesita para que yo vuelva a poner en riesgo mi corazón.

—No sé qué decir —susurró Bethan. Parecía tan asustada por el riesgo como él.

—¿Por qué no dices que sí a mi proposición? Te prometo que la estoy haciendo por la única razón que de verdad importa —trató de que en su voz no sonara el más leve atisbo de duda—. Porque te amo.

Sus palabras quedaron colgadas desnudas y vulnerables en el silencio que se hizo a continuación.

—Quiero decir que sí —murmuró Bethan finalmente—. No sabes cuánto. Pero hay algo que debo solucionar por mí misma antes.

¿Qué necesitaba solucionar? ¿Se trataba de algo que él ya sabía o de algo que mantenía en secreto? Fuera lo que fuera, Simon esperaba que confiara en él.

¿Era consciente Simon de que no le había dicho lo que estaba haciendo en casa del doctor Moncrieff? Tal vez lo había olvidado. O tal vez no le importaba.

Durante los siguientes días, Bethan trató de discernir cuáles eran sus sentimientos y de decidir qué hacer a continuación. Una de las partes más duras era lidiar con el dolor y la culpabilidad por la muerte de Hugh. Sabía que el destino de su hermano había sido sellado muchos meses atrás, antes de que ella soñara siquiera con ir a Singapur. Pero no podía evitar la sensación de que su hermano había muerto porque su fe se había tambaleado al haber dejado de desear desesperadamente que estuviera vivo.

Aquello la ayudaba a entender la culpabilidad que sentía Simon por el destino de las mujeres que viajaban a bordo del *Sabine*. Tal vez no tuviera sentido, pero lo último que deseaba era añadir más peso a la culpabilidad con la que ya cargaba Simon.

Lo único que le hacía dudar sobre si aceptar su proposición era el temor a hacer algo que le volviera contra ella y perder su amor. La había colocado en un pedestal tan alto que sería muy fácil caer de él y dañar su matrimonio sin remisión. Si había algo peor que ser abandonada por un marido era continuar en un matrimonio en el que ya no había amor ni respeto. ¿Sería ésa la razón por la que Carlotta había huido en mitad de la noche para encontrarse con la muerte?

¿Cómo reaccionaría Simon si descubriera que ya se había caído de aquel pedestal tan peligrosamente alto? Si descubría que la mujer cuya sinceridad y lealtad admiraba le había

engañado desde el momento en que se conocieron, ¿podría perdonar aquella traición? Y más cuando el engaño había sido para proteger a un amotinado, el tipo de hombre que odiaba por encima de los demás.

Su ansioso corazón argumentó que Simon no necesitaba saber lo que había hecho. El motín del *Dauntless* ocurrió mucho tiempo atrás y la mayoría de la gente lo había olvidado. El doctor Ellison había prometido guardarle el secreto. Saber que le había sentido le haría daño a Simon, y ya había sufrido bastante.

Pero contra todas aquellas razones se alzaba la perturbadora convicción de que si seguía guardándole el secreto, su matrimonio se construiría sobre una mentira. ¿Cómo iba a mantenerse en el tiempo algo con un inicio tan fallido? Debía encontrar el valor para contárselo y confiar en que fuera capaz de perdonarla.

Entonces, una noche escuchó cómo Simon le contaba a Rosalia una historia para que se durmiera.

—Este abanico de marfil era de tu madre. Se lo trajo de Macao cuando vino a Penang. Ahí fue donde nos conocimos y nos casamos. Ahí fue donde tú naciste. A tu madre le regaló el abanico cuando era una niña pequeña su abuela Rosalia Alvares.

—¡Rosalia, como yo!

—Así es. Te llamas como ella. Creo que tu madre hubiera querido que tuvieras esto.

Bethan no podía creer lo que estaba oyendo. Simon estaba hablando de su mujer, un tema que se había pasado años tratando de evitar a toda costa. Se alegraba mucho por Rosalia porque sabía que deseaba tener alguna conexión con la madre que nunca conoció.

—Gracias, papá. Pero, ¿por qué fue mamá a Penang? ¿Y por qué vinimos a Singapur?

Desde donde estaba, Bethan percibió la vacilación de Simon. Pero éste consiguió disimularla.

—Es una historia más bien larga, pero si quieres oírla supongo que podríamos empezar esta noche...

—¡Oh, sí, papá, por favor! Tú cuentas mejores historias todavía que Bethan y Ah-Sam.

—Es todo un halago —Simon se rio entre dientes—. Muy bien, entonces. Tu madre salió de Macao con su tío, que era su tutor. Iba a llevarla a Lisboa para que se casara con un hombre al que nunca había visto. Tu madre tenía miedo de que no le gustara y no quería dejar Oriente, donde había vivido toda su vida...

A Bethan le maravilló el modo en que Simon le contó la historia a su hija sin la envenenada amargura que había notado cuando se la confió a ella. Aquella versión sonaba como si le hubiera sucedido mucho tiempo atrás a alguien que apenas conocía. Por el bien de Rosalia y tal vez por el suyo, Simon estaba tratando de hacer las paces con los dolorosos sucesos de su pasado.

Agarrándose a aquel pequeño atisbo de esperanza, Bethan volvió al pasillo y salió al jardín, que estaba envuelto en las sombras del atardecer. Si Simon podía empezar a liberarse del dolor de las pasadas traiciones tal vez hubiera una oportunidad de que comprendiera su engaño y lo aceptara. A diferencia de Carlotta, ella no había querido nunca hacerle daño. Solo trataba de proteger a su querido hermano.

Mientras recorría arriba y abajo el jardín, Bethan ensayó murmurando las palabras que tenía pensado utilizar para decirle por fin la verdad a Simon. De vez en cuando miraba hacia el porche con la esperanza de verle aparecer pronto, antes de que le flaquearan las fuerzas.

Cuando pasó por delante del arbusto de rododendros le pareció escuchar unos pasos tras ella. Creyendo que debía tratarse de Simon, se dio la vuelta para saludarle.

Pero entonces unas manos ásperas la agarraron y la llevaron detrás del arbusto, desde donde

no se la podía ver desde la casa.

Una mano callosa le cubrió con fuerza la boca mientras su agresor le susurraba:

—No digas ni pío o lo lamentarás.



Capítulo 17

Al principio no le había resultado fácil hablarle a Rosalia de su madre y despertar tantos recuerdos dolorosos. Pero una vez que empezó, Simon no lo lamentó.

La expresión de arrobo de la carita de su hija era recompensa suficiente a su esfuerzo. Al recordar lo mucho que él había echado de menos a su madre a aquella edad lamentó haber tenido a Rosalia en la oscuridad durante tanto tiempo. Había tratado de justificarse diciéndose que la estaba protegiendo de la sórdida verdad sobre Carlotta. Bethan le había hecho ver que estaba tratando de proteger sus sentimientos más que los de la niña.

Tenía que recompensar a Rosalia por ello y lo haría por mucho que le costara. Empezaría esa misma noche. Aunque el exquisito abanico de marfil tallado era un legado inestimable, Simon tenía la sensación de que la historia sobre su madre tenía para Rosalia más valor. Por eso hizo un esfuerzo por tragarse los amargos sentimientos hacia su mujer y relatar la historia de cómo se conocieron y se casaron como si fuera un observador desinteresado.

Para su sorpresa, el esfuerzo fue recompensado de una manera imprevista. Por un lado recordó cómo era la joven Carlotta cuando la conoció. Afectada por habitual egoísmo de la juventud, también era víctima de la destructiva indulgencia que solía acompañar con frecuencia a la belleza. Había cometido errores. Pero lo cierto era que él también.

El peor de todos, que nunca la había amado de verdad. Había quedado cautivado por su increíble belleza y se sintió llamado a rescatarla. Tal vez así se liberó de algo de culpa por lo ocurrido en el motín del *Sabine*. O tal vez necesitara verse a través de sus ojos como un caballero andante para poder sentirse digno del amor de una mujer. Para no manchar aquel manto brillante, nunca le había confiado su dolor ni los remordimientos que le hacían humano. Sin confianza ni sinceridad, el deseo y el instinto protector que despertaba en él se convirtieron rápidamente en vacío. Cuando le traicionó fue su orgullo el que sufrió, no su corazón.

¿Podía culpar a Carlotta de haberse ido con otro hombre, si no tenía una conexión de verdad con su esposo? El héroe perfecto estaba muy bien para las fantasías románticas, pero la vida diaria con alguien así no debía resultar fácil. Cuando ella se arrepintió de su error y trató de corregirlo volviendo a Singapur con su hija y suplicando otra oportunidad, él había hecho lo correcto sin que hubiera ni un ápice de perdón en su corazón. ¿Cuánto tiempo esperaba que se quedara cuando estaba claro que la despreciaba y que nunca la perdonaría?

—Cuéntame cómo era, papá —Rosalia sujetó el abanico con una mano y los dedos de Simon con la otra, los dos preciados eslabones de unión con la madre que nunca conoció.

—Igualita a ti. Bella como un jardín a medianoche lleno de rosas rojas. Tenía los ojos castaños y grandes con largas pestañas. Una mirada de aquellos ojos provocaba que los hombres quisieran escalar montañas y cruzar océanos por el favor de su sonrisa.

No estaba muy seguro de ser capaz de piropear de aquel modo a Carlotta. Pero si su hija se lo preguntaba, trataría de recordar todas las buenas cosas que pudiera de su fallecida esposa. Se preparó para más preguntas, pero no llegaron. Cuando miró a la niña tenía los grandes ojos marrones cerrados.

Simon se quedó un rato sentado acariciándole el pelo mientras el amor que les había negado

a ambos durante tanto tiempo le envolvía. Cuando estuvo seguro de que no se iba a despertar, deslizó los dedos de entre su mano y se inclinó para darle un beso en la frente. Luego apagó el candil y se retiró de su habitación con pasos suaves.

Deseando hablar con Bethan, la buscó en el salón y luego en el comedor. Quería decirle que ahora veía su pasado con mucha más claridad gracias a ella. Quería que supiera cuánto la amaba y cuánto la necesitaba.

Luego la buscó en el porche, pero tampoco estaba allí. ¿Estaría esperándole tal vez en la cama? La posibilidad dibujó una sonrisa en el rostro de Simon mientras una suave brisa procedente del mar le acariciaba las mejillas.

Entonces surgió algo más abajo en el jardín que hizo que el cuerpo se le tensara... el sonido de unos susurros furtivos.

¿Sería posible que hubiera una banda de forajidos escondida entre los arbustos con los rostros oscurecidos con hollín esperando a que el servicio se retirara a dormir para poder lanzarse al ataque?

Manteniendo a raya su creciente alarma, Simon volvió a entrar en casa. Corrió hacia su vestidor y cargó una pistola con movimientos rápidos y practicados. Unos instantes más tarde bajó las escaleras y se encontró con Ah-Ming. La criada abrió los ojos de par en par cuando le vio el arma en la mano.

—Solo es por precaución —le aseguró Simon—. Por favor, ve a sentarte al lado de Rosalia hasta que vuelva. ¿Has visto a Bethan?

El ama de llaves respondió con un breve asentimiento de cabeza.

—Salió al jardín justo antes de que anocheciera.

Tal vez la voz que oyó fue la de Bethan hablando sola. Simon trató de calmar sus miedos con aquella idea, pero no funcionó. Sin decir una palabra más, salió por la puerta de entrada. Cuando Jodh empezó a hablar, Simon se llevó un dedo a los labios.

—Me ha parecido oír a alguien en el jardín —susurró—. Pero puede que solo se tratara de la señorita Conway. Si necesito tu ayuda te llamaré.

Simon siguió su camino, rodeó los establos y volvió al jardín de atrás. Ahora podía oír las voces con más claridad. Una de ellas era la de Bethan.

La otra pertenecía a un hombre.

¿La habían capturado los forajidos? A Simon le hirvió la sangre con el desesperado deseo de ir a su rescate pegando tiros. Pero no podía poner en peligro su seguridad.

Así que contuvo la respiración y se dirigió hacia las voces en alerta por si oía algún susurro más. Bethan no parecía asustada, pero ella tenía tendencia a subestimar los riesgos.

—¿Puedes... algo de dinero? —inquirió la voz masculina.

No sonaba a inglés nativo, pero tampoco a chino, malayo ni indio.

—¿No hay otra manera? —preguntó Bethan.

—No iremos muy lejos sin dinero —respondió el hombre—. A este caballero le sobra, a juzgar por el aspecto de esta casa.

—Sí, pero odiaría tener que...

—Quieres huir y empezar una nueva vida, por eso viniste aquí, ¿verdad? Hay un barco americano anclado en el puerto y no sienten ningún amor por los ingleses. Si podemos llegar a ese barco y comprar un pasaje, seguro que nos llevan. Entonces podremos empezar de cero en América. He oído que es un sitio maravilloso.

Simon apretó los labios para contener un gemido. Sentía como si estuviera tambaleándose en medio de una pesadilla reviviendo los espantosos sucesos de cuatro años atrás. Aunque no

había llegado a escuchar a Carlotta planeando la fuga con su amante, sabía que debió ser algo parecido.

—Es demasiado peligroso que estés aquí —la voz de Bethan encerraba una preocupación cariñosa por aquel hombre, y Simon se retorció de dolor—. ¡Debes irte ahora! Ve a la playa y espérame allí. Cuando todo el mundo se haya dormido iré a buscarte y decidiremos qué hacer.

Cada palabra que salía de su boca era como un golpe bajo para Simon. Porque a diferencia de su mujer, que solo le había herido el orgullo, Bethan Conway tenía el poder de destrozarse su corazón en trocitos y dejarlo sangrando sobre la arena. Y él le había dado aquel poder.

Incluso ahora le tenía tan sujeto que quería negar lo que estaba escuchando, encontrar alguna explicación inocente. El instinto de precaución que llevaba tanto tiempo acallando finalmente se abrió paso. Le recordó en los términos más duros posibles todas las señales de advertencia que se había negado a escuchar, todas las sospechas que unidas podían llevar a algo como aquello.

Cómo debía haberse reído Bethan a su espalda con todos los secretos que le había confesado, la confianza que había puesto en ella y su fe ciega en que era sincera y honesta.

—De acuerdo entonces —susurró el hombre al que Simon quería asesinar con sus propias manos—. Pero piensa en lo que te he dicho, ¿de acuerdo? Si puedes conseguir el dinero suficiente, podríamos marcharnos esta misma noche. Cuanto más esperemos, más posibilidades hay de que algo salga mal.

Se escucharon pisadas en dirección a la puerta del jardín y el sonido de sus voces se fue atenuando hasta que Simon no pudo distinguir sus palabras de despedida. Mirando desde detrás del arbusto de hibiscos, distinguió sus sombras entrelazadas en un tierno abrazo. No podía ignorar la prueba que tenía ante los ojos y los oídos por mucho que deseara hacerlo. Bethan era igual que las demás. De hecho, era peor porque había averiguado su debilidad secreta y se había aprovechado de ella.

Cuando se hermano desapareció en la noche, Bethan se apoyó contra la puerta del jardín, jadeando como si hubiera corrido dos kilómetros. En los últimos días había sentido tirones en el corazón hacia direcciones tan diferentes que se preguntó si no se le habría roto en pedazos.

Primero el dolor y la culpabilidad por la muerte de Hugh habían acabado con su esperanza de iniciar una nueva vida con Simon y su hija. Luego la vergüenza por haber engañado a Simon y su temor a que nunca la perdonara habían chocado con su convicción de que merecía saber la verdad. Justo cuando empezaba a ver con claridad a través de aquel lío, los sucesos de la última media hora habían vuelto a convertir su corazón en un campo de batalla.

El terror se había apoderado de ella cuando fue asaltada en el oscuro jardín. Pero las siguientes palabras de su agresor tras ordenarle que guardara silencio hicieron que le entraran ganas de gritar de alegría.

—Soy yo, Bethan... Hugh. ¿Qué diablos estás haciendo en Singapur?

Durante un instante se preguntó si su mente habría conjurado la visión de su hermano porque no podía soportar que su larga búsqueda terminara en fracaso. Entonces la mano que le cubría la boca se deslizó para darle un afectuoso tirón en la barbilla. Era un gesto cariñoso que recordaba muy bien de su infancia.

—¡Querido hermano! —susurró en galés soltándose los brazos para abrazarle—. ¿De verdad eres tú? Cuando murió mamá vine aquí a buscarte, pero me dijeron que habías muerto.

—Estuve a punto —Hugh la abrazó a su vez—. Y eso creyó todo el mundo. Pero ahora soy un trabajador convicto que cumple condena por robo.

—¿Un preso? —Bethan se echó un poco hacia atrás.

—Pasé justo por delante de ti el otro día en la calle. Has crecido mucho desde que me fui de Llasaled. Puede que no te hubiera reconocido si ese hombre no te hubiera llamado por tu nombre. Cuando averigüé dónde vivías, vine todas las noches con la esperanza de encontrarte a solas.

—¿Y qué me dices del *Dauntless*? —Bethan no estaba muy segura de poder soportarlo, pero tenía que saberlo—. ¿Cómo conseguiste escapar? No le hiciste daño a nadie, ¿verdad? He oído historias terribles sobre lo que sucede en un motín.

—Yo también —murmuró Hugh—. Y yo no quería formar parte de nada, lo juro. El motín no estaba planeado. Sencillamente ocurrió, como una olla al fuego que rompe a hervir. No puedo decir que lo lamente por el capitán, que era un auténtico tirano. Pero los oficiales y los pasajeros no merecían ningún daño.

El nudo del estómago se le relajó por primera vez desde que Simon le contó la historia del motín del *Sabine*.

De pronto pensó en Simon. No podía permitir que encontrara a su hermano allí.

—Traté de darle a los demás una oportunidad —continuó Hugh desesperado, como si hubiera esperado tres largos años para contarle a alguien la verdad de lo que ocurrió—. Abrí la puerta tras la que estaban encerrados y luego salté por la borda. Sabía que sería hombre muerto independientemente de quién ganara, así que decidí arriesgarme lanzándome al mar. Estuvo a punto de acabar conmigo pero no lo consiguió. No sé cómo empezó el fuego en el *Dauntless*, pero cuando escuché la historia más tarde tuve miedo de que hubiera sido culpa mía. Tal vez si hubiera dejado las cosas como estaban o si me hubiera quedado a bordo en lugar de pensar solo en mí...

—Hugh, por favor —Bethan intervino cuando a él le falló la voz—. Me alegro de que te salvaras, pero puedes contarme el resto más adelante. Ahora tienes que marcharte de aquí antes de que alguien te vea.

—Los dos tenemos que irnos —respondió Hugh—. ¿No puedes conseguir algo de dinero?

Tal vez podría, pero eso significaría robarle a Simon.

—¿No hay otra manera?

—No iremos muy lejos sin dinero —Hugh pareció percibir sus dudas—. A este caballero le sobra, a juzgar por el aspecto de esta casa.

—Sí, pero odiaría tener que... —llevaba semanas engañando a Simon, le dijo su conciencia. ¿Por qué se mostraba reacia al robo?

—Quieres huir y empezar una nueva vida, por eso viniste aquí, ¿verdad? —continuó su hermano—. Hay un barco americano anclado en el puerto y no sienten ningún amor por los ingleses. Si podemos llegar a ese barco y comprar un pasaje, seguro que nos llevan. Entonces podremos empezar de cero en América. He oído que es un sitio maravilloso.

—Es demasiado peligroso que estés aquí. ¡Debes irte ahora! —no era solo la preocupación por la seguridad de su hermano lo que hacía suplicar. Necesitaba tiempo para pensar—. Ve a la playa y espérame allí. Cuando todo el mundo se haya dormido iré a buscarte y decidiremos qué hacer.

—De acuerdo entonces —susurró Hugh—. Pero piensa en lo que te he dicho, ¿de acuerdo? Si puedes conseguir el dinero suficiente, podríamos marcharnos esta misma noche. Cuanto más esperemos, más posibilidades hay de que algo salga mal.

Bethan sabía que su hermano tenía razón, pero no podía prometerle nada. Le dirigió hacia la puerta y le dijo cuánto se alegraba de haberle encontrado por fin. Eso era en parte verdad.

—Ten cuidado ahí fuera —abrazó a su hermano con fuerza lamentando tener que separarse de él tan pronto.

—Te estaré esperando —murmuró él—. Estoy deseando que me cuentes la historia de cómo llegaste desde Llanaled hasta Singapur.

Cuando Hugh se hubo marchado, Bethan empezó a sentir como si pudiera respirar otra vez. Pero el corazón le latía con mucha fuerza. Giró la vista hacia la villa de Simon, desde donde la luz dorada de los candiles se derramaba por las grandes ventanas abiertas.

Era completamente diferente a la cabaña galesa en la que había crecido. Pero en las últimas semanas se había convertido en su hogar.

Se preguntó si Simon habría terminado de contarle a Rosalia su historia para dormir. ¿Estaría ahora buscándola a ella, preguntándose dónde habría ido, preocupándose por su seguridad? Si aquella casa se había convertido en un hogar para ella era porque su hija y él se habían convertido en su familia. No podía pensar en abandonarlos.

Por otro lado, Hugh necesitaba su ayuda y era la única razón por la que había ido a Singapur. Era su único pariente vivo, el último remanente de la familia rota que había pasado años tratando de reunir. Haber sufrido el dolor de creerle muerto hacía que se sintiera más impulsada que nunca a ayudarle a sentirse a salvo.

Pero al pensar en dejar a Simon y a Rosalia fugándose en medio de la noche como había hecho Carlotta, el corazón se le encogía. No solo por sí misma, sino también por ellos. La niña pensaría que había hecho algo malo y que por eso Bethan se iba. Y para Simon ya serían demasiadas traiciones. No podría culparle si se negaba a volver a confiar en ninguna mujer.

¿Sería posible que pudiera poner a prueba su confianza sin romperla? Una ligera esperanza nació en ella mientras se dirigía hacia la casa. Tal vez podría pedirle a Simon un préstamo y utilizar el dinero para poner a salvo a su hermano. Cuando Hugh estuviera a salvo le confesaría la verdad y confiaría en su perdón, aunque no estaba muy segura de merecerlo.

Cuando entró aspiró el delicioso aroma de la cena. Tras una buena comida y una copa de vino tal vez Simon se mostrara inclinado a escucharla y confiar en ella.

Miró en el comedor, donde la mesa estaba dispuesta para la cena, pero no vio ni rastro de Simon. ¿Estaría todavía con Rosalia contándole más historias sobre su madre?

De camino a la habitación de la niña, Bethan miró hacia el salón y vio a Simon en una de las butacas sosteniendo un vaso medio vacío.

—¡Estás aquí! —trató de aparentar que nada había cambiado en la última media hora—. Espero no haberte hecho esperar para la cena.

—Pasa —Simon no habló en tono seco, pero hubo algo en su voz que hizo estremecerse a Bethan.

—¿Va todo bien? —hizo un esfuerzo por entrar en la habitación.

Simon señaló con un gesto la mesa baja que tenía delante. Encima había un pequeño montón de monedas de oro y plata.

—Esto es todo lo que tengo en casa —le dio un sorbo al aguardiente de palma que le quedaba en el vaso. Cuando volvió a mirar a Bethan, su mirada azul helada la atravesó como la hoja de un cuchillo—. Adelante, toma el dinero. Pensé que sería mejor ahorrarte el problema de robarlo.



Capítulo 18

Aunque Simon consideraba el comentario bastante civilizado dadas las circunstancias, a Bethan parecieron fallarle las piernas.

Se acercó tambaleándose a la silla más cercana y se dejó caer sobre ella.

—Lo has oído.

Haciendo un esfuerzo por mantener el control de sus enloquecidos sentimientos, Simon asintió brevemente.

—He oído más de lo que me hubiera gustado. Pero tengo curiosidad por saber algo. ¿Quién es el tipo con el que planeas huir a América?

—¿No lo sabes? —la profundidad del alivio de su rostro enfureció a Simon.

Estaba claro que quería proteger a aquel hombre del mismo modo que él quiso protegerla una vez. Fingiendo indiferencia, se encogió de hombros.

—Debo haberme perdido algo interesante después de todo. Espero que satisfagas mi curiosidad.

Para su sorpresa y vejación, Bethan negó con la cabeza.

—Eso es lo único que no puedo contarte. Lo siento, Simon. Sé que no tengo derecho a esperar que me creas, pero te juro que lo que oíste en el jardín no es lo que crees. He venido a buscarte para contarte todo lo que pueda con la esperanza de que llegues a entenderme.

Una carcajada amarga salió de sus labios apretados.

—¿Esperas que me crea eso? Después de semanas mintiéndome estabas dispuesta a contarme la verdad ahora que me he tropezado con ella cara a cara. ¡Qué casualidad! ¿Me tomas por imbécil?

Bethan se estremeció ante el arrebato como si le hubieran dado un golpe.

—No creo que seas ningún imbécil, Simon —se inclinó hacia delante y mantuvo su mirada acusadora—. Creo que eres un hombre maravilloso que ha resultado herido demasiadas veces por personas a las que trataba de ayudar. No puedo culparte por pensar que no soy mejor que las demás porque no lo soy. No esperaba que me creyeras porque no merezco que lo hagas.

Parecía tan sincera, tan arrepentida, que una parte de Simon deseaba rendirse a aquellas conmovedoras palabras. Simon se agarró al recuerdo de la esposa infiel del capitán suplicándole que no le contara a su marido que la había visto en brazos del primer oficial. Y al de Carlotta suplicándole que volviera a aceptarla por el bien de su hija. Ellas también parecían arrepentidas y sin embargo solo le estaban tomando por idiota.

—Quería contarte la verdad —aseguró Bethan—. No puedes imaginar cuánto lo deseaba. Al principio no estaba segura de poder confiar en ti porque parecías muy frío y severo. Más tarde, cuando me di cuenta de la clase de hombre que de verdad eres, traté de contártelo. Fue entonces cuando me di cuenta de que... había muchas cosas en juego. Cuanto más tiempo seguía mintiendo, más difícil me resultaba admitir la verdad porque tenía miedo de que llegaras a odiarme. No podía soportar aquella idea porque he llegado a quererte mucho.

El corazón de Simon estaba deseando creerla, pero era un riesgo que no podía asumir. Sin atreverse a hablar por temor a que sus labios le traicionaran, hizo un esfuerzo por mantener la

mirada fría ante sus ojos suplicantes.

Bethan debió percibir alguna señal de debilidad que la animó, porque siguió diciendo:

—Por eso me mostré reacia ante tu proposición matrimonial, porque me daba miedo hacer algo mal y perder tu amor. Te dije que no me sentía lo suficientemente buena para ti. Era la verdad, lo juro. Cuando alabaste mi sinceridad sabiendo yo que no era cierto me sentí más baja que nunca.

Sus ojos brillaban por las lágrimas. Podían haber derretido la firmeza helada de Simon si no hubiera estado preparado para enfrentarse a ellas.

—Todo esto resulta sin duda muy conmovedor. Pero insisto en conocer la identidad de tu misterioso amante, el hombre al que viniste a buscar a Singapur. Creo que al menos eso me lo debes. Dime, ¿has estado encontrándote con él a mis espaldas mientras yo me preocupaba por tu seguridad?

—¡No es mi amante, mi amante eres tú! —Bethan se secó las lágrimas con el dorso de la mano, molesta consigo misma por dejar al descubierto su debilidad—. Esta noche es la primera vez que me reúno con él. Vine a Singapur a buscarle, pero no esperaba encontrarlo aquí. Como mucho confiaba en saber dónde estaba para poder seguirle la pista. Hace poco pensé que estaba muerto. Sé que te debo más de lo que nunca podré pagarte, pero no puedo contarte nada más sobre él.

¿Por qué estaba sacando aquel tema?, se dijo Simon disgustado. ¿Acaso le proporcionaba placer torturarse a sí mismo? ¿Era ésa la razón por la que buscaba mujeres que pensaba que podían traicionarle? ¿O estaba prolongando aquel doloroso encuentro para darle a Bethan la oportunidad de convencerle porque secretamente deseaba que lo hiciera? Fueran cuales fueran los motivos, sin duda eran destructivos. Había llegado el momento de ponerle fin a aquello.

—No estás en deuda conmigo. Todo lo que has recibido de mí te lo has ganado, eso debo decirlo —empujó la pila de monedas hacia ella—. Y ahora toma el dinero y vete con ese misterioso hombre tuyo. Vale la pena renunciar a cada real con tal de librarme de ti.

A Bethan le tembló la mano. Parecía dividida entre el deseo de tomar el dinero y el rechazo a hacerlo.

—No me importa lo que pienses, nunca habría sido capaz de robarte, Simon. Ni siquiera por él.

—Es muy fácil decir eso ahora que no te hace falta. Vamos, tómallo. Como señaló acertadamente tu amigo, soy lo suficientemente rico como para no echarlo de menos.

¿Sería aquélla la razón por la que quería volver a recuperarle, por su fortuna?

¿Habría aparecido aquel otro hombre después de que ella hubiera puesto sus miras en alguien más rico?

Tal vez fuera al otro tipo al que pretendía traicionar enviándole a América mientras ella volvía a Singapur a celebrar el provechoso matrimonio que la esperaba.

¿Sería aquélla la razón por la que protegía la identidad de su amante, para que Simon no hablara con él y descubriera la verdad?

Aquella posibilidad no la redimía a ojos de Simon. Todo lo contrario.

Obligada por su mirada imperturbable agarró las monedas con resquemor, como si temiera que la pureza de aquel metal precioso quemara sus dedos pecadores.

—¿Y si te digo que no quiero irme con él, que prefiero quedarme aquí como tu esposa, como tu amante o como quieras aceptarme?

Tal y como sospechaba, la razón abandonó su desventurado corazón. Y en lo que a Bethan Conway se refería, no podía arriesgarse a ignorar sus sospechas.

—No creo que sea una buena idea, ¿no te parece? —afirmó con tono frío.

Ella suspiró y siguió recogiendo las monedas.

—Supongo que después de todo esto no. Reconozco que te he decepcionado, Simon, pero no te he traicionado. Tenía mis razones, al menos eso me pareció en su momento. Si pudiera contártelas ahora creo que estarías de acuerdo conmigo. Luego tal vez serías capaz de perdonarme como estás empezando a perdonar a tu esposa.

¿Habría escuchado lo que había dicho sobre Carlotta? Las cosas habían cambiado mucho desde aquella conversación con Rosalia.

Bethan debió notar su vacilación, porque lanzó una última tentativa.

—Si confías en mí una semana podré responder a todas tus preguntas.

Una parte de él quería acceder, deseaba creer que la felicidad que había encontrado con ella durante las últimas semanas no era una ilusión. Pero la naturaleza de sus sentimientos hacia Bethan hacía que fuera imposible.

Nunca había amado de verdad a Carlotta, nunca había dejado que se acercara lo suficiente para descubrir sus secretos, y sin embargo le había destrozado la vida.

Consiguió sobrevivir solo por eso, porque era un superviviente. Si fuera lo suficientemente estúpido como para arriesgarse a confiar en Bethan a pesar de la arrolladora evidencia de su traición le daría el poder para destruirle para siempre.

Sin embargo no pudo evitar darle una última oportunidad.

—La confianza es un camino de doble dirección. Por muy duro que me resultara, confié en ti más que en ninguna otra mujer que haya conocido. Eres tú la que no me confió la verdad. Si me la dices ahora tal vez tengamos una posibilidad de futuro juntos. Tú decides.

Bethan nunca había visto tanto dinero junto, ni siquiera cuando Hadrian Northmore le entregó el oro para pagar el pasaje a Singapur. Pero estas monedas le parecían sucias. Había prometido encontrar y rescatar a su hermano al precio que fuera, pero nunca imaginó que sería tan alto. Si solo se hubiera tratado de su felicidad pagaría de buena gana el peaje del destino. Pero cuando se añadían la felicidad de Simon y de Rosalia a la ecuación, el precio era tan elevado que amenazaba con convertirse en su ruina.

Había tratado por todos los medios de negociar, de evitar pagar aquel aterrador precio. Pero cuando Simon le dio a elegir entre el secreto de su hermano y una oportunidad para reparar lo que había dañado entre ellos, supo que debía ser todo o nada.

¿Era una cuestión de confianza como él aseguraba? ¿Podía confiarle la vida de su hermano conociendo el odio amargo que sentía hacia los amotinados? ¿Sería capaz de creer a Hugh cuando aseguraba que no había planeado traicionar al capitán sino que había tratado de ayudar a los oficiales del barco y a los pasajeros? Ella no desconfiaba de la versión de su hermano porque le conocía. Pero, ¿le creería Simon? Y aunque lo hiciera, ¿se arriesgaría él a poner en peligro el éxito que tanto le había costado conseguir, tal vez incluso su libertad por ayudar a un fugitivo? Si actuaba sin que él lo supiera libraría a Simon de las consecuencias si la fuga de Hugh salía mal.

—Lo siento, Simon —murmuró confiando en que una parte de él pudiera creerla—. Cuando sepas de qué va todo esto espero que comprendas por qué no podía contártelo. No es solo por el bien de él, sino también por el de Rosalia y el tuyo. Tú sabes lo que es proteger a la gente que quieres.

Con el peso de las sucias monedas en las manos, Bethan se levantó de la silla.

—Entonces, ¿admites que quieres a ese hombre? —inquirió él levantándose a su vez.

Bethan se mordió la lengua por la frustración.

—Le quiero mucho, pero no tiene nada que ver con lo que siento por ti, Simon. Por favor, se especialmente cariñoso con Rosalia cuando me haya ido y asegúrate de que no piense que mi partida es culpa suya.

—No tienes de qué preocuparte —no había forma de saber si Simon estaba a la defensiva o tratando de tranquilizarla—. Yo cuidaré de mi hija.

Bethan se dio la vuelta para marcharse.

Apenas había dado unos cuantos pasos cuando él la llamó. Parecía como si sus palabras surgieran en contra de su voluntad.

—El otro día, cuando te vi salir de casa del doctor Moncrieff... ¿no estarás por casualidad... embarazada?

Así que eso era lo que había pensado. Por eso no le había preguntado más. ¿Sería también la razón por la que le había pedido matrimonio?

—No —Bethan no se giró. No podría soportar ver ni la desilusión ni el alivio que le proporcionaría su respuesta—. Estoy segura de ello, así que no temas que vuelva el año que viene con un bebé en brazos. Fui a ver al doctor en busca de... información.

No se atrevió a decir más por si acaso Simon adivinaba su secreto. Seguramente ya había hablado demasiado.

—Adiós y gracias por tu amabilidad. Solo lamento no haber podido recompensarte por ella —Bethan avanzó por el pasillo hacia las escaleras.

—Espera un momento —los pasos de Simon fueron tras ella—. ¿No vas a hacer el equipaje?

Ella negó con la cabeza.

—No creo que pueda ir arrastrando un baúl y no quiero molestar a Rosalia. Ya me las arreglaré. Y algún día encontraré la manera de devolverte este dinero, te lo prometo.

—¡Al diablo con el dinero! —bramó Simon—. Espero que no creas que voy a dejarte salir de aquí sola a estas horas. Le diré a Mahmud que te lleve a la playa, y puedes pasar la noche en mi antigua casa. Estoy seguro de que tus amigos de Durham te recibirán encantados. Puedes tomar un barco en el muelle cuando amanezca. Preferiría que no trataras de subirte a alguno en la oscuridad... ya me entiendes.

A Bethan se le llenaron los ojos de lágrimas. A pesar de cómo había abusado de su confianza, Simon seguía sintiéndose obligado a protegerla.

—Eso es muy considerado por tu parte.

—No quiero cargar con más accidentes sobre mi conciencia, eso es todo. Haré que envíen tu equipaje antes del amanecer.

—Por supuesto —Bethan inclinó la cabeza ante el peso de su comentario final. ¿Cómo podía haber pensado que su oferta significaba algo más? Lo que Simon sintiera por ella había muerto por culpa de sus mentiras—. Te estoy agradecida de todas maneras.

Simon la acompañó fuera y le dio instrucciones al cochero.

Mientras Mahmud preparaba el carruaje ellos esperaron en tenso e incómodo silencio. Cuando estuvo preparado Simon la ayudó a subir con tirantez. Bethan tomó asiento sin decir nada. Tenía un nudo en la garganta.

Simon tampoco dijo nada. Pero en el último momento murmuró con voz ronca:

—Cuídate, ¿de acuerdo?

Cuando el carro arrancó, Bethan contuvo las lágrimas. Ya habría tiempo en las semanas y meses venideros para llorar. Por el momento debía dejar a un lado su dolor y dirigir todas sus

energías hacia lo que había ido a hacer allí, por lo que había sacrificado tantas cosas.

Siguiendo sus instrucciones, Mahmud la llevó por el camino de la playa. Allí se bajó y caminó por la orilla llamando suavemente a su hermano.

Pero no obtuvo ninguna respuesta.

Simon había pasado varias noches en blanco desde que Bethan Conway llegó a Singapur, y aquélla no fue una excepción.

No habían sido noches desagradables ni mucho menos. Los recuerdos regresaban para apoderarse de él: la fragancia de su cabello, la suavidad de su piel, el sabor de sus labios, más dulces que una fruta tropical.

Se dio la vuelta y le pegó un puñetazo a la almohada, pero eso no alivió su frustración ni su vacío. Ahora que Bethan ya no estaba allí para poner a prueba su control, le resultaba imposible acallar sus dudas. ¿Y si había alguna explicación inocente para todas sus preguntas? ¿Y si Bethan tenía razones poderosas para no dársela?

Después de todo lo que había hecho por él, ¿no le debía averiguar si había alguna prueba concreta que apoyara su argumento? Si su necesidad de secretismo era tan necesaria como le había hecho pensar, tal vez corriera algún tipo de peligro.

Aquel pensamiento hizo que Simon se levantara de la cama y fuera a hablar con su cochero.

—Siento despertarte, Mahmud, pero necesito que me cuentes todo lo que sepas del hombre al que recogiste anoche de la playa.

El cochero negó con la cabeza.

—Llevé a la señorita al camino de la playa. Se bajó y llamó, pero no vino nadie. Luego dijo que no quería hacerme esperar más. La llevé a la antigua casa del río y luego volví a por su equipaje. ¿He hecho algo mal amo?

—Has hecho bien —Simon tranquilizó al cochero—. ¿Te importaría ensillar mi caballo antes de volver a la cama?

Unos minutos más tarde cabalgaba hacia la plaza, sorprendido por lo que Mahmud le había contado. ¿Por qué no había llegado el amante de Bethan a su planeado encuentro? ¿Le habría pasado algo? ¿O la habría traicionado? Antes de hacerle a ella más preguntas había alguien más que podría arrojar algo de luz en aquel perturbador misterio.

Cuando apareció en el porche del doctor Moncrieff a aquellas horas tan tempranas, el médico le miró sorprendido por encima del borde de su taza de café.

—Buenos días, señor Grimshaw. Espero que esté enfermo. ¿Le está dando problemas esa vieja herida de la pierna?

Simon negó con la cabeza.

—No he venido por mí. Se trata de la señorita Conway, la joven que ha estado cuidando de mi hija. Hace unos días vino a visitarle. Confiaba en que me contara la razón.

—Lo haría si tuviera la mínima idea de qué está hablando —el doctor le señaló una silla pero Simon permaneció de pie—. No he estado mucho en casa últimamente entre las visitas a los pacientes y las guardias en el hospital. Tal vez la dama hablara con mi amigo Ellison. Por desgracia no está aquí ahora mismo. Llegó un aviso nocturno, un convicto fugado al que hirieron al capturarlo. Me pregunto dónde pensaba ese pobre diablo que podría esconderse en un lugar de este tamaño. Después del día tan duro que yo había vivido, Ellison tuvo la amabilidad de ir en mi lugar. Me sorprende que no haya vuelto todavía.

Un convicto... ¿podría tratarse del misterioso hombre de Bethan? Eso explicaría por qué

andaba a hurtadillas por la noche y por qué quería zarpar a América. Tal vez también explicara que Bethan no quisiera confiarse a Simon. Seguramente imaginaría que no le permitiría huir en compañía de un criminal convicto.

—Siento haberle molestado, doctor —Simon se inclinó y se dispuso a dirigirse hacia la prisión—. Buenos días.

Estaba saliendo cuando se cruzó con otro hombre.

—¿Doctor Ellison? —Simon le tendió la mano y se presentó—. He oído que ha tenido que salir a atender a un convicto que se había fugado.

—Ha sido algo extraordinario —el médico parecía confundido—. Al principio no le reconocí. Luego me vino a la cabeza dónde le había visto con anterioridad. Pensé que había muerto, y eso fue lo que le dije a su hermana, pobre muchacha.

—¿Su... hermana? —la palabra se le atragantó a Simon en la garganta.

—¡Maldición! —el doctor Ellison apretó los labios, pero ya era demasiado tarde—. Le dije que le guardaría el secreto. Aunque supongo que ya no importa mucho.

Para asombro de Simon, el médico continuó diciendo:

—El convicto que han capturado era un miembro de la tripulación relacionado con el motín de *Dauntless*, que tuvo lugar hace unos años. Cuando se enfrente al juicio, su condena de cadena perpetua a trabajos forzados le parecerá piadosa comparada con lo que le espera.



Capítulo 19

—¿Está seguro de eso? —Simon estuvo a punto de ahogarse con las palabras—. Me refiero a la identidad de ese hombre.

¿Por qué se molestaba en preguntarlo si ya sabía que debía ser cierto? Explicaba todas las sospechas que tuvo sobre Bethan desde el principio. Y todo lo que había intentado contarle la noche anterior cobraba sentido. Había admitido querer mucho a aquel hombre, pero se había sentido ultrajada cuando Simon la acusó de ser su amante. Dijo que había estado a punto de confesarle todo pero que entonces se enteró de algo que lo impidió.

Recordó su pelea sobre si los amotinados merecían simpatía o la horca. En aquel momento estaba demasiado enfurecido para preguntarse por qué había sacado el tema. Ahora lo tenía claro.

—Completamente seguro, me temo —respondió el médico—. Hugh Conway ha estado viviendo con un nombre falso desde el motín del *Dauntless*. La desafortunada ironía es que puede que no le hubiera reconocido de no haber hablado de él recientemente con su hermana. Siento compasión por el pobre diablo. No merece la horca.

—¿Quiere decir que no formó parte de lo que sucedió a bordo del *Dauntless*? —¿qué importaba eso? Desde lo del *Sabine*, Simon creía que todos los miembros de una tripulación amotinada eran culpables y merecían la horca.

El médico sacudió la cabeza.

—Nunca vi que Conway alzara la mano contra nadie en aquel barco. Asegura que él fue quien abrió la puerta para liberar a oficiales y pasajeros y que trataran de recuperar el control del barco. No sé si es cierto, pero sí sé que alguien abrió esa puerta y dudo que alguien supiera cómo hacerlo excepto la persona responsable.

—Sin duda eso mitigará su sentencia —su compasión por Bethan era comparable al odio que sentía hacia los amotinados. Pensar que todos sus bienintencionados esfuerzos podrían haber llevado a la captura de su hermano y a su ejecución sería devastador para su cariñoso espíritu.

—Puede que en otro caso fuera así —el doctor Ellison parecía compungido—. Pero el capitán del *Dauntless* procedía de una familia muy poderosa. Estaban decididos a vengarse de la tripulación, pero pocos sobrevivieron para enfrentarse al juicio. Dudo que su sed de sangre se haya saciado. Le he prometido a Conway que testificaré a su favor, pero dudo que sirva de ayuda. Ojalá me hubiera mordido la lengua cuando lo reconocí. Pero estaba tan conmocionado que hablé demasiado sin pensar en las consecuencias.

—No tema, señor —Simon conocía muy bien la culpa que reconcomería al doctor Ellison si el hombre que tal vez le había salvado la vida era colgado por sus acciones—. Nada de esto es culpa suya. Ya le he entretenido demasiado. Gracias por responder a mis preguntas.

¿Qué podía hacer ahora?, se preguntó Simon unos instantes más tarde, mientras volvía a montarse en su caballo. Sin saber muy bien qué estaba haciendo, enfiló al animal en dirección a la Colina de Gobernación.

Por fin había descubierto el secreto de Bethan, pero ya era demasiado tarde. Si hubiera dejado a un lado sus sospechas para escuchar de verdad lo que estaba tratando de decirle la noche anterior tal vez hubiera adivinado lo que ahora le resultaba obvio. Puede que no hubiera cambiado

la actual situación de Hugh Conway, pero al menos Simon habría tenido el derecho de consolar a Bethan y ayudarla. Pero le había fallado como falló a las mujeres del *Sabine*, a Carlotta e incluso a su hija durante muchos años.

Una brisa lejana llevaba el aroma a especias del jardín experimental, despertando recuerdos de la noche que había seguido a Bethan hasta allí. Le había pedido que escuchara su explicación. Como era una criatura generosa, le había escuchado, comprendido y perdonado.

Pero cuando ella le pidió anoche su comprensión se negó a dársela y le colocó sobre los hombros una responsabilidad imposible. Tal vez si hubiera sido menos duro Bethan se hubiera confiado a él.

Cuando llegó a lo alto de la Colina de Gobernación, Simon detuvo el caballo al lado de la bandera y se quedó mirando el emplazamiento. La prisión en la que estaba Hugh Conway se encontraba muy cerca de la casa en la que Bethan había pasado la noche. ¿Se habría enterado ya de que habían capturado a su hermano? ¿O estaría esperando preocupada, preguntándose qué hacer a continuación?

Solo se ocurría una cosa que Bethan pudiera desear, y por desgracia no estaba en su mano garantizarla sin poner en peligro su negocio, su fortuna y su reputación. Todo por lo que tanto había luchado.

Pero al final, ¿qué importaba nada de todo aquello si no podía ponerlo al servicio de la mujer que amaba? ¿Sería aquello lo que Ford y Hadrian habían descubierto al regresar a Inglaterra? Sabía que sus socios aprobarían su decisión.

Pero debía actuar con rapidez. El sol estaba saliendo por el horizonte. Si esperaba demasiado la noticia correría por la ciudad y la seguridad de la prisión sería mayor.

Bethan estaba en el porche de la antigua casa de Simon tomando a sorbos un fuerte café de Java y viendo cómo los marineros guiaban sus *tongkangs* por la abarrotada boca del río. El dolor y la preocupación atenazaban su corazón.

¿Dónde estaba Hugh? ¿Por qué no se había reunido en la playa con ella como habían planeado? ¿Cómo iba a encontrarla otra vez ahora que había dejado la villa de Simon? ¿Debería ir en su busca?

Wilson, Ralph y los demás muchachos se habían sorprendido ante su repentina llegada la noche anterior, pero la habían recibido con alegría y no habían hecho demasiadas preguntas aunque los ojos les brillaban con curiosidad. Ahora estaban todos en el trabajo.

Bethan se preguntó si Simon habría ido ya a trabajar. ¿Les preguntaría a los chicos por ella o daría por hecho que se había marchado de Singapur sin más?

Sabía mejor que nadie el daño que le había hecho. Bethan deseaba con todo su corazón poder explicarle por qué había actuado así, pero no podía anteponer la felicidad de Simon a la vida de su hermano. Cuando estuvieran a salvo lejos de Singapur le escribiría para explicárselo todo.

Unos pasos que se acercaban provocaron que el corazón le diera un vuelco, pero enseguida se dio cuenta de que no eran los de Simon.

—Discúlpame, Bethan —Wilson entró en el porche—. Está corriendo una noticia que creo que debes saber.

Su rostro sonrojado y la expresión ansiosa le hicieron saber que no se trataba de nada bueno. ¿Les habría pasado algo a Rosalia o a Simon?

—Los cipayos capturaron anoche a un convicto fugado.

¡Hugh! Bethan se estremeció de vergüenza por no haber pensado en su hermano primero. Pero, ¿por qué daba por hecho Wilson que aquello era algo que necesitaba saber? El muchacho no la tuvo en ascuas mucho tiempo.

—Dicen que el convicto no es quien aseguraba ser. Dicen que es un galés llamado Conway al que se busca por haber formado parte de un motín hace unos años. No será pariente tuyo, ¿verdad?

Bethan tardó un instante en recuperar la voz.

—Que yo sepa no. Conway es un apellido muy común en mi tierra.

Por mucho que odiara decir otra mentira, tenía que proteger a sus amigos. Lo que no supieran no podía incriminarlos.

—Entiendo —estaba claro que Wilson no la creía. Parecía asombrado y molesto porque le hubiera contado semejante mentira—. Entonces siento haberte molestado. Pensé que como apareciste anoche de la nada podría tener algo que ver con esto. Bueno, será mejor que vuelva al trabajo antes de que llegue el señor Grimshaw.

Se dio la vuelta y se marchó, dejando a Bethan temblando. ¿Cómo podía ayudar ahora a su hermano? Tras haber llegado hasta allí para encontrarle, era culpa suya que le hubieran descubierto. Estaba segura de que nada más podría haberle llevado a arriesgarse tanto. Pero, ¿cómo había sido descubierta su auténtica identidad? ¿Habría traicionado el médico su confianza o habría despertado las sospechas del capitán Flynn con sus preguntas sobre el *Dauntless*? Estirando los hombros, Bethan corrió a ponerse su mejor vestido y a tomar el bolso que había llenado con el dinero de Simon. Iría a la prisión y pediría ver a Hugh. Tal vez pudiera utilizar una combinación de encanto y soborno con los guardias.

Mientras corría por Hill Street hacia la prisión, divisó a Simon corriendo hacia ella. ¿Habría escuchado la noticia sobre Hugh? ¿La despreciaría por ser la hermana mentirosa de un amotinado? Incapaz de aguantar el odio que tenía ver en sus ojos, mantuvo la mirada en el suelo. Un instante más tarde escuchó una voz desde lo alto del caballo de Simon... pero no era la voz de Simon.

—Bethan, gracias a Dios.

—¿Hugh? —alzó la mirada asombrada hacia su hermano, que estaba sentado en la silla de Simon y llevaba su ropa—. Creí que estabas...

—No tengo tiempo para explicártelo —se inclinó hacia delante y le tendió la mano—. ¡Tenemos que irnos!

La urgencia de su tono le llevó a agarrar la mano de su hermano y a dejar que la colocara delante de él.

—¿De dónde has sacado el caballo de Simon y su ropa? No le habrás hecho daño, ¿verdad?

—Yo no quería, te lo juro —Hugh dirigió el caballo de Simon hacia delante—. Él me dijo que tenía que parecer que le había atacado.

—¿Cómo? —Bethan tuvo que contenerse para no tirarse al suelo y correr hacia Simon al instante.

—Todo sucedió muy deprisa —aseguró Hugh—. Vino a la prisión y se abrió camino entre los guardias. En cuanto estuvimos solos empezó a quitarse la ropa. Yo no sabía qué me iba a hacer. Pero me dijo que me la pusiera y fingiera ser él para pasar por delante de los guardias. Dijo que debía encontrarte y salir rápidamente de Singapur. Luego me pidió que le diera un golpe en la cabeza y le dejara sobre el camastro mirando hacia la pared para que los guardias creyeran que era yo. Cuando se descubriera el engaño diría que le había atacado y que le había robado la ropa.

Al recordar la argucia que Simon había utilizado para rescatarla de aquella multitud

enfurecida cuando llegó a Singapur, Bethan se sintió orgullosa de su capacidad de invención y de su audacia. A pesar de su naturaleza cauta era capaz de arriesgarse. No era de extrañar que le hubiera ido tan bien en los negocios.

Para entonces ya habían llegado al almacén. Hugh se deslizó de la silla y ayudó a Bethan a bajar.

—Me dijo que tenías dinero para pagar nuestros pasajes.

—Así es —agitó el bolso para hacer sonar las pesadas monedas.

—Entonces hagámosle señas a un barco —Hugh la guio por un estrecho callejón en dirección al muelle.

Unos minutos más tarde estaban a bordo de un *tongkang* que les llevaba remando hacia un barco que tenía la bandera americana. Le emoción de la fuga hacía que Hugh no parara de hablar.

—He tenido mar suficiente para el resto de mi vida, y también estoy harto de que me manden. He oído que en América hay tierra gratis y rica para cualquiera dispuesto a asentarse allí. Será maravilloso trabajar para mí y no tener que estar vigilando constantemente.

Sus palabras conjuraron imágenes de aventuras que habrían emocionado a Bethan no mucho tiempo atrás. Ahora pasaban por encima de ella mientras miraba hacia la orilla y distinguía la villa blanca de Simon entre las demás.

¿Y si las autoridades no se creían su historia sobre la fuga de Hugh? ¿Qué podrían hacerle, y qué sería de Rosalia? Abrumada por el deseo de protegerlos a ambos, Bethan entendió de pronto lo que Simon había sentido por ella. Era algo más fuerte y profundo de lo que había sido capaz de expresar con palabras o incluso demostrarle haciendo el amor. Era un tipo de devoción que podía superar los errores y el dolor, incluso los peores, y emerger todavía con más fuerza.

El *tongkang* se colocó justo al lado del barco americano. Hugh preguntó el precio de los pasajes y le dieron una cifra.

—Habéis llegado justo a tiempo —le informó el tripulante con una sonrisa—. Estamos a punto de zarpar.

—¿Tenemos suficiente dinero? —Hugh miró con ansiedad hacia el bolso de su hermana.

La tristeza se apoderó de Bethan. Lo que estaba a punto de hacer le parecía un abandono, algo que le costaba mucho trabajo.

Asintió con una sonrisa mirando a su hermano.

—Más que suficiente.

—¡Papá, estás herido! —Rosalia corrió hacia Simon cuando llegó a casa—. ¿Dónde está Bethan? No están sus cosas. ¿Qué ha pasado?

—No te asustes, cariño —Simon abrió los brazos para recibir a su hija—. Todo va a salir bien. Te lo contaré todo, pero primero tengo que salir al porche.

Lamentó no haberle podido dar al hermano de Bethan más tiempo para escapar, pero el gobernador se había enterado de que habían capturado a uno de los amotinados del *Dauntless* y había ido a investigar él mismo. Simon esperaba que Bethan y su hermano no hubieran perdido el tiempo. No estaba muy seguro de que el gobernador se hubiera creído su historia sobre el golpe y el robo de la ropa.

—Muy bien —Rosalia habló con tono decidido, como nunca le había oído antes—. Pero antes debes sentarte cuando salgas. Iré a buscar agua para limpiarte la herida. Está sangrando un poco.

A pesar de su preocupación y de su tristeza, Simon no pudo evitar sonreír ante su aire

maternal.

—Como tú digas, querida.

Se acercó cojeando al porche buscando con la mirada al barco americano. Había un *tongkang* a su lado. Simon sintió de pronto un gran alivio. Se acercó a la silla más cercana y se dejó caer en ella como le había prometido a su hija.

Rosalía apareció unos instantes más tarde con un cacharro con agua. Ah-Ming llegó también llevando el botiquín. Simon trató de calmar sus preocupaciones contándoles que se había dado con la cabeza en una puerta baja.

El rostro de su ama de llaves mostraba claramente que no se lo creía, pero por el bien de Rosalía no expresó sus dudas.

—¿Y qué pasa con Bethan, papá? —Rosalía parecía complacida con el vendaje que le había puesto en la cabeza.

Simon pensó que podría resultar útil para disimular la sospechosamente pequeña herida.

—Me temo que ha tenido que irse de forma repentina. No quería dejarnos, pero ha surgido algo muy importante.

Simon sabía que independientemente de lo que sintiera por él, Bethan debía lamentar dejar a su hija.

—No pasa nada, papá —Rosalía le dio una palmadita en el brazo—. Yo cuidaré de ti.

Se le formó un nudo en la garganta y una extraña sensación de paz se apoderó de él. Aquello no era como cuando Carlotta le había dejado. Había tristeza y dolor, pero no rencor ni amargura.

—Sé que lo harás —colocó a la niña sobre sus rodillas y la abrazó—. Nos cuidaremos el uno al otro.

Se quedaron sentados así durante unos instantes mientras Ah-Ming recogía el botiquín y se lo llevaba de allí.

—¿Quieres jugar conmigo, papá? —preguntó Rosalía—. Puedo ir a buscar las cartas y el tablero de *Dou Shou Qi*.

¿Estaba intentando proporcionarle una distracción a su tristeza? Una nueva oleada de amor hacia su hija le sirvió de bálsamo a su dolido corazón.

—Es una idea excelente. Pero trata de no derrotar con demasiada ventaja a tu viejo padre, ¿de acuerdo?

Rosalía no se dirigió a toda prisa a su habitación en busca del juego. Se acercó a la barandilla del porche y se quedó mirando fijamente al mar.

—Esto es muy raro.

—¿A qué te refieres, cariño?

—Ese *tongkang* no está volviendo al río como debería hacer. Viene hacia aquí.

Eso no podía ser. Simon se levantó y se unió a su hija en la barandilla.

—¿Ves? —la niña señaló hacia la embarcación que ahora estaba solo a unos metros de la orilla.

Si los remeros no tenían cuidado, el *tongkang* iba a embarrancar en la arena.

Entonces alguien saltó por la borda hacia las olas, que le cubrieron hasta la cintura. Simon parpadeó. ¿Estaría viendo visiones por el golpe en la cabeza?

—Parece Bethan —Rosalía confirmó lo que parecía imposible—. No me dijiste que fuera a volver tan pronto.

En la distancia, el barco americano estaba zarpando. Era imposible que Bethan pudiera volver a él.

—¡Vamos a buscarla! —Rosalía agarró la mano de Simon—. ¿Crees que podrás? —añadió

con tono solícito.

Él arrugó la nariz.

—Todavía no estoy inválido.

Bajaron juntos corriendo las escaleras, atravesaron el jardín y llegaron al camino de la playa. Bethan estaba alcanzando la orilla a duras penas cuando llegaron a ella. Se le había salido volado el sombrero y los rojizos rizos le caían salvajemente por los hombros. Las faldas mojadas del vestido se le ajustaban a las esbeltas piernas de manera seductora. Parecía una Venus saliendo de las aguas.

—¡Bethan! —Rosalia se lanzó hacia ella rodeándole la cintura con los brazos—. ¿Por qué has vuelto tan pronto? ¿Se te ha olvidado algo?

—No, cariño —Bethan miró a Simon a los ojos por encima de la cabeza de su hija—. He vuelto porque he recordado algo.

—¿El qué? —Rosalia hizo la pregunta que estaba en la mente de su padre.

Bethan se inclinó y depositó un beso en la coronilla de la hija.

—Lo mucho que os quiero a los dos.

—Nosotros también te queremos —Rosalia miró hacia Simon—. ¿Verdad, papá?

Demasiado emocionado para hacer algo más que asentir, Simon confió en que sus ojos fueran algo más elocuentes. Podía sentir cómo le brillaban al mirarla.

La niña le dio un fuerte abrazo a Bethan y luego se soltó.

—Voy a buscar caracolas de mar para papá y para ti —se fue corriendo por la playa.

Sin la presencia de la niña se hizo un silencio incómodo entre ellos. Simon tenía miedo a romperlo por temor a romper el hechizo que le había devuelto a Bethan.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—¿Esto? —se llevó la mano a la cabeza para tocarse el vendaje—. Es una atención de mi joven médico —señaló con la cabeza hacia Rosalia.

—Entiendo —murmuró ella—. Bueno, yo... quería agradecerte lo que hiciste por mi hermano. Sé lo duro que debió ser para ti. No puedo ni empezar a pagarte por...

A Simon se le cayó el alma a los pies.

—No habrás vuelto para reponer una deuda que crees tener conmigo, ¿verdad? No quiero que te sientas esclava de la gratitud. Quiero que seas libre para amarme como yo te amo a ti. Sé que te he dado razones de sobra para dudar de mis sentimientos...

—Y yo te he dado motivos para que no confíes en mí. Pero debes creerme cuando te digo que no es la gratitud lo que me ha traído de vuelta.

—Entonces, ¿qué? —podía imaginarlo, pero hasta que no lo oyera de sus dulces labios no se atrevía a sentir esperanza.

—Por la razón que le he dado a Rosalia —se quitó el relicario del cuello, lo abrió y se lo tendió—. Y también porque me he dado cuenta de que mi padre estaba equivocado y no quería repetir su error. No tendría que haber dejado a mi madre cuando las cosas empezaron a ir mal en su matrimonio. Tendría que haberse quedado y hacer todo lo posible para que funcionara.

Se acercó más a él hasta que estuvo lo suficientemente cerca para abrazarle si él alzara los brazos. Pero no había terminado de hablar.

Bethan señaló con la mano hacia el barco americano que tenía las velas desplegadas.

—Creo que el amor verdadero no es una navegación fácil, como no lo es el resto de la vida. Habrá tormentas, piratas y motines. Pero si seguimos navegando y no abandonamos el barco viviremos muchas aventuras y siempre tendremos un refugio seguro.

¿Qué podía añadir Simon a aquello? Había resumido todo lo que él confiaba que vivieran

juntos en los años venideros. Las palabras se quedaban cortas para expresar lo que quería decirle. Así que Simon dejó que su mirada, su abrazo y sus besos hablaran por él.

La alegría se apoderó de ellos en cálidas y poderosas olas mientras permanecían de pie en la playa abrazados. No se separaron hasta que Rosalia corrió hacia ellos.

—¡Mirad! He encontrado dos caparazones de lapas iguales. ¿Verdad que son preciosos?

—Sí, cariño —sin soltar a Bethan, Simon agregó a su hija al abrazo con la otra mano—. Una para cada uno.

—Mirad lo que pasa cuando se juntan —Rosalia levantó las valvas para mostrárselo—. ¡Se convierten en un corazón!

Como el sol tras una repentina lluvia, a Bethan se le llenaron los ojos de lágrimas por el amor que sentía por ambos.

—Creo que tendremos que mantenerlas unidas, ¿no crees, Simon?

Dedicándoles a su hija y a su futura esposa la más cálida y cariñosa sonrisa que sus labios habían esbozado jamás, Simon asintió.

—Para siempre.



Epílogo

Febrero de 1844

—Así que éste es el aspecto de Singapur veinticinco años después —Ford Barrett, lord Kingsfold, sacudió la cabeza sin dar crédito.

Los tres socios de Vindicara habían regresado de dar una vuelta por la ciudad y estaban sentados en el salón del elegante hotel Londres disfrutando de una copa. Ford, su esposa Laura y sus cuatro hijos habían ido a Singapur para la celebración del veinticinco aniversario de su fundación.

—No reconoces este lugar, ¿verdad? —dijo Hadrian Northmore, que había regresado hacía unos años con su familia—. Ya no verás muchas de las antiguas casas de *attap*. Tenemos circuito de carreras y un teatro decente. Incluso se está hablando de crear un club de *cricket*.

—Sin embargo hay cosas que no han cambiado —Simon levantó su vaso—. El comercio es tan dinámico como siempre y el aguardiente de palma sigue siendo de primera calidad.

Simon estaba encantado de contar con sus socios y sus familias para aquella celebración. En los primeros tiempos de su relación se había sentido con frecuencia inferior a Ford por su sangre azul y a Hadrian por su fuerte personalidad. Hoy sabía que era exactamente igual que ellos porque se sentía el hombre más afortunado y feliz del mundo.

—Yo brindo por eso —Hadrian dio un fuerte sorbo a aquella potente bebida que habría humedecido los ojos de la mayoría de los hombres. Luego se reclinó en la silla y suspiró—. Debo decir que cuando fundé Vindicara no tenía ni idea de cuánto crecería la empresa. Mi sobrino Lee me ha dicho que no está interesado en meterse en política como yo tenía pensado. Quiere fundar una rama de la compañía en Hong Kong.

—Hablando de política —dijo Ford—. Te gustará saber que poco antes de que saliéramos de Inglaterra, mi cuñado Lord Ashbury presentó una reforma de ley en el parlamento que prohíbe que las mujeres y los niños trabajen en las minas. Confió que a día de hoy ya sea de obligado cumplimiento.

—Ya era hora —Hadrian se emocionó—. Es una gran noticia.

Había sido durante años un gran opositor al trabajo de los niños en las minas, y ahora parecía un hombre que había realizado el sueño de una vida. Algunos de los chicos que él había enviado del Condado de Durham para trabajar en Singapur ahora tenían puestos de autoridad en Vindicara y otras empresas. Unos cuantos habían empezado su propio negocio con gran éxito. Un joven ambicioso se había casado con la hija de Simon, Rosalía, y había un bebé en camino.

—Aquí están —la voz de una mujer sonó con claridad mientras Bethan entraba en la sala con lady Kingsfold y la señora Northmore—. ¿No te dije que los encontraríamos aquí, Artemis, bebiendo por los viejos tiempos con una botella de aguardiente de palma?

—¿Lo habías olvidado, mi amor? —Artemis Northmore le quitó a su marido el vaso de la mano—. Tenemos una cita para hacernos la foto.

El nuevo arte de la fotografía había llegado arrasando a Singapur hacía poco. El propietario del hotel tenía un lucrativo negocio paralelo haciendo daguerrotipos de retratos.

—Perdona, cariño —Hadrian se levantó de la silla y le ofreció a su mujer un beso de disculpa—. Se nos ha ido el tiempo. Ford nos estaba contando que el joven Ashby ha presentado por fin un proyecto de reforma para la minería ante el Parlamento.

—¡Qué maravillosa noticia! —Artemis Northmore miró a su marido a los ojos con cariño. Lady Kingsfold solo necesitó lanzar una mirada a su esposo para que dejara el vaso.

—*Monsieur Duplessis* dice que nunca ha hecho una fotografía de un grupo tan grande.

Simon contó rápidamente de cabeza. Serían veinte en total. ¿Conseguirían quedarse todos quietos durante el tiempo de exposición? No estaba muy seguro de que sus hijos de catorce años, Hugh y Hadrian, hubieran estado alguna vez en su vida tanto tiempo quietos.

Bethan debió pensar lo mismo, porque le miró a los ojos y sonrió.

—Será mejor que vayamos de una vez. Los niños se están inquietando.

—Muy bien, cariño —Simon se levantó y le ofreció el brazo.

Estaba radiante aquel día con el cabello cayéndole en dos cascadas de rizos. Llevaba puesto un vestido dorado con corpiño de encaje que dejaba al descubierto sus hombros desnudos. Inclinandose hacia delante, susurró:

—Apruebo de todo corazón estas nuevas modas europeas.

Para demostrárselo le deslizó los labios por el cuello.

—Ya es suficiente por ahora —le dijo Bethan—. Si los gemelos vuelven a pillarte se tirarán al suelo fingiendo sentir arcadas y se mancharán de hierba los pantalones nuevos. Además —susurró—. Pronto seremos abuelos. No deberías comportarte así.

—¡Claro que sí! —Simon se sintió tentado de besarla en medio de un ardiente deseo—. Eres demasiado joven y bella para ser abuela. Y pienso seguir comportándome así mientras pueda tentarte para que te unas a mí.

—En ese caso... —sus ojos brillaron traviosos mientras le deslizaba la mano bajo los picos de la chaqueta y se la subía por la espalda—, creo que seguiremos así durante mucho tiempo...

☆ ☆ ☆



RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

DEBORAH HALE



Deborah nació en Moncton, New Brunswick, creció en Kouchibouguac y Saint John. Mostró un talento temprano para la literatura histórica, ganando un concurso en cuarto curso con la redacción sobre una heroína local, Lady LaTour. Mientras estudiaba en la Universidad de New Brunswick, Deborah conoció a su marido, el científico Michael Hale. Vivieron en Fredericton, donde Michael completó sus estudios de doctorado y Deborah daba clases en preescolar, terminando a la vez el graduado en educación especial.

Durante ese tiempo, investigaba en los Archivos Provinciales, sobre la historia local de los nativos de Kent County. Después de una década investigando su genealogía personal, hasta sus raíces en la Inglaterra de la época georgiana, Deborah se interesó en la literatura romántica, para conjugar su pasión por el pasado con su deseo de contar una buena historia de amor. Después de mudarse Halifax y comenzar a formar una familia, Deborah escribió su primer manuscrito romántico completo. Cuando un editor americano rechazó el manuscrito, se unió a Romance Writers of America (RWA) y empezó a trabajar más fuerte: participaba en los concursos literarios, y contactaba con otras escritoras románticas de toda Norteamérica. Deborah continuó enviando su manuscrito a agentes y editores, y coleccionando cartas de rechazo.

Decidió competir por el prestigioso premio de la RWA Golden Heart. Cada año sus puntuaciones aumentaban, hasta que su obra, *The Path of the Wind* ganó el Golden Heart en 1997 a la novela histórica de larga duración. Seis meses después, Deborah vendió su manuscrito ganador a Harlequin Historicals. Fue publicado en Marzo de 1999 bajo el nombre de *My Lord Protector*. Deborah ha vendido desde entonces más de una docena de libros a Harlequin Historicals con ambientaciones que van desde la Inglaterra medieval al Oeste americano. Sus libros han sido traducidos a varios idiomas, incluidos el alemán, Francés, Italiano, Japonés y Coreano.

Deborah reparte su tiempo de escritora con el de conferenciante, ha impartido numerosos cursos online sobre cómo escribir romance. Deborah y su familia residen en Lower Sackville, Nova Scotia. Con cuatro hijos en edad escolar, Deborah llama al escribir romance y fantasía, su "mecanismo para mantener la cordura". En días buenos, le gusta pensar que está trabajando.

SE BUSCA AMANTE

Él pidió una amante... y le enviaron una esposa.

Traicionado por su primera esposa, Simon Grimshaw no quería volver a casarse, pero las sofocantes noches de Singapur podían ser muy solitarias. Nada que una bella amante inglesa no pudiera solucionar.

Bethan Conway respondió a un anuncio para convertirse en esposa como único recurso para emprender el viaje en busca de su hermano desaparecido. Pero Simon no era el anciano apacible que esperaba. Era un soltero de sangre caliente que quería una mujer en su cama...

SE BUSCA AMANTE

0. Seduced: The scandalous virgin
1. Married: The virgin widow - Una belleza salvaje
2. Bought: The penniless lady - Una dama sin fortuna
3. Wanted: Mail-order mistress - Se busca amante

★ ★ ★

GÉNERO:
Título original:
Traducido por:
Editor original:

Editorial: Harlequín Ibérica,
Colección:
ISBN: